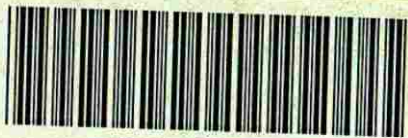




INDEX

PQ2495
A58
v.2



1020026883



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
FONDOS
RICARDO COVARRUBIAS



®

EMILIO ZOLA.

EL DINERO

VERSIÓN CASTELLANA

DE

Juan García Aldeguer.

VOLUMEN II.

101197



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
APO. 1206 MONTERREY, MEXICO

MADRI

LA ESPAÑA EDITORIAL,

OFICINAS, MENDIZÁBAL 34.

Apartado de Correos, núm. 144.

3083

Núm. Clas. 266 d
Núm. Auto. 30828
Núm. Adq. 8
Proceden. _____
Precio _____
Fecha _____
Clasific. _____
Total _____

FONDO
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
RICARDO COVARRUBIAS

873
Z.



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

PQ 2495
A 58
V. 7

Es propiedad del Editor.
Queda hecho el depósito que
marca la ley.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

MADRID.—Imp. de J. Cruzado, Divino Pastor, 9.

EL DINERO

VII

Dos meses después, una tarde gris y templada de Noviembre, subió Carolina á la sala de los planos, acabado el almuerzo, para ponerse á trabajar. Su hermano, á la sazón en Constantino-
pla, donde se ocupaba en el gran negocio de los ferrocarriles de Oriente, le había encargado que revisara todas las notas tomadas por él en otro tiempo, en su primer viaje, y que redactase una especie de Memoria, que sería como un resumen histórico de la cuestión; y hacia ya dos semanas largas que ella trataba de engolfarse por completo en este trabajo. Aquel día era tanto el calor, que dejó apagarse el fuego y abrió la ventana, desde donde miró un momento, antes de sentarse, los grandes árboles desnudos del hotel Beauvilliers, violáceos sobre el pálido cielo.

Haria una media hora que escribía, cuando la necesidad de un documento la distrajo en un

largo rebusco entre los legajos amontonados sobre su mesa. Levantóse, fué á revolver otros paquetes, y volvió á sentarse con las manos llenas; y al hojear unos papeles sueltos, encontró estampas devotas, una vista iluminada del Santo Sepulcro y una oración, orlada con instrumentos de la Pasión, para asegurar la bienaventuranza en los momentos de desfallecimiento en que el alma está en peligro. Recordó entonces que su hermano había comprado aquellas estampas en Jerusalem, como hombre piadoso, y apoderóse de ella una repentina emoción, y las lágrimas corrieron por sus mejillas. ¡Ah, aquel hermano tan inteligente, por tanto tiempo desconocido, cuán feliz era con creer, con no sonreirse ante aquel Santo Sepulcro parecido á una caja de bombones, con sacar una serena fuerza de su fe en la eficacia de aquella oración rimada en versos de confitero! Veíalo excesivamente confiado, demasiado fácil para dejarse engañar acaso, pero tan recto, tan tranquilo, sin rebelarse, sin luchar siquiera. Y ella, que llevaba dos meses luchando y sufriendo, ella que no creía, devorada por las lecturas, devastada por los razonamientos, ¡con cuánto ardor deseaba en las horas de debilidad ser sencilla é ingenua como él, hasta el punto de adormecer su corazón herido, repitiendo tres veces, por la mañana y por la noche, la oración infantil que orlaban los clavos y la lanza, la corona y la esponja de la Pasión!

Al día siguiente de la brutal casualidad que le

había hecho saber las relaciones de Saccard y de la baronesa Sandorff, habíase revestido de toda su energía para resistir á la necesidad de vigilarlos y de saberlo todo. No era la mujer de aquel hombre, y no quería ser su querida apasionada, celosa hasta el escándalo; y su desdicha era que seguía entregándose á él en su intimidad de todos los instantes. Esto provenía de la manera apacible, simplemente afectuosa, como tenía considerada desde el principio su aventura: una amistad que había llegado fatalmente á la entrega de la persona, como sucede entre hombre y mujer. No contaba ya veinte años, y se había hecho muy tolerante después de la dura experiencia de su matrimonio. Á los treinta y seis años, siendo tan formal, creyéndose sin ilusiones, ¿no podía cerrar los ojos, obrar más como madre que como amante respecto de aquel amigo, al cual se había resignado en un momento de ausencia moral, y que, también él, había pasado singularmente de la edad de los héroes? A veces decía que se concedía demasiada importancia á esas relaciones entre los dos sexos, simples encuentros con frecuencia, que luego trastornaban toda la vida. Por lo demás, era la primera en reirse de la inmoralidad de su observación, porque entonces ¿no serían permitidas todas las faltas? ¿no serían todas las mujeres de todos los hombres? Y, sin embargo, ¿cuántas mujeres son razonables aceptando el reparto con una rival! ¿cuántas á quien la práctica corriente hace to-

lerantes en punto á la celosa idea de la posesión única y total! Pero estas no eran más que maneras teóricas de hacer la vida soportable, y le costaba trabajo forzarse á la abnegación, continuar siendo la vigilante mayordoma, la sirvienta de inteligencia superior, que consiente en entregar su cuerpo cuando ha dado su corazón y su cerebro: la sublevaba una protesta de su carne de su pasión, y sufría horriblemente de no saberlo todo, de no romper violentamente, después de haber arrojado al rostro de Saccard el horrible mal que él le hacía. Sin embargo, habíase dominado, hasta el punto de callar, de seguir tranquila y sonriente; y jamás, en su existencia tan ruda hasta entonces, había necesitado más fuerza.

Todavía miró un instante las estampas devotas, con su sonrisa dolorosa de incrédula, llena de ternura. Pero no las veía; reconstruía lo que Saccard habría podido hacer la víspera, lo que haría aquel mismo día, por un trabajo involuntario é incesante de su espíritu, que se inclinaba instintivamente á aquel espionaje desde que no lo ocupaba. Saccard, por lo demás, parecía seguir su vida acostumbrada: por la mañana, el tráfico de su dirección; por la tarde, la Bolsa; por la noche, las invitaciones á comer, las primeras representaciones, una vida de placeres, las mujeres de teatro de las que ella no estaba celosa. Y, sin embargo, notaba un nuevo interés en él, una cosa que le robaba horas ocupadas antes de otro

modo, sin duda aquella mujer, citas en cualquier lugar que ella se prohibía conocer. Esto la volvía suspicaz y desconfiada, y se ponía, á pesar suyo, á «hacer el gendarme», como decía su hermano riendo, hasta á propósito de los asuntos del Universal que había dejado de vigilar, tan grande se había hecho en un momento su confianza. Chocábanle y le daban pena ciertas irregularidades. Pero se sorprendía de burlarse de ello en el fondo, de no encontrar la fuerza de hablar ni de obrar; de tal modo ocupaba su corazón una sola angustia: aquella traición que habría querido aceptar y que la ahogaba. Y avergonzada, al sentir que de nuevo le acudían las lágrimas, ocultó las estampas, con el sentimiento mortal de no poder ir á arrodillarse y buscar consuelo en una iglesia, llorando, durante horas, todas las lágrimas de su cuerpo.

Hacia diez minutos que Carolina, calmada, redactaba otra vez su Memoria, cuando el ayuda de cámara llegó á decirle que Carlos, un cochero despedido la víspera, quería absolutamente hablar á la señora. Había sido Saccard quien, después de contratarlo él mismo, lo sorprendió robando en la avena. Vacilaba, pero consintió al fin en recibirlo.

Alto, buen mozo, muy afeitado, meciendo su cuerpo con el aire seguro y fátuo de los hombres pagados por mujeres, Carlos se presentó insolentemente.

—Señora, vengo por las dos camisas que me

ha perdido la lavandera y que no quiere pagar-
mela. Sin duda, la señora comprende que yo no
puedo pasar por tal pérdida.... Y como la señora
es responsable, quiero que la señora me abone
mis camisas.... Sí, quiero quince francos.

En estas cuestiones de la casa, Carolina era
muy severa. Acaso habría dado los quince fran-
cos por evitar toda discusión; pero le irritó la
desvergüenza de aquel hombre, cogido la vis-
pera *in fraganti*.

—No os debo nada, y no os daré ni un cénti-
mo.... Por lo demás, el señor me ha puesto en
guardia, y me ha prohibido absolutamente hacer
nada por vos.

Entonces, Carlos avanzó amenazador.

—¡Ah! El señor ha dicho eso, y ha hecho mal,
porque vamos á reir.... No soy tan tonto que no
haya notado que la señora era la querida....

Enrojeciendo, levantóse Carolina, como para
echarlo. Pero, sin darle tiempo, él continuó en
voz más alta:

—Y acaso le gustará á la señora saber adonde
va el señor, de cuatro á seis, dos ó tres veces por
semana, cuando está seguro de encontrar á la
persona sola....

Carolina se había puesto bruscamente muy
pálida, toda su sangre se le agolpaba al corazón.
Con un gesto violento, intentó volverle á la gar-
ganta aquellos informes que ella evitaba saber
hacia dos meses.

—Os prohibo....

Pero él gritaba más fuerte que ella.

—Es la señora baronesa Sandorff.... El señor
Delcambre la entretiene, y ha alquilado, para
mayor comodidad, un pisito bajo en la calle
Caumartin, casi en la esquina de la calle de San
Nicolás, donde hay una frutería.... Y el señor va
allí á ocupar el sitio todavía caliente....

Carolina hubiese alargado el brazo á la cam-
panilla para que echasen aquel hombre á la calle,
pero él habría continuado seguramente delante
de los criados.

—¡Oh, cuando digo caliente!.... Tengo allí
una amiga, Clarisa, la doncella, que los ha visto
juntos, y que ha visto á su querida, un verda-
dero pedazo de hielo, hacerle una porción de
porquerías....

—¡Callaos, desdichado!.... ¡Tomad, tomad
vuestros quince francos!

Y, con un gesto de invencible repugnancia,
le entregó el dinero, comprendiendo que ésta
era la única manera de despedirlo. Inmediata-
mente, en efecto, recobró Carlos sus buenos
modos.

—Yo no quiero más que el bien de la seño-
ra.... La casa donde hay una frutería. La esca-
lera al fondo del patio.... Hoy es jueves, son
las cuatro, y si la señora quiere sorprender-
los....

Ella lo empujaba hacia la puerta sin despe-
gar los labios, lívida.

—Tanto más, cuanto que hoy asistiría la se-

hora á algo gracioso. Pues no, que Clarisa se iba á quedar allí. Y cuando se ha tenido buenos años, se les deja un pequeño recuerdo, ¿verdad? Buenas tardes, señora.

Al fin se fué. Carolina permaneció algunos segundos inmóvil, tratando de comprender qué escena era la que amenazaba á Saccard. Luego, sin fuerzas, con un prolongado gemido, fué á caer sobre su mesa de trabajo; y las lágrimas que hacía tanto tiempo la ahogaban, brotaron al fin.

Aquella Clarisa, una mozueta rubia, acababa sencillamente de hacer traición á su ama, ofreciendo á Delcambre el sorprenderla con otro hombre en la habitación misma que él pagaba. Había exigido al principio quinientos francos; pero, como él era muy avaro, tuvo que contentarse, después de mucho regateo, con doscientos, pagaderos en el momento en que ella le abriera la puerta de su alcoba, una pequeña pieza detrás del tocador. La baronesa la había tomado por cierta delicadeza, para no confiar el cuidado del cuarto á la portera. Casi siempre vivía ociosa, no teniendo nada que hacer entre las citas, en el fondo de aquella habitación vacía, de donde desaparecía, por lo demás, así que llegaban Saccard ó Delcambre. En aquella casa conoció á Carlos, que durante mucho tiempo había ido por las noches á ocupar con ella el gran lecho de los años, revuelto aún por el libertinaje del día; y hasta había sido ella quien lo reco-

mendó. Saccard como un buen sujeto muy honrado. Desde que lo despidieron, compartía con él su rencor; tanto más, cuanto que su ama le hacía «porquerías» y que contaba con una colocación donde ganaría cinco francos más al mes. Al pronto, Carlos quiso escribir al barón Sandorff; pero ella había encontrado más gracioso y más lucrativo organizar una sorpresa con Delcambre. Y aquel jueves, teniendo todo preparado para el gran golpe, esperaba.

A las cuatro, cuando llegó Saccard, la baronesa estaba ya tendida sobre la *chaise-longue*, delante del fuego. Tenía la costumbre de ser muy exacta, como mujer de negocios que conoce el valor del tiempo. Las primeras veces había tenido él la desilusión de no encontrar la amante ardiente que esperaba en aquella mujer tan morena, ojerosa, de provocativo aspecto de bacante en delirio. Parecía de mármol, fatigada de su inútil esfuerzo en busca de una sensación que no llegaba, dominada enteramente por el juego, cuyas ansias al menos le encendían la sangre. Después, habiéndola sentido curiosa, sin repugnancia, resignada á la náusea, si creía encontrar en ésta un estremecimiento, la había depravado, obteniendo de ella todas las caricias. Ella hablaba de Bolsa y le sacaba informes; y como, por la ayuda indudable del azar, ganaba desde que se había relacionado con él, trataba en cierto modo á Saccard como si fuera un fetiche, el objeto recogido en la calle, que se guarda y se besa,

aun siendo sucio, por la suerte que os trae.

Clarisa había encendido tan gran fuego aquel día, que no se fueron á la cama; por un refinamiento se quedaron junto á las llamas en la *chaise longue*. En la calle iba á oscurecer. Pero las maderas estaban cerradas, las cortinas cuidadosamente corridas, y dos grandes lámparas, con bombas deslustradas, sin pantalla, los iluminaban con una luz cruda.

Apenas había entrado Saccard, cuando Delcambre, á su vez, bajó del carruaje. El procurador general Delcambre, ligado personalmente con el Emperador, á punto de ser ministro, era un hombre delgado y amarillo, de cincuenta años, de alta estatura solemne, de rostro afeitado, surcado por profundos pliegues, de una austera severidad. Su nariz dura, de pico de águila, parecía sin desfallecimiento y sin perdón. Y cuando subió la escalera con su paso ordinario, mesurado y grave, tenía toda su dignidad, su aspecto frío de los grandes días de audiencia. Nadie lo conocía en la casa, á donde apenas iba más que ya caída la noche.

Clarisa lo esperaba en la estrecha antecámara.

—Si el señor quiere seguirme, recomiendo al señor que no haga ruido.

El vacilaba: ¿por qué no entrar por la puerta que daba paso directamente á la alcoba? Pero, en voz muy baja, explicóle ella que seguramente estaría echado el cerrojo, que habría que romperlo todo, y que la señora, advertida, tendría

tiempo de ponerse en orden. ¡No! Lo que ella quería era llevarlo á sorprenderla tal como ella la había visto un día, mirando por el ojo de la cerradura. Para esto había imaginado una cosa bien sencilla. Su alcoba comunicaba con el tocador por una puerta cerrada ahora con llave; y como ésta había sido echada al fondo de un cajón, Clarisa no había tenido más que cogerla y abrir; de modo que, gracias á aquella puerta condenada, olvidada, se podía entrar sin ruido en el tocador, separado de la alcoba sólo por una cortina. Seguramente, la señora no esperaba á nadie por este lado.

—Confíe en mí el señor. ¿No tengo yo interés en el buen resultado?

Deslizóse por la puerta entreabierta y desapareció un instante, dejando á Delcambre solo en su estrecha alcoba de criada, con la cama deshecha y el cubo del agua sucia, y de donde había sacado su baul por la mañana para escapar así que diese el golpe. Volvió á poco, y cerró dulcemente tras sí la puerta.

—Es preciso que el señor espere un instante. Aún no es la ocasión. Están hablando.

Delcambre se mantenía digno, sin decir una palabra, en pie é inmóvil, bajo las miradas vagamente burlonas de aquella muchacha. Cansábase, sin embargo; se contraía la mitad izquierda de su cara con un estremecimiento nervioso, en la rabia contenida que subía á su cráneo á oleadas. El macho furioso, de apetitos de ogro, que

había escondido en él detrás de la glacial severidad de su máscara profesional, comenzaba a gruñir sordamente, irritado por el olor de aquella carne que le robaban.

—Despachemos pronto, despachemos pronto —repetía sin saber lo que decía, temblándole las manos.

Clarisa, que había desaparecido de nuevo, volvió con un dedo en los labios, rogándole que tuviera paciencia.

—Sed razonable, señor; si no perderéis lo más hermoso..... Dentro de un momento la cosa estará en su lleno.

Y Delcambre, con las piernas destrozadas bruscamente, tuvo necesidad de sentarse en la pequeña cama de la criada. Caía la noche, y permaneció así en la sombra, mientras que la doncella, esenchando, no perdía ninguno de los ligeros ruidos que venían del tocador, y que él oía decuplicados por el zumbar de sus oídos, de tal modo que le parecían el pataleo de un ejército en marcha.

Al fin sintió la mano de Clarisa palpando á lo largo de su brazo. Comprendió, y le entregó, sin una palabra, un sobre donde había metido los doscientos francos ofrecidos. Y ella avanzó la primera, separó la cortina del gabinete y le empujó á la alcoba, diciendo:

—¡Ahí están! ¡Miradlos!

Delante del gran fuego de ardientes brasas, Saccard estaba tendido de espaldas en el borde

de la *chaise-longue*, no habiendo conservado más que la camisa, que, arrollada y subida hasta los sobacos, descubría, de los pies á los hombros, su piel morena invadida con la edad por un pelo de bestia; mientras que la baronesa, del todo desnuda, sin camisa siquiera, enteramente rosada por las llamas que la cocían, estaba arrodillada, medio revolcándose sobre él, con la boca pegada á su carne; y las dos grandes lámparas los iluminaban con una claridad tan viva, que los menores detalles del monstruoso ayuntamiento acusábanse con un poderoso relieve.

Con la boca abierta, sofocado por aquel flagrante delito anormal, Delcambre se había parado, mientras que los otros dos, como heridos por un rayo, atontados de ver entrar aquel hombre por el gabinete, no se movían, con los ojos desmesuradamente abiertos y extraviados; él siempre tendido, ella con la cabeza simplemente levantada y los labios temblorosos.

—¡Ah, cochinos!—baluceó al fin el procurador general.—¡Cochinos! ¡Cochinos!

No encontraba otra palabra, y la repetía sin fin, acentuándola con el mismo gesto nervioso, para darle más fuerza. Entonces la mujer se levantó de un salto, enloquecida por su desnudez; girando sobre sí misma, buscando sus vestidos que había dejado en el tocador, á donde no podía ir á cogerlos por estar la puerta obstruida; y encontrando una enagua que había quedado allí, se cubrió con ella los hombros, cogiendo las cintas

con los dientes á fin de apretarla más alrededor de su cuello contra su pecho. El hombre, que también había dejado la *chaise-longue*, se bajó la camisa con aire de gran contrariedad.

—¡Cochinos!—seguía diciendo Delcambre.—

¡Cochinos! ¡Y en este cuarto que pago yo!

Y enseñando el puño á Saccard, arrebatándose más y más á la idea de que aquellas suciedades se hacían sobre un mueble comprado con su dinero, deliraba.

—¡Estáis en mi casa, cochino, y esa mujer es mía! ¡Sois un cochino y un ladrón!

Saccard, que no se irritaba, habría querido calmarlo, muy cohibido por encontrarse de aquel modo en camisa, y muy contrariado con la aventura. Pero aquella palabra de ladrón le llegó á lo vivo.

—¡Caramba, caballero—respondió—cuando se quiere tener una mujer para sí solo, se comienza por darle aquello de que tiene necesidad!

Esta alusión á su avaricia acabó de irritar á Delcambre. Estaba desconocido, espantoso, como si el cabrón humano, todo el priapo oculto le brotase de la piel. Aquel rostro tan digno y tan frío, había enrojecido bruscamente y se hinchara, se ponía tumefacto, avanzaba como un furioso mascarón. La ira soltaba la bestia carnal en el horrible dolor de aquel fango removido.

—¡Necesidad, necesidad!—balbuceaba—necesidad de lodo... ¡Ah, perdida!

Y se volvió hacia la baronesa con un gesto

tan violento, que ella tuvo miedo. Se había quedado en pie, inmóvil, no pudiendo conseguir taparse el pecho con la enagua, sino dejando descubiertos el vientre y los muslos. Entonces, comprendiendo que aquella desnudez culpable, mostrada así, lo exasperaba más, retrocedió hasta una silla y se sentó apretando las piernas y subiendo las rodillas de manera á ocultar todo lo que podía. Y se quedó allí, sin un gesto, sin una palabra, la cabeza un poco baja, mirando de reojo la batalla, como hembra que se disputan los machos y que aguarda para ser del vencedor.

Saccard se había puesto valerosamente delante de ella.

—¡Supongo que no iréis á pegarle!

Los dos hombres se encontraron frente á frente.

—En fin, caballero—añadió—es preciso acabar. No podemos disputar como cocheros.... Es cierto, soy el amante de esta señora. Y os repito que si vos habéis pagado los muebles que hay aquí, yo he pagado....

—¿Qué?

—Muchas cosas: por ejemplo, el otro día, los diez mil francos de su antigua cuenta en casa de Mazand, que os habíais negado en absoluto á pagar.... Tengo tantos derechos como vos. Cochino.... ¡es posible! Pero ladrón.... ¡ah, eso no! Vais á retirar la palabra.

Delcambre, fuera de sí, gritó:

— ¡Sois un ladrón, y os voy á romper la cara si no os vais al instante!

Pero Saccard se irritaba á su vez; y mientras se ponía el pantalón contestó:

— ¡Ea, ya me vais cargando! Me iré si quiero.... ¡No seréis vos quien me asuste, so mandría!

Y así que se hubo puesto sus botinas, pateó con resolución en la alfombra, diciendo:

— ¡Ahora, me quedo!

Ahogándose de rabia se adelantó Delcambre, avanzando su cara descompuesta.

— ¡Cochino! ¿Quieres irte?

— ¡No antes que tú, viejo asqueroso!

— ¿Y si te pongo la mano en la cara?

— ¡Te pondré el pie en cierta parte!

Nariz con nariz y enseñando los dientes, aullaban. Olvidados de sí mismos, en aquella pérdida de su educación, en aquella oleada de fango en que se disputaban su hembra, el magistrado y el financiero acabaron en una pelea de carreteros borrachos, de palabras abominables, que se arrojaban con un ansia creciente de basura, como salivajos. Sus voces se ahogaban en sus gaingantas, sus bocas babeaban lodo.

La baronesa seguía en su silla aguardando á que el uno de ellos hubiera echado al otro fuera. Y, tranquila ya, arreglando el porvenir, no sentía ya contrariedad más que por la presencia de la doncella, á quien adivinaba detrás de la cortina del tocador, y que se había quedado allí

para hacerse un poco de buena sangre. En efecto, habiendo alargado la cabeza aquella muchacha con una sonrisilla de satisfacción al oír á aquellos señores decirse cosas tan repugnantes, viéronse las dos mujeres, el ama acurrucada y desnuda, la criada erguida y correcta con su cuellecillo liso; y ambas cambiaron una mirada flameante, la rabia secular de las rivales, en esa igualdad de las duquesas y las vaqueras cuando están en cueros.

También Saccard había visto á Clarisa. Acababa de vestirse violentamente, poníase el chaleco y volvía á lanzar una injuria al rostro de Delcambre; pasaba la manga izquierda de su levita y lanzaba otra, pasaba la manga derecha y encontraba otras y otras más, á cubos llenos, á puñados. De pronto exclamó para terminar:

— ¡Venid acá, Clarisa!... Abrid las puertas, abrid las ventanas, para que toda la casa y toda la calle se enteren.... El señor procurador general quiere que se sepa que está aquí, y yo voy á darlo á conocer.

Delcambre retrocedió palideciendo, al verlo dirigirse á una de las ventanas, como si quisiera descorrer las cortinas. Aquel terrible hombre era muy capaz de ejecutar su amenaza, él que se burlaba del escándalo.

— ¡Ah, canalla, canalla!—murmuró el magistrado.—Hacéis buena pareja, vos y esa mujerzuela. Os la dejo.

— ¡Eso, largaos! No se os necesita.... Al me-

nos serán pagadas sus facturas, y no llorará más miserias..... ¡Tomad! ¿Queréis con qué pagar el ómnibus?

A aquel insulto, Delcambre se detuvo un instante en el dintel del tocador. Había recobrado su alta talla delgada y su faz descolorida surcada de pliegues rígidos. Extendió el brazo é hizo un juramento.

—Yo os juro que me pagaréis todo esto..... ¡Oh, ya os volveré á encontrar, llevad cuidado!

Y desapareció. Detrás de él oyóse la huída de una falda: era la doncella que, por temor á una explicación, se escapaba, muy contenta á la idea de la broma que les había jugado.

Saccard, nervioso todavía, pateando, fué á cerrar las puertas, y volvió á la alcoba, donde había quedado la baronesa clavada en su silla. Dió unos cuantos paseos, echó á la chimenea un tizón que se salía, y reparando entonces en ella, viéndola de aquel modo tan singular y tan poco cubierta, con la enagua por los hombros, mostróse muy cariñoso.

—Vamos, vestíos, querida mía..... Y no os emocionéis. Todo esto no significa nada, nada absolutamente..... Volveremos á vernos aquí pasado mañana para arreglarnos, ¿verdad? Ahora es preciso que yo me vaya, tengo una cita con Huret.

Y, cuando ella se ponía al fin la camisa, salió, y desde el recibimiento le dijo:

—Sobre todo, si compráis fondos italianos,

nada de tonterías. No los toméis sino con prima.

Mientras sucedía esto, á la misma hora, Carolina, con la cabeza inclinada sobre la mesa de trabajo, sollozaba. La brutal noticia del cochero, aquella traición de Saccard que ya no podía desconocer en adelante, agitaba en ella todas las sospechas, todos los temores que había querido desvanecer. Estaba obligada á la tranquilidad y á la esperanza, en lo que se refería á los negocios del Universal, cómplice, por la ceguedad de su ternura, de lo que no se le decía, de lo que no trataba de saber. Reprochábase ahora con un violento remordimiento la carta tranquilizadora que había escrito á su hermano con ocasión de la última junta general, porque sabía, desde que sus celos le abrían de nuevo ojos y oídos, que las irregularidades continuaban y se agravaban sin cesar: la cuenta de Sabatani había crecido, y la sociedad jugaba cada vez más bajo el nombre de este testaferro, sin hablar de los reclamos enormes y mentirosos, de los cimientos de arena y de barro que se ponía al colosal edificio, cuya subida tan pronta como milagrosa le daba más terror que alegría. Lo que la angustiaba sobre todo, era aquella marcha terrible, aquel galope continuo con que llevaban el Universal, semejante á una máquina atestada de carbón y lanzada sobre diabólicos rails, hasta que todo estallara y saltara en un choque supremo. No era una cándida, una tonta á quien pudieran engañar: aun ignorante de la técnica de las opera-

ciones de banca, comprendía perfectamente las razones de aquel trasiego, de aquella fiebre destinada á embriagar á la multitud, á arrastrarla en aquella epidémica locura de la danza de los millones. Cada mañana debía traer su crisis; había que hacer creer siempre en más éxitos, en rejillas monumentales, rejillas encantadas que absorbían ríos para devolver ríos, océanos de oro. Su pobre hermano, tan crédulo, seducido, arrastrado, iba á verse traicionado por ella, abandonado á aquella ola que amenazaba anegarlos á todos un día? Desesperábase de su inacción y de su impotencia.

Entretanto, el crepúsculo llenaba de sombras la sala de los planos, que ni aun iluminaba con un reflejo la chimenea apagada; y en aquellas tinieblas crecientes, Carolina lloraba con más fuerza. Era una cobardía llorar de aquel modo, porque comprendía bien que tantas lágrimas no nacían de su inquietud por los negocios del Universal. Ciertamente, era Saccard solo quien excitaba el terrible galope y fustigaba á la bestia con una ferocidad, una inconsciencia moral, á riesgo de matarla. El era el único culpable, y ella se estremecía al tratar de leer en él, en aquella obscura alma de hombre de dinero que se desconocía á sí mismo, en la que una sombra ocultaba á otra sombra, el infinito fangoso de todas las ruinas. Lo que ella no distinguía allí todavía claramente, lo sospechaba y le hacía temblar. Pero el lento descubrimiento de tantas

llagas, el temor de una catástrofe posible, no la habrían echado así sobre aquella mesa, llorando y sin fuerzas; por el contrario, le habrían hecho erguirse con el ansia de lucha y de remedio. Se conocía; era una guerrera. ¡No! Si sollozaba tan fuerte como una débil niña, era porque amaba á Saccard, y porque Saccard, á aquella misma hora, se encontraba con otra mujer. Y esta confesión que se veía obligada á hacerse, la llenaba de vergüenza y redoblaba su llanto hasta el punto de ahogarla.

—¡Haber perdido la dignidad, Dios mío!— balbuceaba en alta voz.—¡Ser frágil y miserable hasta este punto! ¡No poder cuando se quiere!

En aquel momento sintió el asombro de oír una voz en la habitación oscura. Era Máximo que, como íntimo de la casa, acababa de entrar.

—¡Cómo! ¡Estáis sin luz, y lloráis!

Confusa por haber sido sorprendida así, esforzóse por dominar sus sollozos, mientras que él añadió:

—Dispensadme; creí que mi padre habría vuelto de la Bolsa..... Una señora me ha rogado que se lo llevase á comer.

Entró el criado con una lámpara, y se retiró después de colocarla sobre la mesa. Toda la vasta pieza estaba iluminada con la serena luz que caía de la pantalla.

—Esto no es nada—dijo Carolina—una aprensión de mujer, y eso que soy tan poco nerviosa.

Y, con los ojos secos y el busto erguido, sonreía ya con su hermosa bravura de combatiente. Miróla Máximo un instante, tan fieramente erguida, con sus grandes ojos claros, sus fuertes labios, su rostro de bondad viril que la espesa corona de sus cabellos blancos había dulcificado y llenado de un gran encanto; y encontrábala joven todavía, toda blanca, los dientes igualmente blancos, una mujer adorable, hermosa. Después pensó en su padre, y se encogió de hombros con despreciativa lástima.

—¿Verdad que es él quien os pone en ese estado?

Carolina quiso negar, pero se ahogaba, las lágrimas volvían á sus ojos.

—¡Ah, pobre señora mía! Ya os decía yo que os hacíais ilusiones respecto de papá, y que seríais mal recompensada..... ¡Era fatal que os devorara á vos también!

Entonces se acordó ella del día en que había ido á pedirle los dos mil francos para el negocio de Víctor. ¿No le había él prometido que hablaría cuando ella quisiera saber? ¿No se presentaba ahora la ocasión de saber el pasado preguntándole? Y una necesidad irresistible la impulsaba á ello: ahora que había comenzado á descender, necesitaba llegar hasta el fondo. Esto sólo era lo bravo, digno de ella y útil para todos.

Pero esta información le repugnaba, y tomó un rodeo haciendo como que cambiaba de conversación.

—Sigo debiéndooos los dos mil francos. ¿No estáis disgustado porque os hago esperar?

Máximo hizo un gesto, como para darle todo el tiempo necesario. Después dijo de pronto:

—A propósito, ¿y mi hermanito, aquel monstruo?

—Me tiene muy afligida; todavía no he dicho nada á vuestro padre..... ¡Deseo tanto descortezar á ese pobre ser, para que se le pueda amar!

Le produjo inquietud una sonrisa de Máximo, y como le interrogase con los ojos:

—¡Caramba! Me parece que os tomáis en ese punto un cuidado bien inútil. Papá apreciará apenas todo ese trabajo..... ¡He visto tanto en punto á disgustos de familia!

Carolina mirábalo siempre tan correcto en su egoísta disfrute de la vida, tan lindamente desilusionado acerca de los lazos humanos, hasta de los que crea el placer, y lo vió sonreír como paladeando la oculta malignidad de su última frase. Tuvo conciencia de que tocaba al secreto de aquellos dos hombres.

—¿Perdisteis á vuestra madre muy pronto?

—Sí, apenas la he conocido..... Estaba yo todavía en el colegio, en Plassans, cuando ella murió aquí, en París..... Nuestro tío, el doctor Pascal, se quedó allí con mi hermana Clotilde, á quien no he vuelto á ver más que una vez.

—¿Pero vuestro padre se volvió á casar?

Máximo vaciló. Por sus ojos tan claros, tan

faltos de expresión, había pasado una nube rojiza.

—¡Oh! sí, sí; se volvió á casar..... Con la hija de un magistrado; una Beraud del Chatel..... Renata; no una madre para mí, una buena amiga.....

Y sentándose cerca de Carolina con un movimiento familiar, añadió:

—Mirad, hay que comprender á papá. No es, ¡Dios mío! peor que los demás. Sólo que sus hijos, sus mujeres, todo lo que le rodea, es para él después que el dinero..... ¡Oh! entendámonos, no ama el dinero como avaro, para amontonarlo, para guardarlo en su cueva. ¡No! Si quiere sacarlo de todas partes, si lo hace brotar de no importa qué fuentes, es para verlo correr en su casa á ríos, por todos los goces que le proporciona, de lujo, de placeres, de poder..... ¿Qué queréis? Eso está en la masa de su sangre. Sería capaz de vendernos á vos, á mi, á cualquiera, si esto entrase en alguno de sus negocios. Y eso, como hombre inconsciente y superior, porque es verdaderamente el poeta del millón; de tal modo el dinero lo vuelve loco y canalla; ¡oh! canalla en lo muy grande.

Esto es lo que Carolina había comprendido, y escuchaba á Máximo aprobando con un movimiento de cabeza. ¡Ah, el dinero, ese dinero corruptor, emponzoñador, que secaba las almas, quitándoles la bondad, la ternura, el amor á los demás! Sólo él era el gran culpable, el causante

de todas las crueldades, de todas las impurezas humanas. En aquel momento ella lo maldecía, lo execraba, en la indignación de su nobleza y de su rectitud de mujer. Si con un gesto hubiera podido, habría aniquilado todo el dinero del mundo, como se aplastaría el mal con el talón para librar de él á la tierra.

—¿Y vuestro padre se volvió á casar?—repitió después de una pausa, con voz lenta y turbada, en un confuso despertar de recuerdos.

¿Quién había hecho alusión delante de ella á aquella historia? No lo habría podido decir sin duda una mujer, alguna amiga, en los primeros tiempos de su instalación en la calle de San Lázaro, cuando el nuevo inquilino había ido á habitar el primer piso. ¿No se trataba de un matrimonio de dinero, de alguna venta vergonzosa? Y más tarde, ¿no había entrado tranquilamente en el matrimonio el crimen, tolerado y viviente allí, un adulterio monstruoso, lindante con el incesto?

—Renata—siguió Máximo en voz muy baja, como á pesar suyo—sólo tenía algunos años más que yo.....

Había levantado la cabeza y miraba á Carolina; y en un súbito abandono, con una confianza no razonada en aquella mujer tan sana y tan discreta, contó el pasado, no en frases seguidas, sino á trozos, por confidencias incompletas, como involuntarias, que ella debía unir. ¿Satisfacía con esto un antiguo rencor contra su padre,

aquella rivalidad que había existido entre ellos, que los hacía extraños, todavía hoy, sin intereses comunes? No lo acusaba, parecía incapaz de cólera; pero su risita llegaba al sarcasmo, hablaba de aquellas abominaciones con la alegría maligna y burlona de mancharlo, al remover tantas villanías.

Y así fué cómo supo Carolina por completo la horrible historia: Saccard vendiendo su nombre, casándose por dinero con una joven seducida; Saccard, por el dinero, y su vida loca y ruidosa, acabando de trastornar á aquella niña grande, enferma; Saccard, en un apuro de dinero, teniendo que conseguir de ella una firma, tolerando en su casa los amores de su mujer y de su hijo, cerrando los ojos como buen patriarca que quiere que todo el mundo se divierta. ¡El dinero, el dinero rey, el dinero Dios, por encima de la sangre, por encima de las lágrimas, adorado más alto que los vanos escrúpulos humanos, en lo infinito de su poder! Y á medida que el dinero crecía y que Saccard se le revelaba con aquella diabólica grandeza, Carolina veíase acometida por un verdadero espanto, helada, trastornada, á la idea de que ella también pertenecía al monstruo después de tantas otras.

—Esto es lo que hay—dijo Máximo concluyendo.—Me dais lástima, y vale más que estéis prevenida.... Y que esto no os haga reñir con mi padre. Lo sentiría, porque seríais vos quien llorara, y no él.... ¿Comprendéis ahora

por qué no quiero prestarle ni un céntimo?

Como Carolina no contestaba nada, oprimida la garganta, herida en el corazón, él se levantó, se miró al espejo, con la tranquilidad de un hombre seguro de su corrección en la vida, y luego volvió delante de ella.

—¿Verdad que estas cosas os envejecen de prisa?.... Yo me he ordenado pronto: me casé con una joven que estaba enferma y que murió, y juro que no volveré á cometer más tonterías... ¡No! Y mirad, papá es incorregible porque no tiene sentido moral.

Le cogió una mano y la conservó un momento entre las suyas, sintiéndola completamente fría.

—Me voy, puesto que no vuelve.... ¡Pero no os aflijáis! ¡Y yo que os creía tan fuerte! Y dadme las gracias, porque sólo hay una cosa tonta: ser engañado.

Al fin se iba, pero se detuvo en la puerta y añadió riendo:

—Se me olvidaba: decidle que la señora de Jeumont quiere que vaya á comer con ella... Ya sabéis, la señora de Jeumont, la que ha dormido con el emperador por cien mil francos.... Y no tengáis temor, porque por loco que siga siendo papá, me atrevo á creer que no es capaz de pagar una mujer en ese precio.

Al quedar sola Carolina, no se movió. Permanecía aniquilada en su silla, en la vasta pieza, sumida en un abrumador silencio, mirando fijamente la lámpara, con los ojos muy abiertos,

Aquello era como un brusco desgarramiento del velo: lo que no había querido distinguir claramente hasta entonces, lo que no hacía más que sospechar temblando, lo veía en aquel momento en su espantosa crudeza, sin excusa posible. Veía á Saccard al desnudo, aquella alma estragada de un hombre de dinero, complicada y turbia en su descomposición. Para él no había, en efecto, ni lazos, ni vallas, yendo á sus apetitos con el instinto desencadenado del hombre que no conoce otro límite que su impotencia. Había partido su mujer con su hijo, vendido á su hijo, vendido á su mujer, vendido á todos los que habían caído bajo su mano; se había vendido él mismo, y la vendería á ella también, y á su hermano, y acuñaría moneda con sus corazones y sus cerebros. No era más que un monedero que fundía las cosas y los seres para sacar de ellos dinero. En un instante de lucidez vió ella el Universal sudando dinero por todas partes, un lago, un océano de dinero en medio del cual se derrumbaba, á un golpe de pico, la casa con un crujido espantoso. ¡Ah, el dinero, el horrible dinero que mancha y devora!

Carolina se levantó con un movimiento de arrebato. ¡No, no! Aquello era monstruoso, todo había acabado, ella no podía continuar con aquel hombre. Le habría perdonado su traición; pero aquella antigua basura la descorazonaba, y llenábase de terror ante la amenaza de los crímenes posibles del día siguiente. Tenía que par-

tir á escape, si no quería ser ella misma salpicada de lodo, aplastada bajo los escombros. Y sentía la necesidad de ir lejos, muy lejos, de reunirse con su hermano en el fondo del Oriente, más todavía para desaparecer que para advertirle. ¡Partir, partir en seguida! No eran todavía las seis, podía tomar el tren rápido de Marsella á las siete cincuenta y cinco, porque le parecía superior á sus fuerzas volver á ver á Saccard. Sus compras las haría en Marsella antes de embarcarse. Nada más que un poco de ropa blanca en una maleta, un traje de repuesto, y partiría. En un cuarto de hora estaría presta. Después la detuvo un instante la vista de su trabajo sobre la mesa, la Memoria comenzada. ¿Para qué llevarse aquello, puesto que todo debía derrumbarse, podrido por la base? Sin embargo, se puso á arreglar con cuidado los documentos, las notas, por una costumbre de mujer ordenada, que no quería dejar nada en desorden detrás de sí. Aquel trabajo la ocupó algunos minutos y calmó la primera fiebre de su decisión. Y ya en plena posesión de sí misma, daba una última ojeada á la habitación antes de abandonarla, cuando el ayuda de cámara apareció y le entregó un paquete de periódicos y de cartas.

De un vistazo maquinal miró Carolina los sobres, y en el montón, reconoció una carta de su hermano, dirigida á ella. Venía de Damasco, donde se encontraba entonces Hamelin estudiando el enlace de aquella ciudad con Beirut. Al

principio comenzó á recorrerla, en pie, cerca de la lámpara, prometiéndose hacerlo despacio más tarde en el tren. Pero la detenía cada frase, no podía saltar ni una palabra, y acabó por volver á sentarse delante de la mesa y entregarse por completo á la lectura apasionada de aquella larga carta, que tenía doce páginas.

Precisamente estaba Hamelin en uno de sus días alegres. Daba las gracias á su hermana por las buenas noticias que le había enviado de París, y le comunicaba mejores noticias de allá, porque todo marchaba á pedir de boca. El primer balance de la Compañía general de Vapores reunidos se anunciaba soberbio, los nuevos transportes realizaban grandes ingresos, gracias á su perfecta instalación y á su mayor velocidad. Bromeando, decía que se viajaba por placer, y mostraba los puertos de aquella costa invadidos por el viejo mundo de Occidente, contando que no podía dar un paso por los caminos extraviados sin tropezar con algún parisién del boulevard. Aquello era realmente, como lo había él previsto, el Oriente abierto á la Francia. Bien pronto surgirían poblaciones en las fértiles laderas del Líbano. Pero sobre todo, hacía una pintura muy animada de la apartada garganta del Carmelo, donde la mina de plata estaba en plena explotación. El sitio salvaje se humanizaba, habían descubierto fuentes en el gigantesco derrumbamiento de rocas que cerraba el valle por el Norte; y roturaban campos, el trigo reem-

plazaba á los lentiscos, mientras que se había edificado toda una aldea cerca de la mina; al principio simples cabañas de madera, barracas para cobijar á los obreros, ahora casitas de piedra con jardines, un comienzo de ciudad que iría aumentando mientras no se agotasen los filones. Había allí ya cerca de quinientos habitantes, y acababa de construirse una carretera que ponía en comunicación la aldea con San Juan de Acre. De la mañana á la noche rugían las máquinas de extracción, crujían los carros al chasquido de los sonoros látigos, cantaban las mujeres, jugaban y gritaban los niños, en aquel desierto, en aquel silencio de muerte donde, en otro tiempo, sólo las águilas dejaban oír el batir lento de sus alas. Y los mirtos y las retamas seguían embalsamando el tibio ambiente, de una pureza deliciosa. En fin, Hamelin hablaba también de la primera línea férrea que debía abrir, de Brusa á Beirut, por Angora y Alepo. Todas las formalidades estaban terminadas en Constantinopla, y ciertas dichosas modificaciones que había hecho en el trazado, para el paso difícil de las gargantas del Taurus, le encantaban; y hablaba de aquellas gargantas y de las llanuras que se extendían al pié de las montañas con el entusiasmo de un hombre de ciencia que había encontrado allí nuevas minas de carbón, y que creía ver el país cubrirse de fábricas. Estaban indicados los puntos por donde había de pasar la vía y elegidos los emplazamientos de las esta-

ciones, algunos en plena soledad: un pueblo aquí, un pueblo más lejos, por todas partes nacerían pueblos alrededor de las estaciones, en el cruce de los caminos naturales. Ya estaba sembrada la mies de los hombres y de las grandes cosas futuras, todo germinaría, aquello sería antes de algunos años un mundo nuevo. Y acababa enviando un tierno abrazo á su adorada hermana, feliz por asociarla á aquella resurrección de un pueblo, y diciéndole que ella tenía mucha parte en todo, ella que hacia tanto tiempo le ayudaba con su bravura y su hermosa salud.

Carolina había acabado la lectura, la carta seguía abierta sobre la mesa, y, con los ojos puestos otra vez en la lámpara, meditaba. Después, alzaronse maquinalmente sus miradas y dieron la vuelta á las paredes, deteniéndose en cada uno de los planos, en cada una de las acuarelas. En Beirut, el pabellón para el director de la Compañía de Vapores reunidos estaba á aquella hora construido, en medio de vastos almacenes. En el monte Carmelo, el fondo de aquella garganta salvaje, obstruido por las malezas y las piedras, poblábase, parecido al nido gigantesco de una población naciente. En el Taurus, aquellas nivelaciones, aquellos perfiles, cambiaban los horizontes, abrían un camino al libre comercio. Y ante ella, de aquellas hojas de líneas geométricas, de tintas lavadas, clavadas simplemente con cuatro puntas, surgía toda una evocación del

lejano país recorrido otras veces, tan amado por su hermoso cielo eternamente azul, por su tierra tan fértil. Veía otra vez los jardines escalonados de Beirut, los valles del Líbano con grandes bosques de olivos y de moreras, las llanuras de Antioquía y de Alepo, inmensos vergeles de frutos deliciosos. Volvía á verse con su hermano en continuas expediciones por aquella maravillosa comarca, cuyas incalculables riquezas se perdían ignoradas ó mal vendidas, sin caminos, sin industria, sin escuelas, en la pereza y la ignorancia. Pero, ahora, todo aquello se vivificaba á impulsos de una extraordinaria corriente de savia joven. La evocación de aquel Oriente del mañana, alzaba ya ante sus ojos ciudades prósperas, campiñas cultivadas, toda una humanidad dichosa. Y las veía, y oía el rumor del trabajo en los talleres, y convencíase de que aquella vieja tierra dormida, despertada al fin, acababa de entrar en la vida.

Entonces Carolina tuvo la brusca convicción de que el dinero era el estiércol en donde brotaba aquella humanidad futura. Acordábase de las frases de Saccard, de trozos de sus teorías sobre la especulación; y recordaba aquella idea de que sin la especulación no habría grandes empresas vivientes y fecundas, del mismo modo que no habría hijos sin la lujuria. Necesítase este exceso de la pasión, toda esta vida bajamente gastada y perdida, para la continuación misma de la vida. Sí, allá en Oriente, su hermano estaba contento

y cantaba victoria, en medio de los talleres que se organizaban, de las construcciones que surgían del suelo, era porque, en París, el dinero llovía, pudriéndolo todo, en un juego rabioso. El dinero, emponzoñador y destructor, convertíase en el fermento de toda vegetación social y servía de abono necesario á los grandes trabajos cuya ejecución aproximaría los pueblos y pacificaría la tierra. Ella había maldecido el dinero, pero ahora caía ante él con espantada admiración: ¿no era, él sólo, la fuerza que puede arrasar una montaña, cegar un brazo de mar, hacer la tierra habitable á los hombres, aliviados del trabajo, de hoy más simples conductores de máquinas? Todo el bien nacía de él que hacía todo el mal. Y no razonaba más, quebrantada hasta el fondo de su ser, decidida ya á no partir, puesto que el éxito parecía completo en Oriente y que la batalla era en París, pero incapaz todavía de calmarse, sangrando siempre su corazón.

Carolina se levantó y fué á apoyar su frente en el cristal de una de las ventanas que daban al jardín del hotel Beauvilliers. Había cerrado la noche, y no distinguía más que una débil claridad en la pequeña pieza apartada donde la condesa y su hija vivían para no estropear nada y no gastar fuego. Detrás de la delgada muselina de las cortinas, distinguía vagamente el perfil de la condesa, remendando ella misma alguna prenda de ropa, mientras que Alicia pintaba acuarelas, concluídas de prisa por docenas, para

venderlas en secreto. Habíales sucedido una desgracia, una enfermedad de su caballo, que durante dos semanas las había tenido sin salir de casa, empeñadas en que no las vieran á pie y no atreviéndose á pagar uno alquilado. Pero en aquella escasez tan heroicamente ocultada, alentaban ahora una esperanza, que les daba más valor, el alza continua de las acciones del Universal, aquella ganancia ya muy grande que veían resplandecer y caer como lluvia de oro el día en que vendieran al precio más alto. La condesa se prometía un traje completamente nuevo, y soñaba con dar dos comidas por mes en el invierno, sin ponerse para ello á pan y agua durante quince días. Alicia no reía ya, con su aire de indiferencia afectada, cuando su madre le hablaba de matrimonio, y la escuchaba con un ligero temblor de manos, comenzando á creer que aquello acaso se realizara, que ella podría tener también marido é hijos. Y Carolina, mirando lucir la pequeña lámpara que las alumbraba, sentía subir hasta ella una gran calma, un enternecimiento, impresionada al notar que también el dinero, nada más que una esperanza de dinero, bastaba para la dicha de aquellas pobres criaturas. Si las enriquecía Saccard, ¿no lo bendecirían? ¿no sería, para ellas dos, caritativo y bueno? ¿No está la bondad por todas partes, aun entre los peores, que son siempre buenos para alguien, que siempre tienen, en medio de la execración de una muchedumbre, humildes voces

aisladas que les dan las gracias y los adoran? Al hacerse esta reflexión, su pensamiento, mientras que sus ojos se cegaban en las tinieblas del jardín, volaba hacia la Obra del Trabajo. La víspera había distribuido allí, de parte de Saccard, juguetes y dulces, en celebración de su aniversario; y sonreía involuntariamente al recordar la ruidosa alegría de los niños. Hacía un mes que allí estaban más contentos de Víctor: había leído notas satisfactorias en casa de la princesa de Orviedo, con quien dos veces por semana hablaba largamente de la casa. Pero á aquella imagen de Víctor, que se le aparecía de pronto, asombrábase de haberlo olvidado, en su crisis de desesperación, cuando quería partir. ¿Habría podido abandonarlo, comprometer la buena acción realizada con tanto trabajo? Cada vez más penetrante, subía de la obscuridad de los grandes árboles una dulzura, una ola de abnegación inefable, de tolerancia divina que le ensanchaba el corazón; mientras que la pequeña lámpara de las señoras de Beauvilliers seguía brillando allá abajo como una estrella.

Cuando Carolina volvió á su mesa experimentó un ligero estremecimiento. ¿Qué era aquello? ¡Tenía frío! Y esto la alegró. ¡Ella que se vanagloriaba de pasar el invierno sin fuego! Estaba como al salir de un baño frío, rejuvenecida y fuerte, el pulso más tranquilo. Las mañanas en que se sentía con hermosa salud, encontrábase de aquel modo. Ocurriósele la idea de echar un

tronco en la chimenea; y, viendo que estaba apagado el fuego, se divirtió encendiéndolo ella misma, sin querer llamar al criado. De rodillas ante la chimenea, reíase á solas.... Y allí estuvo un instante feliz y sorprendida. Había pasado otra de sus grandes crisis, y esperaba de nuevo, ¿qué? seguía sin saber nada de ello, el eterno desconocido que había al fin de la vida, al fin de la humanidad. Vivir: esto debía bastar, para que la vida le trajese de continuo la curación de las heridas que la vida le hacía. Una vez más, recordó las desdichas de su existencia, su horrible matrimonio, su miseria en París, su abandono por el único hombre que había amado; y á cada derrumbamiento encontraba la vivaz energía, la alegría inmortal que la volvía á poner en pie, en medio de las ruinas. ¿No acababa de venirse todo abajo? Encontrábase sin sentir estimación por su amante, enfrente de su espantoso pasado, como las santas mujeres que se encuentran enfrente de inmundas llagas que curan día y noche, sin esperar cicatrizarlas nunca. Iba á seguir perteneciéndole, sabiendo que era de otras, no tratando siquiera de disputárselo. Iba á vivir en una hoguera, en la fragua sofocante de la especulación, bajo la amenaza incesante de una catástrofe final, donde su hermano podría dejar su honor y su sangre. Y á pesar de todo mostrábase erguida, casi sin preocuparse de ello, saboreando el hacer frente al peligro. ¿Por qué? Por nada razonablemente, ¡por el gusto de ser! Su hermano

se lo decía: era invencible por la esperanza.

Cuando volvió Saccard, vió á Carolina embobada en su trabajo, acabando, con su firme escritura, una página de la Memoria sobre los caminos de hierro de Oriente. Alzó ella la cabeza y le sonrió con aire tranquilo, mientras que él rozaba con los labios su hermosa y radiante cabellera blanca.

—¿Habéis andado mucho, amigo mío?

—¡Oh, he tenido mucho que hacer! He visto al ministro de Obras públicas, he tenido que buscar á Huret, y he vuelto al despacho del ministro donde no había más que un secretario..... Al fin he conseguido la promesa para lo de allá.

En efecto, desde que se separó de la baronesa no había parado un instante, entregado por completo á los negocios con su acostumbrado celo. Carolina le entregó la carta de Hamelin, que le encantó; y ella lo miraba entusiasmarse con el próximo triunfo, diciéndose que, en adelante, lo vigilaría decerca, para impedir las locuras indudables. Pero no conseguía ser severa con él.

—Vuestro hijo ha venido á invitaros en nombre de la señora de Jeumont.

Saccard exclamó:

—¡Pero si ella me ha escrito!..... Se me había olvidado deciros que yo iba allí esta noche..... Y me disgusta mucho, tan fatigado como estoy.

Y salió, después de haber besado otra vez sus blancos cabellos. Ella volvió á ponerse á trabajar, con su amistosa sonrisa, llena de indulgen-

cia. ¿No era ella solamente una amiga que se entregaba? Los celos le daban vergüenza, como si manchasen más aquellas relaciones. Quería ser superior á la angustia de compartir su cariño con otra amante, desprendida del egoísmo carnal del amor. Ser suya, saber que era de otras: esto no tenía importancia. Y, sin embargo, lo amaba con todo su corazón valeroso y lleno de caridad. Era el amor triunfante aquel vagamundo, aquel bandido del arroyo financiero, amado tan absolutamente por esta adorable mujer, porque lo veía, activo y valiente, crear un mundo, hacer vida.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1925 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1925 MONTERREY, MEXICO

VIII

La Exposición universal de 1867 fué inaugurada el 1.º de Abril, en medio de fiestas, con triunfal esplendor. Comenzaba la gran temporada del imperio, aquella temporada de gala suprema que iba á hacer de París el albergue del mundo, un albergue empavesado, lleno de músicas y de cantos, en el que se comía y se fornicaba en todos los cuartos. Jamás reinado en su apogeo había convocado á las naciones á una franquichela tan colosal. Desde los cuatro puntos de la tierra poníase en marcha hacia las Tullerías, relumbrantes como en una apoteosis de comedia de magia, el largo desfile de emperadores, reyes y príncipes.

Por aquella misma época, quince días después, fué cuando inauguró Saccard el monumental hotel que había deseado para alojar en él regimiento el Universal. Habían bastado seis meses, trabajando día y noche sin perder una hora, para hacer ese milagro que sólo es posi-

bel en París; y alzábase la fachada, cuajada de adornos, con aspecto de templo y de café-concierto; una fachada cuyo lujo prodigado hacía pararse á las gentes en la calle. En el interior aquello era suntuoso; los millones de las cajas chorreaban á lo largo de los muros. Una escalera de honor llevaba á la sala del consejo, de rojo y oro, de un esplendor de teatro de ópera. Por todas partes tapices, colgaduras, despachos instalados con una riqueza de mueblaje sorprendente. En los sótanos, donde estaba el servicio de los títulos, había cajas de caudales selladas, inmensas, abriendo profundas bocas de horno, detrás de las lunas sin azogue de los tabiques, que permitían al público verlas alineadas como los toneles de los cuentos donde duermen los tesoros incalculables de las hadas. Los pueblos con sus reyes, en marcha hacia la Exposición, podían venir y desfilarse por allí: todo estaba preparado, esperábalos el nuevo hotel para cegarlos y cogerlos uno á uno en aquella irresistible trampa de oro que chispeaba al sol.

Saccard tronaba en el despacho más suntuosamente instalado, con mueblaje Luis XIV, de madera dorada y vestido de terciopelo de Génova. El personal había sido aumentado, pasando de cuatrocientos los empleados y jefes; y este ejército lo mandaba Saccard con una ostentación de tirano adorado y obedecido, porque se mostraba muy pródigo de gratificaciones. En realidad, á pesar de su simple título de director, reinaba

30828

por encima del presidente del consejo de administración mismo, que ratificaba sencillamente sus órdenes. Por eso Carolina vivía ahora continuamente alerta, muy ocupada en conocer todas sus decisiones, para tratar de impedir las si fuera preciso. Desaprobaba aquella nueva instalación excesivamente magnífica, sin poder sin embargo censurarla en principio, habiendo reconocido la necesidad de un local más vasto, en los hermosos días de tierna confianza, cuando bromeaba con su hermano que se inquietaba. Su temor confesado, su argumento para combatir todo aquel lujo, era que la casa perdía con ello su carácter de probidad decente, de alta gravedad religiosa. ¿Qué pensarían los clientes, acostumbrados á la discreción monacal, á la media luz recogida del piso bajo de la calle de San Lázaro, cuando entrarán en aquel palacio de la calle de Londres, de grandes departamentos henchidos de ruido, inundados de luz? Saccard respondía que quedarían asombrados, llenos de admiración y respeto, y que los que llevaran cinco francos sacarían diez de su bolsillo, arrastrados por el amor propio, embriagados de confianza. Y él fué quien, en su brutal ansia de oropel, tuvo razón. El éxito del hotel era prodigioso, excedía en escándalo eficaz á los reclamos más extraordinarios de Jantrou. Los pequeños rentistas devotos de los barrios tranquilos, los pobres curas de aldea desembarcados por la mañana del tren, se quedaban con la boca abierta ante la puerta, y sa-

lían locos de placer por tener allí dentro sus fondos.

Á la verdad, lo que sobre todo contrariaba á Carolina era no poder estar siempre en la casa misma, ejerciendo su vigilancia de un modo natural. Apenas podía ir de tarde en tarde á la calle de Londres, con un pretexto. Ahora vivía sola en la sala de los planos, y no veía á Saccard más que por la noche, y poco. Éste había conservado allí su habitación, pero el piso bajo seguía cerrado, así como las oficinas del primer piso; y la princesa de Orviedo, contenta en el fondo por no tener el sordo remordimiento de aquel banco, de aquella tienda de dinero instalada en su casa, ni siquiera trataba de alquilarlo, con su intencionada despreocupación de toda ganancia, aun siendo legítima. La casa vacía, resonando á cada carruaje que pasaba, parecía una tumba. Ya no oía Carolina subir á través de los techos más que el silencio, que estremecía, de las rejillas cerradas, de donde, sin descanso y durante dos años, le había llegado un ligero tintineo de oro. Los días le parecían más pesados y más largos. Trabajaba mucho, sin embargo, siempre ocupada por su hermano que, desde Oriente, le enviaba tarea de escritura. Pero á veces se detenía en su trabajo, escuchaba por costumbre, acometida de una inquietud instintiva, sintiendo necesidad de saber lo que pasaba abajo; y nada, ni un soplo, el aniquilamiento de las salas desamuebladas, vacías, oscuras, cerradas con dos

vueltas de llave. Entonces le entraba frío, y se olvidaba de todo, llena de ansiedad. ¿Qué sucedía en la calle de Londres? ¿Acaso en aquel mismo instante se abría la grieta que ocasionaría el derrumbamiento del edificio!

Esparciose el rumor, vago y ligero todavía, de que Saccard preparaba un nuevo aumento de capital. De cien millones, quería subirlo á ciento cincuenta. Era aquella una hora de singular excitación, la hora fatal en que todas las prosperidades del reinado, los inmensos trabajos que habían transformado la villa, la rabiosa circulación del dinero, los furiosos dispendios del lujo y de los apetitos, debían parar en una fiebre altísima de la especulación. Todos querían su parte, arriesgaban su fortuna sobre el tapete verde, para decuplicarla y gozar, como tantos otros, enriquecidos en una noche. Las banderas de la Exposición que crujían al viento, las iluminaciones y las músicas del Campo de Marte, las muchedumbres del mundo entero que inundaban las calles, acababan de embriagar á París en un sueño de inagotable riqueza y de soberana dominación. En las noches serenas, de la enorme ciudad en fiesta, sentada á la mesa de los restaurants exóticos, trocada en feria colosal donde el placer se vendía francamente al aire libre, subía el acceso supremo de demencia, la locura alegre y voraz de las grandes capitales amenazadas de destrucción. Y Saccard, con su olfato de tomador de bolsillos, había notado de

tal modo en todos este acceso, esta necesidad de esparcir al viento su dinero, de vaciar sus bolsillos y su cuerpo, que acababa de doblar los fondos destinados á la publicidad, excitando á Jantrou á los ruidos más ensordecedores. Desde la apertura de la Exposición, todos los días, la prensa echaba á vuelo las campanas en favor del Universal. Cada mañana traía su golpe de bombo para llamar la atención del mundo: una noticia extraordinaria, la historia de una señora que había olvidado cien acciones en un fiacre; un extracto de un viaje por el Asia Menor, en el que se explicaba que Napoleón había profetizado la casa de la calle de Londres; un gran artículo de fondo donde se hacía el juicio de la importancia política de esta casa en la próxima solución de la cuestión de Oriente; sin contar las continuas notas de los periódicos especiales, todos disciplinados, marchando en columna cerrada. Jantrou había imaginado hacer, con los pequeños periódicos financieros, contratos que le asegurasen una columna en cada número; y empleaba esta columna con una fecundidad, una variedad de imaginación asombrosas, llegando hasta á atacar, por el placer de vencer en seguida. El famoso folleto con que soñaba, acababa de ser repartido por todo el mundo, en una tirada de un millón de ejemplares. Había sido creada su nueva agencia, aquella agencia que, con el pretexto de enviar un boletín financiero á los periódicos de provincia, se hacía dueña absoluta

del mercado en todas las poblaciones importantes. En fin, *La Esperanza*, dirigida hábilmente, tomaba de día en día mayor importancia política. Habían llamado mucho la atención una serie de artículos sobre el decreto de 19 de Enero que concedía el derecho de interpelación, nueva concesión del emperador, en marcha hacia la libertad. Saccard, que los inspiraba, no hacía atacar todavía abiertamente á su hermano, que seguía siendo ministro de Estado á pesar de todo, resignado, en su pasión por el poder, á defender hoy lo que ayer combatía; pero se advertía en ellos que estaba al acecho, vigilando la situación falsa de Rougon cogido en la Cámara entre el tercer partido, hambriento de su herencia, y los clericales, ligados con los bonapartistas autoritarios contra el imperio liberal; y las insinuaciones comenzaban ya, el periódico se iba haciendo católico militante, mostrábase lleno de acritud para todos los actos del ministerio.

La Esperanza pasada á la oposición era tanto como la popularidad, un viento de fronda acabando de lanzar el nombre del Universal á los cuatro puntos de la Francia y del mundo.

Entonces, bajo aquel impulso formidable de publicidad, en aquel medio irritado, maduro para todas las locuras, el aumento probable del capital, aquel rumor de una nueva emisión de cincuenta millones, acabó de enloquecer á los más prudentes. Desde las casas humildes hasta los hoteles aristocráticos, desde las porterías

hasta los salones de las duquesas, inflamábanse los cerebros, el apasionamiento se convertía en fe ciega, heroica y batalladora. Enumerábase las grandes cosas realizadas ya por el Universal, los primeros éxitos fulminantes, los dividendos inesperados, tales como ninguna otra sociedad los había distribuido en sus comienzos. Recordábase la feliz idea de la Compañía de Vapores reunidos, tan pronta en magníficos resultados, aquella Compañía cuyas acciones hacían ya cien francos de prima; y la mina de plata del Carmelo, de un producto milagroso, á la que un orador sagrado había aludido en pleno púlpito de Nuestra Señora, al hablar de un regalo de Dios á la cristiandad que no desconfiaba; y las varias sociedades creadas para la explotación de inmensos yacimientos de hulla, y la que iba á hacer la corta metódica de las vastas selvas del Líbano, y la fundación del Banco nacional turco, en Constantinopla, de tan gran solidez. Ni un fracaso, una fortuna creciente que cambiaba en oro todo lo que la casa tocaba, un amplio conjunto de creaciones prósperas, dando una base inmovible á las operaciones futuras, justificaban el rápido aumento del capital. Además, el porvenir que se abría ante las imaginaciones caldeadas, aquel porvenir tan preñado de empresas más considerables todavía, hacía necesaria la demanda de los cincuenta millones, cuyo anuncio bastaba á trastornar los cerebros. En este punto, los rumores de Bolsa y de salones no te-

nían límites; pero el gran negocio inmediato de la Compañía de los ferrocarriles de Oriente se destacaba en medio de los demás proyectos, ocupaba todas las conversaciones, negado por los unos, exaltado por los otros. Las mujeres, sobre todo, se apasionaban, haciendo en favor de la idea una propaganda entusiasta. En la intimidad del *boudoir*, en las comidas de gala, detrás de las jardineras en flor, á la hora del té, hasta en el fondo de las alcobas, había encantadoras criaturas, de una zalamería persuasiva, que catequizaban á los hombres: «¿Cómo, no tenéis acciones del Universal? ¡Pero si no hay otra cosa! ¡Si queréis que os ame, comprad pronto!» Aquella era, como ellas decían, la nueva Cruzada, la conquista del Asia, que no habían podido hacer los cruzados de Godofredo de Bullón y de San Luis, y de la que se encargaban ellas, con sus bolsitas de oro. Todas estaban muy bien informadas, hablaban en términos técnicos de la línea madre que se iba á abrir, por el pronto, de Brusa á Beirut, por Angora y Alepo. Después vendría el enlace de Esmirna á Angora; más tarde el de Trebisonda á Angora, por Erzeroum y Sivas; y luego el de Damasco á Beirut. Y al llegar aquí sonreían, guiñaban los ojos, se decían al oído que acaso se haría otro ¡oh, mucho más adelante! de Beirut á Jerusalem, por las antiguas ciudades de litoral, Saida, San Juan de Acre, Jafa, y después ¡Dios mío! ¡quién sabe! de Jerusalem á Port-Said y á Alejandria. Sin contar que Bag-

dad no estaba lejos de Damasco, y que si llegaba hasta allí, esto sería tanto un día como la Persia, la India y la China conquistadas por el Occidente. Parecía que, á una palabra de sus lindas bocas, resplandecían los tesoros de los antiguos califas, en un cuento maravilloso de *Las Mil y una Noches*. Las alhajas, las pedrerías del sueño, llovían en las cajas de la calle de Londres, mientras que humeaba el incienso del Carmelo, un fondo delicado y vago de leyendas bíblicas que divinizaba los grandes apetitos de lucro. ¿No era aquello el Eden reconquistado, la Tierra Santa libertada, la religión triunfante en la cuna misma de la humanidad? Y ellas se detenían, rehusaban decir más, brillando sus miradas con lo que había que ocultar. Esto no se confiaba ni aun al oído. Muchas de entre ellas lo ignoraban y afectaban saberlo. Aquello era el misterio, lo que acaso no llegaría nunca, y que tal vez estallaría un día como un rayo: Jerusalem comprada al Sultán, dada al Papa, con la Siria por reino; el pontificado disponiendo de un presupuesto proporcionado por un Banco católico, el Tesoro del Santo Sepulcro, que lo pondría al abrigo de las perturbaciones políticas; el catolicismo, rejuvenecido así, libre de compromisos, encontrando una nueva autoridad, dominando el mundo desde lo alto de la montaña donde espiró Cristo.

Ahora, por las mañanas, Saccard, en su lujoso despacho Luis XIV, veíase obligado á cerrar su

puerta cuando quería trabajar; porque aquello era un asalto, el desfile de una corte llegando como al levantarse de un rey, cortesanos, gentes de negocios, corredores, una adoración y una mendicidad desenfrenadas alrededor de la omnipotencia. Una mañana de los primeros días de Julio, sobre todo, se mostró implacable, dando la orden formal de no introducir á nadie. Mientras que la antecámara estaba atestada de gente, de una multitud que se empeñaba, á pesar del ujier, en esperar de todos modos, habíase él encerrado con dos jefes de sección para acabar de estudiar la emisión nueva. Después del examen de muchos proyectos, acababa de decidirse en favor de una combinación que, gracias á esta emisión nueva de cien mil acciones, debía permitir liberar completamente las doscientas mil acciones antiguas, á cuenta de las cuales sólo habían sido entregados 125 francos; y á fin de llegar á este resultado, la acción, reservada sólo á los accionistas, á razón de un título nuevo por dos títulos antiguos, sería emitida á 850 francos, exigibles inmediatamente, de ellos 500 para el capital y una prima de 350 para la liberación proyectada. Pero se presentaban complicaciones; había todavía un agujero que tapan, y esto ponía á Saccard muy nervioso. Irritábase el ruido de las voces en la antecámara. Aquel París humillado hasta el suelo, aquellos homenajes que recibía habitualmente con una sencillez de despota familiar, llenábanle de desprecio en dicha mañana.

Y habiéndose permitido Dejoie, que algunas veces le servía de ujier por la mañana, dar la vuelta y aparecer por la puertecilla del corredor, lo acogió furiosamente.

—¿Qué? Os he dicho que no recibo á nadie, á nadie ¿entendéis?... ¡Mirad! ¡Tomad mi bastón, plantadlo en la puerta y que lo besen!

Dejoie, impasible, se permitió insistir.

—Dispensad, señor; es la condesa de Beauvilliers. Me lo ha suplicado, y como yo sé que el señor quiere complacerla.....

—¡Eh! —exclamó Saccard arrebatado— ¡que se vaya al diablo con los demás!

Pero de pronto cambió de parecer, con un gesto de cólera contenida.

—¡Hacedla entrar, ya que está visto que no me han de dejar en paz!.... Pero por esta puertecilla, para que el tropel no entre con ella.

El recibimiento que Saccard hizo á la condesa de Beauvilliers fué de una brusquedad de hombre muy nervioso todavía. Ni siquiera lo calmó la presencia de Alicia, que acompañaba á su madre con su aire mudo y profundo. Había hecho salir á los dos jefes de sección, y no pensaba más que en volver á llamarlos para continuar su trabajo.

—Os ruego, señora, que habléis deprisa, porque estoy horriblemente ocupado.

La condesa se detuvo, sorprendida, siempre lenta, con su tristeza de reina destronada.

—Pero, caballero, si os molesto.....

Saccard les señaló dos asientos; y la joven, más animosa, se sentó la primera con un movimiento resuelto, mientras que la madre continuaba.

—Caballero, vengo á pedir un consejo..... Estoy en la duda más dolorosa; siento que no me decidiré nunca por mí sola.....

Y le recordó que, á la fundación de su Banco, ella había tomado cien acciones, que, dobladas cuando el primer aumento de capital, hacían hoy un total de cuatrocientas, á cuenta de las cuales había entregado, comprendidas las primas, una suma de ochenta y siete mil francos. Sin contar sus veinte mil francos de economías, había tenido, pues, para pagar aquella suma, que tomar á préstamo setenta mil francos sobre su granja de las Aublets.

—Pero ahora—continuó—encuentro un comprador para las Aublets..... Y como se trata ¿es cierto? de hacer una nueva emisión, acaso podría colocar toda nuestra fortuna en vuestra casa.

Saccard se apaciguaba, halagado al ver aquellas dos pobres mujeres, las últimas de una grande y antigua raza, tan llenas de confianza, tan ansiosas ante él. Rápidamente, con números, les dió algunos informes.

—Perfectamente; me ocupo en una nueva emisión..... La acción será de ochocientos cincuenta francos, con la prima..... Veamos: hemos dicho que tenéis cuatrocientas acciones. En este caso se os adjudicarán doscientas, lo que os

obligará al pago de ciento sesenta mil francos. Pero todos vuestros títulos quedarán liberados, y tendréis seiscientas acciones completamente vuestras, sin deber nada á nadie.

Como no comprendían, tuvo que explicarles aquella liberación de los títulos con ayuda de la prima; y ellas palidecían ante aquellas grandes cifras, angustiadas á la idea del golpe de audacia que había que arriesgar.

—Tocante al dinero—murmuró al fin la madre—no habría nada que hablar..... Me ofrecen doscientos cuarenta mil francos por las Aublets, que en otros tiempos valían cuatrocientos mil; de suerte que, después de devolver la suma tomada ya á préstamo, nos quedaría lo preciso para hacer el pago..... Pero, ¡Dios mío! ¡qué terrible cosa! ¡esta fortuna cambiada! ¡toda nuestra existencia jugada así!

Y sus manos temblaban, y hubo un momento de silencio, durante el cual pensaba en aquel engranaje que le había cogido primero sus economías, después los setenta mil francos prestados, y que ahora amenazaba cogerle la granja entera. Su antiguo respeto por la fortuna patrimonial, en labores, en prados, en bosques, su repugnancia por el tráfico sobre el dinero, esa baja ocupación de judíos, indigna de su raza, volvían y la angustiaban en aquel momento decisivo en que todo iba á ser consumido. Muda, su hija la miraba con sus ojos ardientes y puros.

Saccard dibujó una sonrisa amable.

—¡Caramba! Ciertamente que es necesario que tengáis confianza en nosotros.... Pero los números están aquí. Examinadlos, y toda vacilación me parece imposible.... Admitamos que hacéis la operación: poseéis seiscientas acciones, que, liberadas, os han costado la suma de doscientos cincuenta y siete mil francos. Pero como están hoy al precio medio de mil trescientos francos, os hacen un total de setecientos ochenta mil. Es decir, que habéis más que triplicado vuestro dinero.... Y esto continuará; ¡ya veréis el alza después de la emisión! Os prometo el millón para antes de fin del año.

—¡Oh, mamá!—dejó escapar Alicia en un suspiro, como á pesar suyo.

¡Un millón! ¡El hotel de la calle de San Lázaro libre de sus hipotecas, desembarazado de su capa de miseria! ¡El tren de casa puesto en un pie conveniente, dejando de ser la pesadilla de gentes que tienen carruaje y que carecen de pan! ¡La hija casada con una dote decente, pudiendo al fin tener un marido é hijos, esa alegría que se permite la última pobre de las calles! ¡El hijo, á quien el clima de Roma mataba, aliviado allá, puesto en estado de mantener su rango, mientras llegaba la hora de servir la gran causa, que lo utilizaba tan poco! ¡La madre, restablecida en su alta posición, pagando á su cochero, no lavando más para añadir un plato á sus comidas del martes, y no condenándose más al ayuno durante el resto de la semana! Aquel mi-

llón flameaba; era la salvación, el sueño dorado.

La condesa, conquistada, se volvió hacia su hija para asociarla á su voluntad.

—Vamos, ¿qué piensas de esto?

Pero Alicia no decía nada; cerraba lentamente los párpados, velando el brillo de sus ojos.

—Es verdad—añadió la madre, sonriendo á su vez;—olvido que quieres dejarme dueña absoluta.... Pero sé lo animosa que eres y todo lo que tú esperas....

Y dirigiéndose á Saccard:

—¡Ah, caballero, se habla de vos con tantos elogios!.... No podemos ir á ninguna parte sin que se nos cuente cosas muy hermosas, muy conmovedoras. Y no es sola la princesa de Orviendo, son todas mis amigas las que están entusiasmadas con vuestra obra. Muchas me envidian el ser de vuestros primeros accionistas, y, á escucharlas, habría que vender hasta los colchones para tomar de vuestros títulos.

Y bromeaba dulcemente.

—Yo las encuentro algo locas ¡sí! algo locas, en verdad. Esto es sin duda porque ya no soy joven.... Pero mi hija es una de vuestras admiradoras. Cree en vuestra misión y hace propaganda en todos los salones á donde la llevo.

Encantado, Saccard miró á Alicia; y estaba ésta en aquel momento tan animada, tan vibrante de fe, que le pareció verdaderamente linda, á pesar de su tez amarillenta y de su cuello muy delgado, marchito ya. Por su parte, encontrába-

se grande y bueno, ante la idea de haber hecho la dicha de aquella criatura, á quien la esperanza de un marido bastaba á embellecer.

—¡Oh!—dijo Alicia con una voz muy baja y como lejana—es tan hermosa esa conquista de allá... Sí, una era nueva, la cruz radiante....

Esto era el misterio, lo que nadie decía; y su voz bajaba aún, se perdía en un soplo de éxtasis. El, por lo demás, le hacía callar con un gesto amistoso; porque no toleraba que se hablase en su presencia de la gran cosa, el objeto supremo y oculto. Su gesto significaba que había que tender siempre hacia aquello, pero jamás ponérselo en los labios. En el santuario, los incensarios se balanceaban en las manos de algunos iniciados.

Después de un silencio enternecido, levantóse al fin la condesa.

—Pues bien, caballero, estoy convencida; voy á escribir al notario para que acepte la oferta que se presenta sobre las Aublets... ¡Que Dios me perdone si hago mal!

Saccard, en pie, declaró con conmovida gravedad:

—Estad segura, señora, de que Dios mismo es quien os inspira.

Y cuando las acompañaba hasta el corredor, evitando la antecámara, donde seguía el amon-tonamiento, encontró á Dejoie, que andaba dando vueltas, con aire preocupado.

—¿Qué hay? ¿Supongo que no es otro?

—No, no, señor.... Si yo me atreviera á pedir un consejo al señor.... Para mí....

Y maniobraba de tal modo, que Saccard se encontró otra vez en su despacho, mientras que él quedaba en el dintel haciendo reverencias.

—¿Para vos?.... ¡Ah! es verdad, vos también sois accionista.... Pues bien, tomad los nuevos títulos que se os reservaran, y vended aunque sea la camisa para tomarlos. Este es el consejo que doy á todos nuestros amigos.

—¡Oh! señor, el bocado es demasiado grande, mi hija y yo no tenemos tanta ambición.... Al principio tomé ocho acciones con los cuatro mil francos de economías que nos dejó mi pobre mujer, y sigo sin tener más que aquellas ocho, porque, en las otras emisiones, cuando se ha doblado dos veces el capital, no teníamos dinero para aceptar los títulos que nos correspondían... No, no, no se trata de esto, no hay que ser glotón. Yo quería preguntar simplemente al señor, sin ofenderlo, si el señor es de parecer que yo venda.

—¿Cómo? ¿Que vendáis?

Entonces Dejoie, con toda clase de rodeos inquietos y respetuosos, expuso su caso. Al precio de mil doscientos francos, sus ocho acciones representaban nueve mil seiscientos francos. Podía, pues, desahogadamente, dar á Natalia los seis mil francos de dote que exigía el cartonero. Pero ante el alza continua de los títulos, le había entrado un apetito de dinero, la idea, vaga al prin-

cipio, después tiránica, de hacerse su parte, de tener una rentita suya de seiscientos francos que le permitiría retirarse. Sólo que un capital de doce mil francos añadido á los seis mil de su hija, hacía el enorme total de dieciocho mil francos; y desesperaba de llegar nunca á esta cifra, porque había calculado que para ello habría que esperar el precio de dos mil trescientos francos.

—Ya comprenderéis, señor, que si la cotización no debe subir hasta aquí, prefiero vender, porque ante todo está la dicha de Natalia, ¿verdad?... Mientras que si sigue subiendo, se me destrozará el corazón por haber vendido...

Saccard estalló.

—¡Ah, amigo mío, sois un estúpido!... ¿Acaso creéis que vamos á detenernos en los mil doscientos francos? ¿Vendo yo?... Respondo de que tendréis vuestros dieciocho mil. Y salid, y echad fuera á toda esa gente que está ahí, diciéndoles que me he marchado.

Cuando se encontró solo, Saccard pudo llamar á los dos jefes de sección y terminar en paz su trabajo.

Quedó decidido que se celebraría en Agosto una junta general extraordinaria, para votar el nuevo aumento de capital. Hamelin, que debía presidirla, desembarcó en Marsella á últimos de Julio. Desde hacía dos meses, su hermana le aconsejaba en todas sus cartas que volviese con la mayor urgencia. En medio del éxito brutal que se acentuaba más cada día, tenía ella la sen-

sación de un peligro sordo, un temor no razonado, del que ni siquiera se atrevía á hablar, y prefería que su hermano estuviera allí, para que se diera cuenta de las cosas él mismo, porque llegando hasta á dudar de sí, temía encontrarse sin fuerzas contra Saccard, cegarse y hacer entonces traición á su hermano á quien amaba tanto. ¿No había debido confesar á éste sus relaciones, que seguramente no sospechaba, en su inocencia de hombre de fe y de ciencia, que atraviesa la vida soñando? Esta idea le era muy penosa, y se dejaba arrastrar á capitulaciones cobardes, discutiendo con el deber, que, muy claro le ordenaba, ahora que conocía al hombre y su pasado, decirlo todo para que se desconfiase. En sus horas de valor, hacíase la promesa de tener una explicación decisiva, de no abandonar sin intervención el manejo de tan espantosas sumas de dinero en manos criminales, entre las que ya se hablan deshecho tantos millones, viniéndose abajo y aplastando á la gente. ¿No era este el único partido que debía tomar, viril y honrado, digno de ella? Después se turbaba su lucidez, se hallaba débil, contemporizaba, no encontrando, en suma, como motivos de queja, más que esas irregularidades, comunes, según él afirmaba, á todas las casas de crédito. Acaso tenía él razón al decirle riendo, que el monstruo que la asustaba era el éxito, ese éxito que en París resuena como el trueno y hiere como el rayo, y que la dejaba temblorosa, bajo lo imprevisto y con la angustia de

una catástrofe. No sabía otra cosa, y hasta había horas en que lo admiraba más, llena de la infinita ternura que le conservaba, aun habiendo dejado de estimarlo. Jamás habría creído que su corazón fuera tan complicado: sentíase mujer, y temía no poder obrar. Por esto se mostró tan contenta del regreso de su hermano.

La misma noche de la vuelta de Hamelin, quiso Saccard enterarlo, en la sala de los planos, donde estaba seguro de que no los molestarían, de las resoluciones que debería aprobar el consejo de administración antes de que las votase la junta general. Pero el hermano y la hermana adelantaron la hora de la cita, por un acuerdo tácito, y se encontraron solos un instante y pudieron hablar. Hamelin venía muy contento, encantado por haber conducido bien el complejo asunto de los caminos de hierro, en aquel país de Oriente tan adormecido por la pereza, tan obstruido por obstáculos políticos, administrativos y financieros. Al fin el éxito era completo, iban a comenzar los primeros trabajos, se abrían talleres en todas partes, tan pronto como la sociedad hubiera acabado de constituirse en París. Y se mostraba tan entusiasmado, con tanta confianza en el porvenir, que esto fué para Carolina una nueva causa de silencio: tanto le costaba amargarle aquella hermosa alegría. Sin embargo, expresó ciertas dudas, y lo puso en guardia contra el apasionamiento que arrastraba al público. El la detuvo, mirándola á la cara. ¿Qué es

lo que tenía? ¿Sabía de algo reprochable? ¿Por qué no hablaba? Y Carolina no habló, no en contraba nada preciso que decir.

Saccard, que no había visto todavía á Hamelin, le saltó al cuello y lo abrazó con su vehemencia meridional. Después, cuando éste le hubo confirmado sus últimas cartas, dándole detalles sobre la absoluta eficacia de su largo viaje, se exaltó.

—¡Ah! querido, esta vez vamos á ser los amos de París, los reyes del mercado.... También yo he trabajado mucho; tengo una idea extraordinaria. Vais á ver.

E inmediatamente le explicó su combinación para subir el capital de ciento á ciento cincuenta millones, emitiendo cien mil acciones nuevas, y para liberar del mismo golpe todos los títulos, los antiguos y los nuevos. Lanzaba la acción á ochocientos cincuenta francos; se hacía de este modo, con los trescientos cincuenta francos de prima, una reserva que, aumentada con sumas apartadas ya á cada balance, alcanzaba la cifra de veinticinco millones; y no le faltaba ya más que encontrar una suma parecida para obtener los cincuenta millones necesarios para la liberación de las doscientas mil acciones antiguas. Para esto es para lo que había tenido su idea extraordinaria, la de presentar un balance aproximado de las ganancias del año corriente, ganancias que á su juicio subirían á un minimum de treinta y seis millones. De aquí sacaba tranqui-

lamente los veinticinco millones restantes. Y el Universal iba de este modo, á partir del 31 de Diciembre de 1867, á tener un capital definitivo de ciento cincuenta millones, dividido en trescientas mil acciones enteramente liberadas. Unificábase las acciones, se las hacía al portador, para facilitar su libre circulación en el mercado. Esto era el triunfo definitivo, la idea de genio.

—¡Sí, de genio! — exclamaba; — ¡la frase no es exajerada!

Un poco aturdido, Hamelin hojeaba las páginas del proyecto, examinaba las cifras.

—No me gusta este balance tan prematuro— dijo al fin.—Son verdaderos dividendos lo que vais á dar aquí á vuestros accionistas, puesto que liberáis sus títulos; y es preciso estar seguro de que todas las sumas son muy ciertas; de otro modo se nos acusaría con razón de haber distribuido dividendos ficticios.

Saccard se arrebató.

—¡Cómo! ¡Pero si me he quedado corto! Ved, pues, si no he sido razonable: ¿es que los Vapores, es que el Carmelo, es que el Banco turco no van á dar ganancias superiores á las que he consignado ahí? Traéis de allá boletines de victoria, todo marcha, todo prospera, ¡y sois vos quien me discute la certeza de nuestro éxito!

Sonriendo, Hamelin lo calmó con un gesto. ¡Sí, sí! él tenía fe. Sólo que estaba porque las cosas llevaran su curso regular.

—En efecto—dijo dulcemente Carolina—¿por qué apresurarse? ¿No se podría esperar á Abril para ese aumento de capital?..... O mejor, puesto que tenéis necesidad de veinticinco millones más, ¿por qué no emitís las acciones á mil ó mil doscientos francos en seguida, lo que os evitaría anticipar sobre las ganancias del balance próximo?

Sorprendido un instante, mirábala Saccard asombrado de que se le hubiera ocurrido esto.

—Sin duda, á mil cien francos, en vez de ochocientos cincuenta, las cien mil acciones darían justamente los veinticinco millones.

—Pues bien, entonces todo está arreglado—siguió ella.—No temáis que los accionistas se hagan atrás. Lo mismo darán mil cien francos que ochocientos cincuenta.

—¡Ah, sí, ciertamente! ¡Darán todo lo que se quiera! ¡Hasta se pelearían por quién daría más! Están locos, demolerían el hotel para traernos su dinero.

Pero bruscamente, repropiándose, hizo un movimiento de violenta protesta.

—¡Pero qué es lo que estáis diciendo! ¡No quiero pedirles mil cien francos, á ningún precio! Eso sería verdaderamente demasiado tonto y demasiado simple.... Sabed que en estas cuestiones de crédito, es preciso siempre herir la imaginación. La idea de genio, es sacar á las gentes del bolsillo el dinero que no tienen en él. Al pronto se imaginan que no lo dan, que es un

regalo que se les hace. Y además, ¿no veis el efecto colosal de ese balance anticipado apareciendo en todos los periódicos, de esos treinta y seis millones de ganancia anunciados de antemano, á toda orquesta?... ¡La Bolsa va á arder, pasamos el precio de dos mil, y subimos, y subimos, y no paramos ya!

Gesticulaba, poníase en pie, irguiéndose sobre sus pequeñas piernas; y, en verdad, crecíase, mirando á lo alto, como poeta del dinero á quien las quiebras y las ruinas no habían podido hacer prudente. Era su sistema instintivo, el impulso mismo de todo su ser, aquella manera de mover los negocios, de llevarlos al triple galope de su fiebre. Había forzado el éxito, encendido todas las ansias con aquella marcha fulminante del Universal: tres emisiones en tres años, el capital saltando de veinticinco á cincuenta, á cien, á ciento cincuenta millones, en una progresión que parecía anunciar una prosperidad milagrosa. Y los dividendos también iban á saltos: nada el primer año, después diez francos, después treinta y tres francos, después los treinta y seis millones, ¡la liberación de todos los títulos! Y esto en el recalentamiento engañoso de toda la máquina, en medio de las suscripciones ficticias, de las acciones guardadas por la sociedad para hacer creer en la entrega íntegra del capital, bajo el impulso que el juego determinaba en la Bolsa, donde cada aumento del capital exasperaba el alza!

Hamelin, siempre embebido en el examen del proyecto, no había apoyado á su hermana. Movi6 la cabeza, y volvió á las observaciones de detalle.

—¡No importa! Vuestro balance anticipado es incorrecto desde el instante en que las ganancias no son efectivas..... No me refiero ya á nuestras empresas, bien que ellas estén á la merced de las catástrofes, como todas las obras humanas. Pero veo aquí la cuenta de Sabatani, tres mil y tantas acciones que representan más de dos millones. Vos las ponéis en nuestro pasivo, cuando debíais ponerlas en nuestro activo, puesto que Sabatani no es más que nuestro testafarro. ¿Verdad que podemos decir esto aquí entre nosotros?..... Y ¡mirad! aquí veo igualmente á muchos de nuestros empleados, hasta á algunos de nuestros administradores, todos testafarros; ¡oh! lo adivino, no tenéis necesidad de decírmelo..... Esto me hace temblar, al ver que conservamos un número tan grande de acciones. No solamente no ingresamos sino que además nos inmovilizamos, y acabaremos por devorarnos algún día.

Carolina lo alentaba con sus miradas, porque expresaba todos sus temores, encontraba la causa de aquel sordo malestar que crecía en ella con el éxito.

—¡Ah, el juego! murmuró.

—¡Pero si no jugamos!—exclamó Saccard.— Sólo que es natural que sostengamos nuestros valores, y seríamos verdaderamente ineptos si no

vigiláramos para que Gundermann y los demás no deprecien nuestros títulos jugando contra nosotros á la baja. Si todavía no se han atrevido mucho, esto puede suceder. Por eso estoy contento de tener en nuestras manos un cierto número de nuestras acciones; y, os lo prevengo, como se me obligue á ello, hasta estoy dispuesto á comprarlas ¡sí, las compraría! antes que verlas bajar un céntimo.

Había pronunciado estas últimas palabras con una fuerza extraordinaria, como si hubiera prestado el juramento de morir antes que ser derrotado. Después se apaciguó haciendo un esfuerzo, y se echó á reír con su franqueza un poco burlesca.

—Vamos, ¿es que va á comenzar otra vez la desconfianza? Creía que ya nos habíamos explicado de una vez para siempre sobre todas estas cosas. Ya que habéis consentido en ponerlos en mis manos, dejadme obrar. ¡Yo no quiero más que vuestra fortuna, una grande, grandísima fortuna!

Se interrumpió, bajó la voz, como asustado él mismo de la enormidad de su deseo.

—¿Sabéis lo que yo quiero? Quiero llegar al precio de tres mil francos.

Con un gesto señalaba al vacío, y veía en él como un astro, incendiando el horizonte de la Bolsa, aquel precio triunfal de tres mil francos.

—¡Eso es una locura!—dijo Carolina.

—En llegando á los dos mil francos—declaró

Hamelin—toda nueva alza será un peligro; y, por mi parte, os advierto que venderé, para no tener que ver nada en tal locura.

Pero Saccard se puso á tararear. Se dice siempre que se venderá, y luego no se vende. A pesar suyo los enriquecería. Y sonreía de nuevo, muy cariñosamente, ligeramente burlón.

—Confiad en mí, me parece que no he conducido muy mal vuestros asuntos..... Sadowa os ha hecho ganar un millón.

Aquello era verdad, los Hamelin no pensaban en ello: habían aceptado aquel millón, pescado en las revueltas aguas de la Bolsa. Se quedaron un momento silenciosos, pálidos, con la perturbación de las gentes, honradas todavía, que no están muy seguras de haber cumplido con su deber. ¿Acaso estaban ellos también invadidos de la lepra del juego? ¿Acaso se pudrían en aquel medio mefítico del dinero, donde sus negocios les obligaban á vivir?

—Sin duda—acabó por murmurar el ingeniero;—pero si yo hubiera estado aquí.....

—Vaya, no tengáis ningún remordimiento: ¡se trata de dinero ganado á esos cochinos judíos!

Los tres sonrieron. Y Carolina, que se había sentado, hizo un gesto de tolerancia y de abandono. ¿Habían de dejarse comer, por no comerse ellos á los demás? Esta es la vida. Habría sido necesaria una virtud demasiado sublime, ó la soledad, sin tentaciones, de un claustro.

—Vamos, vamos—continuó Saccard alegre—

mente—no toméis el aire de escupir al dinero: en primer lugar porque es una tontería, y después porque sólo los impotentes desdeñan una fuerza... Sería ilógico que os mataseis trabajando para enriquecer á los demás, y que no tomaseis vuestra legítima parte. De otro modo echaos á dormir.

Dominábalos, no les permitía decir una palabra.

—¿Sabéis que vais á tener pronto en el bolsillo una linda suma?... ¡Esperad!

Y con una petulancia de colegial, se precipitó á la mesa de Carolina, tomó un lapiz y un papel, y se puso á hacer números.

—¡Esperad! Os voy á hacer vuestra cuenta. ¡Oh, la conozco!.... Teníais, á la fundación, quinientas acciones, dobladas una primera vez, luego dobladas otra, lo que hace actualmente dos mil. De modo que tendréis tres mil después de nuestra próxima emisión.

Hamelin intentó interrumpir.

—¡No, no! Sé que tenéis con qué pagarlas; con los trescientos mil francos de vuestra herencia por una parte, y con vuestro millón de Sadowa por la otra... Vuestras dos mil primeras acciones os costaron cuatrocientos treinta mil francos, las otras mil os costarán ochocientos cincuenta mil, en total, un millón doscientos ochenta y cinco mil francos.... De modo que aún os quedarán quince mil francos para divertirlos, sin contar con vuestro sueldo de treinta mil, que vamos á subir á sesenta mil.

Los dos hermanos lo escuchaban aturridos, y acababan por interesarse violentamente en aquellas cifras.

—Ya veis que sois honrados, que pagáis lo que tomáis.... Pero todas esas son bagatelas. Quería venir á parar á esto....

Se levantó, y blandió el papel con aire victorioso.

—Al precio de tres mil, vuestras tres mil acciones os darán nueve millones.

—¡Cómo, á tres mil!—exclamaron protestando con el gesto contra aquella obstinación en la locura.

—¡Eh, sin duda! Y os prohibo vender antes. Sabría impedirlo ¡sí! por la fuerza, con el derecho que se tiene á impedir que los amigos cometan tonterías.... ¡Necesito el precio de tres mil francos, y lo tendré!

¿Qué responder á aquel terrible hombre, cuya voz aguda, semejante al cacarear de un gallo, parecía cantar victoria? Se echaron á reír otra vez, afectando encogerse de hombros. Y declararon que estaban muy tranquilos, que jamás se llegaría al famoso precio. Él se había sentado de nuevo á la mesa, donde hacía otros cálculos, su cuenta. ¿Había pagado, pagaría sus tres mil acciones? Esto no se podía asegurar. Hasta debía poseer un número de acciones mucho mayor; pero era difícil saberlo, porque también él servía de testafarro á la sociedad, y ¿cómo distinguir los títulos que le pertenecían? El lapiz alineaba

cifras hasta el infinito. Luego lo tachó todo con un rasgo fulgurante, arrugó el papel y se lo metió en el bolsillo. Aquello y los dos millones recogidos en el fango y la sangre de Sadowa, era su parte.

—Tengo una cita, y os dejo—dijo tomando su sombrero.—Pero estamos de acuerdo, ¿no es esto? Dentro de ocho días el consejo de administración, é inmediatamente después la junta general extraordinaria para votar.

Cuando Carolina y Hamelin se encontraron solos, asustados y fatigados, permanecieron un instante mudos frente á frente.

—¿Qué quieres?—declaró él al fin, respondiendo á las secretas reflexiones de su hermana;—aquí estamos, y no hay más remedio que seguir. Tiene razón al decir que sería una candidez rehusar esta fortuna..... Yo no me he considerado jamás más que como un hombre de ciencia que lleva el agua al molino; y creo que la he llevado clara y abundante, excelentes negocios, á los que la casa debe su prosperidad tan rápida..... ¡Así, puesto que no me puede alcanzar ningún reproche, no nos desalentemos, trabajemos!

Carolina se había levantado vacilante, balbuceando.

—¡Oh! todo ese dinero..... todo ese dinero.....

Y ahogada por una emoción invencible, á la idea de aquellos millones que iban á caer sobre

ellos, se colgó al cuello de su hermano, llorando. Esto era sin duda de alegría, de felicidad al verlo al fin recompensado por su inteligencia y sus trabajos; pero era también de pena, una pena cuya causa no habría podido decir con seguridad, en la que había como vergüenza y miedo. Hamelin bromeó, ambos afectaron reír todavía, y sin embargo, quedaba en ellos un malestar, un sordo descontento de sí mismos, el remordimiento no confesado de una complicidad que manchaba.

—Sí, tiene razón—repitió Carolina—todo el mundo hace eso. Esta es la vida.

El consejo de administración se reunió en la nueva sala del suntuoso hotel de la calle de Londres. Esta no era ya el salón húmedo que ponía verduoso el pálido reflejo de un jardín vecino, sino una vasta pieza que recibía la luz de la calle por cuatro ventanas, y en la que el alto techo y los majestuosos muros chispeaban de oro. El sillón del presidente era un verdadero trono, dominando á los demás sillones, que se alineaban soberbios y graves, como para un consejo de ministros de un rey, alrededor de la gran mesa, cubierta con un tapete de terciopelo rojo. Y sobre la monumental chimenea de mármol blanco, donde en invierno ardían árboles, había un busto del papa, un rostro amable y fino que parecía sonreírse maliciosamente de encontrarse allí.

Saccard había acabado de hacerse el amo de

todos los miembros del consejo, comprándolos simplemente á la mayor parte. Gracias á él, el marqués de Bohain, comprometido en un negocio que frisaba en estafa, cogido con las manos en la masa, había podido ahogar el escándalo pagando á la compañía robada, y se había convertido de este modo en su humilde hechura, sin dejar de llevar alta la cabeza, flor de nobleza, el más bello ornamento del consejo. De la misma manera, Huret, desde que Rougon lo había echado á la calle, después del robo del despacho que anunciaba la cesión de Venecia, se había ligado por completo á la fortuna del Universal, representándolo en el Cuerpo legislativo, pescando para él en las aguas fangosas de la política, guardando la parte mayor de sus desvergonzadas chalanerías que el mejor día podrían llevarlo á Mazas. Y el vizconde de Robin Chagot, el vicepresidente, cobraba cien mil francos de prima secreta por firmar sin examen durante las largas ausencias de Hamelin; y el banquero Kolb se hacía igualmente pagar por su complacencia pasiva, utilizando en el extranjero la potencia de la casa, que hasta llegaba á comprometer en sus arbitrajes; y el mismo Sedille, el comerciante de seda, destrozado á consecuencia de una liquidación terrible, se había hecho prestar una gran suma que no había podido devolver. Sólo Daigremont conservaba su independencia absoluta enfrente de Saccard, lo que inquietaba á éste á veces, bien que el amable

hombre siguiera muy complaciente invitándolo á sus fiestas, firmando todo, él también, sin observaciones, con su finura de parisién escéptico que todo lo encuentra bien, mientras gana.

Aquel día, á pesar de la importancia excepcional de la sesión, el consejo fué llevado con tanta facilidad como los otros días. Se había hecho cuestión de costumbre: no se trabajaba realmente más que en las pequeñas reuniones del 15, y las grandes reuniones de fin de mes sancionaban simplemente las resoluciones, con gran aparato. Era tal la indiferencia de los administradores, que, para que las actas no apareciesen siempre las mismas, de una constante trivialidad en la aprobación general, había sido preciso atribuir á los miembros escrupulos, observaciones, toda una discusión imaginaria que ninguno se asombraba de oír leer en la sesión siguiente, y que firmaban sin reír.

Daigremont se había precipitado á estrechar las manos á Hamelin, sabiendo las buenas, las grandes noticias que traía.

—¡Ah, mi querido presidente, cuánto gusto tengo en felicitaros!

Todos lo rodeaban, lo festejaban, hasta Saccard mismo, como si no lo hubiera visto todavía; y cuando se abrió la sesión, cuando hubo comenzado la lectura de la Memoria que debía presentar á la junta general, escucharon, cosa que jamás hacían. Los grandes resultados conseguidos, las magníficas promesas para el porvenir, el in-

genioso aumento del capital que liberaba al mismo tiempo los títulos antiguos, todo fué acogido con movimientos de admiración. Y nadie tuvo la idea de pedir explicaciones. Aquello en absoluto estaba muy bien. Habiendo Sedille notado un error en una cifra, hasta se convino en no insertar su observación en el acta, para no romper la hermosa unanimidad de los miembros, los cuales desfilaron firmando rápidamente, llenos de entusiasmo, sin hacer ninguna observación.

Ya se había levantado la sesión, y estaban en pie, riendo, bromeando, en medio de los resplandores dorados de la sala. El marqués de Bohain contaba una cacería en Fontainebleau; mientras que el diputado Huret, que había ido á Roma, refería cómo había alcanzado la bendición del papa. Kolb acababa de desaparecer, corriendo á una cita. Y los demás administradores, los comparsas, recibían órdenes de Saccard, en voz baja, sobre la actitud que debían tomar en la próxima junta.

Peró Daigremont, á quien el vizconde de Roben-Chargot fastidiaba con sus elogios exagerados de la Memoria de Hamelin, cogió del brazo al director para decirle al oído:

—Menos locuras, ¿eh?

Saccard se detuvo y lo miró. Recordaba cuánto había dudado al principio para meterlo en el negocio, sabiendo que era poco seguro.

—¡Ah, el que me ame que me siga! —respondió en voz alta para que lo oyesen todos.

Tres días después celebróse la junta general extraordinaria en la gran sala de fiestas del hotel del Louvre. Para una solemnidad como aquella habían desdeñado la pobre sala desnuda de la calle Blanca; se quería un salón de gala, caliente todavía, entre un banquete de corporación y un baile de boda. Era preciso, según los estatutos, poseer al menos veinte acciones para ser admitido, y acudieron más de mil doscientos accionistas, representando cuatro mil y pico de votos. Las formalidades de la entrada, la presentación de las tarjetas y la firma en el registro se llevaron cerca de dos horas. El ruido de las conversaciones animadas llenaba la sala, donde se veía á todos los administradores y á muchos de los altos empleados del Universal. Allí estaba Sabatani, en medio de un grupo, hablando de Oriente, su país, con voz lánguida y acariciadora, contando historias maravillosas, como si no hubiera más que bajarse para recoger la plata, el oro y las piedras preciosas; y Maugendre, que se había decidido en Junio á comprar cincuenta acciones del Universal, á mil doscientos francos, convencido del alza, lo escuchaba con la boca abierta, encantado de su olfato; mientras que Jantrou, caído decididamente en la crápula desde que era rico, relase por lo bajo, contraída su boca por la ironía, fatigado todavía por la orgía de la víspera. Después del nombramiento de la mesa, cuando Hamelin, presidente de derecho, hubo abierto la sesión, Lavigniere,

reelegido comisario-censor, y á quien se debía ascender á administrador después del ejercicio, su sueño, fué invitado á leer una Memoria sobre la situación financiera de la Sociedad, tal como sería en 31 de Diciembre próximo: aquello era, para cumplir con los estatutos, una manera de comprobar de antemano el balance anticipado de que se trataba. Recordó el balance del último ejercicio, presentado á la junta extraordinaria del mes de Abril, aquel magnífico balance que acusaba un beneficio neto de onice millones y medio, y que había permitido, después de extraer el cinco por ciento de los accionistas, el diez por ciento de los administradores y el diez por ciento de la reserva, distribuir todavía un dividendo de treinta y tres por ciento. Después establecía, bajo un diluvio de números, que la suma de treinta y seis millones, dada como total aproximado de los beneficios del ejercicio corriente, lejos de parecer exagerada, quedaba por bajo de las esperanzas más modestas. Sin duda, hablaba de buena fe y debía haber estudiado concienzudamente los documentos sometidos á su examen; pero nada hay más ilusorio, porque para estudiar á fondo una contabilidad, hay que rehacerla en otra, enteramente. Por lo demás, los accionistas no escuchaban. Algunos fanáticos, Maugendre y otros, los pequeños que representaban un voto ó dos, eran los únicos que bebían las cifras, en medio del persistente murmullo de las conversaciones. La comprobación de los co-

misarios-censores, era cosa de poca importancia. Sólo reinó un silencio religioso cuando se levantó Hamelin; y estallaron los aplausos aun antes de que abriese la boca, como un homenaje á su celo, al genio obstinado y valeroso de aquel hombre que había ido tan lejos á buscar toneles de oro para vaciarlos sobre París. Aquello fué desde entonces un éxito creciente, que llegaba á la apoteosis. Se aclamó un nuevo recuerdo al balance del año anterior, que Lavigniere no había podido hacer oír. Pero lo que sobre todo excitó la alegría, fué los cálculos sobre el balance próximo: millones por los Vapores reunidos, millones por la mina de plata del Carmelo, millones por el Banco nacional turco; y la suma no acababa nunca, los treinta y seis millones se agrupaban de una manera fácil, completamente natural, caían en cascada, con un ruido retumbante. Después, ensanchábase aún más el horizonte con las operaciones futuras. Apareció la Compañía general de los ferrocarriles de Oriente, primero la gran línea central, cuyos trabajos estaban próximos, en seguida los enlaces, toda la red de la industria moderna echada sobre el Asia, la vuelta triunfal de la humanidad á su cuna, la resurrección del mundo; mientras que en las vagas lejanías, entre dos frases, alzabase la cosa que no se decía, el misterio, el coronamiento del edificio que asombraría á los pueblos. Y la unanimidad fué absoluta cuando, para concluir, Hamelin llegó á explicar las resoluciones

que iba á someter al voto de la junta: el aumento del capital á ciento cincuenta millones, la emisión de cien mil acciones nuevas á ochocientos cincuenta francos, la liberación de los títulos antiguos, gracias á la prima de estas acciones y á los beneficios del próximo balance, de que se disponía de antemano. Una tempestad de aplausos acogió esta idea genial. Veíase, por encima de las cabezas, las manazas de Maugendre palmoteando con toda su fuerza. En los primeros bancos, los administradores y los empleados aplaudían á rabiar, dominados por Sabatani que, puesto en pie, gritaba ¡bravo, bravo! como en el teatro. Todas las resoluciones fueron votadas con entusiasmo.

Entretanto, Saccard había preparado un incidente, que surgió entonces. No ignoraba que se le acusaba de jugar, y quería desvanecer hasta las menores sospechas de los accionistas desconfiados, si los había en la sala.

Jantrou, aleccionado por él, se levantó; y con su voz pastosa dijo:

—Señor presidente, creo hacerme intérprete de muchos accionistas pidiendo que quede bien sentado que la sociedad no posee ni una siquiera de sus acciones.

Hamelin, que no estaba prevenido, quedó un instante perplejo. Volvióse instintivamente hacia Saccard, oculto en su sitio hasta entonces, y que se levantó de pronto, para aumentar su pequeña estatura, respondiendo con su voz aguda:

—¡Ni una, señor presidente!

A aquella respuesta, estallaron de nuevo los bravos, sin saber por qué. Si mentía en el fondo, la verdad era, sin embargo, que la Sociedad no tenía un sólo título á su nombre, puesto que Sabatani y otros la cubrían. Y aquello fué todo, se aplaudió otra vez, y la salida fué muy alegre y muy ruidosa.

En los días siguientes, el acta de aquella sesión, publicada en los periódicos, produjo un efecto enorme en la Bolsa y en todo París. Jantrou había reservado para este momento un impulso supremo de reclamos, la más estruendosa de las tocatas que habían dejado oír hacía mucho tiempo las trompetas de la publicidad; y hasta corrió una broma, se dijo que había hecho tatuar estas palabras: *Comrad acciones del Universal*, en los sitios más secretos y más delicados de mujeres amables, lanzándolas á la circulación. Por lo demás, acababa de dar al fin su gran golpe, la compra de la *Cotización financiera*, aquel antiguo y sólido periódico, que tenía detrás de sí una impecable honradez de doce años. Esto había costado caro, pero la clientela sería, los burgueses miedosos, las grandes fortunas prudentes, todo el dinero que se respeta estaba conquistado. En la Bolsa, en quince días, se llegó al precio de mil quinientos; y este en los últimos días de Agosto, por saltos sucesivos, estaba á dos mil. El entusiasmo había aumentado, el acceso se iba agravando más cada día bajo la fiebre epidémica

del agio. Se compraba, se compraba, hasta por los más prudentes, en la convicción de que aquello subiría más, de que aquello subiría sin fin. Aquello era las cavernas misteriosas de *las Mil y una Noches* abiertas, los incalculables tesoros de los califas entregados á la codicia de París. Todos los sueños, comunicados al oído hacía meses, parecían realizarse ante el público encantado: la cuna de la humanidad reocupada, las antiguas ciudades históricas del litoral resucitadas de su arena, Damasco, luego Bagdad, después la India y la China explotadas por el ejército invasor de nuestros ingenieros. Lo que Napoleón no había podido hacer con su sable, la conquista del Oriente, lo realizaba una Compañía financiera, lanzando á allá un ejército de azadones y volquetes. Se conquistaría el Asia á fuerza de millones, para sacar de ella millares de millones. Y la cruzada de las mujeres, sobre todo, triunfaba, en las reuniones íntimas de la tarde, en las grandes reuniones de media noche, en la mesa, en las alcobas. Ellas lo habían previsto bien: Constantinopla estaba ganada, se tendría muy pronto á Brusá, Angora y Alepo, más tarde á Esmirna, Trebisonda, todas las ciudades que sitiaba el Universal, hasta el día en que se conquistara la última, la ciudad santa, la que no se nombraba nunca, que era como la promesa eucarística de la lejana expedición. Los padres, los maridos, los amantes, excitados por aquel ardor apasionado de las mujeres, no iban ya á dar sus

órdenes á los agentes de cambio, más que al grito repetido de: ¡Dios lo quiere! Después llegó la espantosa batahola de los pequeños, la muchedumbre que sigue á los grandes ejércitos, la pasión descendida del salón á la cocina, del burgués al obrero y al campesino, y que lanzaba, en aquel loco galope de los millones, á pobres suscriptores que no tenían más que una acción, tres, cuatro, diez acciones, porteras próximas á retirarse, viejas solteronas que vivían con un gato, jubilados de provincias cuyo presupuesto es de diez sueldos por día, curas de aldea empobrecidos por las limosnas, toda la masa pálida y hambrienta de los rentistas ínfimos, que una catástrofe de Bolsa barre como una epidemia y sepulta de un golpe en la fosa común.

Y aquella exaltación de los títulos del Universal, aquella ascensión que los llevaba como impulsados por un viento religioso, parecía hacerse al compás de las músicas cada vez más ruidosas que subían de las Tullerías y del Campo de Marte, de las continuas fiestas con que la Exposición enloquecía á París. Las banderas crujían más sonoras en la pesada atmósfera de los días calurosos, no había noche en que la villa iluminada no brillara bajo el cielo estrellado, como un palacio colosal en cuyo fondo la orgía velase hasta el alba. La alegría se había comunicado de casa en casa; las calles eran una borrachera; una nube de espesos vapores, el vaho de los festines, el sudor de los ayuntamientos

carnales, cubría el horizonte, flotaba por encima de los techos como en las noches de Sodoma, de Babilonia y de Nínive. Desde Mayo, los emperadores y los reyes venían en peregrinación de los cuatro extremos del mundo, cortejos que no acaban nunca, cerca de un centenar de soberanos y de soberanas, de príncipes y de princesas. París estaba lleno de Majestades y de Altezas; había aclamado al emperador de Rusia y al emperador de Austria, al Sultán y al Virey de Egipto; se había metido bajo las ruedas de las carrozas para ver más de cerca al rey de Prusia, á quien seguía Bismarck como un dogo fiel. Continuamente tronaban en los Inválidos salvas de regocijo, mientras que la multitud que se aplastaba en la Exposición hacía una ovación popular á los cañones Krupp, enormes y sombríos, que había expuesto la Alemania. Casi todas las semanas, la Opera encendía sus arañas para alguna función de gala. Las gentes se ahogaban en los pequeños teatros y en los restaurants, las aceras no eran bastante anchas para el torrente desbordado de la prostitución. Y Napoleón III quiso distribuir por sí mismo los premios á los sesenta mil expositores, en una ceremonia que sobrepujó en magnificencia á todas las demás, un sol de gloria brillando en la frente de París, la apoteosis del reinado, donde el emperador apareció, en una ficción de magia, como amo de la Europa, hablando con la calma de la fuerza y prometiendo la paz. El mismo día, sabíase en las

Tullerías la gran catástrofe de Méjico, la ejecución de Maximiliano, la sangre y el oro francés derramados inútilmente; y se ocultaba la noticia para no entristecer las fiestas. Un primer toque de agonía, en aquel fin de un día soberbio, deslumbrante de sol.

Pareció entonces, en medio de aquella gloria, que el astro de Saccard llegaba también á su mayor brillo. ¡Al fin, después de tantos años de esfuerzos, poseía á la fortuna como esclava, como una cosa propia, de la cual se dispone, que se tiene bajo llave, viva, material! ¡Había habitado tantas veces la mentira en sus cajas, habían desaparecido por allí tantos millones, escapándose por toda suerte de agujeros desconocidos! No, esta no era ya la riqueza engañadora de la fachada, era la verdadera soberanía del oro, sólido, tronando sobre sacos llenos; y esta soberanía no la ejercía como un Gundermann, por el ahorro de una dinastía de banqueros: enorgullecíase de haberla conquistado por sí mismo, como capitán aventurero que gana un reino de un golpe de mano. Con frecuencia, en la época de sus tráficos sobre los terrenos del barrio de la Europa, había subido muy alto; pero jamás había sentido á París vencido, tan humilde á sus pies. Y recordaba el día en que, almorzando en casa de Champeaux, dudando de su estrella, arruinado una vez más, echaba á la Bolsa miradas hambrientas, poseído de la fiebre de volver á comenarlo todo para reconquistarlo todo, en una rabia

de desquite. Por eso, en aquella hora en que era el amo, ¡qué modo de proporcionarse goces! Desde luego, así que se creyó todopoderoso, despidió á Huret, y encargó á Jantrou de lanzar contra Rougon un artículo que acusaba claramente al ministro, en nombre de los católicos, de hacer doble juego en la cuestión romana. Esto era la declaración de guerra definitiva entre los dos hermanos. Desde el convenio de 15 de Septiembre de 1864, sobre todo desde Sadowa, los clericales afectaban mostrar vivas inquietudes sobre la situación del papa, y desde entonces, *La Esperanza*, volviendo á emprender su antigua política ultramontana, atacó violentamente al imperio liberal, tal como habían comenzado á hacerlo los decretos del 19 de Enero. Por la Cámara circulaba una frase de Saccard: decía éste que, á pesar de su profundo cariño al emperador, se resignaría á Enrique V antes que dejar que el espíritu revolucionario llevase la Francia á una catástrofe. Después, creciendo su audacia con sus victorias, no ocultó ya su plan de atacar á la alta banca judía en la persona de Gundermann, cuyo millar de millones se trataba de batir en brecha, hasta el asalto y la captura final. Si el Universal había crecido de una manera tan milagrosa, ¿por qué esta casa, sostenida por toda la cristiandad, no había de ser dentro de algunos años la dueña soberana de la Bolsa? Y se daba aires de rival, de rey vecino, de una potencia igual, lleno de una farfantería batalladora,

mientras que Gundermann, muy flemático, sin permitirse siquiera una mueca de ironía, continuaba acechando y en espera, siguiendo simplemente con mucho interés el alza continua de las acciones, como hombre que ha puesto toda su fuerza en la paciencia y en la lógica.

Su fogosidad era lo que elevaba así á Saccard, y su fogosidad lo que debía perderle. Saciados sus apetitos, habría querido tener un sexto sentido para satisfacerlo. Carolina, que había llegado á sonreír siempre, hasta cuando su corazón sangraba, seguía siendo una amiga á quien escuchaba con una especie de deferencia conyugal. La baronesa Sandorff, cuyos ojos ojerosos y rojos labios mentían decididamente, comenzaba á no divertirse, fría como el hielo en medio de sus curiosidades perversas. Y, por otra parte, él mismo no había conocido nunca grandes pasiones, viviendo en aquel mundo del dinero, muy ocupado, gastando por otra parte sus nervios, pagando el amor por meses. Así, cuando se le ocurrió la idea de la mujer, sobre el montón de sus nuevos millones, no pensó más que en comprar una muy cara, para poseerla ante todo París, como se hubiera comprado un brillante muy grueso por la simple vanidad de clavarlo en su corbata. Además, ¿no era esta una excelente publicidad? Un hombre capaz de poner mucho dinero á una mujer, ¿no tiene desde el mismo momento una fortuna cotizada? Inmediatamente su elección recayó sobre la señora de Jeumont, en cuya casa

había comido dos ó tres veces con Máximo. Era una mujer todavía muy hermosa á los treinta y seis años, de una belleza regular y grave de Juno, y su gran reputación procedía de que el emperador le había pagado por una noche cien mil francos, sin contar la condecoración para su marido, un hombre correcto que no tenía otra posición que este papel de ser el marido de su mujer. Ambos vivían con gran lujo, iban á todas partes, á los ministerios, á la corte, alimentados por ventas raras y escogidas, bastándoles tres ó cuatro noches por año. Sabíase que ello costaba horriblemente caro, y esto era lo que tenía de más distinguido. Y Saccard, excitado particularmente por el deseo de morder en este bocado de emperador, llegó hasta doscientos mil francos, no sin que hiciera antes el marido una mueca de desprecio hacia aquel antiguo oscuro financiero, encontrándolo muy pequeño personaje y de una moralidad comprometedora.

Por aquella misma época fué cuando la señora Conin rehusó abiertamente divertirse con Saccard. Este frecuentaba mucho la papelería, teniendo siempre que comprar *albums*, muy seducido por aquella adorable rubia, colorada y regordeta, de cabellos de seda pálida, graciosa y zalamera, siempre alegre.

—¡No, no quiero, con vos jamás!

Cuando ella decía jamás, era cosa decidida; nada la hacía volver sobre su negativa.

—¿Pero, por qué? Yo os vi muy bien con otro,

un día que salíais de un hotel, en el pasaje de los Panoramas.....

Ruborizóse ella, pero sin dejar de mirarlo frente á frente. Aquel hotel, á cuyo frente estaba una señora de edad, amiga suya, servíale en efecto de lugar de cita, cuando un capricho le hacía ceder á un señor del mundo de la Bolsa, en las horas en que su buen marido encolaba sus registros ó ella andaba por París, ocupada siempre en los negocios de la casa.

—Ya sabéis de quien hablo, de Gustavo Sedille, aquel joven amante vuestro.....

Con un gracioso gesto, ella protestó. ¡No, no! no tenía amante. Ningún hombre podía vanagloriarse de haberla poseído dos veces. ¿Por quién la tomaba? Una vez ¡sí! por casualidad, por placer, sin que la cosa tuviera más consecuencias. Y todos seguían siendo amigos suyos, muy agradecidos, muy discretos.

—¿Entonces es porque yo no soy joven?

Pero con un nuevo gesto, con su risa constante, ella parecía decir que ¡gran cosa le importaba que se fuera joven! Había cedido á algunos menos jóvenes, hasta menos guapos, á pobres diablos con frecuencia.

—¿Por qué, entonces? decidlo.

—¡Dios mío! es muy sencillo..... Porque no me gustáis. Con vos jamás.

Y á pesar de esto seguía muy amable, tomando un aspecto desolado por no poder darle gusto.

—Vamos—añadió Saccard brutalmente—será por cuanto queráis.... ¿Queréis mil, dos mil, por una vez, una sola vez?

Ella le decía que no con la cabeza, sonriendo.

—¿Queréis.... vamos, queréis diez mil?

Ella lo detuvo dulcemente, poniendo su pequeña mano sobre la suya.

—¡Ni diez, ni cincuenta, ni cien mil! Aunque subierais de este modo mucho tiempo, os diría que no, siempre que no.... Ya veis que no llevo ninguna alhaja. ¡Ah, y me han ofrecido muchas, y dinero, de todo! Yo no quiero nada: cuando la cosa da placer ¿no basta con éste?... Pero debéis tener entendido que mi marido me ama con todo su corazón, y que yo también lo amo mucho. Mi marido es un hombre muy honrado. Con seguridad que no he de matarlo dándole un disgusto.... ¿Y qué queréis que haga con vuestro dinero, si no puedo dárselo á mi marido? No somos desgraciados, algún día nos retiraremos con una bonita fortuna, y si todos esos señores me hacen el favor de seguir surtiéndose en nuestra casa, esto sí lo acepto.... ¡Oh, no me quiero hacer más desinteresada de lo que soy! Si fuera sola ya vería. Y para concluir os diré otra cosa: no imaginéis que mi marido tomara vuestros cien mil francos, después de haber yo dormido con vos.... ¡No, no, ni por un millón!

Y no hubo manera de convencerla. Saccard, irritado por aquella resistencia inesperada, empuñó por su parte durante cerca de un mes,

Aquella mujer lo trastornaba con su cara de risa, sus grandes ojos tiernos, llenos de compasión. ¡Cómo! ¿Es que el dinero no lo daba todo?

He aquí una mujer que otros poseían por nada, y que él no podía conseguir ni aun poniéndole un precio loco. Ella decía que no, esta era su voluntad. Y esto le hacía sufrir cruelmente, en su triunfo, como si fuera una duda sobre su poder, una secreta desilusión sobre la fuerza del oro, que hasta entonces había creído absoluta y soberana.

Pero una noche tuvo, sin embargo, la más viva satisfacción de vanidad. Aquél fué el momento culminante de su existencia. Celebrábase un baile en el ministerio de negocios extranjeros, y había escogido aquella fiesta, dada á propósito de la Exposición, para hacer pública su dicha de una noche con la señora de Jeumont; porque, en los tratos que hacía esta hermosa mujer, entraba siempre que el feliz comprador tendría, por una vez, el derecho de hacerlo saber de modo que el negocio tuviera plenamente toda la publicidad deseada. Por eso, á cosa de media noche, Saccard entró, en los salones donde los escotes se aplastaban entre los fraques negros, bajo la claridad ardiente de las arañas, llevando del brazo á la señora de Jeumont; y el marido iba detrás. Cuando aparecieron, se apartaron los grupos, abriendo un ancho paso á aquel capricho de doscientos mil francos de que se hacía ostentación, á aquel escándalo de ape-

titos violentos y de loca prodigalidad. Las gentes sonreían, cuchicheaban, con aire divertido, sin cólera, en medio del olor embriagador de los escotes, al compás lejano de la orquesta. Al mismo tiempo, en el fondo del salón, otra oleada de curiosos se arremolinaba alrededor de un coloso vestido con un uniforme de coracero blanco, brillante y soberbio. Era el conde de Bismarck, cuya gran estatura dominaba todas las cabezas, riendo con una risa ruidosa, los ojos saltones, la nariz fuerte, con poderosas mandíbulas cubiertas por mostachos de conquistador bárbaro. Después de Sadowa, acababa de dar la Alemania á la Prusia; los tratados de alianza, negados mucho tiempo, hacía meses que estaban firmados contra la Francia; y la guerra que estuvo á punto de estallar en Mayo, á propósito del asunto del Luxemburgo, era cosa fatal. Cuando Saccard, triunfante, atravesó la pieza, llevando del brazo á la señora de Jeumont, y seguido por el marido, el conde de Bismarck interrumpió un instante su risa de buen gigante chocarrero, para mirarlos pasar con curiosidad.

IX

Carolina se encontró sola de nuevo. Hamelin había permanecido en París hasta los primeros días de Noviembre para las formalidades que necesitaba la constitución definitiva de la sociedad, con capital de ciento cincuenta millones; y aun fué él quien, á instancias de Saccard, hizo en la notaría de Lelorrain, calle de Santa Ana, las declaraciones legales, afirmando que estaban suscriptas todas las acciones é ingresado el capital, lo que de ningún modo era cierto. En seguida marchó á Roma, donde debía pasar dos meses, teniendo que estudiar grandes asuntos, que callaba, sin duda su famoso sueño del Papa en Jerusalem, así como otro proyecto más práctico y considerable, el de la transformación del Universal en un Banco católico, apoyado en los intereses cristianos del mundo entero, toda una vasta máquina destinada á aplastar, á barrer del globo la banca judía; y de allí pensaba volver otra vez á Oriente, adonde lo llamaban los tra-

titos violentos y de loca prodigalidad. Las gentes sonreían, cuchicheaban, con aire divertido, sin cólera, en medio del olor embriagador de los escotes, al compás lejano de la orquesta. Al mismo tiempo, en el fondo del salón, otra oleada de curiosos se arremolinaba alrededor de un coloso vestido con un uniforme de coracero blanco, brillante y soberbio. Era el conde de Bismarck, cuya gran estatura dominaba todas las cabezas, riendo con una risa ruidosa, los ojos saltones, la nariz fuerte, con poderosas mandíbulas cubiertas por mostachos de conquistador bárbaro. Después de Sadowa, acababa de dar la Alemania á la Prusia; los tratados de alianza, negados mucho tiempo, hacía meses que estaban firmados contra la Francia; y la guerra que estuvo á punto de estallar en Mayo, á propósito del asunto del Luxemburgo, era cosa fatal. Cuando Saccard, triunfante, atravesó la pieza, llevando del brazo á la señora de Jeumont, y seguido por el marido, el conde de Bismarck interrumpió un instante su risa de buen gigante chocarrero, para mirarlos pasar con curiosidad.

IX

Carolina se encontró sola de nuevo. Hamelin había permanecido en París hasta los primeros días de Noviembre para las formalidades que necesitaba la constitución definitiva de la sociedad, con capital de ciento cincuenta millones; y aun fué él quien, á instancias de Saccard, hizo en la notaría de Lelorrain, calle de Santa Ana, las declaraciones legales, afirmando que estaban suscriptas todas las acciones é ingresado el capital, lo que de ningún modo era cierto. En seguida marchó á Roma, donde debía pasar dos meses, teniendo que estudiar grandes asuntos, que callaba, sin duda su famoso sueño del Papa en Jerusalem, así como otro proyecto más práctico y considerable, el de la transformación del Universal en un Banco católico, apoyado en los intereses cristianos del mundo entero, toda una vasta máquina destinada á aplastar, á barrer del globo la banca judía; y de allí pensaba volver otra vez á Oriente, adonde lo llamaban los tra-

bajos del ferrocarril de Brusa á Beirut. Alejábanse contento con la rápida prosperidad de la casa, absolutamente convencido de su inquebrantable solidez, sin sentir en el fondo otra cosa que la sorda inquietud por aquel éxito tan grande. Así, la víspera de su partida, en la conversación que tuvo con su hermana, no le hizo más que una recomendación apremiante, la de resistir al apasionamiento general y vender sus títulos, si se pasaba del precio de dos mil doscientos francos, porque entendía protestar personalmente contra aquella alza continua, que juzgaba loca y peligrosa.

Desde que se encontró sola, sintióse Carolina más turbada aun por el medio excesivamente caldeado en que vivía. Hacia la primera semana de Noviembre, llegóse al precio de dos mil doscientos; y aquello era, en derredor suyo, una locura, gritos de gratitud y de esperanza ilimitada: Dejoie venía á deshacerse en muestras de agradecimiento; las señoras de Beauvilliers la trataban como igual, como amiga del dios que iba á levantar otra vez su antigua casa. Alzábase un concierto de bendiciones de la multitud dichosa, de los pequeños y de los grandes, las muchachas dotadas al fin, los pobres enriquecidos súbitamente, asegurada su vejez, los ricos ardiendo en la insaciable alegría de ser aún más ricos. Al día siguiente de la Exposición, en París embriagado de goces y de poder, el momento era único, un momento de fe en la dicha, la certidumbre de

una suerte sin fin. Todos los valores habían subido, los menos sólidos encontraban crédulos, una plétora de negocios henchía el mercado, congestionándolo hasta la apoplejía, mientras que por dentro sonaba á hueco, en el agotamiento real de un reinado que había gozado mucho, gastado millares de millones en grandes obras, engordado casas de crédito enormes, cuyas cajas abiertas estallaban por todas partes. El primer crujido, en aquel vértigo, sería el hundimiento. Y sin duda Carolina tenía este presentimiento ansioso, cuando sentía oprimirse su corazón, á cada nuevo salto de los precios del Universal. No corría ningún mal rumor, apenas un ligero estremecimiento de los bajistas, asombrados y domados. Sin embargo, ella tenía conciencia de un malestar, algo que minaba ya el edificio; pero ¿qué? nada se precisaba; y veíase obligada á esperar, ante el esplendor del triunfo creciente, á pesar de esas ligeras sacudidas que anuncian las catástrofes.

Por lo demás, Carolina tuvo entonces otro disgusto. En la Obra del Trabajo estaban al fin satisfechos de Víctor, que se había vuelto silencioso y disimulado; y si todavía no se lo había contado todo á Saccard, era por un singular sentimiento de embarazo, aplazando de día en día su relato, sufriendo con la vergüenza que él experimentaría. Por otra parte, Máximo, á quien por entonces devolvió de su bolsillo los dos mil francos, se burló á propósito de los cuatro mil

que Busch y la Mechain reclamaban todavía; estas gentes la robaban, su padre se pondría furioso. Por esto, en adelante, rechazaba las demandas reiteradas de Busch, que exigía el complemento de la suma prometida. Después de innumerables pasos, éste acabó por enfadarse, tanto más cuanto que renacía su antiguo propósito de obtener dinero de Saccard, después de la nueva posición de éste último, aquella alta posición en que lo creía á merced suya, por miedo al escándalo. Un día, pues, exasperado por no sacar nada de un negocio tan bonito, resolvió dirigirse directamente á él, y le escribió rogándole que pasara á su despacho para enterarse de antiguos papeles encontrados en una casa de la calle de la Harpe. Le indicaba el número, y hacía una alusión tan clara á la vieja historia, que Saccard, lleno de inquietud, no podía dejar de acudir. Precisamente, aquella carta, llevada á la calle de San Lázaro, cayó entre las manos de Carolina, que reconoció la letra. Tembló, y preguntóse un momento si correría á casa de Busch, á fin de pagarle. Después se dijo que éste tal vez escribía para otro asunto, y que en todo caso esta era una manera de acabar, hasta alegrándose en su emoción de que otro tuviera el embarazo de la confianza. Pero á la noche, cuando volvió Saccard y abrió la carta, lo vió simplemente ponerse grave, y creyó en alguna complicación de dinero. Sin embargo, él había experimentado una profunda sorpresa, su garganta se había

apretado á la idea de caer en manos tan sucias, sospechando alguna ignominia. Con un gesto tranquilo se metió la carta en el bolsillo y decidió ir á la cita.

Pasaron días, llegó la segunda quincena de Noviembre, y Saccard aplazaba cada mañana la visita, aturdido por el torrente que lo arrastraba. La cotización acababa de pasar del precio de dos mil trescientos francos, y él estaba encantado, aun sintiendo que en la Bolsa se acentuaba cierta resistencia, á medida que se precipitaba el alza: evidentemente había allí un grupo de bajistas que tomaba posiciones, empujando la lucha, tímidos todavía, en simples escaramuzas de guerrillas. Y, en dos ocasiones, creyóse obligado á dar él mismo órdenes de compra á nombre de testaferos, para que no se detuviera la marcha ascensional de los precios. Comenzaba el sistema de la sociedad, comprando sus propios títulos, jugando sobre ellos, devorándose.

Una noche, lleno de su pasión, no pudo Saccard impedirle hablar de ello á Carolina.

—Me parece que la cosa se caldea. ¡Oh! somos ya muy fuertes y esto les estorba demasiado.... Huelo á Gundermann, es su táctica: va á proceder á ventas regulares, tanto hoy, tanto mañana, aumentando la cifra, hasta quebrantarnos....

Ella le interrumpió con su voz grave:

—Si tiene del Universal, hace bien en vender.

—¡Cómo, que hace bien en vender!

—Sin duda, mi hermano os lo ha dicho: á

partir de dos mil, los precios son absolutamente locos.

El la miraba, y exclamó fuera de sí:

—Vended entonces, atrevedos á vender vos misma..... Sí, jugad contra mí, ya que queréis mi derrota.

Carolina enrojeció ligeramente, porque precisamente la vispera había vendido mil de sus acciones para obedecer á las órdenes de su hermano, tranquilizada ella también por aquella venta como por un acto tardío de honradez. Pero puesto que Saccard no le preguntaba directamente, no se lo dijo, tanto más embarazada cuanto que él añadió:

—Estoy seguro de que ayer hubo defecciones. Llegó al mercado un gran paquete de valores, y habrían flojeado los precios si yo no hubiera intervenido..... Gundermann no hace estas jugadas. El tiene un método más lento, más aplastante á la larga..... ¡Ah! querida mía, estoy muy tranquilo, pero de todos modos tiemblo, porque el defender la vida es poca cosa, lo peor es defender su dinero y el de los demás.

En efecto, á partir de aquel momento, Saccard dejó de pertenecerse. Fué el hombre de los millones que ganaba, triunfante, y siempre á punto de ser derrotado. Ni siquiera tenía tiempo para ir á ver á la baronesa Sandorff, en el piso bajo de la calle Caumartin. En verdad, ésta lo había cansado con la llama engañadora de sus ojos, aquella frialdad que sus tentativas perversas no con-

seguián caldear. Además, le había ocurrido un percance, el mismo que él había hecho sufrir á Delcambre: una noche, esta vez por la torpeza de una doncella, había entrado en el momento en que la baronesa se encontraba entre los brazos de Sabatani. En la tempestuosa explicación que siguió, no se calmó sino después de una confesión completa, la de una simple curiosidad, culpable sin duda, pero muy excusable. Hablaban todas las mujeres de aquel Sabatani como de un fenómeno tal, se cuchicheaba de tal modo acerca de aquella cosa tan enorme, que ella no había podido resistir al deseo de verla. Y Saccard la perdonó cuando, á una pregunta brutal, contestó ella que, después de todo, aquello no era tan asombroso. Apenas la veía ahora más de una vez por semana, no porque le guardara rencor, sino sencillamente porque lo fastidiaba.

Ahora que lo sentía enfriarse, la baronesa volvió á caer en sus ignorancias y en sus dudas de otros tiempos. Desde que lo sonsacaba en sus momentos de intimidad, jugaba casi á golpe seguro, ganaba mucho, á medias con su suerte. Ahora veía muy bien que él no quería responder, y hasta temía que le mintiese; y, sea porque cambiara, sea porque, en efecto, él se complaciese en lanzarla por una pista falsa, sucedió un día que perdió siguiendo sus consejos. Su fe se quebrantó. Si Saccard la extraviaba así, ¿quien la guiaría ahora? Y lo peor era que el movimiento de hostilidad en la Bolsa, tan ligero al principio,

aumentaba de día en día contra el Universal. Todavía no eran más que rumores, no se formulaba nada preciso, ningún hecho amenazaba la solidez de la casa. Pero se dejaba comprender que debía haber allí alguna cosa, que el fruto estaba agusanado. Lo que, por lo demás, no impedía que el alza de los títulos se acentuase, enorme.

A consecuencia de una mala operación sobre los fondos italianos, la baronesa, decididamente inquieta, resolvió ir á la redacción de *La Esperanza*, para tratar de hacer hablar á Jantrou.

—Veamos, ¿qué hay? Vos, debéis saberlo.... Hace un momento, el Universal ha subido todavía veinte francos, y sin embargo corría un rumor, nadie ha sabido decirme de qué, en fin, algo no bueno.

Pero Jantrou estaba en la misma perplejidad. Colocado en la fuente de los rumores, fabricándolos él mismo si era preciso, comparábase placenteramente á un relojero, que vive en medio de centenares de relojes, y que jamás sabe la hora exacta. Gracias á su agencia de publicidad, si estaba en todas las confidencias, no tenía opinión propia única y sólida, porque sus informes se contradecían y se destruían entre sí.

—No sé nada, nada absolutamente.

—¡Oh! porque no queréis hablar.

—No, no sé nada, palabra de honor. ¡Y yo que pensaba ir á veros para preguntaros! ¿No es ya amable Saccard?

Hizo ella un gesto que lo confirmó en lo que había adivinado: un fin de relaciones por cansancio mútuo, la mujer muy sosa, el amante enfriado, sin hablar. Sintió un momento el no haber hecho el papel de hombre bien informado, para pagarse al fin, como él decía, aquella pequeña Ladricourt, cuyo padre lo recibió á puntapiés. Pero comprendía que no había llegado su hora; y continuaba mirándola, reflexionando en alta voz.

—Sí, es un fastidio, y yo que contaba con vos.... Porque ¿no es verdad que, si ha de ocurrir cualquier catástrofe, sería bueno estar prevenido, para poder hacer la evolución?.... ¡Oh! no creo que la cosa apremie, esto aún está muy sólido. Pero se ven cosas tan raras....

Y á medida que hablaba así, iba germinando un plan en su cabeza.

—Decid—añadió bruscamente—puesto que Saccard os abandona ¿por qué no os ponéis bien con Gundermann?

La baronesa quedó un momento sorprendida.

—¡Con Gundermann! ¿Para qué? Lo conozco algo, por haberlo encontrado en casa de los de Roiville y en casa de los Keller.

—Mucho mejor si lo conocéis.... Id á verlo con cualquier pretexto, hablad con él, tratad de haceros amiga suya.... Figuraos esto: ¡ser la buena amiga de Gundermann, gobernar el mundo!

Y reíase, ante las imágenes licenciosas que

evocaba con el gesto, porque, conocida la frialdad del judío, no debía haber nada más complicado ni más difícil que seducirlo. La baronesa que había comprendido, tuvo una risa muda, sin enfadarse.

—Pero—repitió—¿para qué Gundermann?

Jantrou explicó entonces que, con seguridad, estaba éste á la cabeza del grupo de bajistas que comenzaban á maniobrar contra el Universal. Esto lo sabía, tenía la prueba de ello. Puesto que Saccard no era amable, la simple prudencia aconsejaba ponerse bien con su adversario, sin romper con él, por otra parte. Así se tendría un pie en cada campo, y se estaría seguro de encontrarse, el día de la batalla, en compañía del vencedor. Y proponía esta traición con aire amable, simplemente como hombre de buen consejo. Trabajando para él una mujer, dormiría tranquilo.

—¿Eh, queréis? Unámonos..... Nos prevendremos, nos diremos todo lo que sepamos.

Y como se apoderase de su mano, ella la retiró con un movimiento instintivo, creyendo otra cosa.

—Pero no, si no pienso en eso, puesto que somos camaradas..... Más adelante, vos me recompensaréis.

Y riendo, ella le abandonó su manó, que él besó. Ya no lo despreciaba, olvidando lo que había sido, no viendo la crápula en que vivía, su rostro marchito, su hermosa barba envene-

nada por el ajeno, su levita nueva llena de manchas, su brillante sombrero arañado con el yeso de cualquier inmunda escalera.

Al día siguiente, la baronesa Sandorff fué á á casa de Gundermann. Este, desde que los títulos del Universal habían llegado á dos mil francos, había emprendido una campaña á la baja, con la mayor discreción, no yendo nunca á la Bolsa, y no teniendo en ella siquiera representación oficial. Su razonamiento era que una acción vale desde luego su precio de emisión y además el interés que puede reportar, el cual depende de la prosperidad de la casa, del éxito de las empresas. Hay, pues, un valor máximo del que no debe pasar razonablemente; y así que lo pasa, á consecuencia del apasionamiento del público, el alza es ficticia, la prudencia aconseja ponerse á la baja, con la seguridad de que ésta vendrá. En su convicción, en su absoluta fe en la lógica, quedó sin embargo sorprendido de las rápidas conquistas de Saccard, de aquella potencia que había crecido de un golpe y que comenzaba á espantar á la alta banca judía. Había que abatir lo más pronto á aquel peligroso rival, no sólo para recobrar los ocho millones perdidos al día siguiente de Sadowa, sino, sobre todo, para no tener que compartir la soberanía del mercado con aquel terrible aventurero, cuyos atrevimientos parecían tener éxito, contra todo buen sentido, como por milagro. Y Gundermann, lleno de desprecio por el apasionamiento, exageraba aún

más su flemma de jugador matemático, con una fría obstinación de hombre de números, vendiendo siempre á pesar del alza continua, perdiendo en cada liquidación sumas cada vez más considerables, con la tranquila seguridad de un prudente que pone simplemente su dinero en la caja de ahorros.

Cuando la baronesa pudo al fin entrar, en medio de aquel tropel de empleados y de corredores, de la granizada de documentos que firmar y de despachos que leer, encontró al banquero sufriendo un horrible catarro que le arrancaba la garganta. Sin embargo, estaba allí desde las seis de la mañana, tosiendo y escupiendo, estenuado de fatiga, sólido á pesar de todo. Aquel día, en vísperas de un empréstito extranjero, tenía invadida la vasta sala por una ola de visitantes más apresurada todavía, que recibían á escape dos de sus hijos y uno de sus yernos; mientras que, tirados por el suelo, cerca de la estrecha mesa que había al fondo, en el hueco de la ventana, tres de sus nietos, se disputaban con agudos gritos una muñeca á la que le faltaban un brazo y una pierna.

La baronesa dió su pretexto inmediatamente.

—Caballero, he querido tener en persona el atrevimiento de mi importunidad..... Es para una rifa de beneficencia.....

No la dejó acabar, era muy caritativo, y admitía siempre dos billetes, sobre todo cuando se

tomaban así el trabajo de llevárselos señoras que había conocido en los salones.

Pero tuvo que pedirle que le dispensara, para contestar á un empleado que llegaba á hablarle de un asunto.

—¿Decís que cincuenta y dos millones? ¿Y el crédito era?....

—De sesenta millones, señor.

—Pues bien, ponadlo en setenta y cinco millones.

Volvíase hacia la baronesa, cuando, una palabra sorprendida en una conversación que su yerno tenía con un corredor, le hizo acercarse.

—¡De ningún modo! Al precio de quinientos ochenta y siete cincuenta, eso hace diez sueldos de menos por acción.

—¡Oh, señor—dijo humildemente el corredor—por cuarenta y tres francos que importaría de menos!

—¡Cómo cuarenta y tres francos! Eso es enorme. ¿Acaso creéis que robo el dinero? A cada uno lo suyo; para mí no hay otra cosa.

En fin, para hablar con más comodidad, se decidió á llevar á la baronesa al comedor, donde ya estaba la mesa puesta. No se engañaba acerca del pretexto de la rifa de beneficencia, porque conocía sus relaciones, gracias á una obsequiosa policía que lo informaba, y había sospechado que iba impulsada por algún grave interés. Así, no se molestó.

—Veamos, decidme ahora lo que tenéis que decirme.

La baronesa afectó sorprenderse. No tenía nada que decirle, sólo darle simplemente las gracias por su bondad.

—¿Entonces, no os han encargado de ninguna comisión para mí?

Y pareció contrariado, como si hubiera creído un instante que iba con una misión secreta de Saccard, alguna invención de aquel loco.

Ahora que estaban solos, mirábalo ella sonriendo, con su aire ardiente y engañador que excitaba tan inútilmente á los hombres.

—No, no tengo nada que deciros, y puesto que sois tan bueno, más bien tendría algo que pedir.

Se había inclinado hacia él, rozándole las rodillas con sus finas manos enguantadas. Y le hizo su confesión, hablando de su deplorable matrimonio con un extranjero que no había comprendido nada de su naturaleza ni de sus necesidades, y explicando cómo se había visto obligada á jugar para no decaer de su posición. Habló, en fin, de su soledad, de la necesidad de ser aconsejada, dirigida, en aquel espantoso terreno de la Bolsa, donde cada paso en falso tan caro puede costar.

—Pero—interrumpió Gundermann—yo creía que teniais á alguien.

—¡Oh, alguien!—murmuró ella con un gesto de profundo desdén.—No, no, ese no es nadie;

no tengo á nadie.... Vos sois á quien yo querría tener, el amo, el dios. Y, verdaderamente, poco os costaría ser mi amigo, decirme una palabra, nada más que una palabra, de tarde en tarde. ¡Si supierais cuán dichosa me hariais, cuán reconocida os quedaría, sí, con todo mi ser!

Y se acercaba más, envolviéndolo en su tibio aliento, en el fino y potente olor que se exhalaba de toda ella. Pero él permanecía muy tranquilo y ni siquiera retrocedió, muerta su carne, sin una tentación que reprimir. Mientras que ella hablaba, él, cuyo estómago estaba igualmente destruido y que se mantenía sólo de leche, tomaba uno á uno, de un frutero que había sobre la mesa, granos de uva que se comía con un gesto maquinal, el único exceso que se permitía á veces, en sus grandes momentos de sensualidad, exponiéndose á pagarlo con días de sufrimiento.

Sonrióse burlescamente, como hombre que se cree invencible, cuando la baronesa, con aire de distracción, en el calor de su súplica, le puso al fin sobre la pierna su pequeña mano tentadora, de dedos devoradores, ágiles como culebras. Placenteramente cogió aquella mano y la separó, dando las gracias con un movimiento de cabeza, así como por un regalo inútil que se rehusa. Y sin perder más tiempo, se fué derecho al objeto.

—Veamos, sois muy amable y quisiera servir en algo.... Mi hermosa amiga, el día en

que traigáis un buen consejo, yo me comprometo á daros otro. Venid á decirme lo que se liace, y yo os diré lo que haré..... Negocio concluído, ¿eh?

Se había levantado, y ella tuvo que volver con él á la sala vecina. La baronesa había comprendido perfectamente el trato que le proponía, el espionaje, la traición. Pero no quiso contestar, y afectó volver á hablar de su rifa de beneficencia; mientras que Gundermann, con su movimiento de cabeza burlón, parecía añadir que no necesitaba ser ayudado, que el desenlace lógico, fatal, llegaría de todos modos, acaso un poco más tarde. Y cuando ella se marchó, al fin, él ya estaba ocupado en otros asuntos, en el extraordinario tumulto de aquel mercado de los capitales, en medio del desfile de las gentes de Bolsa, del galope de sus empleados, de los juegos de sus nietos, que acababan de arrancar la cabeza á la muñeca, con gritos de triunfo. Se había sentado á su estrecha mesa, se absorbió en el estudio de una idea repentina, y ya no oyó más.

La baronesa Sandorff volvió dos veces á la redacción de *La Esperanza*, para dar cuenta del paso que había dado á Jantrou, sin encontrarlo. Al fin la introdujo Dejoie, un día en que su hija Natalia hablaba con la señora Jordán en una banqueta del pasillo. Desde la víspera caía una lluvia diluviana; y con aquel tiempo húmedo y gris, el entresuelo del viejo hotel, en el fondo

del obscuro patio, era de una horrible melancolía. El gas ardía en una media luz de niebla. Marcela, que esperaba á Jordán, corriendo en busca de dinero para dar un nuevo á cuenta á Busch, escuchaba con un aire triste á Natalia que charlaba como una cotorra vanidosa, con su voz seca y sus gestos nerviosos de hija de París crecida demasiado aprisa.

—Ya comprenderéis señora, que papá no quiera vender..... Hay una persona que lo empuja á vender tratando de asustarlo. No la nombro porque su papel, con seguridad, no es el de asustar á la gente..... Yo soy ahora quien impide á papá vender. ¡Vender cuando esto va para arriba! ¿Verdad que habría que ser muy tonto para hacerlo?

—¡Ciertamente!—contestó simplemente Marcela.

—Ya sabéis que estamos á dos mil quinientos—continuó Natalia.—Yo llevo las cuentas, porque papá apenas sabe escribir..... De modo que nuestras ocho acciones valen ya veinte mil francos. ¿Eh? ¡Muy bonito!.... Papá quería detenerse en los diez y ocho mil, porque esto hacía su cuenta: seis mil francos para mi dote, y doce mil para él, una rentita de seiscientos francos, que habría ganado bien con todas estas emociones..... Pero afortunadamente no ha vendido, puesto que ahora hay dos mil francos más..... Y ahora queremos más, queremos una renta de mil francos cuando menos. Y la tendremos, nos

lo ha dicho el señor Saccard..... ¡Es tan bueno el señor Saccard!

Marcela no pudo evitar una sonrisa.

—¿Y no os casáis?

—Sí, sí, cuando esto acabe de subir.... Tenemos prisa, sobre todo el padre de Teodoro, á causa de su comercio. Pero ¿qué queréis? no se puede tapar la fuente cuando viene el dinero. ¡Oh! Teodoro comprende muy bien que si papá tiene más renta, será más capital que cogemos un día. ¡Caramba, y no es de despreciar!... Y todo el mundo espera. Hace meses que tenemos los seis mil francos y podríamos casarnos; pero preferimos esperar.... ¿Leéis los artículos sobre las acciones?

Y sin esperar contestación:

—Yo los leo por la noche, papá me lleva los periódicos.... El ya los ha leído, y es preciso que yo se los vuelva á leer.... Es cosa que no cansa, tan hermoso es todo lo que prometen. Cuando me acuesto tengo la cabeza llena de ello, y sueño toda la noche. Y papá me dice también que él ve cosas que son una buena señal. Antes de ayer hemos tenido el mismo sueño, que recogíamos monedas de cien sueldos, con pala, en la calle. Era cosa muy divertida.

Interrumpióse de nuevo para preguntar.

—¿Cuántas acciones tenéis vos?

—¡Ni una!—respondió Marcela.

La rubia cabecita de Natalia, con sus claros ricillos rebeldes, tomó un aire de inmensa con-

miseración. ¡Ah, pobres gentes, gentes que no tenían acciones! Y habiéndola llamado su padre para encargarle de llevar un paquete de pruebas á un redactor, al volver á Batignolles, marchóse con una graciosa importancia de capitalista que, casi todos los días, ahora, bajaba al periódico á fin de conocer más pronto la cotización de la Bolsa.

Quando se quedó sola en la banqueta, Marcela volvió á caer en una melancólica meditación, ella tan alegre y tan animosa de ordinario: ¡Dios mío, qué obscuridad, qué tristeza! ¡Y su pobre marido que corría por las calles con aquella lluvia diluviana! ¡Él que sentía tal desprecio por el dinero, tal malestar á la sola idea de ocuparse de éste, costándole tanto trabajo pedirlo aun á los mismos que se lo debían! Y repasaba todo el día desde que se despertó, aquel día tan malo, absorta, sin oír nada; mientras que alrededor suyo no cesaba el trabajo febril del periódico, el ir y venir de los redactores, el vaivén de las cuartillas, en medio de los portazos y de los campañazos.

A las nueve, cuando Jordan acababa de marcharse á recoger informes sobre un accidente de que tenía que dar cuenta, Marcela, apenas lavada, todavía en chambra, había tenido el estupor de ver presentarse en su casa á Busch, en compañía de dos hombres muy sucios, acaso alguaciles, acaso bandidos, cosa que no había podido saber con precisión. Aquel abominable

Busch, sin duda abusando de que no encontraba allí más que una mujer, declaraba que iban á embargarlo todo, si no le pagaba al momento. Y ella se había resistido, no habiendo tenido conocimiento de ninguna de las formalidades legales; pero él afirmaba la notificación del juicio y la publicación del edicto con tal descaro, que ella había quedado trastornada, acabando por creer en la posibilidad de estas cosas aun sin saberlas. Pero no se rendía por ello y explicaba que su marido no volvería ni para almorzar, y que ella no dejaría tocar nada antes de que él estuviera allí. Entonces, entre los tres repugnantes personajes y aquella joven, á medio vestir, con los cabellos por los hombros, había comenzado la más penosa de las escenas, ellos inventariando ya los objetos, ella cerrando los armarios, poniéndose delante de la puerta, como para impedirles salir. ¡Su pobre casita, de que tan orgullosa estaba, sus cuatro muebles que hacía relucir, la cortina de andrinópolis de la alcoba, que ella misma había colgado! Habría que pasar por encima de su cuerpo, como decía con guerrera bravura; y trataba á Busch de canalla y de ladrón, ¡sí, un ladrón que no tenía vergüenza de reclamar setecientos treinta francos quince céntimos, sin contar las nuevas costas, por una deuda de trescientos francos, un crédito comprado por él en cinco, en el montón, con trapos y hierro viejo! ¡Decir que ellos habían dado ya, á cuenta, cuatrocientos francos y que aquel ladrón

hablaba de llevarse sus muebles, en pago de trescientos y tantos francos que quería robarles todavía! Y bien sabía él que ellos eran de buena fe, que habrían pagado en seguida, si hubieran tenido la suma. Y se aprovechaba de que ella estaba sola, incapaz de responder, ignorante del procedimiento, para asustarla y hacerla llorar. ¡Canalla! ¡Ladrón, ladrón! Furioso, Busch gritaba más alto que ella, golpeándose violentamente el pecho: ¿es que él no era un hombre honrado? ¿Acaso no había él pagado el crédito con dinero bueno y muy hermoso? Estaba en regla con la ley, y quería acabar. Sin embargo, como uno de aquellos dos hombres tan sucios abriese los cajones de la cómoda, en busca de ropa blanca, había tomado ella una actitud tan terrible, amenazando sublevar la calle y la casa, que el judío se había suavizado un poco. En fin, después de media hora de baja discusión, había consentido en esperar hasta el día siguiente, con formal juramento de que á otro día se lo llevaría todo, como ella le faltase á la palabra. ¡Oh, qué vergüenza que todavía la hacía sufrir: aquellos villanos hombres en su casa, hiriendo todas sus ternuras, todos sus pudores, revolviendo hasta la cama, apestando su alcoba tan dichosa, cuya ventana había tenido que dejar abierta de par en par, después que se fueron!

Pero otra pena más honda esperaba á Marcella aquel día. Se le había ocurrido la idea de correr en seguida á casa de sus padres para

pedirles prestada la suma: de aquel modo, cuando su marido volviera á la tarde, no lo desesperaría y podría hacerle reír con la escena de la mañana. Veíase ya contándole la gran batalla, el feroz asalto dado á su hogar, y la manera heroica cómo ella había rechazado el ataque. El corazón le palpitaba violentamente al entrar en el hotelito de la calle Legendre, aquella casa donde había crecido y donde creía no encontrar más que extraños, tan cambiada y tan glacial le parecía. Como sus padres acababan de ponerse á la mesa, había accedido á almorzar para disponerlos mejor. Mientras duró la comida, la conversación versó sobre el alza de las acciones del Universal, que aun la víspera habían subido veinte francos; y se asombraba de encontrar á su madre más llena de fiebre, más rabiosa que á su padre, ella que al principio temblaba á la sola idea de la especulación: ahora, con una violencia de mujer conquistada, ella era quien lo censuraba por su timidez, apasionada por los grandes golpes del azar. Hubo un momento en que se arrebató, irritada de que él hablase de vender sus setenta y cinco acciones á aquel precio inesperado de dos mil quinientos veinte francos, lo que habría hecho ciento ochenta y nueve mil francos, una bonita ganancia, más de cien mil francos sobre el precio de compra. ¡Vender, cuando *La Cotización financiera* prometía el precio de tres mil francos! ¿Se había vuelto loco? Porque, en fin, *La Cotización financiera* era conocida

por su antigua honradez, él mismo repetía que con aquel periódico se podía dormir á pierna suelta. ¡Ah, no, ella no lo dejaría vender! ¡Mejor vendería el hotel para comprar más! Y Marcela, silenciosa, con el corazón oprimido, al oír pronunciar apasionadamente aquellas grandes cifras, preguntábase cómo se atrevería á pedir un préstamo de quinientos francos, en aquella casa invadida por el juego, donde había visto subir poco á poco la ola de los periódicos financieros que la sumergían hoy en el sueño embriagador de su publicidad. Al fin, á los postres, se había arriesgado: necesitaban quinientos francos, iban á embargarles, sus padres no podían abandonarlos en aquel desastre. El padre había bajado inmediatamente la cabeza, dirigiendo una mirada embarazada á su mujer. Pero la madre rehusaba ya, con toda claridad. ¡Quinientos francos! ¿Dónde quería que los encontraran? Todos sus capitales estaban colocados en operaciones; y, por otra parte, volvieron todas las antiguas diatribas: cuando una se casa con un holgazán, con un hombre que escribe libros, debe aceptar las consecuencias de su necedad y no tratar de volver á pesar sobre los suyos. ¡No! ella no tenía un céntimo para los perezosos que, con su gran desprecio afectado por el dinero, no sueñan más que con comerse el de los demás. Y había dejado marchar á su hija, y ésta se había ido desesperada, destrozado el corazón al ver desconocida á su madre, tan razonable y tan buena en otro tiempo.

Por la calle, Marcela había andado inconsciente, mirando si encontraría el dinero en el suelo. Luego se le había ocurrido repentinamente la idea de dirigirse al tío Chave; é inmediatamente se había presentado en el discreto piso bajo de la calle Nollet, para no dejar de encontrarlo antes de la Bolsa. Al llegar allí oyó cuchicheos, risas de muchachas. Sin embargo, abierta la puerta, se encontró al capitán solo, fumando su pipa, y profundamente desolado, furioso contra sí mismo, gritando que jamás tenía cien francos por delante, que se comía al día sus pequeñas ganancias de la Bolsa, como un perdido que era. En seguida, al saber la negativa de los Maugendre, había tronado contra ellos, también otro par de alhajas, á quienes, por otra parte, no veía desde que el alza de sus cuatro acciones los volvía locos. ¿Pues no lo había tratado su hermana, la semana anterior, de tacaño, como para ridiculizar su juego prudente, porque le aconsejaba amigablemente que vendiese? ¡Una á quien no compadecería cuando se desnucara!

Y Marcela, de nuevo en la calle, con las manos vacías, había tenido que resignarse á ir al periódico, para advertir á su marido de lo que había pasado por la mañana. Era necesario absolutamente pagar á Busch. Jordan, cuyo libro no estaba aceptado todavía por ningún editor, acababa de salir á caza de dinero á través del París fangoso de aquel día de lluvia, sin saber á donde acudir: á los amigos, á los periódicos donde es-

cribía, á la aventura. Aunque había suplicado á su mujer que volviese á su casa, estaba ella tan llena de ansiedad, que había preferido esperar allí en aquella banqueta.

Después que se marchó su hija, cuando la vió sola, Dejoie le trajo un periódico.

—Si la señora quiere leer para no impacientarse....

Pero Marcela rehusó con un gesto, y como Saccard llegase, hizose la valiente diciéndole alegremente que había enviado á su marido á una comisión fastidiosa de que ella se había desembarazado. Saccard, que apreciaba al matrimonio, quería absolutamente que ella entrase en su despacho para esperar con más comodidad. Ella se resistió; estaba bien allí. Y él dejó de insistir, por la sorpresa que experimentó al encontrarse de manos á boca, bruscamente, con la baronesa Sandorff, que salía del despacho de Jantrou. Por lo demás, ambos se sonrieron con aire de inteligencia amable, como gentes que cambian un simple saludo para no ponerse en evidencia.

Jantrou acababa de decir á la baronesa que no se atrevía á aconsejarle. Su perplejidad aumentaba ante la solidez del Universal bajo los esfuerzos crecientes de los bajistas; sin duda Gundermann lo echaría por tierra, pero Saccard podía durar mucho tiempo, y acaso había mucho que ganar todavía con él. La había decidido á contemperizar, á entenderse con los dos. Lo me-

jor era tratar de tener siempre los secretos del uno, mostrándose amable, de manera á guardarlos para sí y aprovecharse de ellos, ó bien á venderlos al otro, según conviniera. Todo esto sin complot tenebroso, arreglado por él con aire de broma, mientras que ella le prometía riendo darle parte en el negocio.

—Ahora está siempre metida aquí, encerrada con vos: ¿es que ha llegado vuestra vez?—dijo Saccard con su brutalidad, entrando en el despacho de Jantrou.

Éste afectó asombrarse.

—¿Quién?... ¡Ah, la baronesa!.... Pero, querido maestro, si os adora. Hace un momento me lo decía ella misma.

Con un gesto de hombre á quien no se engaña, el viejo corsario lo había detenido. Y lo miraba, tan gastado en el bajo libertinaje, pensando que si ella había cedido á la curiosidad de saber cómo estaba formado Sabatani, bien podría querer gustar el vicio de aquella ruina.

—No os defendáis, querido. Cuando una mujer juega, es capaz de entregarse al mozo de cuerda de la esquina que le lleve una orden.

Jantrou sintióse muy herido, y se contentó con sonreír, obstinándose en explicar la presencia allí de la baronesa, que había ido, decía, para una cuestión de publicidad.

Por lo demás, Saccard, encogiéndose de hombros había dejado ya á un lado aquella cuestión de faldas, sin importancia según él. De pie, yen-

do y viniendo, plantándose ante la ventana para mirar caer la eterna lluvia gris, exhalaba su alegría enervada. ¡Sí, el Universal había subido todavía veinte francos la víspera! ¿Pero cómo diablo se explicaba que los vendedores se obstinasen? Porque el alza habría llegado á treinta francos, á no ser por un paquete de títulos que había caído en el mercado, á primera hora. Lo que él ignoraba era que Carolina había vendido otras mil acciones suyas, luchando ella misma contra el alza irracional, como se lo había ordenado su hermano. Verdaderamente, Saccard no podía quejarse ante el éxito creciente, y sin embargo aquel día estaba agitado por un temblor interior formado de temor sordo y de cólera. Gritaba que los cochinos judíos habían jurado su pérdida y que el canalla de Gundermann acababa de ponerse á la cabeza de un sindicato de bajistas para hundirlo. Se lo habían asegurado en la Bolsa, donde se hablaba de una suma de trescientos millones destinada por el sindicato á mantener la baja. ¡Ah, los brigantes! Y lo que no repetía, así en voz alta, era los demás rumores que corrían, cada día más claros, rumores que negaban la solidez del Universal, alegando ya hechos, síntomas de dificultades próximas, que aun no habían, es cierto, quebrantado en nada la ciega confianza del público.

Abrióse la puerta, y entró Huret con su aire de hombre sencillo.

—¡Ah, aquí está Judas!—dijo Saccard.

Huret, sabiendo que Rougon iba á abandonar decididamente á su hermano, se había reconciliado con el ministro; porque tenía la convicción de que el día en que Saccard tuviera en contra suya á Rougon, la catástrofe sería inevitable. Para obtener su perdón, había vuelto á entrar en la servidumbre del gran hombre, haciendo sus recados, arriesgándose en su servicio á las palabras gordas y á los puntapiés por detrás.

—¡Judas!—repitió con la fina sonrisa que iluminaba algunas veces su rostro de campesino; —en todo caso un Judas buena persona que viene á dar un aviso desinteresado al maestro á quien ha vendido.

Pero Saccard, como si no quisiera escucharle, exclamó, nada más que para afirmar su triunfo:

—¿Eh, qué tal? Dos mil quinientos veinte ayer, dos mil quinientos veinticinco hoy.

—Lo sé, acabo de vender hace un momento.

De repente, la cólera que Saccard ocultaba bajo su aire de broma estalló.

—¿Cómo que habéis vendido?... ¡Ah, entonces la cosa es completa! Me abandonáis por Rougon y os vais con Gundermann.

El diputado lo miraba asombrado.

—¿Con Gundermann, para qué?... Yo me voy con mis intereses ¡oh, sencillamente! Yo, ya lo sabéis, no soy un atolondrado. No, no tengo tanto estómago, y prefiero realizar en seguida, así que háy un buen beneficio. Y acaso por esto es por lo que jamás he perdido.

Y sonreía de nuevo como normando prudente y avisado que, sin fiebre, ensilaba su cosecha.

—¡Un administrador de la Sociedad!—continuaba Saccard violentamente. —¿Pero quién queréis que tenga confianza? ¿Qué se debe pensar al veros vender así, en pleno movimiento de alza? ¡Vive Dios! ya no me asombro de que se pretenda que nuestra prosperidad es ficticia y que se acerca el día del batacazo... Si esos señores venden, vendamos todos. ¡Esto es el pánico!

Huret, silencioso, hizo un gesto vago. En el fondo reía, su negocio estaba hecho. Al presente no tenía otro cuidado que desempeñar la comisión de que Rougon lo había encargado, lo más prontamente posible, sin tener que sufrir demasiado él mismo.

—Os decía, pues, querido, que había venido para daros un aviso desinteresado..... Helo aquí. Sed prudente, vuestro hermano está furioso, y os abandonará francamente si os dejáis vencer.

Saccard, refrenando su cólera, no se movió.

—¿Es él quien os envía á decirme eso?

Después de alguna vacilación, el diputado juzgó preferible confesar.

—Pues bien, sí, él es..... ¡Oh! no supongáis que los ataques de *La Esperanza* entran por nada en su irritación. Está muy por encima de estas heridas de amor propio..... ¡No! Pero en verdad, pensad que la campaña católica de vuestro periódico debe embarazar su política actual. Desde las desdichadas complicaciones de Roma, tiene

á todo el clero enfrente, y aun acaba de verse obligado á hacer condenar á un obispo por abusos.... Y, para atacarle, vais precisamente á escoger el momento en que hace grandes esfuerzos para no dejarse arrastrar por la evolución liberal, nacida de las reformas de 19 de Enero, que ha consentido en aplicar, como se dice, con el único deseo de encauzarlas prudentemente.... Vaya, vos sois su hermano, ¿creéis que esté contento?

—En efecto—respondió Saccard, es una ruina de mi parte..... Hé ahí ese pobre hermano, que, en su afán de ser ministro, gobierna en nombre de principios que ayer combatía, y que se agarra á mí porque no sabe cómo mantenerse en equilibrio, entre la derecha disgustada por haber sido traicionada y el tercer estado hambriento de poder. Ayer todavía, para calmar á los católicos, lanzaba su famoso ¡jamás! y juraba que nunca la Francia dejaría á la Italia quitar Roma al Papa. Hoy, en su miedo á los liberales, querria darles también una prenda, y se digna pensar en ahorcarme para darles gusto.... El otro día, Emilio Ollivier le ha sacudido de lo lindo en la Cámara....

—¡Oh!—interrumpió Huret—conserva la confianza de las Tullerías, el emperador le ha enviado una placa de diamantes.

Saccard, con un gesto enérgico decia que no lo engañaban.

—¿Verdad que el Universal es ya muy pode-

roso? ¿Es posible tolerar un banco católico que amenaza invadir el mundo y conquistarlo por el dinero, como antes se le conquistaba por la fe? Todos los librepensadores, todos los masones, á punto de ser ministros, sienten frío en los huesos.... Acaso también se anda urdiendo algún empréstito con Gundermann. ¿Qué sería del gobierno que no se dejase devorar por esos cochinos judíos?... Y he ahí al imbécil de mi hermano, que, para conservar el poder seis meses más, va á echarme como pasto á los cochinos judíos, á los liberales, á toda la chusma, con la esperanza de que lo dejarán un poco tranquilo mientras me devoran.... Pues bien, volved á decirle que me burlo de todos.

Y erguía su pequeña estatura, su rabia ahogaba su ironía como en un toque de clarín guerrero.

—¿Lo oís bien? ¡Me burlo de él! Esta es mi respuesta y quiero que la sepa.

Huret se había encogido de hombros. Desde el momento en que se incomodaban en los negocios, ya la cosa no pertenecía á su género. Después de todo, en aquel asunto él no era más que un comisionado.

—¡Bueno, bueno! se le dirá.... Os vais á hacer destroz. Pero es cuenta vuestra.

Hubo un momento de silencio. Jantrou que había permanecido absolutamente mudo, afectando estar entregado por completo á la corrección de unas pruebas, levantó la vista para ad-

mirar á Saccard. ¡Estaba hermoso, el bandido, en su acaloramiento! Estos canallas de genio triunfan algunas veces, en este grado de inconsciencia, cuando los arrastra la embriaguez del éxito. Y Jantrou era suyo en aquel momento, convencido de su fortuna.

—¡Ah! se me olvidaba—dijo Huret.—Parece que Delcambre, el procurador general, os execra.... Y lo que no sabéis aún es que el emperador lo ha nombrado esta mañana ministro de Justicia.

Saccard se paró bruscamente. Con el rostro sombrío, dijo al fin:

—¡Aun más de la misma mercancía! ¡Ah! y han hecho un ministro de eso.... ¿Y qué, queréis que eso me importe?

—¡Cáspita!—contestó Huret acentuando su aire bonachón—si os sucediera alguna desgracia, como sucede á todo el mundo, en los negocios, vuestro hermano quiere que no contéis con él para defenderos contra Delcambre.

—¡Ira de Dios!—aulló Saccard.—¿Pero no os digo que me burlo de toda la cuadrilla, de Rougon, de Delcambre, y de vos por de contado?

Felizmente, entró Daigremont en aquel momento.

No subía nunca al periódico, y su presencia fué una sorpresa para todos, que contuvo las violencias. Muy correcto, estrechó la mano á los tres, sonriente, con una exquisita amabilidad de hombre de mundo. Su mujer iba á dar una

soirée, en la que ella cantaría; y venía simplemente á invitar en persona á Jantrou, para que hiciera un buen artículo. Pero la presencia de Saccard pareció encantarle.

—¿Cómo va, gran hombre?

—¿Vos no habréis vendido?—preguntó éste sin responder.

—Vender ¡ah, no, todavía no!—Y su carcajada fué muy sincera; realmente era hombre de mucha solidez.

—¡Pero en nuestra situación jamás se debe vender!—exclamó Saccard.

—¡Jamás! Eso es lo que yo quería decir. Todos somos solidarios, y ya sabéis que podéis contar conmigo.

Sus párpados se bajaron para ocultar una mirada oblicua, mientras que respondía de los demás administradores, de Sedille, de Kolb, del marqués de Bohain, como de sí mismo. El negocio marchaba tan bien, que era verdaderamente un placer estar todos de acuerdo, en el éxito más extraordinario que había visto la Bolsa hacía cincuenta años. Y tuvo una frase graciosa para cada uno, y se fué repitiendo que contaba con los tres para su *soirée*. Mounier, el tenor de la Opera, cantaría con su mujer. ¡Oh, un efecto considerable!

—¿De modo—preguntó Huret yéndose á su vez—que eso es todo lo que tenéis que contestarme?

—¡Perfectamente!—declaró Saccard con voz seca.

Y no se fué con él, como era su costumbre. Luego, cuando se encontró solo con el director del periódico:

—¡Esto es la guerra, querido! ¡Basta de consideraciones, dad de firme sobre todos esos tnanantes!.... ¡Ah, al fin voy á poder empeñar la batalla como yo la entiendo!

—De todos modos, esto es desagradable—concluyó Jantrou, cuyas perplejidades volvían á comenzar.

Marcela seguía esperando en la banqueta del pasillo. Apenas eran las cuatro, y Dejoie acababa de encender ya las lámparas, tan deprisa oscurecía bajo el chorrear pálido y obstinado de la lluvia. Cada vez que el mozo de la redacción pasaba cerca de la joven, le decía algo para distraerla. Por otra parte, activábanse las idas y venidas de los redactores, de la sala vecina salía gran ruido de voces, toda aquella fiebre que iba creciendo á medida que se hacía el periódico.

Marcela, abriendo bruscamente los ojos, vió á Jordan ante sí. Estaba calado, aniquilado, con ese temblor de los labios, esa mirada algo extraviada de las gentes que han corrido mucho tiempo detrás de una esperanza sin alcanzarla. Ella había comprendido.

—¿Nada, verdad?—preguntó palideciendo.

—¡Nada, querida mía, nada absolutamente!... En ninguna parte..... No es posible.....

Marcela sólo dejó escapar un débil gemido, en el que todo su corazón sangraba.

—¡Oh, Dios mío!

En aquel momento salía Saccard del despacho de Jantrou y le chocó verla aún allí.

—¡Cómo, señora, acaba de venir ahora el correcales de vuestro marido! Bien os decía yo que entraseis á esperarle en mi despacho.

Ella lo miraba fijamente, dibujándose en sus grandes ojos desolados una idea repentina.

—Señor Saccard, tengo que pedir os un favor..... Si quisierais ahora que pasáramos á vuestro despacho.....

—Ciertamente, señora.

Jordan, que temía haber adivinado, quiso contenerla, y le balbuceaba al oído «¡no, no!» entrecortados, en la angustia enfermiza en que lo ponían siempre las cuestiones de dinero. Marcela se había desprendido de él, y tuvo que seguirla.

—Señor Saccard—comenzó ésta, así que la puerta estuvo cerrada—mi marido corre inútilmente hace dos horas buscando quinientos francos, y no se atreve á pedirlos..... Por eso os los pido yo.....

Y dando suelta á su lengua, con su aire gracioso de mujercita alegre y resuelta, contó la escena de la mañana, la brusca entrada de Busch, la invasión de su cuarto por los tres hombres, cómo había conseguido rechazar el asalto y la palabra que había dado de pagar aquel mismo día. ¡Ah, cuántas llagas de dinero, cuántos grandes dolores originados en la vergüenza y en la

impotencia, la vida siempre comprometida, á causa de algunas miserables piezas de cien sueldos!

—¿Busch?—repitió Saccard—¿Es ese viejo tuante de Busch el que os tiene entre sus garras?....

Después, con encantadora amabilidad, volviéndose hacia Jordan que seguía silencioso, presa de un malestar insoportable:

—Pues bien, voy á adelantaros esos quinientos francos. Debisteis pedírmelos en seguida.

Habíase sentado á la mesa para firmar un cheque, cuando se detuvo reflexionando. Recordaba la carta que había recibido, la visita que debía hacer y que aplazaba de día en día, rehuendo la sucia historia que sospechaba. ¿Por qué no ir en seguida á la calle Feydeau, aprovechando la ocasión, teniendo un pretexto?

—Mirad, conozco á fondo á vuestro usurero..... Vale más que vaya yo en persona á pagarle, para ver si consigo rescatar vuestros pagarés á mitad de precio.

Los ojos de Marcela, ahora, brillaban de gratitud.

—¡Oh, señor Saccard, qué bueno sois!

Y dirigiéndose á su marido.

—¡Ya ves, tonto, que no nos ha comido el señor Saccard!

Y él la abrazó, en un movimiento irresistible, y la besó, agradeciéndole que fuese más enérgica y más diestra que él en aquellas dificultades de la vida que lo paralizaban.

—¡No, no!—dijo Saccard cuando el joven le estrechó la mano,—el placer es para mí, hacéis muy bien en amaros tanto..... Idos tranquilos.

Su carruaje, que lo esperaba, lo llevó en dos minutos á la calle Feydeau, en el centro de aquel París fangoso, entre el remolino de paragnas y las salpicaduras del lodazal. Arriba ya, tuvo que llamar varias veces á la vieja puerta despintada, en la que una placa ostentaba la palabra *Contencioso*, en grandes letras: ni abrían, ni se oía ruido en el interior. Y ya se marchaba cuando, en su viva contrariedad, golpeó violentamente con el puño. Entonces se dejó oír un paso arrastrado, y apareció Segismundo.

—¡Calle, soís vos!.... Creía que era mi hermano que volvía y que había olvidado la llave. Yo no contesto nunca á los campanillazos..... ¡Oh! no tardará, podéis esperarlo si tenéis que verlo.

Y se volvió, con el mismo paso penoso y vacilante, seguido de Saccard, al cuarto que ocupaba y que daba á la plaza de la Bolsa. Era todavía de día en aquellas alturas, por encima de la bruma con que la lluvia llenaba el fondo de las calles. La pieza era de una fría desnudez, con su estrecha cama de hierro, su mesa y sus dos sillas, y algunas tablas cargadas de libros, sin más muebles. Delante de la chimenea, una pequeña estufa mal alimentada, olvidada, acababa de apagarse.

—Sentaos, caballero. Mi hermano me ha dicho que no hacía más que bajar y subir.

Pero Saccard rehusaba la silla mirándolo, asombrado de los progresos que la tisis había hecho en aquel mozo pálido, de ojos de niño, ojos soñadores, extraños bajo la enérgica obstinación de la frente. Entre los largos bucles de sus cabellos, su rostro se había hundido extraordinariamente, como llamado hacia la tumba.

—¿Habéis estado malo?—preguntó no sabiendo qué decir.

Segismundo hizo un gesto de completa indiferencia.

—¡Oh! como siempre. La semana última no ha sido buena, á causa de este maldito tiempo.... Pero de todos modos esto va bien.... Apenas duermo, puedo trabajar, y tengo una poca fiebre, que me calienta.... ¡Ah, habría tanto que hacer!

Se había vuelto á sentar delante de su mesa, sobre la cual se encontraba abierto un libro en alemán. Y añadió:

—Os pido que me dispenseis si me siento; he velado toda la noche para leer este libro que he recibido ayer.... Una gran obra ¡sí! diez años de la vida de mi maestro Karl Marx, el estudio que hace tiempo nos prometía sobre el capital.... ¡He aquí ahora nuestra Biblia, hela aquí!

Por curiosidad Saccard echó una ojeada sobre el libro; pero la vista de los caracteres góticos le hizo retroceder enseguida.

—Esperaré á que esté traducido—dijo riendo.

El joven, con un movimiento de cabeza, pareció decir que, aun traducido, apenas sería

comprendido más que por los iniciados. Aquel no era un libro de propaganda. ¡Pero qué fuerza de lógica, qué abundancia victoriosa de pruebas, en la fatal destrucción de nuestra sociedad actual, basada en el sistema capitalista! El suelo estaba nivelado, se podía reconstruir.

—¿De modo, que eso es el escobazo?—preguntó Saccard bromeando siempre.

—¡En teoría, perfectamente!—respondió Segismundo.—Todo lo que os expliqué un día, toda la marcha de la evolución está aquí. Falta llevarla á los hechos..... Pero estáis ciegos, si no veis los grandes pasos que la idea hace á cada momento. Así vos, que con vuestro Universal habéis movido y centralizado en tres años centenares de millones, no parecéis sospechar de ningún modo que nos conducis en derechura al colectivismo. Yo he seguido vuestro negocio con pasión ¡sí! desde este cuarto ignorado, tan tranquilo; he estudiado su desenvolvimiento día por día, lo conozco tan bien como vos, y digo que es una gran lección que nos habéis dado, porque el Estado colectivista no tendrá que hacer más que lo que hacéis, expropiaros en conjunto cuando hayáis expropiado en detalle á los pequeños, realizar la ambición de vuestro sueño desmesurado, que es ¿no es verdad? absorber todos los capitales del mundo, ser el Banco único, el depósito general de la fortuna pública.... ¡Oh, yo os admiro mucho! Si yo fuera el amo, os dejaría

obrar, porque vos comenzáis nuestra labor como precursor de genio.

Y sonreía, con su pálida sonrisa de enfermo, al notar la atención de su interlocutor, que estaba muy sorprendido de encontrarlo tan al corriente de los asuntos del día, y también muy halagado por sus inteligentes elogios.

—Pero—continuó—el día en que nosotros os expropiemos en nombre de la nación, reemplazando vuestros intereses privados con el interés de todos, haciendo de vuestra gran máquina de chupar el oro de las gentes la reguladora misma de la riqueza social, comenzaremos por suprimir esto.

Había encontrado un sueldo entre los papeles de su mesa, y lo mostraba, cogido con dos dedos, como la víctima señalada.

—¡El dinero!—exclamó Saccard.—¡Suprimir el dinero! ¡Vaya una locura!

—Suprimiremos el dinero amonedado... Pensad que la moneda metálica no tiene ningún lugar, ninguna razón de ser en el Estado colectivista. A título de remuneración, la reemplazamos con bonos de trabajo; y, si vosotros la consideráis como medida del valor, nosotros tenemos otra que nos sirve perfectamente, la que obtenemos estableciendo el término medio de las jornadas de trabajo en nuestros talleres.... Hay que destruir este dinero que disfrazaba y favorece la explotación del trabajador, que permite robarle, reduciendo su salario á la

más pequeña suma de que tiene necesidad para no morirse de hambre. ¿No es espantosa esa posesión del dinero, que acumula las fortunas privadas, cierra el camino á la circulación fecunda, hace soberanías escandalosas, dueñas absolutas del mercado financiero y de la producción social? Todas nuestras crisis, toda nuestra anarquía, proceden de ahí.... ¡Es preciso matar, matar el dinero!

Pero Saccard se incomodaba. ¡No más plata, no más oro, no más aquellos astros brillantes que habían iluminado su vida! La riqueza se había materializado siempre para él en el brillo de la moneda nueva, lloviendo como un chaparrón de primavera, ocultando el sol, cayendo como granizo sobre la tierra, á la que cubría con montones de plata y montones de oro, removidos con pala, sólo por el placer de gozar de su brillo y de su música. ¡Y se iba á suprimir esta alegría, esta razón de luchar y de vivir!

—¡Eso es una necesidad! ¡Oh, eso es una necesidad!.... ¡Jamás! ¿Lo oís?

—¿Por qué jamás? ¿Por qué una necesidad?... ¿Acaso hacemos uso del dinero en la economía de la familia? En ésta no véis más que el esfuerzo en común y que el cambio... Entonces, ¿para qué servirá el dinero cuando la sociedad no sea más que una gran familia, gobernándose ella misma?

—¡Os digo que eso es una locura!.... ¡Destruir el dinero! ¡Pero si el dinero es la vida misma! ¡No hay nada más, nada más!

Iba y venía, fuera de sí. Y en aquel arrebato, como pasara por delante de la ventana, se aseguó con una mirada de que la Bolsa estaba siempre allí, no fuera que aquel terrible mozo la hubiera derribado también de un soplo. Allí seguía, pero muy vaga, en el fondo de las sombras que caían, como desvanecida bajo el sudario de lluvia: un pálido fantasma de Bolsa, próximo á deshacerse en una niebla gris.

—Por lo demás, soy muy tonto con discutir. Eso es imposible..... Suprimid el dinero, quiero verlo.

—¡Bah!— murmuró Segismundo;—todo se suprime, todo se transforma y desaparece..... Ya hemos visto cambiar una vez la forma de la riqueza cuando ha bajado el valor de la tierra, y que la riqueza territorial, patrimonial, los campos y los bosques, ha declinado ante la riqueza mobiliaria, industrial, los títulos de renta y las acciones; y hoy asistimos á una precoz caducidad de esta última, á una especie de depreciación rápida, porque es cierto que la tasa se rebaja, que no se llega al cinco por ciento normal..... Si el valor del dinero baja, pues, ¿por qué no ha de desaparecer el dinero, por qué no ha de regir las relaciones sociales una nueva forma de la riqueza? Esta riqueza del porvenir es la que traerán nuestros bonos de trabajo.

Se había absorbido en la contemplación del sueldo, como si hubiera soñado que tenía el último sueldo de antiguas edades, un sueldo per-

dido, que había sobrevivido á la antigua sociedad muerta. ¡Cuántas alegrías y cuántas lágrimas habían desgastado el humilde metal! Y cayó en la tristeza del eterno desear humano.

—Sí— continuó dulcemente — tenéis razón, nosotros no veremos estas cosas. Han de pasar años y años. ¡Se sabe siquiera si el amor al prójimo tendrá en sí vigor bastante para reemplazar al egoísmo, en la organización social!..... Sin embargo, yo he creído el triunfo más próximo, ¡me habría gustado tanto asistir á esta aurora de la justicia!

Por un instante, la amargura de su cercano fin debilitó su voz. Él, que, en su negación de la muerte, la trataba como si no existiera, hizo un gesto para apartarla. Pero ya estaba resignado.

—Yo he hecho mi trabajo, dejaré mis notas, en el caso de que no tenga tiempo de acabar la obra completa de reconstrucción que he soñado. Es preciso que la sociedad de mañana sea el fruto maduro de la civilización, porque si no se conserva el lado bueno de la emulación y de la intervención, todo se derrumba..... ¡Ah, con qué claridad veo en este momento esa sociedad, creada al fin, completa, tal como he conseguido, después de tantas vigiliias, levantarla! Todo está previsto, todo está resuelto, esto es, en fin, la justicia soberana, la dicha absoluta. Ahí está, en el papel, matemática, definitiva.

Y golpeaba con sus largas manos macilentas sobre los papeles de su mesa, y se exaltaba, en

aquel sueño de millares de millones reconquistados, repartidos equitativamente entre todos, en aquella alegría y aquella salud que devolvía de una plumada á la humanidad doliente, él que no comía, que no dormía, que iba á morir sin necesidad en medio de la desnudez de su cuarto.

Una voz ruda hizo estremecer á Saccard.

—¡Calle, sois vos! ¿Qué hacéis aquí?

Era Busch que volvía y que echaba sobre el visitante una mirada oblicua de amante celoso, en su constante temor de que acometiese una crisis de tos á su hermano, haciéndole hablar mucho. Por lo demás, no esperaba la respuesta, y reñía maternalmente, desesperado.

—¡Cómo, has dejado apagarse la estufa! ¡Dime si es razonable esto, con una humedad parecida!

Y arrodillándose, á pesar de la pesadez de su gran cuerpo, partía leña en pequeñas astillas y encendía la estufa. Después fué á buscar una escoba, limpió, y se ocupó de la poción que el enfermo debía tomar cada dos horas. Y no quedó tranquilo sino cuando hubo decidido á éste á acostarse para descansar.

—Señor Saccard, si quisierais venir á mi despacho.....

Allí estaba la señora Mechain, sentada en la única silla. Ella y Busch, acababan de hacer en la vecindad una visita importante, cuyo completo resultado los tenía encantados. Al fin, después de una desesperada espera, habían puesto

felizmente en camino uno de los negocios que les llegaban más al alma. Durante tres años, la Mechain había corrido todo París para encontrar á Leonia Cron, aquella muchacha seducida, á quien el conde de Beauvilliers firmara un reconocimiento de diez mil francos pagadero el día de su mayor edad. En vano habíase dirigido á su primo Fayeux, el cobrador de rentas de Vendome, que había comprado para Busch aquel documento, en un lote de viejos créditos procedentes de la testamentaria del señor Charpier, comerciante en granos, usurero á las veces; Fayeux no sabía nada, pero escribía que Leonia Cron debía estar sirviendo en casa de un procurador, en París, que había salido hacia más de diez años de Vendome, á donde jamás volvió, y donde él no había podido preguntar á uno siquiera de sus parientes por haber muerto todos. La Mechain habíase encontrado al procurador, y hasta conseguido seguir desde allí á Leonia á casa de un carnicero, á casa de una mujer galante, y á casa de un dentista; pero, á partir del dentista, se rompía bruscamente el hilo, se interrumpía la pista: una aguja en un montón de paja, una muchacha caída, perdida en el fango del gran París. Había corrido sin resultado las oficinas de colocaciones, visitado las casas de dormir, removido la baja prostitución, siempre en acecho, volviendo la cabeza, preguntando, así que llegaba á sus oídos el nombre de Leonia. Y he aquí que aquel día, por una casualidad, llegó á poner la mano so-

bre aquella muchacha que había ido á buscar tan lejos, en la misma calle Feydeau, en una manecbia, donde buscaba á una antigua inquilina de la *Cité de Nápoles*, que le debía tres francos. Un arranque de genio le condujo á olfatearla y reconocerla, bajo el nombre distinguido de Leonida, en el momento en que el ama la llamaba al salón con un grito. Inmediatamente Busch, advertido, fué con ella á la casa, para tratar; y aquella gruesa muchacha, de ásperos cabellos negros que le caían sobre las cejas, de cara aplastada y fofa, de una inmundicia, le había sorprendido al pronto; después se dió cuenta de su encanto especial, sobre todo antes de sus diez años de prostitución, contento, por otra parte, de que hubiera caído tan bajo en aquella abominación. Le había ofrecido mil francos, si le abandonaba sus derechos sobre el documento. Ella era muy estúpida y aceptó el trato con alegría infantil. ¡Al fin iban á poder atacar á la condesa de Beauvilliers, tenían el arma buscada, hasta inesperada, en aquel lugar de horror y de vergüenza!

—Os esperaba, señor Saccard. Tenemos que hablar.... ¿Habéis recibido mi carta?

En la estrecha pieza, atestada de legajos, ya oscura, que una débil lámpara alumbraba con su luz humeante, la Mechain, inmóvil y muda, no se movía de la única silla. Y, permaneciendo en pie, no queriendo aparecer como que había venido bajo una amenaza, Saccard planteó en-

seguida el asunto Jordan, con voz dura y despreciativa.

—Dispensadme, he subido para solventar una deuda de uno de mis redactores.... El señor Jordan, un joven muy apreciable, á quien perseguís á sangre y fuego, con una ferocidad verdaderamente irritante.... Parece que esta mañana os habéis conducido con su mujer de un modo que avergonzaría á un hombre bien educado....

Sobrecogido al verse atacado de aquel modo, cuando se preparaba á tomar la ofensiva, Busch se turbó, olvidó la otra historia, y se arrebató con esta.

—¡Los Jordan! ¿Venís á propósito de los Jordan?... En los negocios no hay mujer ni galantería que valgan. ¡Unos indecentes que se burlan de mí hace años, y á los que, con un trabajo del demonio, he podido sacar cuatrocientos francos, sueldo á sueldo!.... ¡Ah, vive Dios! sí, les embargaré, los pondré en la calle mañana por la mañana, como esta noche no tenga aquí, sobre mi mesa, los trescientos treinta francos y quince céntimos que me deben todavía.

Y como Saccard, por táctica, para ponerlo fuera de sí, le dijese que estaba ya pagado cuarenta veces aquel crédito, que seguramente no le habría costado diez francos, Busch se ahogaba, en efecto, de cólera.

—¡Vaya, no sabéis decir todos otra cosa!.... Y los gastos ¿también lo están? ¡Una deuda de trescientos francos, que ha subido á más de se-

cientos! ... Pero eso no me importa. No me pagan y acudo á los tribunales. Tanto peor si la justicia es cara; no es mía la culpa.... De modo, que cuando yo compre un crédito en diez francos, deberé contentarme con reembolsarme los diez francos, y punto concluido. Pero ¿y mis riesgos, y mis pasos, y mi trabajo de cabeza ¡si mi inteligencia? Justamente, mirad, podéis preguntar á esta señora que está aquí, acerca de este asunto de Jordan. Ella es quien se ha ocupado de él. ¡Ah, y que no le ha costado idas y venidas, y que no ha roto calzado subiendo escaleras de periódicos, de donde la echaban como á una mendiga, sin darle nunca las señas! Este negocio, que hemos alimentado durante dos meses, que nos ha dado qué pensar y qué trabajar como una de nuestras obras maestras, me cuesta una suma loca, lo menos á diez sueldos la hora!

Y exaltándose, señaló con un gesto los legajos que llenaban la pieza.

—Tengo aquí por más de veinte millones de créditos, de todas las edades, de todas las clases sociales, ínfimos y colosales.... ¿Los queréis por un millón? Os los doy.... ¡Cuando se piensa que hay deudores á quienes vengo siguiendo desde hace un cuarto de siglo! Para sacarles algunos miserables centenares de francos, á veces menos aún, tengo que aguardar, años y años, á que salgan adelante ó hereden.... Los otros, los desconocidos, los más numerosos, duermen allí ¡mirad! en ese rincón, todo ese montón enorme. Eso

es la nada ó más bien la materia bruta, de donde es preciso que yo saque la vida, es decir, mi vida, ¡Dios sabe después de qué complicación de investigaciones y disgustos!.... ¿Y queréis que, cuando al fin cojo á alguno, solvente, no lo sangre? ¡Ah, no me creeréis tan tonto, vos mismo no lo seriais!

—Sin empeñarse en discutir más, Saccard sacó su cartera.

—Voy á daros doscientos francos, y vais á darme los papeles de Jordan con un recibo de toda la cuenta.

Busch se estremeció de indignación.

—¿Doscientos francos? ¡Nunca!.... Son trescientos treinta francos, quince céntimos. No perdono ni los céntimos.

Pero Saccard, con voz tranquila, con la seguridad del hombre que conoce el poder del dinero, mostrado, á la vista, repitió dos ó tres veces:

—Voy á daros doscientos francos....

Y el judío, convencido en el fondo de que era razonable transigir, acabó por ceder con un grito de rabia y con lágrimas en los ojos.

—¡Soy muy débil! ¡Qué oficio tan perdido!.... ¡Palabra de honor! Se me despoja, se me roba.... ¡Vaya, puesto que estáis aquí, tomad otros, con franqueza, saquead el montón ¡si! por vuestros doscientos francos!

Después, cuando hubo firmado el recibo y escrito dos palabras para el alguacil, Busch, bufando delante de su mesa, estaba tan turbado,

que habría dejado marcharse á Saccard, á no ser por la Mechain, que ni se había movido ni había dicho una palabra.

—¿Y el negocio?—dijo ésta.

Acordóse súbitamente; iba á tomar su desquite. Pero todo lo que había preparado, su relato, sus preguntas, el giro sabio de la conversación, todo desapareció en su prisa de llegar al hecho.

—¡El negocio, ah, sí, sí!.... Os he escrito, señor Saccard. Ahora tenemos que arreglar los dos una antigua cuenta.....

Había alargado el brazo para tomar el legajo Sicardot, que abrió ante él.

—En 1852 habitasteis en un cuarto amueblado de la calle de la Harpe, donde firmasteis doce pagarés de á cincuenta francos á una joven, Octavia Chavaille, de dieciséis años, á la que habíais forzado, una noche, en la escalera..... Aquí están esos pagarés. No habéis pagado ni uno, porque os marchasteis sin dejar las señas antes del vencimiento del primero. Y lo peor es que están firmados con un nombre falso, Sicardot, el nombre de vuestra primera mujer.....

Saccard, muy pálido, escuchaba y miraba. Aquello era, en medio de un sobrecogimiento indecible, como la evocación de todo el pasado, una sensación de derrumbamiento, de ruina, una masa enorme y confusa que caía sobre él. En el miedo de los primeros momentos, perdida la cabeza, balbuceó:

—¿Cómo sabéis?... ¿Como tenéis eso?

Luego, con manos temblorosas, se apresuró á sacar de nuevo su cartera, no teniendo otra idea que pagar, entrar en posesión de aquellos papeles desagradables.

—¿No ha habido gastos, verdad?... Son seiscientos francos..... ¡Oh! habría mucho que decir, pero prefiero pagar sin discusión.

Y alargaba seis billetes de banco.

—¡Esperad!—dijo Busch rechazando el dinero;—aún no he terminado..... Esta señora que veis aquí es la prima de Octavia, y estos papeles son suyos, y en su nombre gestiono el pago..... La pobre Octavia quedó inútil á consecuencia de vuestra violencia, sufrió muchas desgracias, y murió en una espantosa miseria en casa de esta señora que la había recogido..... Si la señora quisiera, podría contaros cosas.....

—¡Cosas terribles!—acentuó con su vocecilla la Mechain, rompiendo su silencio.

Asustado, Saccard se volvió hacia ella, pues la había olvidado, tirada allí como un pellejo á medio deshinchar. Siempre le había producido inquietud por su repugnante comercio, de ave carnífera, sobre los valores sin circulación, y ahora la encontraba mezclada á aquella desagradable historia.

—Sin duda..... la desdichada..... la cosa es triste—murmuró.—Pero si ha muerto, no comprendo verdaderamente..... De todos modos, he aquí los seiscientos francos.

Por segunda vez, Busch rehusó tomar el dinero.

—Dispensad; todavía no sabéis que tuvo un hijo..... Sí, un niño que ya tiene catorce años; un niño que se os parece hasta tal punto que no podréis renegar de él.

Aturdido, Saccard repitió muchas veces:

—¡Un niño, un niño!...

Después, volviendo á colocar con un movimiento brusco los seis billetes de banco en su cartera, habiendo recobrado de pronto su aplomo y su audacia:

—Pero, ¿os queréis burlar de mí? Si hay un niño no os doy ni un sueldo..... El pequeño es el heredero de su madre, y él tendrá todo lo que quiera en seguida..... ¡Un niño! La cosa no es mala, es muy natural; nada de particular hay en tener un hijo. Al contrario, me agrada mucho, me rejuvenece, ¡palabra de honor!... ¿Dónde está, para ir á verlo? ¿Por qué no me lo habéis llevado en seguida?

Trastornado á su vez, Busch pensaba en sus largas vacilaciones, en los infinitos cuidados que Carolina tomaba para revelar la existencia de Víctor á su padre. Y, aturdido, se lanzó en las explicaciones más violentas, más complicadas, soltándolo todo á la vez: los seis mil francos de dinero prestado y de gastos de manutención que reclamaba la Mechain, los dos mil francos dados á cuenta por Carolina, los espantosos instintos de Víctor, su entrada en la Obra del Trabajo.

Por su parte, Saccard se irritaba más á cada nuevo detalle. ¡Cómo seis mil francos! ¿Quién le decía que, por el contrario, no había sido despojado el pequeño? ¡Un á cuenta de dos mil francos! ¡Esto era un robo, un abuso de confianza! ¡Habían educado mal al niño, y aún querían que pagase á los responsables de esta mala educación! ¡Lo tomaban acaso por un imbécil?

—¡Ni un céntimo!—gritaba.—¡Sabadlo, no contéis con sacarme ni un céntimo!

Busch, lívido, se había puesto en pie delante de su mesa.

—¡Eso lo veremos! Yo os llevaré á los tribunales.

—No digáis tonterías. Bien sabéis que la justicia no se ocupa de estos asuntos..... Y si pensáis asustarme, todavía es mayor necedad, porque yo me río de estas cosas..... ¡Un hijo! ¡Pero si os digo que esto me halaga!

Y como la Mechain obstruía la puerta, tuvo que empujarla y saltar por encima de ella para salir. Ella, sofocada, salió á la escalera, gritándole con su voz de flauta:

—¡Canalla! ¡Hombre sin corazón!

—¡Ya tendréis noticias de nosotros!—aulló Busch, cerrando la puerta de golpe.

Saccard estaba en un estado de excitación tal, que dió á su cochero la orden de ir directamente á la calle de San Lázaro. Tenía prisa de ver á Carolina; fuése á ella y le riñó en seguida por haber dado los dos mil francos.

—Querida mía, nunca se suelta el dinero de ese modo.... ¿Por qué diablo habéis obrado sin consultarme?

Ella, sobrecogida de que él supiera al fin la historia, permanecía muda. Sí, era la escritura de Busch la que había reconocido, y ahora ya no tenía que ocultar nada, puesto que otro acababa de evitarle el trabajo de la confidencia. Sin embargo, seguía vacilando, confusa ante aquel hombre que le preguntaba con tanto desahogo.

—He querido evitaros un disgusto.... ¡Estaba ese desgraciado niño en tal degradación!.... Hace mucho tiempo que os lo habría contado todo, si un sentimiento....

—¿Qué sentimiento?... Os confieso que no comprendo.

Carolina no trató de explicarse, de excusarse más, invadida por una tristeza, por un cansancio de todo, ella tan animosa para vivir; mientras que él seguía haciendo exclamaciones, encantado, verdaderamente rejuvenecido.

—¡Ese pobre niño! Os aseguro que lo amaré mucho.... Habéis hecho bien en llevarlo á la Obra del Trabajo, para descortezarlo un poco. Pero vamos á sacarlo de allí; le daremos profesores.... Mañana iré á verlo, ¡sí! mañana, si no estoy demasiado ocupado.

Al día siguiente hubo consejo, y se pasaron dos días, y luego la semana, sin que Saccard encontrase un minuto. Hablaba del niño todavía á menudo, aplazando su visita, cediendo siempre

á la corriente desbordada que lo arrastraba. En los primeros días de Diciembre, se llegó al precio de dos mil setecientos francos, en medio de la extraordinaria fiebre, cuyo acceso enfermizo seguía trastornando la Bolsa. Lo peor era que habían aumentado los rumores alarmantes, que el alza seguía de un modo rabioso, en un malestar creciente, intolerable: ahora ya se anunciaba en alta voz la catástrofe fatal; y á pesar de todo se subía, se subía sin cesar, por la fuerza obstinada de uno de esos prodigiosos apasionamientos que se niegan á la evidencia. Saccard no vivía ya más que en la ficción exagerada de su triunfo, rodeado como de un resplandor de gloria por aquella lluvia de oro que hacía caer sobre París, bastante sensible sin embargo para advertir la sensación del suelo minado, agrietado, que amenazaba hundirse bajo sus plantas. Por eso, aunque á cada liquidación quedaba victorioso, seguía encolerizado contra los bajistas, cuyas pérdidas debían ser espantosas. ¿Qué tenían aquellos cochinos judíos para encarnizarse de aquel modo? ¿No acabaría por ponerlos á raya? Y se irritaba sobre todo porque creía olfatear, al lado de Gundermann y haciendo su juego, á otros vendedores, soldados del Universal, traidores que se pasaban al enemigo, vacilantes en su fe, teniendo prisa por realizar.

Un día que, furioso, exhalaba así su descontento delante de Carolina, ésta creyó deber decirselo todo.

—Sabedlo, amigo mío, yo he vendido.... Acabo de vender nuestras últimas mil acciones al precio de dos mil setecientos.

Saccard quedó aniquilado, como ante la más negra de las traiciones.

—¿Vos habéis vendido, vos? ¡Vos, Dios mío!

Ella le cogió las manos y se las apretaba, verdaderamente apenada, recordándole que ella y su hermano se lo habían advertido. Este último, que seguía en Roma, escribía cartas llenas de mortal inquietud por aquella alza enloquecida, que no se explicaba, que había que contener á toda costa, bajo pena de una catástrofe. Todavía la víspera había recibido una, dándole la orden formal de vender. Y había vendido.

—¡Vos, vos!—repetía Saccard.—¡Erais vos quien me atacaba, á quien yo sentía en la sombra! ¡Son vuestras acciones las que yo he debido comprar!

No se arrebatada según su costumbre; y ella sufría más con su aplanamiento, habría querido hacerle ver la razón, hacerle abandonar aquella lucha sin cuartel que sólo podía terminar una matanza.

—Amigo mío, escuchadme.... Pensad que nuestros tres mil títulos han producido más de siete millones y medio. ¿No es esto una ganancia inesperada, extravagante? Todo este dinero me espanta, no puedo creer que me pertenezca.... Pero no se trata, por otra parte, de nuestro interés personal. Pensad en los intereses de

todos los que han puesto su fortuna en vuestras manos, ese tremendo total de millones que arriesgáis en la partida. ¿Por qué sostener esa alza insensata, por qué excitarla más todavía? Por todas partes me dicen que al fin de esto está fatalmente la catástrofe.... No podéis subir siempre, no hay ninguna vergüenza en que los títulos vuelvan á su valor real, y esto es la solidez de la casa, la salvación.

Saccard se puso en pie, violentamente.

—Quiero el precio de tres mil.... He comprado y seguiré comprando hasta reventar.... ¡Sí, que yo reviente, que reviente todo conmigo, si no hago y si no sostengo el precio de tres mil!

Después de la liquidación del 15 de Diciembre, los precios subieron á dos mil ochocientos, á dos mil novecientos. Y el día 21 fué proclamado en la Bolsa el precio de tres mil veinte francos, en medio de una agitación de multitud enloquecida. Allí no había ya ni verdad, ni lógica; la idea del valor se había pervertido hasta el punto de perder todo sentido real. Corría el rumor de que Gundermann, contra sus hábitos de prudencia, se había comprometido en espantosos riesgos; desde que, hacía meses, alimentaba la baja, sus pérdidas habían aumentado á cada quincena, á medida del alza, por saltos enormes; y se comenzaba á susurrar que bien podría quedar destrozado. Todos los cerebros se habían vuelto del revés, se esperaba prodigios.

Y Saccard, en aquel momento supremo en

que, ya en la cima, sentía temblar la tierra, cóti la angustia no confesada de la catástrofe, fué rey. Cuando su carruaje llegaba á la calle de Londres, ante el palacio espléndido del Universal, bajaba vivamente un lacayo y extendía una alfombra, que, desde los escalones del vestíbulo, se desarrollaba sobre la acera hasta el arroyo; y entonces Saccard descendía del carruaje y hacía su entrada, como soberano á quien se le evita la molestia del piso común de las calles.

El último día de aquel año, día de la liquidación de Diciembre, la gran sala de Bolsa estaba llena desde las doce y media, y en una extraordinaria agitación de voces y de gestos. Hacia algunas semanas, por otra parte, que la efervescencia crecía, y en aquella última jornada de lucha llegaba á una batahola febril en la que zumbaba ya la batalla decisiva que iba á empeñarse. Afuera helaba terriblemente; pero por las altas vidrieras penetraba, en rayos oblicuos, un claro sol de invierno, alegrando todo un lado de la sala desnuda, de severos pilares, de bóveda triste, que hacían más fría aún las pinturas grises alegóricas; mientras que las bocas de los caloríferos, á todo lo largo de las arcadas, exhalaban un aliento tibio, en medio de la corriente fría de las puertas enverjadas, que se abrían constantemente.

El bajista Moser, más inquieto y más amarillo que de costumbre, se tropezó con el alcis-

que, ya en la cima, sentía temblar la tierra, éotí la angustia no confesada de la catástrofe, fué rey. Cuando su carruaje llegaba á la calle de Londres, ante el palacio espléndido del Universal, bajaba vivamente un lacayo y extendía una alfombra, que, desde los escalones del vestíbulo, se desarrollaba sobre la acera hasta el arroyo; y entonces Saccard descendía del carruaje y hacía su entrada, como soberano á quien se le evita la molestia del piso común de las calles.

El último día de aquel año, día de la liquidación de Diciembre, la gran sala de Bolsa estaba llena desde las doce y media, y en una extraordinaria agitación de voces y de gestos. Hacia algunas semanas, por otra parte, que la efervescencia crecía, y en aquella última jornada de lucha llegaba á una batahola febril en la que zumbaba ya la batalla decisiva que iba á empeñarse. Afuera helaba terriblemente; pero por las altas vidrieras penetraba, en rayos oblicuos, un claro sol de invierno, alegrando todo un lado de la sala desnuda, de severos pilares, de bóveda triste, que hacían más fría aún las pinturas grises alegóricas; mientras que las bocas de los caloríferos, á todo lo largo de las arcadas, exhalaban un aliento tibio, en medio de la corriente fría de las puertas enverjadas, que se abrían constantemente.

El bajista Moser, más inquieto y más amarillo que de costumbre, se tropezó con el alcis-

ta Pillerault, arrogantemente plantado sobre sus fuertes piernas.

—¿Sabéis lo que se dice?

Pero tuvo que alzar la voz para hacerse oír, en el ruido creciente de las conversaciones, un clamor regular, monótono, parecido á un rumor de aguas desbordadas, corriendo sin fin.

—Se dice que en Abril tendremos la guerra... Con esos armamentos formidables, la cosa no puede acabar de otro modo. La Alemania no quiere dejarnos tiempo de aplicar la nueva ley militar que va á votar la Cámara..... Y, por otra parte, Bismarck.....

Pillerault soltó la carcajada.

—¡Dejadme en paz, con vuestro Bismarck!.... Aquí donde me veis, hablé con él cinco minutos, este verano, cuando vino. Tiene todo el aire de un buen muchacho..... Si no estáis satisfecho, después del éxito aplastante de la Exposición, no sé qué es lo que queréis. ¡Eh! querido, la Europa es nuestra.

Moser movió la cabeza con desesperación. Y en frases que cortaban á cada momento los empujones de la multitud, siguió diciendo sus temores. El estado del mercado era muy próspero, pero de una prosperidad pletórica que valía poco, no más que la mala grasa de las personas demasiado gruesas. Gracias á la Exposición habían brotado en él excesivamente los negocios, se había apasionado más de lo debido, y se llegaba á la pura demencia del juego. ¿Acaso no era una lo-

cura, por ejemplo, el Universal á tres mil treinta?

—¡Ah, ya pareció aquello!—exclamó Pillerault.

Y acercándose, acentuando cada sílaba, añadió:

—Querido, acabará esta tarde á tres mil sesenta..... Todos vosotros quedaréis por tierra, yo os lo aseguro.

El bajista, fácilmente impresionable sin embargo, dejó escapar un ligero silbido de desafío. Y mirando al aire, para marcar su falsa tranquilidad de alma, permaneció un momento examinando algunas cabezas de mujer que se inclinaban, allá arriba, en la galería del telégrafo, asombradas del espectáculo de aquella sala donde ellas no podían entrar. Los escudos con nombres de ciudades, los capiteles y las cornisas prolongaban una perspectiva descolorida, que las filtraciones habían manchado de amarillo.

—¡Calle, sois vos!—dijo Moser bajando la cabeza y reconociendo á Salmon, que sonreía delante de él, con su eterna y profunda sonrisa.

Después, turbado, viendo en aquella sonrisa una aprobación dada á las palabras de Pillerault:

—En fin, si sabéis algo, decidlo..... Por mi parte, mi razonamiento es sencillo. Estoy con Gundermann, porque Gundermann ¿no es cierto? es Gundermann..... Con él siempre se irá bien.

—¿Pero — dijo Pillerault en tono burlesco—

quién os dice que Gundermann está á la baja?

Al oír esto, Moser abrió desmesuradamente sus ojos espantados. Hacía meses que se decía en la Bolsa que Gundermann le buscaba las vueltas á Saccard, y que mantenía la baja contra el Universal, esperando acabar con éste, cualquier fin de mes, de un esfuerzo brusco, imponiéndose al mercado con sus millones; y si aquella jornada se anunciaba tan caliente, con la fiebre de todos, era porque todos creían y repetían que la batalla iba al fin á darse en ella, una de esas batallas sin cuartel, en que uno de los dos ejércitos queda por tierra, destruido. ¿Pero acaso se estaba nunca cierto de algo en aquel mundo de mentira y de astucia? Las cosas más seguras, las más anunciadas por adelantado, se convertían, al menor soplo, en motivos de duda llena de angustia.

—Negáis la evidencia—murmuró Moser.— Ciertamente, yo no he visto las órdenes, y nada se puede afirmar.... ¿Eh, Salmon, qué decís? Gundermann no puede flojear, ¡qué demonio!

Y ya no sabía qué creer ante la sonrisa silenciosa de Salmon que le parecía afinarse extremadamente.

—¡Ah!—continuó señalando con un movimiento de cabeza á un hombre grueso que pasaba—si ese quisiera hablar no me apuraría yo. Ve claro.

Era el célebre Amadieu, que vivía siempre de su éxito en el negocio de las minas de Selsis; las

acciones compradas á quince francos, en una jugada de obstinación imbécil, revendidas después con un beneficio de una quincena de millones, sin que él hubiera previsto ni calculado nada, por casualidad. Se le veneraba por sus grandes capacidades financieras, seguíale toda una corte, que trataba de sorprender sus menores palabras y jugaba en el sentido que estas parecían indicar.

—¡Bah!—exclamó Pillerault, entregado por completo á su teoría favorita de jugar á lo que saliere—lo mejor es seguir uno su idea.... Todo consiste en la suerte. O se tiene suerte ó no se tiene. En cualquiera de ambos casos, ¿á qué reflexionar? Yo, siempre que he reflexionado, he estado á punto de hundirme.... ¡Mirad! mientras yo vea á ese señor en su puesto, con su aire de hombre robusto que quiere comérselo todo, compraré.

Con un gesto había señalado á Saccard, que acababa de llegar y que se instalaba en su sitio acostumbrado, contra el pilar de la primera arca de la izquierda. Como todos los jefes de casas importantes, tenía así un sitio conocido, donde los empleados y los clientes estaban seguros de encontrarlo los días de Bolsa. Gundermann era el único que afectaba no poner jamás los pies en la gran sala, y ni siquiera enviaba un representante oficial; pero sentíase allí un ejército suyo, reinaba allí como dueño ausente y soberano, por la legión innumerable de co-

redores, de agentes que llevaban sus órdenes, sin contar sus hechuras, tan numerosas, que todo hombre presente era acaso el misterioso soldado de Gundermann. Y Saccard luchaba en persona, con la frente descubierta, contra aquel ejército desconocido que obraba por todas partes. Detrás de él, en el ángulo del pilar, había un banco, pero jamás se sentaba, en pie durante las dos horas del mercado, como despreciando la fatiga. A veces, en los momentos de abandono, apoyábase simplemente con el codo en la piedra, que la huella de todos los contactos, á la altura de un hombre, había ennegrecido y pulimentado; y, en la descolorida desnudez del monumento, hasta había allí un detalle característico, aquella faja de grasa brillante, contra las puertas, contra los muros, en las escaleras, en la sala, un zócalo inmundo, el sudor acumulado de generaciones de jugadores y de ladrones. Muy elegante, muy correcto, como todos los bolsistas, con su ropa fina y su camisa deslumbrante, Saccard tenía el aspecto amable y reposado de un hombre sin preocupaciones, en medio de aquellos muros orlados de negro.

—Ya sabéis—dijo Moser ahogando su voz— que se le acusa de sostener el alza por medio de compras considerables. Si el Universal juega sobre sus propias acciones, está perdido.

Pero Pillerault protestaba.

—¡Otro chisme!..... ¿Acaso se puede decir con precisión quién vende y quién compra?..... Él

está ahí por los clientes de su casa, lo que es muy natural. Y también está por su propia cuenta, porque debe jugar.

Por lo demás, Moser no insistió. Nadie todavía, en la Bolsa, se habría atrevido á afirmar la terrible campaña emprendida por Saccard, aquellas compras que hacía por cuenta de la casa, por medio de testaferos, Sabatani, Jantrou y otros varios, sobre todo empleados de su dirección. Sólo corría un rumor, cuchicheado al oído, desmentido, renaciente siempre, aunque sin prueba posible. Al principio no había hecho más que sostener los precios con prudencia, revendiendo así que podía, para no inmovilizar demasiado los capitales y atestar las cajas de títulos. Pero ahora iba arrastrado por la lucha, y aquel día había previsto la necesidad de compras muy grandes, si quería quedar dueño del campo de batalla. Había dado sus órdenes, y afectaba su calma sonriente de los días ordinarios, á pesar de su incertidumbre sobre el resultado final y de la turbación que experimentaba, al empeñarse de aquel modo más y más en un camino que sabía que era espantosamente peligroso.

De pronto, Moser que había ido á dar vueltas alrededor del célebre Amadieu, en gran conferencia con un hombrecillo enteco, volvió muy exaltado, balbuceando:

—Lo he escuchado, lo he escuchado con mis propios oídos... Ha dicho que las órdenes de venta de Gundermann pasaban de diez millones... ¡Oh,

vendo, vendo, venderé hasta mi camisa!

—¡Diez millones, diantrel!—murmuró Pillerault con la voz algo alterada.—Es una verdadera lucha á navajazos.

Y, en el clamor que crecía, engruesado con todas las conversaciones particulares, no se hablaba más que de aquel duelo feroz entre Gundermann y Saccard. No se distinguía las palabras, pero el rumor se había condensado, y lo único que zumbaba tan fuerte era el empeño tranquilo y lógico del uno en vender, el apresuramiento febril de comprar siempre que se sospechaba en el otro. Las noticias contradictorias que circulaban murmuradas al principio, acababan de dejarse oír como toques de corneta. Así que abrían la boca, los unos gritaban para hacerse oír en medio del escándalo; mientras que otros, llenos de misterio, se inclinaban al oído de sus interlocutores y hablaban muy bajo, hasta cuando no tenían nada que decir.

—¡Eh, yo conservo mis posiciones al alza!—dijo Pillerault ya serenado.—Hace un sol muy hermoso, todo va á subir aún.

—Todo va á derrumbarse—replicó Moser con obstinación doliente.—La lluvia no está lejos, he sentido dolores esta noche.

Pero la sonrisa de Salmon, que los escuchaba alternativamente, se hizo tan aguda, que los dos quedaron descontentos, sin saber á qué atenerse. ¿Acaso aquel demonio de hombre, tan extraordinariamente fuerte, tan profundo y tan discreto,

había encontrado una tercera manera de jugar, sin ponerse ni al alza ni á la baja?

Saccard, veía crecer en derredor suyo desde el pilar, la batahola de sus aduladores y de sus clientes. Sin cesar tendíanse manos hacia él, y él las estrechaba todas con la misma facilidad dichosa, poniendo en cada apretón de sus dedos una promesa de triunfo. Algunos se acercaban, cambiaban una frase y se volvían encantados. Muchos se obstinaban en no soltarlo, gloriosos de estar en su grupo. A menudo mostrábase amable, sin recordar el nombre de las gentes que le hablaban. Así, fué necesario que el capitán Chave le nombrase á Maugendre para que reconociese á éste: el capitán, reconciliado con su cuñado, lo excitaba á vender; pero el apretón de manos del director bastó para inflamar á Mangendre en una esperanza sin límites. Después fué Sedille, el administrador, el gran comerciante de sedas, quien quiso tener una consulta de un minuto. Su casa de comercio peligraba, toda su fortuna estaba ligada á la del Universal, hasta el punto de que la baja posible debía ser para él una ruina; y ansioso, devorado por su pasión, teniendo otros disgustos de parte de su hijo Gustavo, que no hacía progresos en casa de Mazaud, experimentaba la necesidad de ser tranquilizado, animado. Con un golpecito en el hombro, Saccard lo despidió lleno de fe y de ardor. Luego hubo allí un desfile: Kolb, el banquero, que había realizado hacia tiempo, pero que tanteaba el azar; el mar-

qués de Bohain, que, con su altanera condescendencia de gran señor, afectaba frecuentar la Bolsa por curiosidad y por no tener qué hacer; el mismo Huret, incapaz de quedar disgustado, demasiado flexible para no ser el amigo de las gentes hasta el día de la catástrofe final, acercándose á ver si quedaba algo por recoger. Pero apareció Daigremont, y todos se apartaron. Era muy poderoso, y se notó su amabilidad, el modo cómo bromeó, su aire de familiaridad que inspiraba confianza. Los alcistas estaban radiantes, porque tenía reputación de hombre diestro, que sabía salir de las casas á los primeros crujidos del techo; y era seguro que el Universal no crujía aún. Circulaban, en fin, otros que cambiaban simplemente una mirada con Saccard, los hombres completamente suyos, los empleados encargados de dar las órdenes, comprando también por su propia cuenta, en la rabia del juego, que como una epidemia diezmaba el personal de la calle de Londres, siempre en acecho, con el oído en la cerradura, á caza de noticias. Así fué cómo Sabatani pasó dos veces, con su gracia muelle de italiano mestizo de oriental, afectando no ver siquiera al patrón; mientras que Jantrou, inmóvil á algunos pasos, volviendo la espalda, parecía entregado por completo á la lectura de los despachos de las Bolsas extranjeras, puestos en cuadros enrejados. El corredor Massias que, siempre apresurado, tropezó en el grupo, hizo una ligera señal con la cabeza, para dar sin duda una

respuesta de alguna comisión hecha vivamente. Y á medida que se aproximaba la hora de la apertura, el patear sin fin, la doble corriente de multitud, surcando la sala, la llenaba con las profundas sacudidas y el resonar de una marea alta.

Se esperaba el primer precio.

Mazaud y Jacoby, saliendo del despacho de los agentes de cambio, acababan de entrar en el *parquet* juntos, con aire de correcta confraternidad. Sabían, sin embargo, que eran adversarios en la lucha sin cuartel que se libraba hacia algunas semanas, y que podía acabar por la ruina de uno de los dos. Mazaud, pequeño, con su esbelto talle de hombre guapo, era de una vivacidad alegre, en la que se denunciaba su suerte tan dichosa hasta entonces, aquella suerte que lo había hecho heredero á los treinta y dos años de la plaza de uno de sus tíos; mientras que Jacoby, antiguo encargado de poderes, llegado á agente á la vejez, gracias á clientes que iban con él en comanda, tenía el vientre abultado y el pesado andar de sus sesenta años, era un hombretón canoso y calvo, luciendo una caraza de buen diablo amigo de los placeres. Y ambos, con sus *carnets* en la mano, hablaban del tiempo, como si no hubieran tenido allí, en aquellas pocas hojas, los millones que iban á cambiar, así como disparos, en la mortífera pelea de la oferta y de la demanda.

—¿Buena helada, eh?

—¡Oh, imaginaos que he venido á pie, si la habré disfrutado!

Llegados al *parquet* (1), ante el gran canastillo todavía limpio de papeles inútiles, de las tarjetas que se echan allí, detuviéronse un instante, apoyados en la barandilla de terciopelo rojo que lo rodea, siguieron diciéndose frases indiferentes é interrumpidas, examinando al propio tiempo con el rabillo del ojo los alrededores.

Los cuatro pasillos, en forma de cruz, cerrados por verjas, especie de estrella de cuatro brazos teniendo por centro el canastillo, era el lugar

(1) En nuestra Bolsa llámase *parquet* al espacio donde funcionan los agentes de cambio; pero en la Bolsa de París ese mismo espacio toma el nombre de *corbeille*, (cesta, canastillo), de un gran cajón ó depósito circular que hay en su centro, adonde van echando los agentes de cambio las tarjetas ó *fichas* en que anotan las operaciones.—En Madrid se llama *corro* á lo que allá llaman *coulisse*.

No han sido estos los únicos casos en que hemos procurado emplear los términos usados en nuestra Bolsa, equivalentes de algún modo á los usados en la de París; pero confesamos que en muchos no hemos podido hacer lo mismo, porque las grandes diferencias que hay entre ambas, en punto á su mecanismo y funcionamiento interior, nos han impedido encontrar aquí términos que expresen con más ó menos precisión los usados allá. Para salvar estas deficiencias nos vemos obligados en más ocasiones de las que quisiéramos á echar mano de los tipos de *curiosa* cosa, por lo demás, inevitable, tratándose de la bárbara jerga, intraducible al idioma común y corriente, lo mismo aquí, que en Francia, que en cualquier otra parte, con que las gentes de la Bolsa hacen de sus operaciones ciencia profundísima y oculta, y misterio que, como dice el ilustre autor de este libro, tan pocos cerebros pueden penetrar.—(N. del T.)

sagrado donde el público no entraba; y entre los brazos, delante, había de un lado otro compartimiento donde se encontraban los dependientes del contado, que dominaban los tres *cotizadores*, sentados en altas sillas ante sus inmensos registros; mientras que del otro lado, un compartimiento más pequeño, éste abierto, llamado la *guitarra*, á causa de su forma sin duda, permitía á los empleados y á los especuladores ponerse en contacto directo con los agentes. Detrás, en el ángulo formado por otros dos brazos, se celebraba, en medio de la multitud, el mercado de las rentas francesas, donde cada agente tenía su representación, así como en el mercado del contado, por un dependiente especial, ostentado su *carpet* distinto; porque los agentes de cambio, en el centro del *parquet*, no se ocupan exclusivamente más que de las operaciones á plazo, entregados por completo á la tarea desenfrenada del juego.

Viendo en el pasillo de la izquierda á su encargado de poderes Berthier, que le hacía una seña, Mazaud fué á cambiar con él algunas palabras á media voz, pues no podían los encargados de poderes estar más que en los pasillos, á distancia respetuosa de la barandilla de terciopelo rojo, que ninguna mano profana puede tocar. Todos los días, Mazaud iba así á la Bolsa con Berthier y sus dos oficiales, el del contado y el de la renta, á los cuales se unía muy frecuentemente el liquidador de la agencia; sin contar el encargado de los despachos, que era siempre

el pequeño Flory, con la cara cada vez más cubierta por su espesa barba, de la que no salía más que el brillo de sus ojos tiernos. Desde la ganancia de diez mil francos, al día siguiente de Sadowa, Flory, enloquecido por las exigencias de Chuchu, que se había hecho caprichosa y devoradora, jugaba rabiosamente por su cuenta, sin cálculo ninguno, por otra parte, siempre al juego de Saccard que seguía con fe ciega. Bastaban á guiarle las órdenes que conocía, los telegramas que pasaban por sus manos. Y justamente, como bajase del telégrafo, instalado en el primer piso, con las manos llenas de despachos, hizo llamar por medio de un portero á Mazaud, que dejó á Berthier para acercarse á la guitarra.

—Señor, ¿es hoy necesario examinarlos y clasificarlos?

—Sin duda, si vienen así en masa..... ¿Qué es todo eso?

—¡Oh! Universal, órdenes de compra, casi todos.

El agente, con mano experta, hojeaba los despachos, visiblemente satisfecho. Muy interesado por Saccard, á quien representaba hacía mucho tiempo por sumas considerables, habiendo recibido de él, aquella misma mañana, órdenes de compra enormes, había acabado por ser el agente titular del Universal. Y, aunque sin gran inquietud hasta entonces, aquel apasionamiento persistente del público, aquellas compras

obstinadas, á pesar de la exageración de los precios, lo tranquilizaban. Entre los firmantes de los despachos le chocó un nombre, el de Fayeux, aquel recaudador de rentas de Vendome, que debía haberse hecho una clientela extremadamente numerosa de pequeños compradores, entre los colonos, los devotos y los sacerdotes de su provincia, porque no pasaba semana sin que enviase de aquel modo telegramas sobre telegramas.

—Dad esto en el contado—dijo Mazaud á Flory.—Y no esperéis á que os bajen los despachos, ¿oís? Estaos allí y tomadlos vos mismo.

Flory fué á apoyarse de codos en la balaustrada del contado, gritando á toda voz:

—¡Mazaud! ¡Mazaud!

Y se acercó Gustavo Sedille, porque en la Bolsa los empleados pierden su nombre; no tienen más nombre que el del agente á quien representan. También Flory se llamaba Mazaud. Después de haber abandonado la agencia durante cerca de dos años, Gustavo acababa de volver á ella, para decidir á su padre á pagar sus deudas; y aquel día, en ausencia del oficial mayor, encontrábase encargado del contado, lo cual le divertía. Habiéndose Flory inclinado á su oído, convinieron ambos en no comprar para Fayeux más que al último precio, después de haber jugado por ellos sobre sus órdenes, comprando y vendiendo al principio á nombre de su testafarro habitual, para cobrar las diferencias, puesto que el alza les parecía segura.

Mazaud volvió entretanto al centro del *parquet*. Pero á cada paso le entregaba un portero, de parte de algún cliente que no había podido acercarse, una tarjeta donde estaba escrita una orden con lápiz. Cada agente tenía su tarjeta particular, de un color especial, rojo, amarillo, azul, verde, á fin de que se pudiera reconocerla fácilmente. La de Mazaud era verde, color de la esperanza; y los papelitos verdes seguían reuniéndose entre sus dedos, en el continuo ir y venir de los porteros que los cogían en el extremo de los pasillos de la mano de los empleados y de los especuladores, todos provistos de una porción de aquellas tarjetas, para ganar tiempo. Cuando se detenía de nuevo ante la barandilla de terciopelo, encontróse allí con Jacoby que también tenía un puñado de tarjetas, sin cesar aumentado, tarjetas rojas, de un rojo de sangre: sin duda órdenes de Gundermann y de sus fieles, porque nadie ignoraba que Jacoby, en la matanza que se preparaba, era el agente de los bajistas, el ejecutor de las altas obras de la banca judía. Y hablaba ahora con otro agente, Delarocque, su cuñado, un cristiano que se había casado con una judía, un hombre rojo y rechoncho, muy calvo, que frecuentaba mucho los círculos, conocido por recibir las órdenes de Daigremont, incomodado éste hacia poco con Jacoby, como se había incomodado en otro tiempo con Mazaud. La historia que estaba contando, una historia obscena de una mujer que había vuelto á casa de su ma-

rido sin camisa, encendía sus ojillos, mientras que agitaba, con una mimica apasionada, su *carnet*, de donde se desbordaba el paquete de sus tarjetas, azules estas, de un azul suave de cielo de Abril.

— El señor Massias os llama—dijo un portero á Mazaud.

Este se dirigió vivamente al extremo del pasillo. El corredor, completamente á sueldo del Universal, le traía noticias del *corro*, que funcionaba ya bajo el peristilo, á pesar del frío horrible. Algunos especuladores se arriesgaban, sin embargo, y entraban de cuando en cuando á calentarse en la sala; mientras que los concurrentes habituales del *corro*, con gruesos gabanes y el cuello de pieles levantado, se mantenían firmes, en círculo como de costumbre, debajo del reloj, animándose, gritando, gesticulando tan fuerte, que no sentían el frío. Y el pequeño Nathansohu mostrábase entre los más activos, en camino de convertirse en un personaje, favorecido por la suerte, desde el día en que, habiendo dimitido su destinillo del Crédito Mobiliario, había tenido la idea de alquilar un cuarto y abrir un despacho.

Con voz rápida, explicó Massias que, habiendo indicios de que los precios iban á flojear bajo la masa de los valores con que los bajistas inundaban el mercado, Saccard había tenido la idea de hacer operaciones en el *corro*, para influir sobre el primer precio oficial del *parquet*. El Uni-

versal cerró la vispera á 3.030 francos; y aquel habia hecho dar orden á Nathansohn de comprar cien títulos, que otro del *corro* debía ofrecer á 3.035. Cinco francos de aumento.

—¡Bueno! Ya nos llegará el precio—dijo Mazaud.

Y volvió á los grupos de los agentes, que se encontraban completos. Allí estaban los sesenta, haciendo ya entre sí, á pesar del reglamento, los negocios al precio medio, mientras sonaba el toque de campana reglamentario. Las órdenes dadas á un precio fijado de antemano no influían sobre el mercado, puesto que habia que esperar este precio; mientras que las órdenes al mejor, en las que se dejaba la libre ejecución al criterio del agente, determinaban la continua oscilación de las diferentes cotizaciones. Un buen agente debía estar dotado de sutileza y de presciencia, de cerebro pronto y de músculos ágiles, porque la rapidez aseguraba con frecuencia el éxito; sin contar la necesidad de buenas relaciones en la alta banca, informes recogidos por todas partes, despachos recibidos de las Bolsas francesas y extranjeras antes que todos los demás. Y se necesitaba también una voz firme para gritar alto.

Sonó la una, el repique de la campana pasó como un golpe de viento sobre el vivo oleage de las cabezas; y aún no se habia apagado la última vibración, cuando Jacoby, con las dos manos apoyadas sobre el terciopelo, gritaba con una voz mugidora, la más fuerte de la compañía:

—Tengo Universal..... Tengo Universal.....

No fijaba precio, esperando la demanda. Los sesenta se habian acercado y formaban círculo alrededor del canastillo, donde ya algunas tarjetas hacian manchas de vivos colores. Frente á frente, se examinaban todos, se tanteaban como los duelistas antes de atacarse, con gran prisa de ver establecerse el primer precio.

—Tengo Universal—repetía el bajo retumbante de Jacoby.—Tengo Universal.

—¿A qué precio, el Universal?—preguntó Mazaud con una voz fina, pero tan aguda que dominaba la de su colega, como un canto de flauta se deja oír por encima de un acompañamiento de violoncello.

Y Delarocque propuso el precio de la vispera.

—A 3.030, tomo Universal.

Pero inmediatamente otro agente pujó.

—A 3.035, enviad Universal.

Llegaba el precio del *corro*, impidiendo el arbitraje que Delarocque debía preparar: una compra en el *parquet* y una venta pronta en el *corro*, para embolsar cinco francos de alza. Mazaud se decidió, seguro de ser aprobado por Saccard.

—A 3.040, tomo..... Enviad Universal á 3.040.

—¿Cuánto?—preguntó Jacoby.

—Trescientos.

Los dos escribieron una línea en su *carnet*, y quedó concluida la primera operación; estaba fijado el primer precio, y con un alza de diez

francos sobre el precio de la vispera. Mazaud se separó y fué á dar la cifra á aquel de los *cotizadores* que tenía el Universal en su registro. Entonces, durante veinte minutos, aquello fué como si hubieran abierto una exclusiva: los precios de los demás valores se habían establecido igualmente, toda la masa de negocios que llevaban los agentes se concluía sin grandes variaciones. Y entre tanto, los *cotizadores*, cogidos entre el estrépito del *parquet* y el del contado, que también funcionaba febrilmente, pasaban grandes trabajos para inscribir todas las cotizaciones nuevas que iban á darles los agentes y los empleados. Atrás, la renta se enardecía igualmente. Desde que se había abierto el mercado, la multitud no zumbaba ya sola, con el ruido continuo de una inundación: sobre aquel rumor formidable, alzábanse ahora los gritos discordantes de la oferta y de la demanda, en un chillido característico, que subía, bajaba, se interrumpía para comenzar otra vez en notas desiguales y desgarradas, así como graznidos de aves de rapiña en medio de una tempestad.

Saccard sonreía, de pie junto á su pilar. Su corte había crecido más aun, el alza de diez francos del Universal acababa de emocionar la Bolsa, porque hacía tiempo que se pronosticaba una catástrofe para el día de la liquidación. Huret se había aproximado con Sedille y Kolb, afectando lamentar muy de veras su prudencia, que le había hecho vender sus acciones al precio de

2500; mientras que Daigremont, como si nada le importase de aquello, paseaba con el marqués de Bohain del brazo y le refería alegremente la derrota de su cuadra, en las carreras de otoño. Pero sobre todo, Maugendre, triunfante, abrumaba al capitán Chave, que se obstinaba, sin embargo, en su pesimismo y decía que había que esperar al fin. Y reproducíase la misma escena entre Pillerault jactancioso y Moser melancólico, el uno radiante por aquella locura del alza, el otro apretando los puños, hablando de aquella alza obstinada, imbecil, como de un animal rabioso, que se acabaría de todos modos por abatir.

Pasó una hora, los precios seguían poco más ó menos los mismos, las operaciones continuaban en el *parquet* más en calma, á medida que las órdenes nuevas y los despachos las traían. Había así, hacia la mitad de cada Bolsa, una especie de apaciguamiento, la calma de las transacciones corrientes, esperando la lucha decisiva de los últimos precios. Entretanto seguíase escuchando el mugido de Jacoby, cortado por las notas agudas de Mazaud, empeñados uno y otro en operaciones con prima. «Tengo Universal á 3040, con 15.... Tomo Universal á 3040, con 10.... ¿Cuánto?... Veinticinco.... ¡Enviad!» Debían ser órdenes de Fayeux las que Mazaud ejecutaba, porque muchos jugadores de provincia, para limitar su pérdida, antes de atreverse á lanzarse en el firme, compraban y vendían con prima. Luego, corrió de pronto un rumor, alzáronse voces

entrecortadas: el Universal acababa de bajar cinco francos; y, golpe á golpe, bajó diez francos, quince francos, y cayó á 3025.

Precisamente en aquel momento, Jantrou, que había reaparecido, después de una corta ausencia, decía al oído á Saccard, que la baronesa Sandorff estaba allí, en la calle Brongniart, en su cupé, y que le enviaba á preguntar si era preciso vender. Esta pregunta, cayendo en el momento en que los premios flojeaban, lo exasperó. Volvía á ver al cochero inmóvil, en lo alto del pescante, y á la baronesa consultando su *carpet*, como si estuviera en su casa, subidos los cristales. Y respondió:

—¡Que me deje en paz! ¡Y si vende la estrangulo!

Massias llegaba á escape, al anuncio de los quince francos de baja, así como á un toque de alarma, comprendiendo que iba á ser necesario. En efecto, Saccard, que había preparado un golpe para levantar el último precio, un despacho que se le debía enviar de la Bolsa de Lyon, donde el alza era segura, comenzaba á inquietarse no viendo llegar el despacho; y aquella baja de quince francos podía traer un desastre.

Massias sin detenerse ante él, le tropezó hábilmente con el codo, y recibió su orden, con el oído alerta.

—Pronto, á Nathansohn, cuatrocientos, quinientos, lo que sea preciso.

Se había hecho esto tan rápidamente, que

Pillerault y Moser fueron los únicos que lo notaron. Lanzáronse detrás de Massias para enterarse. Este, desde que estaba á sueldo del Universal, había adquirido una importancia enorme. Se trataba de sonsacarlo, de leer por encima de su hombro las órdenes que recibía. Y él mismo, ahora, realizaba soberbias ganancias. Con su sencillez sonriente de poco afortunado, tratado rudamente hasta entonces por la suerte, asombrábase y declaraba soportable aquella vida de perros de la Bolsa, donde ya no decía que fuera preciso ser judío para salir adelante.

En el *corro*, en la corriente de aire helado del peristilo, que apenas calentaba el pálido sol de las tres de la tarde, el Universal había bajado menos rápidamente que en el *parquet*. Y Nathansohn, advertido por sus corredores, acababa de realizar el arbitraje que no había podido llevar á cabo Delarocque al principio: comprador en la sala á 3025, había revendido bajo la columnata á 3035. Esto no había exigido tres minutos, y se ganaba sesenta mil francos. La compra, en el *parquet*, hacía ya subir el valor á 3030, por ese efecto de equilibrio que los dos mercados, el legal y el tolerado, ejercen uno sobre otro. El galope de empleados no cesaba, de la sala al peristilo, abriéndose paso con los codos por entre la aglomeración. A todo esto iba á flojear el precio del *corro*, cuando la orden que Massias llevaba á Nathansohn lo sostuvo á 3035, y lo alzó á 3040; mientras que, de rechazo, el valor volvía también

en el *parquet* á su primer precio. Pero era difícil mantenerlo allí, porque la táctica de Jacoby y de los demás agentes que operaban en nombre de los bajistas, era, evidentemente, reservar las grandes ventas para el fin de la Bolsa, con el objeto de recargar el mercado y producir un hundimiento durante el curso de la última media hora. Saccard comprendió tan bien el peligro que, con una señal convenida, advirtió á Sabatani, que estaba fumando un cigarrillo, á algunos pasos, con su aire indiferente y lánguido de hombre afortunado con las mujeres; y este, deslizándose inmediatamente, con una agilidad de culebra, se dirigió á la *guitarra*, desde donde, con el oído alerta, siguiendo los precios, envió á Mazaud órdenes, en tarjetas verdes, de las que iba provisto. A pesar de todo, el ataque era tan rudo, que el Universal bajó de nuevo cinco francos.

Dieron los tres cuartos; ya no quedaba más que un cuarto de hora antes de la campanada de la clausura. En aquel momento, la multitud se agitaba y gritaba como flagelada por algún tormento infernal; el *parquet* ladraba, aullaba, resonando como un caldero que se hace pedazos; y entonces fué cuando se produjo el incidente esperado con ansia por Saccard.

El pequeño Flory, que, desde el principio, no había dejado de bajar del telégrafo, á cada diez minutos, con las manos llenas de despachos, reapareció una vez más, leyendo ahora un telegrama que parecía encantarle.

—¡Mazaud! ¡Mazaud!—llamó una voz.

Y Flory, naturalmente, volvió la cabeza como si hubiera contestado al llamamiento de su propio nombre. Era Jantrou que quería enterarse. Pero el joven le empujó, en su prisa, entregado á la alegría de decirse que el Universal acabaría en alza; porque el despacho anunciaba que el valor subía en la Bolsa de Lyon, donde se habían hecho compras tan importantes, que influirían de rechazo en la Bolsa de Paris. En efecto, llegaban ya otros telegramas, un gran número de agentes recibían órdenes. El resultado fué inmediato y considerable.

—A 3.040, tomo Universal—repetía Mazaud con su voz exasperada de prima.

Y Delarocque, desbordado por la demanda, pujaba cinco francos.

—A 3.045, tomo.....

—Tengo, á 3.045—mugía Jacoby.—Doscientos, á 3.045.

—Enviad.

Entonces, Mazaud subió también.

—Tomo á 3.050.

—¿Cuánto?

—Quinientos..... Enviad.

Pero el espantoso estrépito iba siendo tal, en medio de una gesticulación epiléptica, que los mismos agentes no se entendían. Y, poseídos del furor profesional que los agitaba, continuaron por gestos, puesto que los bajos de los unos se perdían, mientras que las flautas de los otros

se debilitaban hasta desvanecerse. Veíase abrirse las bocas, enormes, sin que pareciese salir de ellas un ruido perceptible, y solas las manos hablaban: un gesto de dentro á fuera que ofrecía, otro gesto de fuera á dentro que aceptaba; los dedos levantados indicaban las cantidades, las cabezas decían sí ó no, con una señal. Aquello era inteligible sólo para los iniciados, como uno de esos ataques de demencia que se apoderan de las multitudes. Arriba, en la galería del telégrafo, asomábanse cabezas de mujer, estupefactas, espantadas ante el extraordinario espectáculo. En la renta, habriase dicho que había una riña, una aglomeración central, encarnizada y dando puñadas, mientras que la doble corriente del público que atravesaba aquel lado de la sala, empujaba los grupos deshaciéndolos y volviéndolos á formar sin cesar, en continuos remolinos. Entre el contado y el *parquet*, por encima de la tempestad desencadenada de las cabezas, no se veía más que á los tres *cotizadores* sentados en sus altas sillas, que parecían sobrenadar así como restos de un naufragio, con la gran mancha blanca de su registro, llevados á la izquierda, llevados á la derecha, por la gran fluctuación rápida de los precios que se les echaba. En el compartimiento del contado, sobre todo, había llegado á su colmo la confusión, una masa compacta de cabelleras, ni siquiera de rostros, un bulle-bulle sombrío, aclarado únicamente por las notas blancas de los *carhets*, agitados en el aire.

Y en el *parquet*, alrededor del canastillo que las tarjetas arrugadas llenaban ahora con una efflorescencia de todos los colores, blanqueaban canas, brillaban cráneos, se distinguía la palidez de las caras convulsas, de las manos tendidas febrilmente, toda la mímica danzante de los cuerpos, allí más á sus anchas, como próximos á devorarse si la barandilla no los hubiera contenido. Aquel vértigo de los últimos minutos, había, por otra parte, ganado al público que se aplastaba en la sala, con un pateo enorme, en una desbandada de gran rebaño lanzado por un corredor muy estrecho; y solos, en medio del deslustramiento de las levitas, los sombreros de copa espejeaban bajo la luz difusa que caía de las vidrieras.

De pronto, atravesó el tumulto un repique de campana. Todo se calmó, los gestos se detuvieron, las voces se callaron, en el contado, en la renta, en el *parquet*. No quedaba más que el zumbido sordo del público, parecido á la voz continua de un torrente vuelto á su cauce, que acaba de desbordarse. Y, en la agitación persistente, circulaban los últimos precios: el Universal había subido á 3060, en alza todavía de treinta francos sobre los precios de la víspera. La derrota de los bajistas era completa, la liquidación iba á ser desastrosa una vez más para ellos, porque las diferencias de la quincena se saldarian por sumas considerables.

Un momento antes de abandonar la sala, Sac-

card se empinó como para abrazar mejor de un vistazo la multitud que lo rodeaba. Había realmente crecido, levantado por aquella victoria; toda su personilla se hinchaba, se alargaba, se hacía enorme. A quien parecía buscar así, por encima de las cabezas, era á Gundermann ausente, á Gundermann, á quien habría querido ver abatido, haciendo muecas, pidiendo gracia; y quería al menos que todas las hechuras desconocidas del judío, toda la cochina judería que se encontraba allí, con cara fosca, lo viese, transfigurado, en la gloria de su éxito. Aquella fué su gran jornada, de la cual se habla todavía, como se habla de Austerlitz y de Marengo. Sus clientes, sus amigos se habían precipitado hacia él. El marqués de Bohain, Sedille, Kolb, Huret, le estrechaban las dos manos, mientras que Daigremont, con la falsa sonrisa de su amabilidad de hombre de mundo, lo cumplimentaba, sabiendo bien que, en la Bolsa, se muere de victorias parecidas. Maugendre lo había besado en las dos mejillas, exaltado, exasperado al ver al capitán Chave encogiéndose de hombros, á pesar de todo. Pero la adoración completa, religiosa, era la de Dejoie, que venido corriendo del periódico, para conocer en seguida el último precio, permanecía á algunos pasos, inmóvil, clavado por la ternura y la admiración, llenos de lágrimas los ojos. Jantron había desaparecido, llevando sin duda la noticia á la baronesa Sandorff. Massias y Sabatani respiraban con fuerza, radiantes,

como en la noche triunfal de una gran batalla.

—¿Qué tal? ¿Qué es lo que yo decía?—exclamaba Pillerault encantado.

Moser, con la cara muy triste, murmuraba sordas amenazas.

—Sí, sí, ya vendrá el batacazo... La carta de Méjico por pagar, los asuntos de Roma que se enredan más después de Mentana, la Alemania, que va á caer sobre nosotros cualquier día... Sí, sí, y esos imbéciles que suben todavía para caer desde más alto. ¡Ah, ya veréis, todo está perdido!

Y dirigiéndose á Salmon, que ahora estaba muy serio:

—¿Verdad que pensáis lo mismo? Cuando las cosas van demasiado bien, es que todo va á derrumbarse.

Entre tanto desocupábase la sala, y pronto no quedaría en el aire más que el humo de los cigarrillos, una azulada nube, espesa y ensuciada con todos los polvos que flotaban. Mazaud y Jacoby, otra vez correctos, habían entrado juntos en el despacho de los agentes de cambio: el segundo más conmovido por secretas pérdidas personales, que por las derrotas de sus clientes; mientras que el primero, que no jugaba, estaba entregado á la alegría del último precio tan valerosamente alzado. Hablaron algunos minutos con Delarocque, sobre cambios de obligaciones, teniendo en la mano sus *carnets*, llenos de notas, que sus liquidadores debían examinar por la noche, á fin de aplicar los negocios hechos. Al mis-

mo tiempo, en la sala de los dependientes, una sala baja, cortada por gruesos pilares, parecida á un aula mal cuidada, con filas de pupitres, y un guardarropa en el fondo, Flory y Gustavo Sedithe, que habian ido á buscar sus sombreros, reían ruidosamente, esperando á conocer el precio medio, que los empleados del sindicato, en uno de los pupitres, fijaban con arreglo al precio más alto y al precio más bajo. A las tres y media, cuando quedó colocado en uno de los pilares el aviso, ambos relincharon, cloquearon, imitaron el canto del gallo, contentos por la bonita operación que habian realizado traficando sobre las órdenes de venta de Fayeux. Aquello era un par de solitarios para Chuchu, que tiranizaba ahora á Flory, con sus exigencias, y un semestre adelantado para Germana Corazón, que Gustavo habia hecho la tontería de quitar definitivamente á Jacoby, el cual acababa de tomar por meses una amazona del Hipódromo. Por lo demás, en la sala de los dependientes seguía el escándalo, bromas estúpidas, aplastamiento de sombreros, en medio de empujones de colegiales en recreo. Y, por otra parte, en el peristilo, el *corro* concluía de cerrar tratos, y Nathansohn se decidía á bajar las gradas, encantado de su arbitraje, entre la oleada de los últimos especuladores, retrasados á pesar de que el frío se hacía terrible. Desde las seis, todo aquel mundo de jugadores, de agentes de cambio, de concurrentes al *corro* y de corredores, después de haber, los unos puesto en claro

su ganancia ó su pérdida, los otros hecho sus cuentas de corretaje, iban á ponerse el frac, para acabar de aturdir su jornada, con su noción pervertida del dinero, en los restaurants y en los teatros, en las reuniones y en las alcobas galantes.

Aquella noche, el París que vela y que se divierte, no habló más que del duelo formidable empeñado entre Gundermann y Saccard. Las mujeres, entregadas al juego por pasión y por moda, afectaban servirse de las palabras técnicas de liquidación, prima, transferencia, etc., sin comprenderlas. Hablábase sobre todo de la crítica situación de los bajistas que, desde hacía muchos meses, pagaban á cada nueva liquidación, diferencias cada vez más fuertes, á medida que el Universal subía, pasando de todo límite razonable. Ciertamente, muchos jugaban en descubierto y se hacían reportar, no teniendo con que recoger las acciones, con objeto de limitar su pérdida; y como el precio del reporte, del alquiler del dinero necesario para rescatar en liquidación, cuando se ha vendido al precio del día, se elevaba tanto más cuanto más raro se hacía el dinero, los bajistas, agotados, destrozados iban á ser aniquilados con seguridad, si continuaba el alza. Pero la situación de Gundermann, del que pasaba por su jefe todopoderoso, era diferente, porque él no se hacía reportar, tenía en sus cuevas sus mil millones, inacabables tropas que enviar á la lucha, por larga y por mortífera que fuese la campaña. Esto era la fuerza in-

vencible: poder recoger las acciones, estar siempre presto á entregarlas, hasta cuando hubiera que pagarlas más caras, con lo mejor de su oro. Y se hablaba, se calculaba las sumas enormes que debía haber consumido ya, haciendo avanzar de aquel modo, el 15 y el 30 de todos los meses, semejantes á filas de soldados que barren las ametralladoras, sacos de escudos que se fundían en el fuego de la especulación. Jamás había sufrido aun, en Bolsa, tan rudo ataque á su poder, que él quería soberano, indiscutible; porque si era, como se complacía en repetir, un simple comerciante de dinero y no un jugador, comprendía perfectamente que, para seguir siendo tal comerciante, el primero del mundo, disponiendo de la riqueza pública, necesitaba ser dueño absoluto del mercado; y se batía, no por la ganancia inmediata, sino por la soberanía misma, por su vida. De aquí la fría obstinación, la feroz grandeza de la lucha. Se le encontraba en los boulevares, á lo largo de la calle Vivienne, con su faz descolorida é impasible y su paso de viejo extenuado, sin que nada delatase en él la menor inquietud. No creía más que en la lógica. Más allá del precio de dos mil francos, comenzaba la locura para las acciones del Universal; á tres mil francos era la demencia pura, y debían caer, como la piedra lanzada al aire cae fatalmente; y esperaba. ¿Llegaría hasta el fin de sus millones? Alrededor de Gundermann, estremeábanse las gentes de admiración, y también del

deseo de verlo al fin devorado; mientras que Saccard, que despertaba un entusiasmo más tumultuoso, tenía en su favor á las mujeres, los salones, todo el mundo de los jugadores, los cuales se embolsaban tan bonitas diferencias, desde que acuñaban moneda con su fe, traficando con el monte Carmelo y con Jerusalem. Estaba decretada la próxima ruina de la alta banca judía, el catolicismo iba á tener el imperio del dinero, como había tenido el de las almas. Pero si sus tropas ganaban mucho, Saccard se encontraba á punto de quedarse sin dinero, vaciándose sus cajas por las continuas compras. De doscientos millones disponibles, cerca de las dos terceras partes habían sido inmovilizados de este modo: aquello era la prosperidad demasiado grande, el triunfo asfixiante que ahoga. Toda sociedad que quiere ser dueña de la Bolsa, para sostener el precio de sus acciones, es una sociedad condenada. Por eso, en los comienzos, había intervenido con prudencia. Pero siempre había sido hombre de imaginación, viendo demasiado en grande, transformando en poemas sus equívocos tráficos de aventurero; y en aquella ocasión, con aquel negocio realmente colosal y próspero, llegaba á extravagantes sueños de conquista, á una idea tan loca, tan enorme, que ni siquiera se la formulaba claramente á sí mismo. ¡Ah, si él hubiera tenido millones y más millones como esos cochinos judíos! Lo peor era que veía ya el fin de sus tropas, sólo algunos millones buenos

para la matanza. Luego, si venía la baja, le tocaría á su vez pagar diferencias; y, no pudiendo recoger los títulos, se vería obligado á hacerse reportar. En su victoria, la más pequeña piedrecilla haría volcar su vasta máquina. Se tenía conciencia de ello, hasta entre los fieles, los que creían en el alza como en Dios. Lo que acababa de apasionar á París, la confusión y la duda en que se agitaba, era aquel duelo de Saccard y de Gundermann, en el que el vencedor perdería toda su sangre, aquella lucha cuerpo á cuerpo de dos monstruos legendarios, aplastando entre ellos á los pobres diablos que se arriesgaban á jugar su juego, amenazando estrangularse uno á otro, sobre el montón de ruinas que producían.

Bruscamente, el 3 de Enero, al día siguiente mismo de la última liquidación, bajó el Universal cincuenta francos. Aquello produjo una profunda emoción. A la verdad, todo había bajado; el mercado, recargado hacía mucho tiempo, henchido fuera de medida, crujía por todas partes; dos ó tres negocios podridos se derrumbaban con estrépito; y, por otra parte, se habría debido estar habituado á esos saltos violentos de los precios que á veces varían en muchos centenares de francos en una misma Bolsa, enloquecidos, como la aguja de la brújula en medio de una tempestad. Pero, en el gran estremecimiento que corrió, todos sintieron el principio de la catástrofe. El Universal bajaba, y la noticia circuló,

se propagó con un clamor de multitud, formado de asombro, de esperanza y de miedo.

Desde el día siguiente, Saccard, firme y sonriente en su puesto, levantaba el precio con un alza de treinta francos, gracias á compras considerables. Pero el 5, á pesar de sus esfuerzos, la baja fué de cuarenta francos. El Universal quedaba á tres mil. Y, desde entonces, cada día trajo su batalla. El 6 volvía á subir el Universal. El 7 y el 8 bajaba de nuevo. Aquel era un movimiento irresistible, que lo arrastraba poco ó poco en una lenta caída. Se le iba á tomar por víctima expiatoria, á hacerle expiar las locuras de todos, los crímenes de otros negocios menos visibles, de aquel pulular de empresas sucias, caldeadas á fuerza de reclamos, que crecían como monstruosos hongos en el estiércol fermentado del reinado. Pero Saccard, que ya no dormía, que todas las tardes ocupaba su puesto de combate junto á su pilar, vivía en la alucinación de la victoria siempre posible. Como jefe de ejército convencido de la excelencia de su plan, no cedía el terreno sino paso á paso, sacrificando á sus últimos soldados, vaciando las cajas de la Sociedad de sus últimos sacos de escudos, para cerrar el camino á los asaltantes. Todavía alcanzó una ventaja señalada el 9; los bajistas temblaron, retrocedieron: ¿acaso la liquidación del 15 engorriaría una vez más con sus despojos? Y él, sin recursos ya, obligado á echar papel á la circulación, osaba ahora, como esos hambrientos que

ven inmensos festines en el delirio de su hambre, confesarse á sí mismo el fin prodigioso é imposible á que tendía, la gigantesca idea de recoger todas las acciones para tener los vendedores en descubierto, ligados de pies y manos, á merced suya. Esto acababa de ser hecho por una pequeña compañía de ferrocarriles: la casa de emisión lo había recogido todo del mercado; y los vendedores, no pudiendo entregar, se habían vendido como esclavos, obligados á ofrecer su fortuna y su persona. ¡Ah, si él pudiera acosar, asustar á Gundermann hasta obligarle á jugar en descubierto! ¡Si él pudiera verlo una mañana, llevando sus mil millones y suplicándole que no lo tomase todo, que le dejase los diez sueldos que necesitaba diariamente para la leche con que se alimentaba! Pero para esta jugada necesitaba setecientos ú ochocientos millones. Había lanzado ya doscientos á la pelea, y habría que poner aun en línea de batalla quinientos ó seiscientos. Con seiscientos millones barrería á los judíos, y sería el rey del oro, el amo del mundo. ¡Qué sueño! Y la cosa era muy sencilla, la idea del dinero quedaba abolida á aquel grado de fiebre: ya no había más que peones que poner en el tablero. En sus noches de insomnio alzaba el ejército de seiscientos millones, y los hacía matar por su gloria, victorioso al fin, en medio de los desastres, sobre las ruinas de todo.

El día 10 Saccard tuvo, desgraciadamente, una jornada terrible. En la Bolsa estaba siempre

soberbio de alegría y de calma. Y, sin embargo, jamás hubo guerra de aquella muda ferocidad, un degüello de todas las horas, la alevosía emboscada por todas partes. En esas batallas del dinero, sordas y cobardes, en las que se despamzura á los débiles sin ruido, ya no hay lazos de ninguna clase, ni parentesco ni amistad; sólo la ley del más fuerte, del que come para no ser comido. Por eso se sentía absolutamente solo, sin otro sostén que su insaciable apetito, que lo mantenía en pie, siempre presto á devorar. Temía, sobre todo, la jornada del 14, en la que había que responder de las primas. Pero aun encontró dinero para los tres días que precedieron, y el 14, en vez de traer una caída, afirmó el Universal, que, el 15, acabó en liquidación á 2860, en baja solamente de cien francos respecto del último precio de Diciembre. Había temido un desastre, y afectó creer en una victoria. En realidad, era la primera vez que los bajistas le ganaban, cobrando al fin diferencias, ellos que pagaban hacía meses; y, cambiando la situación, debió hacerse reportar por Mazaud, el cual se encontró desde entonces muy comprometido. La segunda quincena de Enero iba á ser decisiva.

Desde que luchaba de aquella suerte, en aquellas sacudidas diarias que lo hundían y lo levantaban, Saccard experimentaba por las noches una desenfadada necesidad de aturdimiento. No podía estar solo, comía fuera de su casa, acababa sus noches al cuello de una mujer. Jamás

había prodigado de aquel modo su vida, mostrándose por todas partes, corriendo los teatros y los restaurants donde se cena, afectando gastos exagerados de hombre excesivamente rico. Huía de Carolina, cuyas amonestaciones le molestaban, siempre hablándole de las cartas inquietas que recibía de su hermano, desesperada ella misma de su campaña al alza, de un peligro espantoso. Y veía más á la baronesa Sandorff, como si aquella fría perversión, en el pisito bajo de la calle Caumartin, le hubiera distraído, dándole el momento de olvido necesario en la tensión de su cerebro recargado de fatiga. Algunas veces se refugiaba allí para examinar ciertos documentos y reflexionar sobre ciertos negocios, feliz con decirse que nadie le molestaria. El sueño le aterraba, y dormía allí una hora ó dos, las únicas horas deliciosas de aniquilamiento; y la baronesa, entonces, no sentía ningún escrúpulo en registrar sus bolsillos, en leer las cartas de su cartera; porque se había vuelto completamente mudo, no le sacaba ninguna noticia útil, y estaba convencida de que la engañaba, cuando le arrancaba una palabra, hasta el punto de que no se atrevía á jugar con arreglo á sus indicaciones. Robándole así sus secretos, fué como adquirió la certidumbre de las dificultades de dinero con que comenzaba á luchar el Universal, todo un vasto sistema de papel en circulación, letras que descontaba en el extranjero, prudentemente. Saccard, habiéndose despertado una noche de-

masiado pronto y sorprendiéndola cuando examinaba su cartera, la abofeteó como á una mujerzuela que pesca sueldos en los bolsillos de los caballeros; y desde entonces le pegaba, lo que los ponía furiosos y después los rendía y los calmaba á ambos.

Sin embargo, después de la liquidación del 15, que le había llevado una decena de miles de francos, la baronesa comenzó á alimentar un proyecto. Aquello fué una obsesión, y acabó por consultar con Jantrou.

—A fé mía—le respondió éste—creo que tenéis razón, ya es hora de ir á casa de Gundermann..... Id, pues, á verle, y contadle el asunto, puesto que os prometió que, el día en que le llevarais un buen consejo, él os daría otro en cambio.

Gundermann estaba, el día en que la baronesa se presentó, de un humor de perro. Todavía la vispera, había subido el Universal. ¿Es que no iban á concluir con aquella hambrienta bestia, que le había comido tanto oro y que se empeñaba en no morir? Muy capaz era de levantarse otra vez, de acabar de nuevo en alza, el 31 del mes; y renegaba de haberse metido en aquella rivalidad desastrosa, cuando acaso le habría valido más hacerse su parte en la nueva casa. Desorientado en su táctica ordinaria, perdida su fe en la lógica fatalmente triunfante, se habría resignado en aquel momento á batirse en retirada, si hubiera podido retroceder sin perderlo

todo. Eran raros en él esos momentos de desaliento que los más grandes capitanes han conocido, la víspera misma de la victoria, cuando los hombres y las cosas anuncian su triunfo. Y aquella turbación de una vista poderosa, tan clara de ordinario, procedía de la niebla que se produce á la larga, de ese misterio de las operaciones de Bolsa, á las cuales jamás es posible poner un nombre con seguridad. Ciertamente, Saccard compraba, jugaba. ¿Pero era para clientes verdaderos, era para la sociedad misma? Y acababa por no saberlo, en medio de la chismografía que le llegaba de todas partes. Golpeaban las puertas de su inmenso despacho, todos sus empleados temblaban de su cólera, y acogía á los corredores tan brutalmente, que su acostumbrado desfile se tornaba en galope de derrota.

—¡Ah, sois vos!—dijo Gundermann á la baronesa, sin cortesía ninguna. Hoy no tengo tiempo que perder con las mujeres.

Ella quedó desconcertada hasta el punto de que suprimió todos los preámbulos y soltó de un golpe la noticia que llevaba.

—Si se os probara que el Universal no tiene un céntimo, después de las compras considerables que ha hecho, y que se ve obligado á descontar, en el extranjero, letras, para continuar la campaña, ¿qué diríais?

El judío había reprimido un estremecimiento de alegría. Sus ojos seguían sin expresión, y contestó con la misma voz malhumorada:

— Eso no es verdad.

—¿Cómo que no es verdad? Lo he escuchado con mis oídos, lo he visto con mis ojos.

Y quiso convencerlo, explicándole que había tenido entre sus manos los documentos firmados por testafierros. Nombraba á estos últimos, y decía también los nombres de los banqueros que en Viena, en Francfort, en Berlín habían descontado las letras. Sus corresponsales podrían informarle, ya vería cómo no le traía ningún chisme infundado. Del mismo modo, afirmaba que la sociedad había comprado para sí, con el único objeto de mantener el alza, y que esto se había tragado ya doscientos millones.

Gundermann, que la escuchaba con su aspecto sin expresión, arreglaba ya su campaña del día siguiente, con un trabajo de inteligencia tan pronto, que en algunos segundos ya tenía repartidas sus órdenes y fijadas las cifras. Ahora estaba seguro de la victoria, sabiendo bien de qué inmundicia le venían los informes, lleno de desprecio por aquel Saccard amigo de placeres, estúpido hasta el punto de entregarse á una mujer y dejarse vender.

Quando la baronesa acabó, levantó él la cabeza, y mirándola con sus ojos apagados:

—¿Y bien, qué quereis que me importe todo eso que me contais?

Ella se quedó sorprendida, hasta tal punto le parecía sin interés y tranquilo.

—Pero me parece que vuestra situación á la baja.....

—¡Yo! ¿Quién os ha dicho que yo estuviera á la baja? Yo no voy nunca á la Bolsa, yo no juego..... ¡Todo eso me es indiferente!

Y en su voz había tal inocencia, que la baronesa, trastornada, asustada, habría acabado por creerlo, sin ciertas inflexiones de una candidez demasiado burlona. Evidentemente se burlaba de ella, con su absoluto desdén, como hombre acabado, sin ningún deseo.

—Así, pues, mi buena amiga, como estoy muy ocupado, si no tenéis nada más interesante que decirme.....

Y la ponía á la puerta. Entonces ella se sublevó.

—He tenido confianza en vos, he hablado la primera..... Esto es una verdadera alevosía..... Me habíais prometido, si yo os era útil, serme útil á vuestra vez, darme un consejo.....

El la interrumpió levantándose. Y aquel hombre que jamás reía, sonrióse ligeramente: de tal modo le divertía aquel brutal engaño hecho á una mujer joven y linda.

—¡Un consejo! Pero si no os lo niego, mi buena amiga!... Escuchadme bien. No juguéis, no juguéis nunca. Esto os hará parecer fea, es muy desagradable una mujer que juega.

Y cuando la baronesa se hubo marchado, fuera de sí, Gundermann se encerró con sus dos hijos y su yerno, distribuyó los papeles, y envió

en seguida á casa de Jacoby y otros agentes de cambio, para preparar el gran golpe del día siguiente. Su plan era sencillo: hacer lo que la prudencia le había impedido arriesgar hasta entonces, en su ignorancia de la verdadera situación del Universal; hundir el mercado bajo ventas enormes, ahora que sabía que aquél había agotado sus recursos y era incapaz de sostener los precios. Iba á hacer avanzar la formidable reserva de sus millones, como general que quiere acabar y á quien sus espías han informado sobre el punto débil del enemigo. Triunfaría la lógica; está condenada toda acción que sube más allá del valor verdadero que representa.

Precisamente aquel día, á cosa de las cinco, Saccard, advertido del peligro por su olfato, se dirigió á casa de Daigremont. Tenía fiebre, sentía que era apremiante dar un golpe á los bajistas, si no se quería dejarse batir definitivamente por ellos. Daba vueltas á su gigantesca idea, el colosal ejército de seiscientos millones por levantar todavía, para la conquista del mundo. Daigremont lo recibió con su acostumbrada amabilidad, en su regio hotel, en medio de sus cuadros de precio, de todo aquel esplendoroso lujo que pagaban, todas las quincenas, las diferencias de Bolsa, sin que se supiera con exactitud lo que hubiera de sólido detrás de aquella decoración, siempre bajo la amenaza de ser arrebatada por un capricho de la suerte. Hasta entonces no había hecho traición al Universal, rehusan-

do vender, afectando mostrar una confianza absoluta, contento con aquella actitud de jugador al alza, de que sacaba, por lo demás, grandes provechos; y hasta se había complacido en no hacer un movimiento, después de la mala liquidación del 15, convencido, decía por todas partes, de que iba á volver el alza, ojo alerta, sin embargo, y dispuesto á pasarse al enemigo al primer síntoma grave. La visita de Saccard, la extraordinaria energía de que daba muestras, la enorme idea que le desenvolvió de recogerlo todo del mercado, le produjeron una verdadera admiración. Aquello era una locura ¿pero qué son con frecuencia, los grandes guerreros y los grandes financieros, sino locos que triunfan? Y prometió formalmente acudir en su socorro, desde la Bolsa del día siguiente: tenía ya fuertes posiciones, iría á casa de Delarocque, su agente, para tomar noticias; sin contar los amigos á quienes iría á ver, una especie de sindicato cuyo refuerzo llevaría. Se podía, según él, calcular en un centenar de millones aquel nuevo cuerpo de ejército, de un empleo inmediato. Esto bastaría. Saccard, radiante, seguro de vencer, formó inmediatamente el plan de la batalla, todo un movimiento envolvente de una rara osadía, copiado de los más grandes capitanes: primero, al principio de la Bolsa, una simple escaramuza para atraer á los bajistas y confiarlos; después, cuando estos hubieran obtenido un primer triunfo, cuando los precios bajaran, la

llegada de Daigremont y de sus amigos con su gruesa artillería, todos aquellos millones inesperados, saliendo de un pliegue del terreno, cogiendo á los bajistas por retaguardia y haciéndoles morder el suelo. Aquello sería una matanza, una carnicería. Los dos hombres se separaron con apretones de manos y risas de triunfo.

Una hora después, cuando Daigremont, que comía fuera, iba á vestirse, recibió otra visita, la de la baronesa Sandorff. En el desarrollo de sus propósitos, ella acababa de tener la inspiración de consultarle. Hubo un momento en que se había dicho que era su querida; pero realmente no había habido entre ellos más que una familiaridad muy libre de hombre á mujer. Ambos eran muy astutos, se adivinaban demasiado, para llegar al engaño de unas relaciones. Contó ella sus temores, la ida á casa de Gundermann, y la respuesta de éste, mintiendo, por otra parte, sobre la fiebre de traición que le había impulsado. Y Daigremont se complació, divirtiéndose, en asustarla más, con aire trastornado, próximo á creer que Gundermann decía la verdad, cuando juraba que no estaba á la baja; porque ¿quién sabe nada jamás? La Bolsa es un verdadero bosque, un bosque en una noche oscura, donde todos andan á tientas. En aquellas tinieblas, si se tiene la desgracia de oír todo lo que se inventa de estúpido ó de contradictorio, se está seguro de romperse la cabeza.

—¿De modo—preguntó, ella con ansiedad—que yo no debo vender?

—¡Vender! ¿Por qué? ¡Vaya una locura! Mañana seremos los amos. El Universal volverá á subir á 3100. Y mantenéos firme, suceda lo que quiera: quedaréis contenta del último precio.... No puedo deciros más.

Había partido la baronesa, y Daigremont se vestía al fin, cuando el timbre anunció una nueva visita. ¡Ah, esta no la recibiría! Pero cuando le hubieron entregado la tarjeta de Delarocque, dijo en seguida que le hicieran entrar; y, como el agente, con aspecto muy emocionado, esperara para hablar, despidió á su ayuda de cámara, acabando él mismo de ponerse su corbata blanca, delante de un gran espejo.

—Querido—dijo Delarocque, con su familiaridad de hombre del mismo círculo.—Me recomiendo á vuestra amistad, porque la cosa es bastante delicada..... Imaginaos que Jacoby, mi cuñado, acaba de tener la amabilidad de prevenirme de una jugada que se prepara. En la Bolsa de mañana, Gundermann y los suyos están decididos á hacer saltar el Universal.... Van á echar todo el papel al mercado..... Jacoby tiene ya las órdenes, ha acudido....

—¡Diantre!—dijo simplemente Daigremont, que se había puesto pálido.

—Ya comprenderéis, tengo muy fuertes posiciones al alza comprometidas en mi agencia, ¡si! por una quincena de millones; lo bastante para

dejar en ello brazos y piernas!.... Por eso he tomado un carruaje y voy visitando á mis clientes serios. Esto no es correcto, pero la intención es buena!....

—¡Diantre!—repitió el otro.

—En fin, mi buen amigo, como vos jugáis en descubierto, vengo á rogaros que me cubráis ó cambiéis vuestra posición.

Daigremont dió un grito:

—Cambiadla, cambiadla, querido... ¡Ah, no, eso no! Yo no me quedo en las casas que se hunden; esto es un heroísmo inútil.... ¡No compréis, vended! Tengo en vuestra casa por cerca de tres millones; ¡vended, vendedlo todo!

Y cuando Delarocque salía, diciendo que tenía que ver á otros clientes, Daigremont le cogió las manos y se las estrechó enérgicamente.

—Gracias, no lo olvidaré jamás. ¡Vended, vendedlo todo!

Ya solo, volvió á llamar á su ayuda de cámara, para hacerse arreglar el cabello y la barba. ¡Ah, qué lección! Poco había faltado esta vez para dejarse engañar como un niño. ¡He aquí lo que tenía andar con un loco!

Por la noche comenzó el pánico en el Bolsín de las ocho. Este Bolsín se celebraba entonces en la acera del boulevard de los Italianos, á la entrada del pasaje de la Opera; y no había allí más que el *corro*, operando en medio de una batahola de corredores, de cobradores, de especuladores no muy limpios. Circulaban por allí vendedores

ambulantes; recogedores de puntas de cigarros se metían á cuatro patas por entre los grupos. Aquello era, obstruyendo el boulevard, un amontonamiento obstinado de rebaño que la oleada de los transeúntes arrastraba, separaba, y que se volvía á rehacer siempre. Se estacionaban aquella noche de este modo cerca de dos mil personas, gracias á la dulzura del cielo cubierto de nubes que anunciaban lluvia, después de fríos terribles. El mercado estaba muy animado, se ofrecía Universal en todas partes; los precios caían con rapidez. Bien pronto corrieron rumores, toda una ansiedad naciente. ¿Qué pasaba? Nombrábase á media voz á los vendedores probables, según el corredor que daba la orden ó el individuo del *corro* que la ejecutaba. Puesto que los grandes vendían de aquel modo, seguramente se preparaba algo grave. Y, de las ocho á las diez, aquello fué una confusión, todos los jugadores de olfato cambiaron sus posiciones y hasta hubo compradores que tuvieron tiempo de hacerse vendedores. Fuéronse á acostar atormentados por la fiebre, como en la víspera de grandes batallas.

Al día siguiente el tiempo fué muy malo. Había llovido toda la noche, una lluvia menuda y glacial anegaba la villa, convertida por el deshielo en una cloaca de barro amarillento y líquido. La Bolsa, desde las doce y media, zumbaba en aquel chorrear. La multitud, refugiada bajo el peristilo y en la sala, era enorme; y bien pronto, la sala, con los paraguas mojados que goteaban, se

encontró convertida en un inmenso charco de agua cenagosa. La grasa negra de los muros rezumaba, y del techo de cristales no bajaba más que una luz débil y rojiza, de una desesperada melancolía.

En medio de las malas noticias que corrían, de las historias extraordinarias que trastornaban las cabezas, todas las miradas, desde la puerta, buscaban á Saccard, examinándolo. Él estaba en su puesto, en pié, junto al pilar acostumbrado; y tenía el aire de los demás días, de los días triunfantes, su aire de alegría animosa y de absoluta confianza. No ignoraba que el Universal había bajado trescientos francos la víspera, en el Bolsín de la noche; olfateaba un peligro inmenso, esperaba un furioso asalto de los bajistas; pero su plan de campaña le parecía inatacable, el movimiento envolvente de Daigremont, la llegada imprevista de un ejército fresco de millones, debía arrollarlo todo y asegurarle una vez más la victoria. Se encontraba ya sin recursos; las cajas del Universal estaban vacías, había rebañado en ellas hasta los céntimos; y no desesperaba sin embargo, se había hecho reportar por Mazaud, hasta tal punto lo había conquistado, confiándole el apoyo del sindicato de Daigremont, que el agente, sin ponerse á cubierto, acababa todavía de aceptar órdenes de compra por muchos millones. La táctica convenida entre ellos era de no dejar caer demasiado los precios, al principio de la Bolsa, sostenerlos, pelear, mien-

tras llegaba el ejército de refuerzo. Estaba tan viva la emoción, que Massias y Sabatani, renunciando á astucias inútiles, ahora que la verdadera situación era el objeto de todas las conversaciones, fueron á hablar abiertamente con Saccard, y después corrieron á llevar sus últimas recomendaciones, el uno á Nathansohn, bajo el peristilo, el otro á Mazaud, todavía en el despacho de los agentes de cambio.

Era la una menos diez, y Moser que llegaba, descolorido por un ataque del hígado que no le había dejado cerrar los ojos la noche precedente, hizo notar á Pillerault que todo el mundo, aquel día, estaba amarillo y tenía aspecto enfermizo. Pillerault, á quien la proximidad de las catástrofes hacía erguirse con fanfarronadas de caballero andante, soltó una carcajada.

—Vos sois, querido, quien está enfermo. Todo el mundo está muy alegre. Vamos á armaros una de que quedará memoria para mucho tiempo.

La verdad era que, en la ansiedad general, la sala permanecía sorda, bajo la luz rojiza, y esto flotaba sobre todo en el zumbido debilitado de las voces. Aquello no era la animación febril de los grandes días de alza, la agitación, el rumor de una marea, desbordando por todas partes, invadiéndolo todo. No se corría, no se gritaba, se deslizaban, hablaban bajo, como en la casa de un enfermo. Aunque la multitud era considerable y costaba trabajo circular, alzabase sólo un murmurio lastimero, el cuchicheo de los temores

que corrían, noticias deplorables que se decían al oído. Muchos se callaban, lívidos, contraído el rostro, con ojos espantados que interrogaban desesperadamente á los otros rostros.

—¿No decís nada, Salmon?—preguntó Pillerault con agresiva ironía.

—¡Cáspita!—murmuró Moser—le pasa lo que á los demás, no tiene nada que decir, tiene miedo.

En efecto, aquel día, el silencio de Salmon no inquietaba á nadie, en la expectación profunda y muda de todos.

Alrededor de Saccard se arremolinaba una ola de clientes, temblando de incertidumbre, ávidos de una frase consoladora. Notóse más tarde que Daigremont no asomó por allí, ni tampoco Huret, advertido sin duda, convertido otra vez en el perro fiel de Rougon. Kolb, en medio de un grupo de banqueros, afectaba estar entregado á un gran negocio de arbitraje. El marqués de Bohain, superior á las vicisitudes de la suerte, paseaba tranquilamente su cabeza pálida y aristocrática, seguro de ganar de todos modos, habiendo dado á Jacoby orden de comprar tanto Universal como había encargado á Mazaud vender. Y Saccard, asediado por la muchedumbre de los otros, los creyentes, los cándidos, mostróse especialmente amable y tranquilizador con Sedille y Maugendre, que, con los labios temblorosos y los ojos humedecidos y suplicantes, venteaban la esperanza del triunfo. Estrechóles vigorosamente la mano, poniendo en el apretón

la absoluta promesa de vencer. Y luego, como hombre constantemente dichoso, al abrigo de todo peligro, se lamentó de una pequeñez.

—Estoy afligido. Con estos grandes fríos, han dejado olvidada en mi patio una maceta de camelias, y se han perdido.

La frase corrió, apiadábanse de las camelias. ¡Qué hombre, aquel Saccard, siempre confiado é impasible, el rostro siempre sonriente, sin que se pudiera saber si esto no era más que una máscara para ocultar las atroces preocupaciones que habrían torturado á cualquier otro!

—¡Qué valiente!—murmuró Jantrou al oído de Massias, que llegaba otra vez.

Precisamente en aquel momento, Saccard llamaba á Jantrou, invadido por un recuerdo en aquel supremo instante, acordándose de la tarde en que con este mismo había visto el cupé de la baronesa Sardoff, parado en la calle Brongniart. ¿Estaría también allí, aquel día de crisis? ¿Acaso el cochero, en lo alto del pescante, estaría inmóvil como una piedra bajo la lluvia que caía, mientras la baronesa, detrás de los cristales subidos, esperaba los precios?

—Seguramente, allí está—respondió Jantrou á media voz—y con vos de todo corazón, decidida á no retroceder un paso... Todos estamos aquí, firmes en nuestro puesto.

Saccard quedó contento de aquella fidelidad, aunque dudaba de su desinterés. Por otra parte, en la ceguera de su fiebre, creía aún marchar

á la conquista, con todo su pueblo de accionistas detrás de sí, aquel pueblo de altos y de humildes, seducido, fanatizado, las grandes damas mezcladas con las criadas, en un mismo impulso de fe.

Al fin sonó el repique de la campana, pasando como un toque de rebato sobre la ola alborotada de las cabezas. Y Mazaud, que daba órdenes á Flory, volvió vivamente hacia el *parquet*, mientras que el joven empleado se precipitaba al telégrafo, muy intranquilo por sí mismo; porque, en pérdidas hacía algún tiempo, obstinándose en seguir la fortuna del Universal, arriesgaba aquel día un golpe decisivo, fiado en la noticia de la intervención de Daigremont, sorprendida en la agencia, detrás de una puerta. El *parquet* estaba tan lleno de ansiedad como la sala, los agentes sentían muy bien, después de la última liquidación, temblar el suelo bajo sus plantas, en medio de síntomas tan graves, que su experiencia se alarmaba. Habían ocurrido ya derrumbamientos parciales; el mercado estenuado, excesivamente cargado, se agrietaba por todas partes. ¿Iba á producirse uno de esos grandes cataclismos, que con seguridad vienen cada diez ó quince años, unas de esas crisis mortales del juego en estado de fiebre aguda, que diézmala la Bolsa y la barre con un viento de muerte? En la renta, en el contado, los gritos parecían ahogarse, el atropellamiento se hacía más rudo, dominado por las altas siluetas negras de los *cotizadores*, que esperaban

con la pluma entre los dedos. E, inmediatamente, Mazaud, que apretaba con las manos la barandilla de terciopelo rojo, oyó á Jacoby gritar desde el otro lado del canastillo, con su voz profunda:

—Tengo Universal..... A 2.800, tengo Universal.....

Era el último precio del Bolsín de la víspera, y, para contener en seguida la baja, creyó prudente tomar á este precio. Alzóse su voz aguda y dominó á las demás:

—A 2.800, tomo Universal..... Enviad trescientos.

De este modo quedó fijado el primer precio. Pero le fué imposible mantenerlo. Las ofertas afluían de todas partes. Luchó desesperadamente durante una media hora, sin otro resultado que moderar la caída. Sorprendiale no ser sostenido por el *corro*. ¿Qué hacía, pues, Nathansohn, de quien esperaba órdenes de compra? Sólo más tarde supo la diestra táctica de éste, que, mientras compraba para Saccard, vendía por su propia cuenta, advertido de la verdadera situación por su olfato de judío. Massias, muy comprometido él mismo como comprador, acudió, sofocado, á comunicar la derrota del *corro* á Mazaud, que perdió la cabeza y quemó sus últimos cartuchos, soltando de un golpe las órdenes que se reservaba para ir escalonándolas hasta la llegada de los refuerzos. Esto hizo subir un poco los precios: de 2.500, llegaron á 2.650, enloqueci-

dos, con los saltos bruscos de los días de tempestad; y, todavía por un instante, tuvieron esperanza sin límites Mazaud, Saccard, y todos los que estaban en el secreto del plan de batalla. Puesto que subía ya ahora, la jornada estaba ganada, la victoria sería fulminante cuando desembocara la reserva sobre el flanco de los bajistas y cambiara su retroceso en espantosa derrota. Prodióse un movimiento de profunda alegría: Sedille y Mangendre habrían besado las manos á Saccard, Kolb se acercó, mientras que Jantrou desaparecía corriendo á llevar en el mismo momento la buena noticia á la baronesa Sandorff. Y vióse entonces al pequeño Flory, radiante, buscar por todas partes á Sabatani, que le servía ahora de intermediario, para darle una nueva orden de compra.

Pero acababan de dar las dos, y Mazaud, que sostenía todo el peso del ataque, flojeaba de nuevo. Aumentaba su sorpresa por el retardo de los refuerzos. Ya era hora; ¿á qué esperaban para sacarlo de la posición insostenible en que iba perdiendo las fuerzas? Aunque por dignidad profesional mostraba un rostro impasible, sentía que le subía á las mejillas un gran frío, y temía palidecer. Jacoby seguía lanzándole, por paquetes metódicos, sus ofertas, que él dejaba de aceptar. Y ya no era á éste á quien miraba, sino á Delarocque, el agente de Daigremont, cuyo silencio no comprendía. Grueso y rechoncho, con su barba roja, el aire satisfecho y sonriente al

recuerdo de una cena de la víspera, éste seguía tranquilo, en su inexplicable espera. ¿Es que no iba á recoger todas aquellas ofertas, á salvarlo todo, con las órdenes de compra de que debían estar llenas las tarjetas que tenía en la mano?

De pronto, con su voz gutural, ligeramente enronquecida, Delarocque se lanzó á la lucha.

—Tengo Universal..... Tengo Universal.....

Y, en pocos minutos, ofreció por muchos millones. Algunas voces le contestaban. Los precios se venían abajo.

—Tengo á 2.400..... Tengo á 2.300..... ¿Cuánto?... Quinientos, seiscientos..... ¡Enviad!

¿Pero qué es lo que aquel hombre decía? ¿Qué pasaba? En vez de los esperados socorros, era un nuevo ejército enemigo lo que salía de los bosques vecinos. Como en Waterloo, Grouchy no llegaba, y la traición acababa la derrota. Ante aquellas masas compactas y frescas de vendedores, que acudían á paso de carga, prodújose un pánico espantoso.

En aquel segundo, Mazaud sintió pasar la muerte sobre su cabeza. Había reportado á Saccard por sumas demasiado considerables, y vió claramente que el Universal lo aplastaba al hundirse. Pero su simpático rostro moreno, de fino bigote, permaneció impenetrable y bravo. Compró todavía, agotó las órdenes que había recibido con su voz cantante de joven gallo, aguda como en la victoria. Y, enfrente de él, sus adversarios, Jacoby mugidor, Delarocque apoplético

á pesar de su esfuerzo por aparecer indiferentes, mostraban más inquietud, porque lo veían en gran peligro, y ¿les pagaría, si saltaba? Sus manos apretaban el terciopelo de la barandilla, sus voces seguían gritando, como mecánicamente, por hábito de oficio, mientras que, en sus miradas fijas, cambiábase toda la horrible angustia del drama del dinero.

Entonces, durante la última media hora, aquello fué la catástrofe, la derrota agravándose y arrastrando á la multitud en un desenfadado galope. Después de la extrema confianza, del ciego apasionamiento, llegaba la reacción del miedo, y todos se atropellaban por vender, si todavía era tiempo. Un chaparrón de órdenes de venta cayó sobre el *parquet*, no se veía más que llover tarjetas; y aquellos paquetes de títulos, lanzados así sin prudencia, aceleraban la baja, un verdadero derrumbamiento. Los precios, de caída en caída, bajaron á 1 500, á 1.200, á 900. Ya no había compradores, la llanura estaba cubierta de cadáveres. Por encima del sombrío hormigueo de las levitas, los tres *cotizadores* parecían ser escribanos mortuorios, que registraban defunciones. Por un efecto singular del viento de desastre que atravesaba la sala, la agitación se había fijado allí, allí moría el estrépito, como en el estupor de una gran catástrofe. Reinó un silencio espantoso, cuando, después del toque de clausura, fué conocido el último precio: 830 francos. Y la lluvia tenaz seguía chorreando por

los cristales del techo, que ya no dejaban filtrar más que un débil crepúsculo; la sala se había convertido en una cloaca, bajo el gotear de los paraguas y el patear de la multitud; un suelo fangoso de cuadra mal cuidada, cubierto de toda clase de papeles desgarrados; mientras que, en el *parquet*, veíase la mezcla de las tarjetas, las verdes, las rojas, las azules, echadas á puñados, y tan abundantes aquel día, que desbordaban del gran canastillo.

Mazaud volvió al despacho de los agentes de cambio, al mismo tiempo que Jacoby y Delarocque. Se aproximó al *buffet*, se bebió un vaso de cerveza, devorado por una sed ardiente, y miraba la inmensa pieza, con su guardarropa, su larga mesa central rodeada por los sillones de los sesenta agentes, sus cortinas de terciopelo rojo, todo su lujo sin carácter y pasado que la hacía asemejarse á una sala de espera de primera clase, en una gran estación; y la miraba con el aire asombrado de un hombre que no la hubiera visto nunca. Luego al irse, sin hablar una palabra, estrechó las manos de Jacoby y de Delarocque, con el apretón acostumbrado, palideciendo los tres, bajo su correcta actitud de todos los días. Había dicho á Flory que le esperase á la puerta; y allí lo encontró en compañía de Gustavo, el cual había dejado definitivamente la agencia hacia una semana, y que había ido como simple curioso, siempre sonriente, llevando una vida divertida, sin preguntarse si su padre

podría aún pagar sus deudas; mientras que Flory, pálido, con bromillas sin gracia, se esforzaba por hablar, bajo la terrible pérdida de un centenar de miles de francos que acababa de sufrir, y no sabiendo siquiera donde encontrar un céntimo. Mazaud y su empleado desaparecieron en medio de la lluvia.

En la sala, el pánico se había desencadenado alrededor de Saccard sobre todo, allí era donde la guerra había hecho sus estragos. Sin comprender en el primer momento, había éste asistido á aquella derrota, haciendo frente al peligro. ¿Por qué todo aquel ruido? ¿No era que llegaban las tropas de Daigremont? Después, cuando oyó que los precios se derrumbaban, sin explicarse de ningún modo la causa del desastre, se irguió para morir en pie. Desde el suelo subía á su cráneo un frío de hielo, tenía la sensación de lo irreparable, aquello era su derrota para siempre; y en su dolor no entraban para nada el sentimiento bajo del dinero, la cólera de los goces perdidos; no sentía más que su humillación de vencido, la victoria de Gundermann, brillante, definitiva, que consolidaba una vez más la omnipotencia de este rey del oro. En aquel momento estuvo verdaderamente soberbio, toda su personilla desafiaba al destino, sin parpadear, alta la cara, solo contra la ola de desesperación y de rencor que veía ya subir en contra suya. La sala entera hervía, se desbordaba hacia su pilar, apretábanse los puños,

las bocas balbuceaban malas palabras; y él conservaba en los labios una sonrisa inconsciente que se podía tomar por una provocación.

En primer término, en medio de una especie de niebla, vió á Maugendre, pálido como un muerto, á quien el capitán Chave se llevaba del brazo, diciéndole que bien se lo había pronosticado, con una crueldad de jugador infimo, contento al ver destrozados á los grandes jugadores. Después vió á Sedille, contraído el rostro, con el aspecto loco del comerciante cuya casa se derrumba, que fué á darle un apretón de manos vacilante, como hombre bonachón, y como para decirle que no lo odiaba. Al primer crujido, había desaparecido el marqués de Bohain, pasándose al ejército triunfante de los bajistas, diciendo á Kolb, el cual también se hacía prudentemente á un lado, que aquel Saccard le inspiraba muchas dudas desde la última junta general. Jantrou, trastornado, se había eclipsado de nuevo, corriendo á llevar el último precio á la baronesa Sandorff, que iba seguramente á tener un ataque de nervios, en su cupé, como le sucedía los días de gran pérdida. Y allí estaban todavía, enfrente de Salmon siempre mudo y enigmático, el bajista Moser y el alcista Pillerault, éste provocativo, con aspecto fiero, á pesar de su ruina; el otro, que ganaba una fortuna, amargándose la victoria con lejanas inquietudes.

—Ya veréis cómo esta primavera tenemos la

guerra con la Alemania. Todo esto huele mal, y Bismarck nos acecha.

—¡Eh, dejadme en paz! Todavía esta vez, he cometido la tontería de reflexionar demasiado.... ¡Tanto peor! Esto pasará y todo irá bien.

Hasta entonces no había flojeado Saccard. Pero el nombre de Fayeux, aquel recaudador de rentas de Vendome, con quien se encontraba en relaciones, por toda una clientela de pequeños accionistas, acababa de producirle malestar, haciéndole pensar en la enorme masa de los pequeños, de los capitalistas miserables que iban á ser aplastados bajo los escombros del Universal. Y, de pronto, la vista de Dejoie, lívido, descompuesto, hizo más agudo aquel malestar, personificando todas las humildes y lamentables ruinas en aquel pobre hombre á quien conocía. Al mismo tiempo, por una especie de alucinación, evocáronse los pálidos, los desolados rostros de la condesa de Beauvilliers y de su hija, que lo miraban enloquecidas con sus ojos desmesuradamente abiertos, llenos de lágrimas. Y, en aquel momento, Saccard, aquel corsario de corazón curtido por veinte años de brigandaje, cuyo orgullo era no haber sentido nunca en el sus piernas, no haberse sentado nunca en el banco que había allí, contra el pilar, Saccard experimentó un desfallecimiento y tuvo que dejarse caer en aquel, un instante. La aglomeración seguía refluendo y amenazaba ahogarlo. Necesitando aire, alzó la cabeza, y en seguida se

puso en pie al reconocer arriba, en la galería del telégrafo, inclinada sobre la sala, á la Mechain que dominaba con su enorme persona el campo de batalla. Su viejo saco de cuero negro, estaba apoyado al lado suyo sobre la baranda de piedra. Esperando amontonar en él las acciones depreciadas, acechaba los muertos como cuervo voraz que seguía á los ejércitos financieros, hasta el día de la matanza.

Entonces Saccard, con paso firme, se fué. Parecíale vacío todo su ser; pero, por un extraordinario esfuerzo de voluntad, andaba sólido y erguido. Sólo sus sentidos se habían como enervado, no sentía el suelo, creía andar sobre una alfombra de espesa lana. Del mismo modo, una bruma anegaba sus ojos, un clamor hacía zumbar sus oídos. Mientras que salía de la Bolsa y bajaba la escalinata, no reconocía á las gentes, no miraba más que fantasmas flotantes que lo rodeaban, formas vagas, sonidos confusos. ¿No había visto pasar la caraza gesticulante de Busch? ¿No se había parado un momento para hablar con Nathansohn, muy contento, y cuya voz debilitada le parecía venir de lejos? ¿No lo acompañaban Sabatani y Massias, en medio de la consternación general? Volvíase á ver en el centro de un grupo numeroso, en el que acaso estaban todavía Sedille y Maugendre, toda clase de figuras que se borraban, se transformaban. Y cuando iba á alejarse, á perderse en la lluvia, en el fango líquido en que París estaba sumergido, repi-

tió con voz aguda á todo aquel mundo fantástico, poniendo su última gloria en mostrar su despreocupación:

—¡Ah, qué disgustado me tiene esa maceta de camelias que han dejado olvidada en mi patio, y que ha muerto de frío!

contener el alza, ¿no había debido hacer otra
otra cosa, prevenir á las gentes, obrar, en una
palabra? En su adoración por su hermano, su co-
razón sangraba al verlo comprometido de aquel
modo, en medio de sus grandes trabajos trastor-
nados, de toda la obra de su vida vuelta á po-
ner en tela de juicio; y sufría tanto más, cuanto
que no se sentía ya libre de juzgar á Saccard: ¿no
lo había amado? ¿no era suya con aquel lazo se-
creto de que se avergonzaba más ahora? Colo-
cada así entre aquellos dos hombres, sentíase
desgarrada por un combate interior. El día de la
catástrofe había abrumado á Saccard con un gran
arranque de franqueza, desahogando su corazón
de los reproches y temores que había ido amon-
tonando en él desde hacia mucho tiempo. Luego,
al verlo sonreír, tenaz, invicto á pesar de todo,
al pensar en la fuerza que necesitaba para que-
dar en pie, se había dicho que ella no tenía de-
recho, después de haberse mostrado débil con él,
para rematarlo, para herirlo, ahora que estaba
en tierra. Y refugiada en el silencio, mostrando
sólo el reproche de su actitud, no quería ser más
que un testigo.

XI

Carolina, espantada, telegrafió aquella misma tarde á su hermano, que estaba en Roma para una semana todavía; y tres días después llegaba Hamelin á París, acudiendo al peligro.

La explicación entre Saccard y el ingeniero fué violenta, en la calle de San Lázaro, en aquella sala de los planos, donde, en otro tiempo, el negocio había sido tan discutido y resuelto con tanto entusiasmo. Durante los tres días había seguido agravándose la catástrofe en la Bolsa; las acciones del Universal bajaron, golpe á golpe, á menos de la par, á cuatrocientos treinta francos; y la baja continuaba, el edificio crujía y se derrumbaba de hora en hora.

Carolina escuchó silenciosa, evitando intervenir. Estaba llena de remordimientos, porque se acusaba de complicidad, puesto que ella había sido quien, después de haberse prometido velar, había dejado hacer todo. En vez de contentarse con vender sus títulos simplemente, á fin de

contener el alza, ¿no había debido hacer otra
otra cosa, prevenir á las gentes, obrar, en una
palabra? En su adoración por su hermano, su co-
razón sangraba al verlo comprometido de aquel
modo, en medio de sus grandes trabajos trastor-
nados, de toda la obra de su vida vuelta á po-
ner en tela de juicio; y sufría tanto más, cuanto
que no se sentía ya libre de juzgar á Saccard: ¿no
lo había amado? ¿no era suya con aquel lazo se-
creto de que se avergonzaba más ahora? Colo-
cada así entre aquellos dos hombres, sentíase
desgarrada por un combate interior. El día de la
catástrofe había abrumado á Saccard con un gran
arranque de franqueza, desahogando su corazón
de los reproches y temores que había ido amon-
tonando en él desde hacia mucho tiempo. Luego,
al verlo sonreír, tenaz, invicto á pesar de todo,
al pensar en la fuerza que necesitaba para que-
dar en pie, se había dicho que ella no tenía de-
recho, después de haberse mostrado débil con él,
para rematarlo, para herirlo, ahora que estaba
en tierra. Y refugiada en el silencio, mostrando
sólo el reproche de su actitud, no quería ser más
que un testigo.

Pero Hamelin, aquella vez, se arrebatada, él, tan conciliador de ordinario, tan sin interés por todo lo que no era sus trabajos. Atacó el juego con extrema violencia: el Universal sucumbía á la locura del juego, á una crisis de absoluta demencia. Sin duda que él no era de los que pretendían que un Banco puede dejar que caigan sus

títulos, como una Compañía de caminos de hierro, por ejemplo: la Compañía de caminos de hierro tiene su inmenso material, que hace sus ingresos; mientras que el verdadero material de un Banco es su crédito, y agoniza así que su crédito vacila. Pero en esto había una cuestión de medida. Si era necesario y aun prudente mantener el precio de dos mil francos, era insensato y completamente criminal empujarlo, querer imponerlo á tres mil y más. Desde su llegada había exigido la verdad, toda la verdad. Ya no se le podía mentir ahora, decirle, como había tolerado que se declarase en su presencia, ante la última junta, que la sociedad no poseía ni una de sus acciones. Allí estaban los libros, y descubría fácilmente en ellos las mentiras. Así, respecto á la cuenta Sabatani, sabía que este testaferro ocultaba las operaciones hechas por la sociedad; y podía seguir allí, mes por mes, durante dos años, la fiebre creciente de Saccard, tímido al principio, comprando con prudencia, lanzado después á compras cada vez más considerables, hasta llegar á la enorme cifra de veintisiete mil acciones, que habían costado cerca de cuarenta y ocho millones. ¿No era un disparate, de una impudente locura que parecía ser una burla, aquella cifra de negocios puestos á nombre de un Sabatani? Y aquel Sabatani no era el único, había allí más testaferros, empleados del Banco, hasta administradores, cuyas compras al contado, cargadas á las cuentas corrientes, pasaban de veinte mil accio-

nes, que representaban también cerca de cuarenta y ocho millones. En fin, todo esto no era todavía más que las compras firmes, á las que había que añadir las compras á plazos, realizadas en el curso de la última liquidación de Enero: más de veinte mil acciones, por una suma de sesenta y siete millones, que el Universal tenía que recoger; sin contar, en la Bolsa de Lion, otros diez mil títulos, veinticuatro millones más. Lo que, sumado todo, demostraba que la sociedad tenía en su poder cerca de la cuarta parte de las acciones emitidas por ella, y que había pagado esas acciones con la aterradora suma de doscientos millones. Este era el abismo donde se hundía.

A los ojos de Hamelin habían asomado lágrimas de dolor y de cólera. ¡Y él que acaba de echar tan felizmente en Roma las bases de su gran banco católico, el Tesoro del Santo Sepulcro, que permitiría en los días cercanos de la persecución, instalar regimiento al Papa en Jerusalem, en la gloria legendaria de los santos lugares: un banco destinado á poner el nuevo reino de Palestina al abrigo de las perturbaciones políticas, basando su presupuesto, con la garantía de los recursos del país, sobre toda una serie de emisiones, cuyos títulos se disputarían los cristianos del mundo entero! ¡Y todo esto se venía abajo de un golpe, en aquella imbécil demencia del juego! Había partido dejando un balance admirable, millones á montones, una sociedad

en una prosperidad tan rápida y tan alta, que era el asombro del mundo; y al volver, menos de un mes después, los millones se habían fundido, la sociedad estaba por los suelos, hecha polvo, allí no había más que un agujero oscuro, por donde parecía haber pasado el fuego. Su estupor aumentaba; y exigía violentamente explicaciones, quería comprender qué poder misterioso había lanzado á Saccard á encarnizarse de aquel modo contra el colosal edificio que había levantado, á destruirlo piedra á piedra por un lado, mientras pretendía terminarlo por el otro.

Saccard contestó muy claramente, sin incomodarse. Después de la primeras horas de emoción y de anonadamiento, se había vuelto á encontrar en pie, firme, con su indomable esperanza. La traición había hecho posible la catástrofe, pero nada estaba perdido, él lo levantaría todo. Y, por otra parte, si el Universal había tenido una prosperidad tan rápida y tan grande, ¿no la debía á los medios que se le echaban en cara: la creación del sindicato, los aumentos sucesivos del capital, el balance anticipado del último ejercicio, las acciones conservadas por la sociedad y, más tarde, las acciones compradas en masa, locamente? Todo esto había que tenerlo en cuenta. Si se aceptaba el éxito, había que aceptar también los riesgos. Cuando se caldea demasiado una máquina, es posible que estalle. Por lo demás, no confesaba ninguna falta, había hecho, simplemente con más inteligente franqueza, lo

que hace todo director de banco; y no abandonaba su idea genial, su idea gigantesca, comprar la totalidad de los títulos, abatir á Gundermann. Había faltado dinero, he aquí todo. Ahora había que volver á comenzar. Acababa de ser convocada para el lunes siguiente una junta general extraordinaria, y decía que estaba absolutamente seguro de sus accionistas, que obtendría de ellos los sacrificios indispensables, convencido de que, á una palabra suya, todos traerían su fortuna. Entre tanto, se viviría, gracias á las pequeñas sumas que las otras casas de crédito, los grandes bancos, adelantaban todas las mañanas para las necesidades apremiantes del día, en el temor de un derrumbamiento demasiado brusco, que los habría quebrantado á ellos mismos. Pasada la crisis, todo iba á comenzar otra vez y á resplandecer de nuevo.

—Pero—objetó Hamelin, á quien calmaba ya aquella tranquilidad sonriente—¿no veis en esos socorros proporcionados por nuestros rivales una táctica, una idea de resguardarse al pronto y de hacer luego nuestra caída más profunda, retardándola?.... Lo que me inquieta es ver á Gundermann en esto.

En efecto, Gundermann, uno de los primeros, se había ofrecido para evitar la inmediata declaración de quiebra, con el extraordinario sentido práctico de un hombre que obligado á pegar fuego á la casa del vecino, se apresurase en seguida á llevar cubos de agua, para que no que-

dara destruido el barrio entero. Era superior al rencor, no tenía otra gloria que ser el primer comerciante de dinero del mundo, el más rico y el más listo, habiendo conseguido sacrificar todas sus pasiones al acrecentamiento continuo de su fortuna.

Saccard hizo un gesto de impaciencia, irritado por aquella prueba que el vencedor daba de su prudencia y de su inteligencia.

—¡Oh! Gundermann hace el alma grande, cree que me asesina con su generosidad.

Hubo un momento de silencio, y Carolina, que había permanecido muda, habló al fin.

—Amigo mío, he dejado á mi hermano hablaros como debía hacerlo, en el legítimo dolor que ha experimentado, al saber todas estas deplorables cosas... Pero la situación nuestra me parece clara, y ¿no es verdad? me parece imposible que él se encuentre comprometido, si el asunto tomase mal giro decididamente. Ya sabéis á qué precio he vendido, no se podrá decir que ha empujado el alza, para sacar mayor provecho de sus títulos. Y, por otra parte, si llega la catástrofe, ya sabemos lo que nos toca hacer... Yo no tengo de ningún modo, lo confieso, vuestra obstinada confianza. Pero tenéis razón, hay que luchar hasta el último momento, y no será mi hermano quien os desaliente, estad seguro de ello.

Estaba conmovida, bajo la influencia otra vez de su tolerancia para aquel hombre tan obstinadamente vivaz, no queriendo, sin embargo, mos-

trar esta flaqueza, porque no podía cerrar los ojos sobre la execrable labor que él había hecho, con su pasión ladrona de corsario sin escrúpulos.

—Ciertamente— declaró á su vez Hamelin, cansado y al cabo de resistencia—yo no he de ir á paralizaros, cuando os batís por salvarnos á todos. Contad conmigo si puedo seros útil.

Y, una vez más, en aquel momento supremo, bajo las más espantosas amenazas, Saccard los tranquilizó, los reconquistó, separándose de ellos con estas palabras, llenas de promesas y de misterio:

—Dormid tranquilos... Todavía no puedo hablar, pero tengo la certeza absoluta de ponerlo todo á flote antes del fin de la semana que viene.

Esta frase, que no explicaba, la repitió á todos los amigos de la casa, á todos los clientes que fueron, asustados, aterrados, á pedirle consejo. Hacia tres días que no cesaba el desfile, en la calle de Londres, á través de su despacho. Las Beauvillers, los Maugendre, Sedille, Dejoie, acudieron unos tras otros. Recibíalos muy tranquilo con aire marcial, con palabras vibrantes que les volvían á dar valor; y cuando hablaban de vender, de realizar con pérdida, se incomodaba, les decía que no hicieran una tontería semejante, comprometiéndose por su honor á alcanzar otra vez los precios de 2.000 y hasta de 3.000 francos. A pesar de las faltas cometidas, todos conservaban en él una fe ciega: que se le dejara, que fuera libre de robarles todavía, y él lo desembrolla-

ría todo y acabaría por enriquecerlos á todos, como había jurado. Si no ocurría ningún accidente antes del lunes, si se le daba tiempo de reunir la junta general extraordinaria, nadie dudaba de que sacaría el Universal sano y salvo de entre los escombros.

Saccard había pensado en su hermano Rougon: este era el socorro todopoderoso de que hablaba, sin querer explicarse más. Habiéndose encontrado cara á cara con Daigremont, el traidor, le había dirigido amargos reproches, y no había obtenido más que esta respuesta: «Pero, querido, no he sido yo quien os ha abandonado, ha sido vuestro hermano!» Evidentemente, aquel hombre estaba en su derecho: no había entrado en el negocio más que á condición de que Rougon estuviera en él, se le había prometido Rougon formalmente, y nada de extraño había en que se retirase desde el momento en que el ministro, lejos de estar allí, vivía en guerra con el Universal y su director. Esta era al menos una excusa sin réplica. Muy impresionado, Saccard acababa de comprender su inmensa falta, aquella riña con su hermano que era el único que podía defenderlo, hacerlo sagrado hasta el punto de que nadie se atrevería á acabar su ruina desde el momento en que supiera que detrás de él estaba el grande hombre. Y fué, para su orgullo, una de las horas más amargas aquella en que se decidió á suplicar al diputado Huret que interviniese en su favor. Por lo demás, guarda-

ba una actitud de amenaza, seguía rehusando desaparecer, exigía como cosa debida el apoyo de Rougon, que tenía más interés que él en evitar el escándalo. Al día siguiente, cuando esperaba la prometida visita de Huret, recibió sencillamente una carta en la que, en términos vagos, se le decía que no se impacientase y que contase con una buena salida, si no se oponían las circunstancias, más tarde. Dióse por satisfecho con aquellas pocas líneas, que miró como una promesa de neutralidad.

Pero la verdad era que Rougon acababa de tomar el enérgico partido de concluir con aquel miembro gangrenado de la familia, que, hacía años, lo inquietaba con eternos temores de accidentes sucios, y el cual prefería en fin amputar violentamente. Si llegaba la catástrofe, estaba decidido á dejar correr las cosas. Puesto que jamás obtendría de Saccard su destierro ¿no era lo más sencillo obligarlo á expatriarse él mismo, facilitándole la huida, después de una buena condena? Un escándalo brusco, un escobazo, y todo habría acabado. Por otra parte, la situación del ministro se hacía difícil desde que había declarado en el Cuerpo legislativo, en un arranque de memorable elocuencia, que jamás la Francia dejaría á la Italia apoderarse de Roma. Muy aplaudido por los católicos, muy atacado por el tercer estado cada día más poderoso, veía llegar el instante en que éste último, ayudado por los bonapartistas liberales, le haría saltar

del poder, como no le diera también una prenda. Y la prenda, si las circunstancias lo querían, iba á ser el abandono de aquel Universal, patrocinado por Roma, convertido en una fuerza inquietante. Lo que, al fin, había acabado de decidirlo, había sido una comunicación secreta de su colega de Hacienda que, á punto de contratar un empréstito, había encontrado á Gundermann y á todos los banqueros judíos muy reservados, dando á entender que rehusarían sus capitales en tanto que el mercado siguiera inseguro para ellos, entregado á las aventuras. Gundermann triunfaba. ¡Antes los judíos, con su soberanía aceptada del oro, que los católicos ultramontanos dueños del mundo, si se hacían los reyes de la Bolsa!

Se contó más tarde que el ministro de Justicia Delcambre, encarnizado en su rencor contra Saccard, habiendo explorado á Rougon acerca de la conducta que habría que seguir respecto de su hermano, en el caso en que la justicia tuviera que intervenir, había recibido sencillamente, como contestación, este grito del alma: «¡Ah, que me desembarace de él, y le deberé un hermoso cirio!» Desde entonces, desde el momento en que Rougon lo abandonaba, Saccard estaba perdido. Delcambre, que lo acechaba desde su llegada al poder, lo tenía al fin en la orilla del Código, al borde mismo de la vasta red judicial, no faltándole más que el pretexto para lanzar sus gendarmes y sus jueces.

Una mañana, Busch, furioso por no haber obrado todavía, se dirigió al palacio de justicia. Si no se apresuraba, ya no sacaría nunca á Saccard los cuatro mil francos debidos á la Mechain, de la famosa cuenta de gastos por el pequeño Víctor. Su plan era simplemente promover un abominable escándalo, acusándolo de haber secuestrado un niño, lo que le permitiría exponer los detalles inmundos de la violación de la madre y el abandono del pequeño. Un proceso así, contra el director del Universal, en la emoción producida por la crisis que atravesaba este banco, conmovería ciertamente á todo París; y Busch todavía esperaba que Saccard pagaría á la primera amenaza. Pero el fiscal que se encontró, encargado de recibirlo, un propio sobrino de Delcambre, escuchó su historia con aire de impaciencia y de fastidio: ¡no, no! nada serio se podía hacer con semejantes chismes, aquello no caía bajo la acción de ningún artículo del Código. Desconcertado, Busch se arrebataba, hablaba de su larga paciencia, cuando el magistrado le interrumpió bruscamente al oírle decir que había llevado su candidez, respecto de Saccard, hasta colocar fondos en cuenta corriente en el Universal. ¡Cómo! ¡Tenía fondos comprometidos en la ruina segura de aquella casa y no obraba! Nada había más sencillo, no tenía más que presentar una demanda por estafa, porque la justicia se encontraba desde aquel momento advertida de maniobras fraudulentas que iban á producir la

bancarrota. Este era el golpe terrible que dar, no la otra historia, el melodrama de una mujercilla muerta de una borrachera y de un chiquillo criado en medio del arroyo. Busch escuchaba con la cara atenta y seria, lanzado por aquella nueva vía, arrastrado á un acto que no había ido á realizar, y del que adivinaba las decisivas consecuencias: Saccard preso, el Universal herido de muerte. Sólo el miedo de perder su dinero lo habría decidido inmediatamente. No pedía, por otra parte, más que desastres para pescar en río revuelto. Sin embargo, vacilaba, decía que reflexionaría, que volvería; y fué preciso que el fiscal le pusiera la pluma en la mano y le hiciera escribir en su mismo despacho, en su mesa, la demanda por estafa, que, inmediatamente después de despedir á Busch, llevó, ardiendo en celo, á su tío el ministro de Justicia. El asunto estaba entablado.

El día siguiente, en la calle de Londres, en el domicilio de la sociedad, tuvo Saccard una larga entrevista con los comisarios censores y con el administrador judicial, para convenir el balance que deseaba presentar á la junta general. A pesar de las sumas prestadas por los otros establecimientos financieros, había sido necesario cerrar las rejillas, suspender los pagos, ante las crecientes demandas. Aquel banco que, un mes antes, poseía cerca de doscientos millones en sus cajas, no había podido reembolsar á su clientela enloquecida más que unos pocos centenares de

miles de francos. Un fallo del tribunal de comercio había declarado de oficio la quiebra, á consecuencia de un informe sumario, redactado la vispera, por un perito encargado de examinar los libros. A pesar de todo, Saccard, inconsciente, aún prometía salvar la situación, con una ceguedad de espíritu, una obstinación de valentía extraordinarias. Y, precisamente aquel día, esperaba la respuesta de la junta de los agentes de cambio para la fijación de un precio de compensación, cuando entró el ujier á decirle que tres señores lo esperaban en el salón vecino. Aquello era acaso la salvación, se dirigió á allá muy alegre, y se encontró con un comisario de policía, acompañado de dos agentes, que procedió á su detención inmediata. El mandamiento había sido expedido en vista del informe del perito, que denunciaba irregularidades de escrituras, y particularmente en vista de la demanda por abuso de confianza de Busch, que pretendía que fondos confiados por él para ser consignados en cuenta corriente, habían recibido otro empleo. A la misma hora detenían igualmente á Hamelin, en su domicilio, calle de San Lázaro. Esto sí que era ya el fin, como si todos los odios, todas las desdichas también, se hubieran encarnizado. La junta general extraordinaria no podía ya reunirse; el Banco Universal había muerto.

Carolina no estaba en su casa, en el momento de la detención de su hermano, el cual no pudo más que dejarle algunas líneas escritas apresu-

radamente. Cuando volvió, se quedó estupefacta. Jamás había creído que se pensara ni por un momento en perseguirlo, de tal modo le parecía puro de todo tráfico sucio, libre de toda sospecha, por sus largas ausencias. Desde el día siguiente de la quiebra, el hermano y la hermana se habían despojado de todo lo que poseían en favor del activo, queriendo salir desnudos de aquella aventura, como desnudos habían entrado en ella; y la suma era fuerte, cerca de ocho millones, en los cuales se encontraban tragados los trescientos mil francos que habían heredado de una tía. Inmediatamente se lanzó á dar pasos, á solicitar, no vivió más que para mejorar la suerte y preparar la defensa de su pobre Jorge, acometida otra vez de crisis de lágrimas, á pesar de su valentía, cada vez que se lo representaba inocente y en la prisión, salpicado de aquel horrible escándalo, la vida devastada, manchado para siempre. ¡El tan dulce, tan débil, de una devoción de niño, de una ignorancia de «pedazo de tonto,» como ella le llamaba, fuera de sus trabajos técnicos! Y, al pronto se había irritado contra Saccard, la única causa del desastre, el obrero de su desgracia, cuya labor execrable reconstituía y juzgaba ahora con claridad, desde los comienzos, cuando él le daba broma tan alegremente por sus lecturas del Código, hasta aquellos días del fin, en los que, en las severidades del fracaso, debían pagarse todas las irregularidades que ella había previsto y dejado cometer. Después,

torturada por el remordimiento de complicidad que la acometía á menudo, se había callado, evitaba ocuparse abiertamente de él, dispuesta á obrar como si no existiese. Cuando tenía que pronunciar su nombre, parecía que hablaba de un extraño, de una parte contraria cuyos intereses eran diferentes de los suyos. Ella, que visitaba casi diariamente á su hermano en la Conserjería, ni siquiera había solicitado una autorización para ir á ver á Saccard. Y estaba muy animosa, seguía viviendo en su habitación de la calle de San Lázaro, recibiendo á todos los que se presentaban, aun los que llegaban con la injuria en la boca, transformada así en una mujer de negocios resuelta á salvar todo lo que pudiera de su honradez y de su felicidad.

Durante los largos días que pasaba de aquel modo, arriba, en aquel despacho de los planos, donde había vivido tan hermosas horas de trabajo y de esperanza, un espectáculo sobre todo la afligía. Cuando se acercaba á una ventana y echaba una mirada al hotel vecino, no podía ver allí sin que se le oprimiera el corazón, detrás de los cristales de la estrecha pieza donde las dos pobres mujeres se encontraban, los pálidos perfiles de la condesa de Beauvilliers y de su hija Alicia. Eran muy templados aquellos días de Febrero, y solía verlas también con frecuencia andando á pasos lentos, con la cabeza baja, á lo largo de las calles del musgoso jardín, solado por el invierno. El hundimiento había sido es-

pantoso en aquellas dos existencias. Las desgraciadas que, quince días antes, poseían un millón ochocientos mil francos con sus seiscientas acciones, no habrían sacado más que diez y ocho mil, hoy que los títulos habían caído de tres mil francos á treinta. Y su fortuna entera se había fundido, había sido arrastrada por la catástrofe: los veinte mil francos de la dote, ahorrados tan penosamente por la condesa, los setenta mil tomados á préstamo, al principio, sobre la quinta de las Aublets, las Aublets misma vendida después en doscientos cuarenta mil francos, cuando valía cuatrocientos mil. ¿Qué iba á ser de ellas, ahora que las hipotecas que el hotel tenía sobre sí se comían ya ocho mil francos por año, y que no habían podido reducir jamás el gasto de la casa á menos de siete mil, á pesar de su roñería, de los milagros de economía sórdida que realizaban para salvar las apariencias y conservar su rango? Aun vendiendo sus acciones, ¿cómo vivir en adelante, cómo hacer frente á todas las necesidades, con aquellos diez y ocho mil francos, último resto del naufragio? Imponíase una necesidad, que la condesa no había querido todavía afrontar resueltamente: dejar el hotel, abandonarlo á los acreedores hipotecarios, puesto que se hacía imposible pagar los intereses, no esperar á que aquellos lo hiciesen poner en venta, retirarse en seguida al fondo de algún pequeño cuarto, para vivir en él una vida estrecha y desconocida, hasta el último pedazo de pan. Pero

si la condesa resistía, es porque esto era como un desgajamiento de toda su vida, la muerte misma de lo que ella había creído ser, el hundimiento del edificio de su raza que, hacia años, sostenía con sus manos temblorosas, con heroica obstinación. Los Beauvilliers en una habitación alquilada, no teniendo ya el techo de los antecesores, viviendo en casa de otros, en la miseria confesada de los vencidos: esto era, verdaderamente, para morir de vergüenza. Y seguía luchando.

Una mañana, Carolina vió á aquellas señoras, bajo el cobertizo del jardín, lavando su ropa. La vieja cocinera, casi impotente, ya no les servía de gran ayuda; durante los últimos fríos habían tenido que cuidarla; y lo mismo pasaba con el marido, á la vez portero, cochero y ayuda de cámara, que con gran trabajo podía barrer la casa y cuidar el viejo caballo, cojo y lleno de achaques como él. También se habían puesto resueltamente á las faenas de la casa, la hija dejando alguna vez sus acuarelas para hacer las pobres sopas con que vivían mezquinamente las cuatro personas, la madre sacudiendo los muebles, componiendo los vestidos y el calzado, con la idea de ínfima economía de que se gastaban menos los plumeros, las agujas y el hilo desde que era ella quien los usaba. Pero así que llegaba una visita, había que verlas á las dos escapar, tirar el delantal, lavarse de prisa y corriendo y reaparecer como amas de casa, de manos blan-

cas y ociosas. En la calle el tren no había cambiado, el honor estaba á salvo: el cupé salía siempre enganchado correctamente, llevando á la condesa y á su hija á sus visitas; las comidas quincenales seguían reuniendo á los convidados de todos los inviernos, sin que hubiera un plato de menos en la mesa, ni una bujía en los candelabros. Era necesario dominar el jardín como Carolina, para saber con qué terribles días siguientes de ayuno era pagada toda aquella decoración, aquella fachada engañadora de una fortuna desaparecida. Cuando las veía en el fondo de aquel húmedo pozo, ahogado entre las casas vecinas, paseando su mortal melancolía bajo los verdosos esqueletos de los árboles centenarios, sentíase poseída de una inmensa piedad, y se apartaba de la ventana con el corazón desgarrado por los remordimientos, como si hubiera sido cómplice de Saccard, en aquella miseria.

Después, otra mañana, Carolina sintió una tristeza más directa, más dolorosa todavía. Se le anunció la visita de Dejoie y quiso valerosamente recibirlo.

—¿Qué hay, mi pobre Dejoie?...

Pero se defuvo, asustada, al ver la palidez del antiguo mozo de escritorio. Los ojos parecían muertos en su faz descompuesta, y él, muy alto, se había empequeñecido, encorvándose.

—Vamos, no hay que dejarse abatir, todavía creó que no se perderá todo ese dinero.

Entonces él habló con una voz lenta.

—¡Oh! señora, no se trata de eso.... Sin duda que en el primer momento he recibido un rudo golpe, porque me había acostumbrado á creer que éramos ricos. Cuando se gana, esto se sube á la cabeza y se pone uno como si hubiera bebido.... ¡Dios mío! yo estaba ya resignado á volver á trabajar, y hubiera trabajado tanto que habría conseguido reunir otra vez la suma.... Pero, no sabéis....

Gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas.

—No sabéis.... Se ha marchado.

—¿Marchado? ¿Pero quién?—preguntó Carolina sorprendida.

—Natalia, mi hija.... Su matrimonio se había deshecho; se puso furiosa cuando el padre de Teodoro llegó á decirnos que su hijo había esperado demasiado y que iba á casarse con la hija de una mercera, que aportaba cerca de ocho mil francos. La verdad, comprendo que se irritase á la idea de quedarse sin un céntimo y de seguir soltera.... ¡Pero yo la amaba tanto! Todavía el último invierno, me levantaba por las noches para arreglar las ropas de su cama. Y me pasaba sin tabaco para que ella pudiera tener sombreros más bonitos, y yo era su verdadera madre, yo la había criado, yo no vivía más que del placer de verla, en nuestro cuartito.

Las lágrimas lo ahogaban, sollozaba.

—Pero la culpa la tiene mi ambición.... Si yo hubiera vendido así que mis ocho acciones

me daban los seis mil francos de la dote, ella estaría casada á esta hora. Pero ¿no es verdad? eso seguía subiendo y he pensado en mí, he querido primero seiscientos, después ochocientos, luego mil francos de renta; ¡tanto más cuanto que la pequeña habría heredado ese dinero, más tarde...! Y decir que, un momento, al precio de tres mil, he tenido en la mano ochenta mil francos, con qué constituirla su dote de seis mil y retirarme yo con nuevecientos francos de renta! ¡No, yo quería mil! ¡Qué tontería! Y ahora eso no representa ni siquiera doscientos francos...! ¡Ah, yo tengo la culpa, mejor habría hecho en tirarme al río!

Carolina muy conmovida por su dolor, lo dejaba desahogarse. Sin embargo, habría querido saber más.

—¿Se ha marchado, mi pobre Dejoie! ¿Y cómo se ha marchado?

Entonces, él experimentó algún embarazo, mientras que un débil rubor subía á su faz descolorida.

—Sí, se ha marchado, ha desaparecido hace tres días... Había hecho el conocimiento de un caballero que vivía enfrente de nosotros, ¡oh! un caballero muy elegante, un hombre de cuarenta años... En fin, se ha escapado.

Y, mientras que él daba detalles, buscando las palabras, con lengua muy torpe, Carolina volvía á ver á Natalia, delgada y rubia, con su gracia frágil de hija del pueblo parisién. Volvía á ver,

sobre todo, sus grandes ojos, de mirada tan serena y tan fría, de una extraordinaria limpidez de egoísmo. Se había dejado adorar de su padre, como un ídolo, dichosa, formal, todo el tiempo que había tenido interés en serlo, incapaz de una caída en tonto, mientras que esperaba una dote, un matrimonio, un mostrador en una tiendecita donde habría sido soberana. Pero continuar una vida de pobreza, vivir miserable con el bonachón de su padre, obligado á volver á trabajar, ¡ah, no, ya estaba harta de aquella existencia poco divertida, ahora ya sin esperanza! Y se había largado, se había puesto friamente sus botinas y su sombrero para irse á otra parte.

—¡Dios mío! —seguía balbuceando Dejoie— no se divertía mucho en nuestra casa, es verdad; y cuando se es linda, es muy triste perder su juventud aburriéndose... Pero de todos modos, ha sido muy cruel. Haceos cargo: sin decirme siquiera adiós, ni una palabra por escrito, ni la menor promesa de ir á verme de cuando en cuando... Ha cerrado la puerta, y asunto concluido. Ya veis, mis manos tiemblan, me he quedado como tonto. No puedo remediarlo: sigo buscándola por nuestra casa. ¡Después de tantos años!... ¡Dios mío, será posible que ya no la vea, que haya perdido para siempre á mi pobrecita hija!

Había cesado de llorar, y su mudó dolor revelaba tanta angustia, que Carolina le cogió las dos manos, sin encontrar otro consuelo que repetirle:

— ¡Mi pobre Dejoie, mi pobre Dejoie!...
Luego, para distraerle, volvió á la catástrofe del Universal. Excusábase por haberlo dejado tomar acciones, juzgaba severamente á Saccard, sin nombrarlo. Pero, de pronto, el antiguo mozo de escritorio se reanimó. Mordido por el juego, todavía se apasionaba.

— El señor Saccard, ¡eh! tuvo razón al impedirme que vendiese. El negocio era soberbio; y nos los habríamos comido á todos, sin los traidores que nos han abandonado... ¡Ah, señora! si el señor Saccard estuviera aquí, la cosa marcharía de otro modo. Nuestra muerte ha sido que lo metan en la cárcel. Sólo él podría salvarnos todavía... Yo se lo he dicho al juez: «Señor, devolvédnoslo, y yo le confío de nuevo mi fortuna, y le confío mi vida, porque ¡mirad! ese hombre es Dios. Hace todo lo que quiere.»

Carolina lo miraba estupefacta. ¡Cómo! ¿Ni una palabra de cólera, ni un reproche? Aquella era la fe ardiente de un creyente. ¿Qué poderosa influencia había, pues, tenido Saccard sobre el rebaño, para disciplinarlo bajo tal yugo de credulidad?

— En fin, señora, yo había venido únicamente para deciros esto, y hay que dispensarme si os he hablado de mis penas, porque no tengo la cabeza muy fuerte... Cuando veáis al señor Saccard, repetidle bien que estamos siempre á su lado.

Y se fué, con su paso vacilante; y, al quedar-

se sola, Carolina tuvo un instante horror á la existencia. Aquel desgraciado le había partido el corazón, y ella sentía contra el otro, contra el que no nombraba, un acrecentamiento de cólera, cuya explosión contenía dentro de sí. Por otra parte, llegaban más visitas, aquella mañana era esto un desbordamiento.

En la oleada, los Jordan, sobre todo, la conmovieron todavía. Pablo y Marcela iban, como buenos casados que daban siempre juntos los pasos graves, á preguntarle si sus padres, los Maugendres, no podrían realmente sacar ya nada de sus acciones del Universal. Por este lado, aquel era también un desastre irreparable. Antes de las grandes batallas de las dos últimas liquidaciones, el antiguo fabricante de toldos poseía ya setenta y cinco títulos que le habían costado próximamente ochenta mil francos; soberbio negocio, puesto que, en un momento, al precio de tres mil francos, aquellos títulos representaban doscientos veinticinco mil. Pero lo terrible era que, en el apasionamiento de la lucha, había jugado en descubierto, creyendo en el genio de Saccard, comprando siempre; y las aterradoras diferencias que hubo de pagar, más de doscientos mil francos, acababan de llevarse el resto de su fortuna, aquellos quince mil francos de renta tan rudamente ganados en treinta años de trabajo. Ya no tenía nada, apenas si podría pagarlo todo después de vender su hotelito de la calle Legendre, de que tan orgulloso estaba. Y en

aquel desastre, la señora Maugendre era seguramente más culpable que él.

—¡Ah, señora—explicó Marcela con su amable rostro, tan alegre, que aun en medio de las catástrofes seguía fresco y riante—no podéis imaginaros cómo se ha vuelto mamá! Ella, tan prudente, tan económica que daba miedo á sus criadas, siempre sobre éstas, escudriñando sus cuentas, no hablaba ya más que por centenares de miles de francos, empujaba á papá ¡oh! mucho menos valiente y dispuesto á escuchar al tío Chavé, si ella no lo hubiera vuelto loco con su sueño de atrapar el premio gordo, el millón... Desde luego que esto les ha entrado leyendo los periódicos financieros; papá se había apasionado el primero, pero la verdad es que se ocultaba al principio; luego, cuando mamá ha emprendido el mismo camino, después de haber, durante mucho tiempo, profesado contra el juego un horror de buena ama de casa, todo ha ardidó, la cosa no ha sido larga. ¡Es posible que la rabia de la ganancia cambie hasta este punto á buenas gentes!

Jordan intervino, sonriendo al recuerdo de la figura del tío Chavé, que una palabra de su mujer acababa de evocar.

—¡Y si hubierais visto la calma del tío en medio de estas catástrofes! Bien lo había anunciado él; su triunfo lo ahogaba en su cuello de crin... Ni un día ha faltado á la Bolsa, ni un día ha dejado de jugar su juego infimo, al contado, satisfecho con llevarse sus quince ó veinte francos

todas las tardes, como un buen empleado que ha aprovechado bien el día. Alrededor suyo corrían los millones por todas partes, en dos horas hacíanse y deshacíanse gigantescas fortunas, llovía el oro á cántaros entre rayos y truenos, y él seguía sin fiebre, ganándose su modesta vida, su pequeña ayuda para sus pequeños vicios... Es un picarón, las lindas muchachuelas de la calle Nollet han tenido sus pasteles y sus bombones.

Esta alusión, hecha con buen humor, á las ridiculeces del capitán, hizo reír á las dos mujeres. Pero en seguida volvieron á la tristeza de la situación.

—¡Oh! no—declaró Carolina,—no creo que vuestros padres puedan sacar nada de sus acciones. Me parece negocio concluido. Están á treinta francos, y van á caer á veinte, á cinco... ¡Dios mío! ¿Qué va á ser de los pobres, á su edad, con sus costumbres de desahogo?

—¡Diablo!—respondió sencillamente Jordan—habrá que ocuparse de ellos... No somos muy ricos todavía, pero la cosa comienza, al fin, á marchar, y no los dejaremos en la calle.

Acababa de tener un triunfo. Después de tantos años de ingrato trabajo, su primera novela, publicada primero en un periódico y después por un editor, había tenido un gran éxito; y se encontraba rico con algunos millares de francos, con todas las puertas abiertas ya ante sí, ansiando ponerse otra vez al trabajo, seguro de la fortuna y de la gloria.

—Si no podemos llevarlos con nosotros, les alquilaremos un cuartito. ¡Todo se arreglará, qué diantre!

Marcela, que lo miraba con loca ternura, sintió un ligero estremecimiento.

—¡Oh, Pablo, Pablo, qué bueno eres!

Y se echó á sollozar.

—Vamos, hija mía, calmaos, yo os lo suplico

—repetía Carolina acercándose á ella asombrada.

—No hay que afigirse.

—No, dejadme, si no me aflijo... Pero, verdaderamente, todo esto es una tontería. Quiero que me digáis si, cuando me casé con Pablo, no habrían hecho bien en darme la dote de que siempre habían hablado. Con el pretexto de que Pablo no poseía ni un céntimo y que yo hacía una tontería manteniendo, á pesar de esto, mi promesa, no soltaren ni un sueldo... ¡Ah, bien adelantades están ellos ahora! ¡Hoy tendrían mi dote, porque ésta no se la habría comido la Bolsa!

Carolina y Jordán no pudieron dejar de reirse. Pero esto no consolaba á Marcela, que lloraba más fuerte.

—Y no es eso solo... Cuando Pablo era pobre, tuve un sueño. ¡Sí! como en los cuentos de hadas, soñé que era una princesa y que un día daría yo á mi príncipe arruinado mucho, mucho oro, para ayudarle á ser un gran poeta... ¡Y he aquí que no tiene necesidad de mí, he aquí que más bien soy yo un estorbo con mi familia! El

tendrá todo el trabajo, él hará todos los gastos...

¡Ah, se me parte el corazón!

Pablo la había cogido vivamente entre sus brazos.

—¿Pero qué es lo que estás diciendo, tontona?

¿Es que la mujer tiene necesidad de aportar algo?

Te aportas tú misma, tu juventud, tu ternura,

tu hermoso humor, y no hay una princesa en el

mundo que pueda dar más!

Marcela se tranquilizó en seguida, llena de

dicha por ser amada así, encontrando, en efecto,

que era una gran tontería llorar.

El, continuaba:

—Si tu padre y tu madre quieren, los

instalaremos en Clichy, donde he visto pisos

bajos con jardines, baratos... Me gustaría que

vivieran en nuestra casita, pero aquello, con

nuestros cuatro muebles, es demasiado estre-

cho; tanto más, cuanto que vamos á necesitar

sitio...

Y, sonriendo de nuevo, volviéndose hacia Ca-

rolina, que asistía muy conmovida á aquella es-

cena, añadió:

—Sí, señora, vamos á ser tres, y bien se pue-

de confesar la cosa, ahora que soy un caballero

que se gana su vida!... ¡Verdad, señora, que este

es otro regalo que me va á hacer, ella que llora

por no haberme traído nada?

Carolina, en la incurable desesperación de su

esterilidad, miró á Marcela un poco ruborizada

y cuyo talle, ya ensanchado, no había notado to-

davía. A su vez, llenáronse á ella los ojos de lágrimas.

—¡Ah, hijos míos, amaos mucho, vosotros sois los únicos razonables y los únicos dichosos!

Antes de despedirse, Jordán dió detalles acerca del periódico *La Esperanza*. Alegremente, con su horror instintivo á los negocios, hablaba de aquella casa como de la más extraordinaria caverna, resonante siempre con los martillazos de la especulación. Todo el personal, desde el director hasta el mozo de la redacción, especulaba, y sólo él, decíalo riendo, no había jugado, muy mal visto, despreciado de todos. Por otra parte, el derrumbamiento del Universal y sobre todo, la prisión de Saccard, habían matado el periódico. Hubo una desbandada de redactores, mientras que Jantrou se obstinaba, puesto en el último apuro, en agarrarse á aquella tabla para vivir todavía de los últimos restos del naufragio. Estaba rematado, aquellos tres años de prosperidad lo habían consumido en un monstruoso abuso de todo lo que se compra, semejante á esos vagabundos que revientan de indigestión el día en que se sientan á una mesa. Y la cosa curiosa, lógica por lo demás, era la degradación final de la baronesa Sandorff, caída hasta aquel hombre, en medio del desarrollo de la catástrofe, llena de rabia y queriendo recoger su dinero.

Al nombre de la baronesa, Carolina había palidecido ligeramente, mientras que Jordán, que

deseconocía la rivalidad de las dos mujeres, completaba su relato.

—Ignoro por qué se ha entregado. Acaso ha creído que él le daría noticias, gracias á sus relaciones de agente de publicidad. Acaso ha rodado hasta él, por las leyes mismas de la caída, bajando cada vez más. En la pasión del juego hay un fermento desorganizador, que he observado con frecuencia, que lo corroe y lo pudre todo, que hace de la criatura de raza mejor educada y más orgullosa un andrajo humano, el desecho barrido al arroyo. En todo caso, si ese bribón de Jantrou no ha olvidado los puntapiés que le daba, á lo que se dice, el padre de la baronesa, cuando iba en otro tiempo á solicitar sus órdenes, bien se ha vengado ahora; porque un día en que volví al periódico con objeto de que me pagasen, abrí una puerta de pronto, en el momento en que disputaban violentamente, y vi con mis propios ojos á Jantrou abofeteando á la Sandorff... ¡Oh, aquel hombre borracho, perdido de alcohol y de vicios, golpeaba con una brutalidad de cochero á aquella señora de la alta sociedad!

Con un gesto de angustia, Carolina le hizo callarse. Le parecía que aquel exceso de envilecimiento la salpicaba á ella misma.

Cuando se iban á marchar, Marcela le cogió la mano muy carinosamente.

—No creáis al menos, querida señora, que hemos venido á daros un disgusto. Pablo, por

el contrario, defiende mucho al señor Saccard.

—¡Seguramente!—exclamó el joven. —Ha sido siempre muy amable conmigo. Jamás olvidaré el modo cómo nos libró del terrible Busch. Y además, es, á pesar de todo, un hombre que vale mucho.... Cuando lo veáis, decidle que este matrimonio le guarda un vivo reconocimiento.

Cuando los Jordan se hubieron marchado, Carolina hizo un gesto de muda cólera. ¡Reconocimiento! ¿Por qué? ¿Por la ruina de los Mangendre? Aquellos Jordan eran como Dejoie; se iban con las mismas palabras de excusa y mostrando buenos deseos. Y sin embargo, ellos lo sabían todo, pues no era un ignorante este escritor que había atravesado el mundo de la Bolsa, lleno de tan hermoso desprecio por el dinero. En ella, la indignación seguía, aumentaba. ¡No! No era posible el perdón, había demasiado cieno. La bofetada de Jantrou á la baronesa, no la vengaba. Saccard era quien lo había podrido todo.

Aquel día debía ir Carolina á casa de Mazaud, á propósito de ciertos documentos que había que unir al proceso de su hermano. Deseaba también saber cuál sería su actitud, en el caso en que la defensa lo citara como testigo. La cita era para las cuatro, después de la Bolsa; y, sola al fin, pasó más de hora y media en clasificar los datos que había obtenido ya. Comenzaba á ver claro en el montón de ruinas. Del mismo modo, al día siguiente de un incendio, cuando se ha

disipado el humo y las brasas se han apagado, se remueve los materiales, con la viva esperanza de encontrar el oro de las alhajas fundidas.

Habíase preguntado al principio á dónde habría ido á parar el dinero. En aquel naufragio de doscientos millones, preciso era que, si se habían vaciado algunos bolsillos, otros se hubieran llenado. De todos modos parecía cierto que los bajistas no habían recogido toda la suma; una espantosa filtración se había llevado más de la tercera parte. En la Bolsa, los días de catástrofe, diríase que el suelo se bebe el dinero, allí se pierde, se queda un poco en todas las manos. Gundermann debía haberse quedado, él solo, con unos cincuenta millones. Después venía Daigremont con doce ó quince. Se citaba también al marqués de Bohain, cuya jugada clásica había salido bien una vez más: al alza con Mazaud, rehusaba pagar, mientras que había cobrado cerca de dos millones con Jacoby con quien iba á la baja; pero esta vez, aun sabiendo que el marqués tenía puestos sus bienes á nombre de su mujer, como un fullero, Mazaud, enloquecido por sus pérdidas, hablaba de llevarlo á los tribunales. Por lo demás, casi todos los administradores del Universal se habían cortado reglamentariamente su parte, los unos como Huret y Kolb realizando á los precios más altos, antes de la catástrofe, los otros, como el marqués y Daigremont, pasándose á los bajistas, por una táctica de traidores; sin contar que, en una de sus úl-

timas reuniones, cuando la sociedad estaba expirando, el consejo de administración hizo acreditar á cada uno de sus miembros cien mil y pico de francos. En fin, en el *parquet*, Delarócque y Jacoby, sobre todo, pasaban por haber ganado personalmente grandes sumas, hundidas ya, por lo demás, en los dos abismos siempre abiertos, imposibles de llenar: para el primero la injuria, para el otro la pasión del juego. Corría también el rumor de que Nathansohn se convertía en uno de los reyes del *corro*, gracias á una ganancia de tres millones que había realizado jugando por su cuenta á la baja, mientras que jugaba al alza por Saccard; y su extraordinaria suerte estaba en que habría saltado ciertamente, comprometido por compras considerables á nombre del Universal que ya no pagaba, si no hubiera habido que pasar la esponja, que perdonar todo lo que éste debía, más de cien millones, al *corro* entero, reconocido insolvente. Decididamente era un hombre dichoso y diestro aquel Nathansohn. ¡Y qué graciosa aventura, que hacía sonreír las gentes, guardar lo que se ha ganado y no pagar lo que se ha perdido!

Pero las cifras seguían vagas, Carolina no podía llegar á una apreciación exacta de las ganancias, porque las operaciones de Bolsa se hacen en completo misterio, y los agentes de cambio guardan estrechamente el secreto profesional. Ni siquiera se hubiera sabido nada examinando los *carnets*, en los cuales no se inscribe los

nombres. Así, intentó en vano conocer la suma que habría debido llevarse Sabatani, desaparecido á consecuencia de la última liquidación. Otra ruina, por esta parte, que afectaba duramente á Mazaud. Era la historia corriente: el cliente desconocido, acogido al principio con desconfianza, que depositaba una pequeña garantía de dos ó tres mil francos, y jugaba con prudencia durante los primeros meses, hasta el día en que, olvidada la pequeñez de la garantía, hecho amigo del agente de cambio, tomaba las de Villadiago, al día siguiente de cualquier golpe de mano. Mazaud hablaba de ejecutar á Sabatani, lo mismo que había ejecutado á otro, á Schlosser, un tunante de la misma cuadrilla, de la eterna cuadrilla que explota el mercado, como los ladrones de otros tiempos explotaban un bosque. Y el levantino, aquel italiano mestizo de oriental, de aterciopelados ojos, á quien una leyenda atribuía un fenómeno del que se hablaban al oído las mujeres curiosas, se había ido á espumar la Bolsa de alguna capital extranjera, decía se que Berlín, esperando á que se le olvidase en la de París, á la que volvería, saludado de nuevo, dispuesto á comenzar otra vez su juego, en medio de la tolerancia general.

Además, Carolina tenía hecha una lista de los desastres. La catástrofe del Universal había sido una de esas terribles sacudidas que quebrantan toda una población. Nada quedaba á plomo y sólido, las grietas se comunicaban

á las casas vecinas, todos los días había nuevos hundimientos. Los bancos se derrumbaban unos sobre otros, con el repentino desplome de las paredes que han permanecido en pie después de un incendio. En medio de una muda consternación oíase aquellos ruidos de ruinas, y todo el mundo se preguntaba dónde se detendrían estas. Lo que á Carolina le destrozaba el corazón más que los banqueros, las sociedades, los hombres y las cosas financieras destruidas, arastradas por la tormenta, era aquellas pobres gentes, accionistas y hasta especuladores, á quienes ella había conocido y amado y que estaban entre las víctimas. Después de la derrota, contaba sus muertos. Y no se hallaban solamente entre estos su pobre Dejoie, los Maugendre imbéciles y dignos de lástima, las tristes señoras de Beauvilliers, cuya suerte era tan conmovedora. Otro drama la tenía afligida, la quiebra del fabricante de seda Sedille, declarada la víspera. A éste, habiéndolo visto en el terreno como administrador, el único del consejo, decía, á quien pudiera confiarse diez sueldos, lo proclamaba el hombre más honrado del mundo. ¡Qué cosa tan horrible, la pasión del juego! ¡Un hombre que consumió treinta años en fundar con su trabajo y su probidad una de las casas más sólidas de París, y que en menos de tres la había comprometido, la había quebrantado hasta el punto de que, de un golpe, habíase venido á tierra! ¡Con qué amargura recordaría los días laboriosos de otro tiempo, cuan-

do creía aún en la fortuna ganada con un lento esfuerzo, antes de que una primera ganancia de azar le hubiera hecho despreciar aquella, devorado por el sueño de conquistar en la Bolsa, en una hora, el millón que demanda toda la vida de un comerciante honrado! Y la Bolsa se lo había llevado todo, el desdichado quedaba aniquilado, hundido, incapaz é indigno de volver á los negocios, con un hijo cuyos vicios lo llevarían acaso á la estafa, aquel Gustavo, aquella cabeza alegre y amiga de fiestas, que tenía sobre sí cuarenta ó cincuenta mil francos de deudas, comprometido ya en una sucia historia de pagarés firmados á Germana Corazón. Asimismo se apenaba Carolina por otro pobre diablo, el corredor Massias, y Dios sabía si ella se mostraba tierna de ordinario con esos terceros del engaño y del robo. Pero también había conocido á éste, con sus ojos saltones y dulces y su aire de perro dócil castigado, cuando corría París para conseguir algunas órdenes insignificantes. Si por un instante se hubo creído, pensando que al fin había llegado su vez, uno de los amos del mercado, y que tenía cogida á la suerte, detrás de Saccard, ¡con qué espantosa caída había despertado de su sueño, por tierra, rotos los riñones! Debía setenta mil francos, y pagó, cuando podía alegar la excepción de juego, como tantos otros; había hecho, pidiendo prestado á sus amigos, empeñando su vida entera, aquella tontería sublime é inútil de pagar, que nadie apreciaba y

que hasta hacía que, á su espalda, se encogieran de hombros con desprecio. Su rencor no se exhalaba más que contra la Bolsa, sintiendo otra vez repugnancia por el sucio oficio que ejercía, gritando que era preciso ser judío para salir allí adelante, resignándose, sin embargo, á seguir, puesto que allí estaba, con la obstinada esperanza de que podría ganar el premio gordo, en tanto que tuviera buena vista y buenas piernas. Pero, sobre todo, los muertos que llenaban de una piedad infinita el corazón de Carolina, eran los desconocidos, las víctimas sin nombre, sin historia. Estos componían toda una legión, amontonados en las apartadas breñas, en los fosos cubiertos de hierbas; y también existían allí cadáveres perdidos, heridos que espiraban detrás de cada tronco de árbol. ¡Cuántos espantosos dramas mudos, la multitud de los pequeños rentistas pobres, de los pequeños accionistas que habían puesto todas sus economías en un mismo valor, los porteros retirados, las pálidas solteras que vivían con un gato, los jubilados de provincia de metódica existencia de maniacos, los curas de aldea desnudados por la limosna, todos esos seres ínfimos, cuyo presupuesto es de algunos sueldos, tanto para la leche, tanto para el pan, un presupuesto tan exacto y tan reducido, que la falta en él de dos sueldos ocasiona un cataclismo! ¡Y de pronto, todo acabado, la vida interrumpida, arrastrada, viejas manos temblorosas, sin tino, palpando en las tinieblas, inútiles para el traba-

jo, todas aquellas existencias humildes y tranquilas, lanzadas bruscamente en el espanto de la necesidad! Cien cartas desesperadas vinieron de Vendome, donde el señor Fayeux, cobrador de rentas, había agravado el desastre desapareciendo. Depositario del dinero y de los títulos de los clientes, por quienes operaba en la Bolsa, se puso á jugar él mismo un juego terrible; y habiendo perdido y no queriendo pagar, se había largado con algunos centenares de miles de francos que tenía entre sus manos. Alrededor de Vendome, en las granjas más retiradas, dejaba la miseria y las lágrimas. Por todas partes había llegado de este modo el sacudimiento hasta las humildes cabañas. Como después de las grandes epidemias, las víctimas dignas de lástima ¿no eran esa población media, el pequeño ahorro, que sólo los hijos podrían reconstruir á fuerza de años de dura labor?

Carolina salió, al fin, para ir á casa de Mazaud; y mientras que se dirigía á pie á la calle del Banco, pensaba en los repetidos golpes que caían sobre el agente de cambio, hacía quince días. Fayeux le robaba trescientos mil francos, Sabatani le dejaba una cuenta no pagada de cerca del doble, el marqués de Bohain y la baronesa Sandorff rehusaban abonar los dos más de un millón de diferencias, la quiebra de Sedille le llevaba próximamente la misma suma, sin contar los ocho millones que le debía el Universal, aquéllos por los que había reportado á Saccard,

la espantosa pérdida, el abismo en que, de hora en hora, esperaba verlo desaparecer la Bolsa llena de ansiedad. En dos ocasiones corrió ya el rumor de la catástrofe. Y en aquel encarnizamiento de la suerte, acababa de ocurrir otra desgracia que iba á ser la gota de agua que hace desbordarse el vaso: la antevispera había sido detenido el empleado Flory, convicto de haber distraído ciento ochenta mil francos. Poco á poco fueron creciendo las exigencias de la señorita Chuchn, la antigua figurante, la flacucha langosta del arroyo parisien: primero alegres expediciones no caras, luego el cuarto de la calle Condorcet, después alhajas y encajes; y lo que había perdido al desdichado y tierno mozo había sido su primera ganancia de diez mil francos, después de Sadowa, aquel dinero de placer tan pronto ganado, tan pronto gastado, que necesitaba más y más, en una fiebre de pasión, para la mujer tan caramente comprada. Pero la historia se hacía extraordinaria por el hecho de que Flory robase á su principal para pagar su deuda de juego á otro agente: singular honradez, aturdimiento ante el peligro de la ejecución inmediata, esperanza sin duda de ocultar el robo, de tapar el agujero con alguna operación milagrosa. Había llorado mucho en la cárcel, en un horrible despertar de vergüenza y de desesperación; y se decía que su madre, llegada aquella mañana misma de Saintes para verlo, tuvo que

meterse en cama en casa de los amigos donde paraba.

¿Qué cosa más extraña la suerte! pensaba Carolina, al atravesar la plaza de Bolsa. El extraordinario éxito del Universal, aquella ascensión rápida en el triunfo, en la conquista y la dominación, en menos de cuatro años, y luego aquel brusco hundimiento, aquel colosal edificio reducido á polvo en un mes, la seguían asombrando. ¿Y no estaba allí también la historia de Mazaud? Con seguridad, jamás otro hombre había visto el destino sonreírle hasta aquel punto. Agente de cambio á los treinta y dos años, muy rico ya por la muerte de su tío, feliz marido de una mujer encantadora que lo adoraba y le había dado dos hermosos hijos, era además un hombre guapo, é iba adquiriendo de día en día en el *parquet* un lugar más considerable, por sus relaciones, su actividad, su olfato verdaderamente sorprendente, hasta por su voz aguda, aquella voz de pifano que se hacía tan célebre como el trueno de Jacoby. Y, de repente, he aquí que todo cruzía, que se encontraba al borde del abismo, bastaba un soplo para hacerle rodar hasta el fondo. Sin embargo, él no había jugado, protegido todavía por su ardor en el trabajo y su juventud inquieta. Se sintió herido en plena lucha leal, por inexperiencia y pasión, por haber creído demasiado en los otros. Por lo demás, las simpatías seguían vivas, hasta se pretendía que podría salir de aquello con mucho aplomo.

Cuando Carolina subió á la agencia, notó bien el olor de ruina, el estremecimiento de secreta angustia en las oficinas silenciosas ahora. Al atravesar la caja vió á una veintena de personas, toda una multitud que esperaba, mientras el cajero de dinero y el cajero de títulos hacían todavía honor á los compromisos de la casa, pero con mano poco apresurada, como hombres que vacían los últimos cajones. Por una puerta entreabierta, vió la sección de liquidación como adormecida, con sus siete empleados que leían periódicos, no teniendo apenas que trabajar desde que la Bolsa estaba de huelga. Sólo la sección del contado conservaba alguna vida. Y Berthier, el encargado de los poderes, fué quien la recibió, muy agitado él también, pálido el rostro, por la desgracia de la casa.

—Señora, no sé si podrá recibiros el señor Mazaud.... Está algo enfermo, ha cogido un enfriamiento por obstinarse en trabajar sin fuego toda la noche pasada, y acaba de bajar á su casa, en el primer piso, para descansar un rato.

Carolina insistió.

—Os ruego, caballero, que hagáis porque le diga dos palabras.... Acaso va en ello la salvación de mi hermano. El señor Mazaud sabe muy bien que mi hermano no se ha ocupado nunca en operaciones de Bolsa, y su testimonio sería de una gran importancia.... Por otra parte, tengo que pedirle algunas cifras; sólo él puede informarme acerca de ciertos documentos.

Berthier, vacilante, acabó por rogarla que entrara en el despacho del agente de cambio.

—Esperad aquí un instante, señora, voy á ver. Y en aquella pieza, en efecto, Carolina experimentó una gran sensación de frío. La lumbre debía estar apagada desde la vispera y nadie había pensado en volverla á encender. Pero lo que le chocaba más todavía era el orden perfecto, como si toda la noche y la mañana entera hubieran sido empleadas en vaciar los cajones, en destruir los papeles inútiles, en clasificar los que había que conservar. Nada se hallaba por en medio, ni un legajo, ni siquiera una carta. Sobre la mesa no se vía, colocados metódicamente, más que el tintero, portaplumas y una papelera con un paquete de tarjetas de la casa, tarjetas verdes, color de la esperanza. En aquella desnudez, producía una tristeza infinita aquel profundo silencio.

Al cabo de algunos minutos, reapareció Berthier.

—¡Por mi fe, señora! He llamado dos veces, y no me atrevo á insistir.... Vos veréis si debéis llamar vos misma, cuando bajéis. Pero os aconsejo que volváis.

Carolina tuvo que resignarse. Sin embargo, en el descanso del primer piso, vaciló todavía, y hasta avanzó la mano hacia el botón de la campanilla. Y se iba al fin, cuando gritos, sollozos, un sordo rumor, en el fondo del cuarto, la detuvo. Abrióse la puerta bruscamente, y un criado

salió asustado y desapareció por la escalera, balbuceando:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! El señor....

Quedóse inmóvil delante de aquella puerta, por donde salía, muy claro ahora, un lamento de espantoso dolor. Y se le heló la sangre, adivinando, invadida por la clara visión de lo que allí pasaba. Al pronto quiso huir, pero luego no pudo, enloquecida de piedad, atraída, sintiendo la necesidad de ver y de llevar ella también sus lágrimas. Entró, encontró todas las puertas abiertas, y llegó hasta el salón.

Dos criadas, la cocinera y la doncella sin duda, asomaban allí la cabeza, con caras de terror, balbucientes.

—¡Oh, el señor! ¡Oh, Dios mío, Dios mío!

La moribunda luz de aquel nublado día de invierno entraba débilmente por entre las espesas cortinas de seda. Pero hacía mucho calor, gruesos troncos acababan de consumirse en brasas en la chimenea, iluminando las paredes con un gran reflejo rojo. Sobre una mesa, un ramo de rosas, un ramo regio para la estación, que el agente había traído la víspera á su mujer, abría-se en aquel tibio ambiente de estufa, embalsamando toda la pieza. Aquel era como el perfume mismo del refinado lujo del mueblaje, el buen olor de suerte, de riqueza, de felicidad de amor, que durante cuatro años habían florecido allí. Y bajo el reflejo rojizo del fuego, Mazaud estaba caído al borde del canapé, destrozada la cabeza

por una bala, crispada la mano en la culata del revólver; mientras que, de pie ante él, su joven mujer, que había acudido, lanzaba aquel lamento, aquel grito continuo y salvaje que se oía desde la escalera. En el momento de la detonación, tenía en los brazos á su hijo, niño de cuatro años y medio, cuyas manecitas se habían agarrado á su cuello con espanto, y su hija, una niña de seis años, la había seguido, cogida á su falda, apretándose contra ella; y los dos niños gritaban también, de oír gritar á su madre, desesperadamente.

Carolina quiso llevárselos de allí.

—Señora, yo os lo suplico..... Señora, no estáis aquí.....

Ella misma temblaba, se sentía desfallecer. De la cabeza destrozada de Mazaud veía correr la sangre todavía y caer gota á gota sobre el terciopelo del canapé, de donde chorreaba sobre la alfombra. Y le parecía que aquella sangre llegaba hasta ella y le salpicaba los pies y las manos.

—Señora, yo os lo suplico, seguidme.....

Pero, con su hijo colgado á su cuello, con su hija cogida á su cintura, la desdichada no oía, no se movía, tiesa, plantada allí de tal modo que ningún poder del mundo habría podido arrancarla. Los tres eran rubios, blancos como la leche, la madre de aspecto tan delicado é ingenuo como los niños. Y en el estupor de su felicidad muerta, en aquel brusco aniquilamiento de la dicha que debía durar siempre, seguían lanzando

gritos desesperados, el alarido por donde pasaba todo el horrible sufrimiento de la especie.

Carolina cayó de rodillas, sollozando, balbuceando:

— ¡Oh, señora, me desgarráis el corazón! Por favor, señora, arrancaos á este espectáculo; venid conmigo á la habitación vecina, dejadme tratar de ahorraros algo del mal que se os ha hecho.....

Y siempre el grupo feroz y plañidero, la madre con los dos pequeños, como incrustados en ella, inmóviles con sus largos cabellos rubios sueltos. Y siempre aquel horrible alarido, aquella lamentación de la sangre, que sube de la selva cuando los cazadores han matado al padre.

Carolina se había levantado perdida de la cabeza. Se oía ruido de pasos, voces, sin duda la llegada del médico, la comprobación de la muerte. Y no pudo continuar allí más, y huyó perseguida por el alarido abominable y sin fin que, aun en la calle, entre el rodar de los carruajes, creía seguir oyendo.

Cerraba ya la noche, hacía frío, y anduvo lentamente, por temor á que la prendiesen, tomándola por una criminal al ver su aire de susto. Todo acudía á su memoria, toda la historia del monstruoso hundimiento de los doscientos millones, que amontonaba tantas ruinas y que aplastaba tantas víctimas. ¿Qué fuerza misteriosa, después de haber edificado tan rápidamente aquella torre de oro, acababa de destruirla de

esta suerte? Las mismas manos que la habían construido, parecía que se habían encarnizado, acometidas de locura, en no dejar una piedra en pie. Por todas partes, alzábanse gritos de dolor, derrumbábanse fortunas con el ruido de los carros de escombros que se vacía en los vertederos públicos. Aquello era los últimos bienes patrimoniales de los Beauvilliers, los sueldos arañados uno á uno de las economías de Dejoie, las ganancias realizadas en la gran industria por Sedille, las rentas de los Maugendre retirados del comercio, que, revueltos, eran echados con estrépito al fondo de la misma cloaca, que nada llenaba. Era también Jantrou ahogado en alcohol, la baronesa Sandorff ahogada en lodo, Masias caído otra vez en su miserable condición de perro castigado, atado toda su vida á la Bolsa por la deuda; y era Flory ladrón, en la cárcel, expiando sus debilidades de hombre tierno, Sabatani y Fayeux fugados, galopando con el miedo á los gendarmes; y eran, más lastimosos y dignos de piedad, las víctimas desconocidas, el gran rebaño anónimo de todos los pobres que había hecho la catástrofe, temblando en el abandono, gritando de hambre. Después el muerto, disparos de pistola que partían de los cuatro extremos de París, la cabeza destrozada de Mazaud, la sangre de Mazaud que, gota á gota, en el lujo y en el perfume de las rosas, salpicaba á su mujer y á sus hijos, que aullaban de dolor.

Y, entonces, se exhaló del angustiado cora-

zón de Carolina, en un grito de execración contra Saccard, todo lo que ella había visto y oído, desde hacía algunas semanas. Ya no podía callarse más, ni dejarlo a un lado como si no existiera, para evitarse el juzgarlo y el condenarlo. Que él sólo era el culpable era lo que surgía de cada uno de aquellos desastres acumulados, cuyo espantoso amontonamiento la aterraba. Y lo maldecía; su cólera y su indignación, largo tiempo contenidas, se desbordaban en un odio vengador, el odio mismo al mal. ¿Acaso no amaba á su hermano, cuando había esperado hasta entonces para odiar á aquel hombre horrible que era la única causa de su desgracia? ¡Su pobre hermano, aquel gran inocente, aquel gran trabajador, tan justo, tan recto, manchado ahora con la mancha indeleble de la prisión, la víctima que ella olvidaba, más cara y más dolorosa que todas las demás! ¡Ah, que Saccard no encontrase perdón, que nadie se atreviera ya á defender su causa, ni siquiera los que seguían creyendo en él, ni siquiera los que no conocían de él más que su bondad, y que muriera un día, solo, despreciado!

Carolina alzó los ojos. Había llegado á la plaza, y vió, ante sí, la Bolsa. Caía el crepúsculo; el cielo de invierno, cargado de bruma, ponía detrás del monumento como un humo de incendio, una nube de un rojo sombrío que parecía formada con las llamas y el polvo de una ciudad tomada por asalto. Y la Bolsa, gris y silenciosa,

destacábase con la melancolía de la catástrofe que desde hacía un mes la dejaba desierta, abierta á los cuatro vientos del cielo, parecida á un mercado que una escasez ha dejado vacío. Aquella era la epidemia fatal, periódica, cuyos estragos barren la plaza cada diez ó quince años, los viernes negros, como se les llama, que siembran el suelo de escombros. Se necesitan años para que renazca la confianza, para que se reconstruyan las grandes casas de banca, hasta el día en que la pasión del juego, reavivada poco á poco, ardiente y acometiendo otra vez la aventura, trae una nueva crisis, lo hunde todo en un nuevo desastre. Pero aquella vez, detrás de aquella rojiza humareda del horizonte, en las lejanías confusas de la villa, sentíase como un gran crujido sordo, el cercano fin de un mundo.

le en seguida. Asombrada, vagamente inquieta, se apresuró á subir. Hacía muchos meses que no había visto á la princesa, habiendo dimitido su cargo de secretaria de la Obra del Trabajo, cuando la catástrofe del Universal. No iba, de tarde en tarde, al boulevard Bineau más que para ver á Víctor, domado ahora al parecer por la severa disciplina, bajos siempre los ojos, con su mejilla izquierda más pronunciada que la derecha, frunciendo la boca con una mueca de burlona ferocidad. ¿La llamarían á causa de Víctor?

XII

Marchó con tal lentitud la instrucción del proceso, que siete meses después de la detención de Saccard y de Hamelin, aún no se había terminado el sumario. Un lunes, á mediados de Septiembre, Carolina, que iba dos veces por semana á ver á su hermano, debía estar á las tres en la Conserjería. Jamás pronunciaba el nombre de Saccard y habíase negado formalmente diez veces á acceder á los ruegos apremiantes, que él le había hecho trasmitir, de que lo visitase. Para ella, encastillada en su dignidad, él ya no existía. Y esperando siempre salvar á su hermano, mostrábase muy alegre los días de visita, dichosa con hablarle de sus últimos pasos y con llevarle un gran ramo de flores que tanto le gustaban.

La mañana de aquel lunes ocupábase en preparar un manojito de claveles rojos, cuando la vieja Sofia, la doncella de la princesa de Orviedo, bajó á decirle que la señora deseaba hablar-

le en seguida. Asombrada, vagamente inquieta, se apresuró á subir. Hacía muchos meses que no había visto á la princesa, habiendo dimitido su cargo de secretaria de la Obra del Trabajo, cuando la catástrofe del Universal. No iba, de tarde en tarde, al boulevard Bineau más que para ver á Víctor, domado ahora al parecer por la severa disciplina, bajos siempre los ojos, con su mejilla izquierda más pronunciada que la derecha, frunciendo la boca con una mueca de burlona ferocidad. ¿La llamarían á causa de Víctor?

La princesa de Orviedo estaba al fin arruinada. Le habían bastado diez años escasos para devolver á los pobres los trescientos millones robados de los bolsillos de los crédulos accionistas. Si al principio había necesitado cinco años para gastar en buenas obras locas los cien primeros millones, había llegado, en cuatro años y medio, á consumir los otros doscientos en fundaciones de un lujo más extraordinario todavía. A la Obra del Trabajo, á la Cuna de Santa María, al Asilo de huérfanos de San José, al Refugio en Chantillon y al Hospital en Saint-Marcéau, añadiase ahora una Granja Modelo cerca de Evreux, dos Casas de Convalecencia para niños á orillas de la Mancha, otra Casa Refugio para viejos en Niza, Hospicios, Barrios de obreros, Bibliotecas y Escuelas por toda la Francia, sin contar considerables donaciones á los establecimientos de caridad ya existentes. Aquello

era, por lo demás, siempre la misma voluntad de regia restitución, no el pedazo de pan arrojado por la piedad ó por el miedo á los miserables, sino los goces de la vida, lo superfluo, todo lo que es bueno y hermoso dado á los humildes que no tienen nada, á los débiles á quienes los fuertes han robado su parte de dicha, en fin, los palacios de los felices abiertos de par en par á los mendigos de los caminos, para que ellos también duerman en la seda y coman en vajilla de oro. Durante diez años no había cesado la lluvia de millones, los refectorios de mármol, los dormitorios alegrados con pinturas claras, las fachadas monumentales como Louvres, los floridos jardines de plantas raras, diez años de soberbios trabajos en un tropel increíble de contratistas y de arquitectos; y ella era muy feliz, consolada por la gran felicidad de tener en adelante las manos limpias, sin un sueldo, sin un céntimo. Hasta acabó por llegar al asombroso resultado de contraer deudas, se la perseguía por algunos restos de cuentas que ascendían á muchos centenares de miles de francos, sin que su procurador y su notario pudieran conseguir reunir la suma, en el desmigajamiento final de la colosal fortuna, arrojada á los cuatro vientos de la limosna. Y una tablilla, clavada encima de la puerta cochera, anunciaba la venta del hotel, la escobada suprema que se llevaría hasta los vestigios del dinero maldito, amontonado en el lodo y la sangre del brigandaje financiero.

La vieja Sofía esperaba arriba á Carolina para introducirla. Aquella, furiosa, andaba todo el día murmurando. ¡Ah, bien había dicho ella que la señora acabaría por morir en medio de la calle! ¡No debía haberse vuelto á casar la señora, para tener hijos con otro señor, ¿ya que esto era lo único que deseaba en el fondo? Y no es que ella tuviera por qué quejarse é inquietarse, puesto que había recibido hacía mucho tiempo una renta de dos mil francos, que iba á comersé en su país, del lado de Angulema. Pero la arrebató la cólera, cuando pensaba que la señora ni siquiera se había reservado los pocos sueldos que necesitaba, todas las mañanas, para el pan y la leche con que vivía ahora. Sin cesar estallaban disputas entre ellas. La princesa sonreía con su divina sonrisa de esperanza, y contestaba que ya no necesitaría, á fines del mes, más que un sudario, cuando entrase en el convento donde hacía ya mucho tiempo que tenía marcada su plaza, un convento de Carmelitas cerrado al mundo entero. ¡El reposo, el eterno reposo!

Carolina encontró á la princesa tal como la veía hacía cuatro años, vestida con su eterno traje negro, ocultos los cabellos bajo un *fichu* de encaje, linda todavía á los treinta y nueve años, con su cara redonda y sus dientes de perlas, pero amarilla la tez, muerta la carne, como después de diez años de claustro. Y la estrecha pieza, parecida al despacho de un escribano de provincia, estaba llena por un amontonamiento de

papelotes, aún más inextricable, planos, memorias, legajos, todo el papel amasado en un despilfarro de trescientos millones.

—Señora—dijo la princesa con su voz dulce y lenta, que ninguna emoción hacia ya ni siquiera temblar—he querido daros una noticia que me han traído esta mañana... Se trata de Víctor, ese muchacho que habéis colocado en la Obra del Trabajo.

El corazón de Carolina comenzó á latir dolorosamente. ¡Ah, el miserable niño, á quien su padre ni aun había ido á ver, á pesar de sus promesas formales, durante los meses que conocía su existencia, antes de ser encerrado en la Conserjería! ¿Qué sería de él en adelante? Y ella que se prohibía pensar en Saccard, era arrastrada hacia él continuamente, trastornada por su maternidad de adopción.

—Ha ocurrido ayer algo muy grave—continuó la princesa—un crimen que nada podría reparar.

Y contó, con su helado acento, una espantosa aventura. Hacía tres días que Víctor se había hecho llevar á la enfermería, alegando insupportables dolores de cabeza. El médico había sospechado una mentira de perezoso; pero el niño era realmente víctima de frecuentes neuralgias. Aquella tarde se encontraba en la Obra del Trabajo Alicia de Beauvilliers, que había ido, sin su madre, para ayudar á la hermana de servicio á hacer el inventario trimestral del armario de las

médicinas. Este armario estaba en la pieza que separaba los dos dormitorios, el de las niñas y el de los niños, donde no había en aquel momento nadie más que Víctor, acostado, en una de las camas; habiéndose ausentado la hermana algunos minutos, tuvo la sorpresa, al volver, de no encontrar á Alicia, y se puso á buscarla después de haber esperado un instante. Su asombro había aumentado al notar que acababa de ser cerrada por dentro la puerta del dormitorio de los niños. ¿Qué sucedía? Había tenido que dar la vuelta por el corredor, y quedó estupefacta por el espectáculo que se ofreció ante ella: la joven, medio estrangulada, con una servilleta atada sobre su rostro para ahogar sus gritos, y sus faldas levantadas en desorden, mostraba su pobre desnudez de virgen clorótica, forzada, mancillada con una brutalidad inmundada. En el suelo había un portamonedas vacío. Víctor había desaparecido. Y se reconstruía la escena: Alicia, llamada acaso, entrando para dar un tazón de leche, á aquel muchacho de quince años, velludo como un hombre; después el brusco apetito del monstruo por aquella carne delicada, aquel cuello excesivamente largo; el salto del macho en camisa; la joven sofocada, echada sobre la cama como un trapo, violada, robada; y las ropas puestas á escape, y la huida. ¡Pero cuántos puntos oscuros, cuántas cuestiones asombrosas é insolubles! ¿Cómo no se había oído nada, ni un ruido de lucha, ni una queja? ¿Cómo cosas tan

espantosas se habían realizado tan pronto, en diez minutos apenas? Sobre todo, ¿cómo Víctor había podido escaparse, evaporarse por decirlo así, sin dejar una huella? Porque, después de haberlo buscado de la manera más minuciosa, se había adquirido la certeza de que no estaba en el establecimiento. Debía haber huido por la sala de baños, que daba al corredor, y una de cuyas ventanas se abría encima de una serie de techos escalonados, que iban hasta el boulevard; y aún este camino ofrecía tales peligros, que muchos no querían creer que un ser humano hubiera podido seguirlo. Alicia, llevada á casa de su madre, estaba en cama, destrozada, enloquecida, sollozante, sacudida por una fiebre terrible.

Carolina escuchó aquel relato con un pasmotal, que le parecía que toda la sangre de su corazón se helaba. Se había despertado en ella un recuerdo, que la aterraba por una espantosa relación: Saccard, en otro tiempo, poseyendo á la miserable Rosalía sobre un escalón, rompiéndole el hombro en el momento de la concepción de aquel niño que había conservado de ello como una mejilla aplastada; y, ahora, Víctor violentando á su vez á la primera joven que le entregaba la suerte. ¡Dios mío! ¡Aquella joven tan dulce, el fin desolado de una raza, que estaba á punto de darse á Dios, no pudiendo tener un marido, como todas las demás! ¿Tendría alguna significación aquel choque imbécil y abominable? ¿Por qué haber roto esto contra aquello?

—No quiero dirigiros ningún reproche, señora—concluyó la princesa—porque sería injusto hacer llegar hasta vos la menor responsabilidad. Pero, verdaderamente, teníais allí un protegido bien terrible.

—Y, como si se hubiera verificado en ella una asociación de ideas, inexpresada, añadió, sin transición aparente:

—No se vive impunemente en ciertos medios.... Yo misma he sentido los mayores remordimientos de conciencia, me he sentido cómplice, cuando, últimamente, se ha derrumbado ese banco, amontonando tantas ruinas y tantas iniquidades. Sí, yo no habría debido consentir que en mi casa naciese una abominación semejante.... En fin, el mal está hecho, la casa será purificada, y á mí, ¡oh! yo ya he muerto, Dios me perdonará.

Había reaparecido su pálida sonrisa de esperanza al fin realizada, y daba á entender con un gesto su salida del mundo, su desaparición para siempre como buena diosa invisible.

Carolina le había cogido las manos, y se las estrechaba, se las besaba, trastornada de tal modo por los remordimientos y la piedad, que balbuceaba palabras sin hilación.

—No os esforcéis en excusarme, soy culpable.... Quiero ver á esa desdichada niña, corro á verla enseguida....

Y se fué, dejando á la princesa y á su vieja Sofia comenzar á hacer sus preparativos para el

gran viaje que debía separarlas, después de cuarenta años de vida común. Tres días antes, el sábado, la condesa de Beauvilliers se había resignado á abandonar su hotel á sus acreedores. Hacía seis meses que no pagaba los intereses de las hipotecas, y la situación se había hecho intolerable; en medio de los gastos de todas clases, en la continua amenaza de una venta judicial; y su mismo procurador le había aconsejado que lo abandonase todo, que se retirase al fondo de un pequeño cuarto, donde viviría sin gastos, mientras que él trataría de liquidar las deudas. Ella no habría cedido, se habría obstinado acaso en guardar su rango, su mentira de fortuna intacta, hasta el aniquilamiento de su raza, bajo el derrumbamiento de los techos, sin una nueva desgracia que la había aterrado. Su hijo Fernando, el último de los Beauvilliers, el joven inútil, apartado de toda ocupación, hecho zuavo pontificio para escapar á su nulidad y su ociosidad, había muerto en Roma, sin gloria, tan pobre de sangre, tan castigado por el sol excesivamente pesado, que no había podido batirse en Mentana, con fiebre ya, enfermo del pecho. Entonces hizose en ella como un brusco vacío, sintió un hundimiento de todas sus ideas, de todas sus voluntades, del laborioso andamiaje que, hacía tantos años, sostenía tan dignamente el honor del nombre. Bastaron veinticuatro horas, la casa estaba agrietada, y la miseria apareció, dolorosa, entre los escombros.

Fué vendido el viejo caballo, quedó sólo la cocinera que hacía, con delantal sucio, su comprados sueldos de manteca y un kilo de judías secas, la condesa fué vista á pié en la calle con las ropas manchadas de barro y con botinas que dejaban entrar el agua. Aquello era la indigencia de la noche á la mañana, el desastre se llevaba hasta el orgullo de aquella creyente de dos tiempos pasados, en lucha contra su siglo. Y se había refugiado con su hija en la calle de Tour-des-Dames, en casa de una antigua vendedora de objetos de tocador, que se había hecho devota, que subarrendaba habitaciones amuebladas á sacerdotes. Habitaban allí las dos una gran pieza desnuda, de una miseria digna y triste, cuyo fondo estaba ocupado por una alcoba cerrada. Había en ésta dos pequeñas camas, y cuando las puertas, vestidas del mismo papel que las paredes, estaban cerradas, la pieza se transformaba en salón. Esta feliz disposición las había consolado un poco. Pero no hacía dos horas que la condesa se hallaba instalada allí, el sábado, cuando una visita inesperada, extraordinaria, la sumió en una viva angustia. Alicia acababa de salir, felizmente, á hacer un encargo. Era Busch, con su cara aplastada y sucia, su levita grasienta y su corbata blanca rodeada como una cuerda, que, advertido sin duda por su olfato del minuto favorable, se decidía al fin á realizar su antiguo negocio del reconocimiento de diez mil francos, firmado por el

conde á Leonia Cron. De una ojeada por la habitación, había juzgado la situación de la viuda: ¿habría tardado demasiado tiempo? Y como hombre capaz, cuando llegaba la ocasión, de urbanidad y de paciencia, explicó largamente el asunto á la condesa asustada. Aquella era ¿no es cierto? la letra de su marido, lo que establecía claramente la historia: una pasión del conde por la joven, una manera de conseguirla, desde luego, después, de desembarazarse de ella. Ni siquiera lo ocultó que, legalmente, y después de cerca de quince años, no la creía obligada á pagar. Pero él no era más que el representante de su cliente, y sabía que ésta estaba resuelta á acudir á los tribunales, á armar el más espantoso de los escándalos, si no se transigía. La condesa, pálida, herida en el corazón por aquel horrible pasado que resucitaba, asombróse de que se hubiera esperado tanto tiempo antes de dirigirse á ella; pero él había inventado una historia, la pérdida del documento, encontrado al fin en el fondo de un baul; y como ella rehusase definitivamente examinar el asunto, él se marchó, siempre muy cortés, diciendo que volvería con su cliente, no al día siguiente, porque ésta no podía dejar el domingo la casa donde trabajaba, pero con seguridad el lunes ó el martes.

El lunes, en medio de la espantosa aventura ocurrida á su hija, desde que se la habían traído delirante, y que la velaba con los ojos cegados por las lágrimas, la condesa de Beauvilliers no se

acordaba ya de aquel hombre de tan mal aspecto ni de su cruel historia. Acaba, al fin, Alicia de dormirse, y la madre se había sentado, rendida, destrozada por aquel encarnizamiento de la suerte, cuando Busch presentóse de nuevo, acompañado ahora de Leonida.

—Señora, aquí está mi cliente, y va á ser preciso acabar.

Ante la aparición de la mujerzuela, estremeciéndose la condesa. Mirábala vestida de colores chillones, con sus ásperos cabellos negros caídos sobre las cejas, su rostro ancho y fofo, la inmundicia bajeza de toda su persona, gastada por diez años de prostitución. Y sentíase atormentada, herida en su orgullo de mujer, después de tantos años de perdón y de olvido. ¡Dios mío! Y el conde le hacía traición por criaturas destinadas á caer tan bajo!

—Es preciso acabar—insistió Busch—porque mi cliente tiene mucho que hacer en la calle Feydeau.

—¡Calle Feydeau!—repitió la condesa sin comprender.

—Sí, está allí..... En fin, está allí en una casa.

Trastornada, temblándole las manos, la condesa fué á cerrar completamente la alcoba, una sola de cuyas hojas estaba entornada. Alicia, en su fiebre, acababa de agitarse bajo la cubierta. ¡Con tal que se volviese á dormir, que no viese, que no oyese!

Busch añadía:

—Vaya, señora, entendedlo bien.... Esta señorita me ha encargado de su asunto, y yo la represento sencillamente. Por eso he querido que viniese ella en persona á exponer su reclamación.... Vamos, Leonida, explicaos.

Inquieta, embarazada en el papel que él la hacía representar, ésta lo miró con sus ojos recelosos de perro castigado. Pero la esperanza de los mil francos que le había prometido, la decidió. Y con su voz ronca, rasgada por el alcohol, mientras que él sacaba y desdoblaba de nuevo el reconocimiento del conde:

—Sí, ese es, ese es el papel que me firmó el señorito Carlos.... Yo era la hija del carretero, de Cron el cabrón, como le llamaban, ya sabéis, señora.... Y entonces, el señorito Carlos estaba siempre cogido á mis faldas, pidiéndome porquerías. Esto me disgustaba. Cuando una es joven ¿verdad? no sabe nada, y no es amable con los viejos.... Y entonces, el señorito Carlos me firmó el papel, una noche que me llevó á la cuadra....

En pie, crucificada, la condesa la dejaba hablar, cuando le pareció oír un gemido en la alcoba. Hizo un gesto de desesperación.

—¡Callaos!

Pero Leonida se había disparado, quería acabar.

—Dígame lo que se quiera, no es honrado, cuando no se quiere pagar, perder á una joven

buená.... Sí, señora, vuestro señorito Carlos era un ladrón. Esto piensan todas las mujeres á quienes cuento el caso.... Y yo os respondo de que la cosa valía bien el dinero.

—¡Callaos, callaos!—gritó furiosamente la condesa levantando los brazos, como para aplastarla, si continuaba.

Leonida tuvo miedo, y alzó el codo para proteger su cara, con el movimiento instintivo de las mujerzuelas acostumbradas á las bofetadas. Y reinó un espantoso silencio, durante el cual pareció que un nuevo gemido, un rumor de llanto sofocado, salía de la alcoba.

—En fin, ¿qué queréis?—dijo la condesa temblando, bajando la voz.

En este punto, Busch intervino de nuevo.

—Pero, señora, esta muchacha quiere que se le pague. Y la desdichada tiene razón al decir que el señor conde de Beauvilliers obró mal con ella. Esto es sencillamente una estafa.

—Nunca pagaré semejante deuda.

—Entonces, vamos á tomar un coche, al salir de aquí, y á ir al juzgado, donde presentaré la demanda que he redactado de antemano, y que veís aquí.... En ella están relatados todos los hechos que os ha dicho esta señorita.

—Caballero, eso es una estafa abominable, vos no haréis eso.

—Dispensadme, señora, voy á hacerlo al instante. Los negocios son los negocios.

Una fatiga inmensa, un supremo desaliento

invadió á la condesa. Acababa de quebrarse el último orgullo que la tenía en pie, y cayó toda su violencia, toda su fuerza. Juntó las manos y balbuceó:

—Pero ya veis cómo estamos.... Mirad esta habitación.... No tenemos nada, acaso mañana no nos quedará ni de que comer.... ¿De dónde queréis que yo saque el dinero? ¡Diez mil francos, Dios mío!

Busch sonrió como hombre acostumbrado á pescar en estas ruinas.

—Oh! señoras como vos siempre tienen recursos. Buscando bien, se encuentra.

Hacia un momento que miraba, sobre la chimenea, un viejo cofrecillo de alhajas, que la condesa había dejado allí por la mañana, al acabar de vaciar un baúl; y olfateaba pedrerías, con la certeza del instinto. Sus ojos brillaron con tal fuego, que ella siguió su dirección, y comprendió.

—¡No, no!—exclamó.—¡Las alhajas, jamás!

Y aumentó el temblor de sus manos, y cogió el cofrecillo, como para defenderlo. ¡Aquellas últimas alhajas, tanto tiempo hacia en la familia, aquellas pocas alhajas que habia conservado á través de las mayores escaseces, como la única dote de su hija, y que eran en aquel momento supremo su único recurso!

—¡Jamás, antes preferiría dar pedazos de mi

En aquel momento, Carolina llamó y entró.

Llegaba trastornada, y se quedó sobrecogida por la escena, en medio de la cual caía. Con una frase, suplicó á la condesa que no se interrumpiese por ella; y se habria marchado sin un gesto suplicante de aquella, que creyó comprender. Retiróse al fondo de la pieza, y allí se estuvo en pie.

Busch acababa de ponerse el sombrero, mientras que, más embarazada á cada momento, Leonida se dirigia á la puerta.

—Entonces, señora, no nos queda más que retirarnos.

Sin embargo, no se retiraba. Repitió toda la historia en términos más vergonzosos, como si hubiera querido humillar todavía á la condesa delante de la recién llegada, aquella señora á quien afectaba no reconocer, según su costumbre, cuando estaba en negocios.

—Adiós, pues, señora, de aquí nos vamos al Juzgado. Antes de tres dias, saldrá en los periódicos el relato completo. Vos lo habréis querido.

—¡En los periódicos! ¡Aquel espantoso escándalo, sobre las ruinas mismas de su casa! ¡No era ya bastante ver caer en polvo la antigua fortuna; era menester que todo se hundiese en el fango! ¡Ah, que se salvase al menos el honor del nombre! Y con un movimiento maquinal, abrió el cofrecillo. Aparecieron los pendientes, el brazalete, tres sortijas, brillantes y rubies, con sus monturas antiguas.

Busch se aproximó vivamente. Sus ojos se enternecieron con una dulzura de caricia.

—¡Oh! Ahí no hay por valor de diez mil francos.... Permitid que vea.

Ya, una á una, tomaba las alhajas, las volvia, las alzaba en el aire, con sus gordos dedos temblorosos de enamorado, con su pasión sensual por las pedrerías. La pureza de los rubies, sobre todo, pareció sumirlo en un éxtasis. Y aquellos brillantes antiguos, si á veces mal tallados, ¡qué luces tan maravillosas!

—¡Seis mil francos!—dijo con una voz dura de pregonero de subasta—ocultando su emoción bajo esta cifra de estimación total. No cuento más que las piedras, las monturas no valen más que para fundirlas. En fin, nos contentaremos con seis mil francos.

Pero el sacrificio era muy rudo para la condesa. Tuvo un despertar de violencia, le quitó las alhajas y las apretó con sus manos convulsas. ¡No, no! Era demasiado exigir de ella que echase todavía al abismo aquellas pocas piedras, los últimos restos del naufragio, que había llevado su madre, que su hija debía llevar el día de su matrimonio. Y ardientes lágrimas brotaron de sus ojos y rodaron por sus mejillas, con tal dolor trágico que Leonida, conmovido el corazón, llena de piedad, se puso á tirar á Busch de la levita para obligarlo á partir. Ella quería irse, porque, en fin, le daba lástima apenar tanto á aquella pobre señora que parecía tan buena. Busch, muy frío, seguía la escena, seguro ahora de llevárselo todo, sabiendo por su larga expe-

riencia que las crisis de lágrimas en las mujeres anuncian la ruina de la voluntad; y esperaba.

Acaso se habría prolongado la horrible escena, si en aquel momento no se hubiera dejado oír una voz lejana, desgarradora, sollozante. Era Alicia que gritaba desde el fondo de la alcoba.

—¡Oh, mamá, me matan!.... ¡Dáselo todo, que se lo lleven todo!.... ¡Oh, mamá, que se vayan!.... ¡Me matan, me matan!

Entonces la condesa hizo un gesto de abandono desesperado, un gesto en el cual habría dado su vida. Su hija había oído, su hija se moría de vergüenza. Y tiró las alhajas á Busch, y apenas le dió tiempo para poner sobre la mesa, en cambio, el reconocimiento del conde, empujándolo afuera, detrás de Leonida que había desaparecido. Luego fué á abrir la alcoba y se dejó caer sobre la almohada de Alicia, ambas acabadas, aniquiladas, mezclando sus lágrimas.

Carolina, indignada, había estado un momento á punto de intervenir. ¿Dejaría al miserable despojar así á aquellas dos pobres mujeres? Pero ella había oído también la innoble historia, ¿y qué hacer para evitar el escándalo? porque ella sabía que aquel hombre era capaz de llevar hasta el fin sus amenazas. Ella misma estaba avergonzada ante él, en la complicidad de los secretos que había entre ellos. ¡Ah, cuántos sufrimientos, cuánta basura! Sentíase invadida de un gran malestar: ¿qué había ido á hacer allí,

puesto que no encontraba ni una palabra que decir, ni un socorro que dar. Todas las frases que le acudían á los labios, las preguntas, las simples alusiones, á propósito del espantoso drama de la víspera, le parecían mortificantes, imposibles de arriesgar delante de la víctima, trastornada todavía, muriendo de su manilla. ¿Y qué socorros habría podido dejar, que no parecieran una limosna irrisoria, ella igualmente arruinada, muy apurada ya para esperar el fin del proceso? Adelantóse al fin, los ojos llenos de lágrimas y los brazos abiertos, con una piedad infinita, y un profundo enternecimiento que la ponían toda temblorosa.

Todo lo que quedaba de la antigua raza de los Beauvilliers, en otro tiempo tan poderosa, soberana, era aquellas dos miserables criaturas hundidas, acabadas, en el fondo de la pobre alcoba de una casa amueblada. Esa raza había tenido tierras tan grandes como un reino, le habían pertenecido veinte leguas del Loira, castillos, praderas, labores, bosques. Luego, aquella inmensa fortuna patrimonial se había ido yendo poco á poco con el transcurso de los siglos, y la condesa acababa de anegar el último resto en una de esas tempestades de la especulación, de que ella no entendía nada: primero sus veinte mil francos de economías, ahorrados sueldo á sueldo para su hija, después los sesenta mil francos tomados á préstamo sobre las Aublets, luego esta granja entera. El hotel de la calle de

San Lázaro no pagaría á los acreedores. Su hijo había muerto lejos de ella y sin gloria. Le habían llevado á su hija herida, mancillada por un bandido, como se lleva á su casa, sangriento y cubierto de lodo, á un niño que acaba de aplastar un carruaje. Y la condesa, tan noble aun poco antes, delgada, alta, toda blanca, con su gran aire anticuado, no era ya más que una pobre vieja destruída, destrozada por aquella devastación; mientras que, sin belleza, sin juventud, mostrando la desgracia de su cuello demasiado largo, en el desorden de su camisa, Alicia miraba con ojos de loca, donde se leía el mortal dolor de su último orgullo, de su virginidad violentada. Y las dos sollozaban siempre, sollozaban sin fin.

Carolina no pronunció ni una palabra, las cogió simplemente á las dos, y las apretó estrechamente contra su pecho. No encontraba otra cosa, lloraba con ellas. Las dos desgraciadas comprendieron y redoblaron sus lágrimas, más dulces. Si aquello no tenía consuelo posible, ¿no era preciso vivir aún, vivir á pesar de todo?

Quando Carolina estuvo de nuevo en la calle, vió á Busch en gran conferencia con la Mechain. Lo vió parar un carruaje, empujar en él á Leonida, y desaparecer. Carolina apresuró el paso, pero la Mechain se dirigió hacia ella. La esperaba sin duda, porque en seguida le habló de Víctor, informada ya en persona de lo que había pasado la víspera en la Obra del Trabajo. Desde

que Saecard se había negado á pagar los cuatro mil francos, ella no descansaba, tratando de buscar la manera cómo podría explotar todavía el negocio; y acababa simplemente de saber la historia, en el boulevard Bineau, á donde iba amenudo con la esperanza de algún incidente aprovechable. Debía tener formado su plan, pues declaró á Carolina que iba á ponerse inmediatamente en busca de Victor. Era, demasiado terrible abandonar así á aquel desgraciado niño á sus malos instintos, había que recogerlo si no se le quería ver cualquier día ante un tribunal. Y, mientras que hablaba, sus ojillos, perdidos entre la grasa de su rostro, examinaban á la buena señora, contenta al notarla trastornada, diciéndose que el día en que encontrara al muchacho, sacaría de ella napoleones.

—De modo, señora, que, es cosa convenida, voy á ocuparme en ello. En el caso en que queráis saber noticias, no os toméis el trabajo de correr hasta la calle Mercadet, subid sencillamente á la casa del señor Busch, calle de Feydeau, donde me encontraréis con seguridad todas las tardes, á las cuatro.

Carolina volvió á la calle de San Lázaro con una nueva ansiedad en el corazón. Era cierto, aquel monstruo, abandonado por el mundo, errante y perseguido, ¿qué herencia del mal iba á saciar á través de las multitudes, como un lobo hambriento? Almorzó rápidamente, tomó un coche, pues tenía tiempo de pasar por el boulevard

Bineau, antes de ir á la Conserjería, y ardía en deseos de tener noticias en seguida. Ya en camino, en el trastorno de su fiebre, una idea se apoderó de ella, y la dominó: ir antes á casa. Máximo, llevarlo á la Obra del Trabajo, obligarlo á ocuparse de Victor, de quien era hermano, después de todo. Sólo él era rico, sólo él podía intervenir, ocuparse del asunto de un modo eficaz. Pero, en la Avenida de la Emperatriz, desde el vestíbulo del lujoso hotelito, Carolina se quedó helada, al ver tapiceros quitando cortinajes y alfombras, criados poniendo fundas á las sillerías y á las arañas, mientras que de todas las preciosidades, en desorden sobre los muebles, sobre las *etagères*, exhalábase un perfume expirante, así como de un *bouquet* arrojado al día siguiente de un baile. Y, en el fondo de la alcoba, encontró á Máximo, entre dos enormes baules que el ayuda de cámara acababa de llenar con todo un maravilloso *trousseau*, rico y delicado como para una novia.

Al verla, él fué quien habló el primero, muy frío, con voz seca.

—¡Ah, sois vos! Venís á tiempo; esto me evitará escribiros. Estoy harto y me marchó.

—¿Cómo, os marcháis?

—Sí, me marchó esta noche, voy á instalarme en Nápoles; donde pasaré el invierno.

Luego, cuando con un gesto hubo despedido al ayuda de cámara, añadió:

—¡Si creéis que me divierte tener hace seis

meses un padre en la Conserjería! Ciertamente no voy á quedarme para verlo ante el tribunal... ¡Yo que detesto los viajes! En fin, aquel es buen clima, llevo aproximadamente lo necesario, y acaso no me aburriré allá.

Carolina lo miraba, tan correcto, tan lindo, en su feroz eguismo; miraba los banles desbordantes, de los que no salía ni un lazo de esposa ni de querida, donde no se veía más que el culto de sí mismo; y se atrevió, sin embargo, á arriesgarse.

—Y yo que venía otra vez á pedir os un favor.

Y contó la historia: Víctor bandido, violando y robando, Víctor fugado, capaz de todos los crímenes.

—No podemos abandonarlo. Acompañadme, unamos nuestros esfuerzos...

El no la dejó acabar, livido, acometido de un temblorcillo de miedo, como si hubiera sentido posarse sobre su hombro alguna mano violenta y sucia.

—Está bien! ¡No faltaba más que eso!... Un padre ladrón, un hermano asesino... He tardado demasiado, quería marcharme la semana pasada. ¡Pero es abominable, abominable, poner á un

hombre como yo en una situación parecida!

Y como ella insistiese, se hizo insolente.

—Dejadme tranquilo! Puesto que os divierte esta vida de disgustos, seguid en ella. Yo os había prevenido, y si ahora lloráis os está bien empleado... Por mi parte, mirad, antes que

dar uno de mis cabellos, barrería al arroyo toda esa gentuza.

Carolina se había levantado.

Entonces, adiós!

Y, al retirarse, lo vió que llamaba al ayuda de cámara y que presenciaba el cuidadoso embalaje de su *nécessaire* de tocador, un *nécessaire* cuyas piezas, todas de plata sobredorada, eran del más gracioso trabajo; sobre todo la neubeta que tenía grabada una ronda de Amores. Mientras que éste se iba á vivir en el olvido y en la pereza, bajo el claro sol de Nápoles, ella tuvo bruscamente la visión del otro, vagabundeando una noche oscura y fría, hambriento, con un puñal en la mano, por cualquier calleuela apartada de la Villette ó de Charonne. ¿No era esta la respuesta á aquella pregunta de si será el dinero la educación, la salud, la inteligencia? Pues que el mismo barro humano hay debajo, ¿no se reducirá toda la civilización á esta superioridad de oler bien y de vivir bien?

Cuando llegó á la Obra del Trabajo, Carolina experimentó un singular sentimiento de indignación contra el enorme lujo del establecimiento. ¿Para qué aquellas dos majestuosas alas, el departamento de los niños y el departamento de las niñas, unidas por el pabellón monumental de la administración? ¿Para qué los patios grandes como parques, los azulejos de las cocinas, los mármoles de los refectorios, las escaleras, los

corredores, vastos para servir un palacio? ¿Para qué toda aquella caridad grandiosa, si no se podía, en aquel medio amplio y salubre, corregir á un ser viciado, hacer de un niño pervertido un hombre sano, que tiene la rectitud de razón de la salud? Inmediatamente se dirigió al director, le hizo mil preguntas, quiso conocer los menores detalles. Pero el drama seguía oscuro, y él no pudo hacer otra cosa que repetirle lo que ella sabía ya por la princesa. Desde la vispera habían continuado las investigaciones en la casa y en los alrededores, sin producir el menor resultado. Victor estaba ya lejos, galopaba allá por la villa, en el fondo del espantoso desconocido. No debía tener dinero, porque el portamonedas de Alicia, que había vaciado, no contenía más que tres francos y cuatro sueldos. El director había, por lo demás, evitado mezclar á la policía en el asunto, para ahorrar á las pobres señoras de Beauvilliers el escándalo público; y Carolina le dió las gracias y prometió que ella tampoco daría ningún paso en la prefectura, á pesar de su ardiente deseo de saber. Luego, desesperada por marcharse de allí tan ignorante como había ido, tuvo la idea de subir á la enfermería para preguntar á las hermanas. Pero tampoco obtuvo ninguna noticia precisa, y no gustó, allá arriba, en la tranquila pieza que separaba el dormitorio de los niños del de las niñas, más que algunos minutos de profunda calma. Subía un alegre estrépito, era la hora del recreo, y se sin-

tió injusta para las felices curaciones obtenidas por el aire libre, el bienestar y el trabajo. Ciertamente, allí crecían hombres sanos y fuertes. Un bandido por cuatro ó cinco medianos honrados; ¡qué hermoso sería todavía esto, en los azares que agravan ó que aminoran los vicios hereditarios!

Y Carolina, dejada sola un instante por la hermana de servicio, se aproximaba á la ventana, para tener el consuelo de ver jugar á los niños abajo, cuando la atraieron cristalinas voces de niñas en la enfermería vecina. La puerta estaba entreabierta, y pudo presenciar la escena sin ser notada. Era una pieza muy alegre, aquella enfermería blanca, de blancas paredes, con las cuatro camas colgadas de blanco. Una ancha franja de sol doraba aquella blancura, toda una florescencia de azucenas en medio del aire templado. En la primera cama de la izquierda reconoció en seguida á Magdalena, la niña que estaba ya allí, convaleciente, comiendo tartinas de confitura, el día en que ella había traído á Victor. Siempre estaba enferma, devastada por el alcoholismo de su raza, tan pobre de sangre, que con sus grandes ojos de mujer hecha, era diáfana y blanca como una santa de vidriera. Tenía trece años y estaba ya sola en el mundo: había muerto su madre, una noche de borrachera, de un puntapié en el vientre que le había largado un hombre por no darle los seis sueldos que habían convenido. Y estaba allí, con su larga camisa blanca, arrodillada en medio de su cama,

con sus rubios cabellos sueltos sobre los hombros, enseñando una oración á tres niñas que ocupaban las otras tres camas.

— ¡Juntad vuestras manos así, abrid del todo vuestro corazón!

Las tres niñas estaban también arrodilladas en sus camas. Dos tenían de ocho á diez años, la tercera no llegaba á cinco. Con sus largas camisas blancas, sus débiles manos juntas, y sus rostros serios y extáticos, se las habría tomado por angelitos.

— ¡Y vais á repetir conmigo lo que voy á decir. Escuchad bien! Dios mío! haced que el señor Saccard sea recompensado por su bondad, que viva muchos años y que sea dichoso.

Y con voces de querubín, con un cecéo de una adorable torpeza de infancia, las cuatro niñas repitieron juntas, en un arranque de fe en el que habían puesto todo su ser puro,

— ¡Dios mío! haced que el señor Saccard sea recompensado por su bondad, que viva muchos años y que sea dichoso.

Con un movimiento arrebatado, Carolina iba á entrar en la pieza á hacer callar á las niñas, á prohibirlés lo que ella miraba como un juego blasfemo y druel. ¡No, no! Saccard no tenía el derecho de ser amado, y era manchar la infancia dejarla rogar por su dicha! Pero la detuvo un gran estremecimiento; las lágrimas acudían á sus ojos. ¿Por qué había de comunicar sus quejas, la cólera de su experiencia, á aquellos ino-

centes seres que aún no sabían nada de la vida? ¿Es que Saccard no había sido bueno para ellos, él que era en parte, el creador de aquella casa, que les enviaba juguetes todos los meses? Sentía hondamente turbada, el encontrar aquella prueba de que no hay ningún hombre condenable que, en medio de todo el mal que haya podido hacer, no haya hecho mucho bien. Y se fué, mientras que las niñas repetían sus plegaria, llevando en sus oídos aquellas voces angélicas que llamaban las bendiciones del cielo sobre el hombre de inconsciencia y de catástrofe, cuyas locas manos acababan de arruinar un mundo.

Cuando dejaba al fin su fiacre, en el boulevard del Palacio, delante de la Conserjería, advirtió que, en su emoción, había olvidado, en su casa, el ramo de claveles que había preparado aquella mañana para su hermano. Había allí una vendedora de ramitos de rosas de dos sueldos, y tomó uno, é hizo sonreír á Hamelin, que adoraba las flores, cuando le contó su aturdimiento. Aquel día, sin embargo, lo encontró triste. Al principio durante las primeras semanas de su prisión, no había podido creer que hubiera cargos serios contra él. Su defensa le parecía muy sencilla: no se le había nombrado presidente sino contra su gusto, y como había permanecido apartado de todas las operaciones financieras, casi siempre ausente de París, no pudo ejercer ninguna intervención. Pero las conversaciones

con su abogado, los pasos que daba Carolina y de los cuales le contaba la fatiga inútil, le habían hecho entrever en seguida las espantosas responsabilidades que pesaban sobre él. Iba á ser solidario de las menores ilegalidades cometidas, jamás se admitiría que ignorase ni una sola, Saccard lo arrastraba en una deshonrosa complicidad. Y entonces fué cuando debió á su fe sencilla de católico practicante una resignación, una tranquilidad de alma, que asombraban á su hermana. Cuando ella llegaba de fuera, de sus correrías ansiosas, de aquella humanidad en libertad tan turbada y tan dura, quedaba impresionada al verlo tranquilo, sonriente, en su desnuda celda, donde habla, como niño piadoso, clavado cuatro estampas religiosas, chillonamente iluminadas, alrededor de un pequeño crucifijo de madera negra. Desde que uno se pone en manos de Dios, ya no hay protesta; todo sufrimiento inmerecido es una prenda de salvación. Su única tristeza, á veces, venía de la suspensión desastrosa de sus grandes trabajos. ¿Quién reanudaría su obra? ¿Quién continuaría la resurrección del Oriente, tan felizmente comenzada por la Compañía general de vapores reunidos y por la Sociedad de las minas de plata del Carmelo? ¿Quién construiría la red de líneas férreas, de Brusas á Beirut y á Damasco, de Esmirna á Trébisonda, toda aquella circulación de sangre joven en las venas del viejo mundo? Allí, por lo demás, aho-

ra, creía él y lo decía, la obra emprendida no podía morir, y no experimentaba más que el dolor de no ser el elegido él por el cielo para ejecutarla. Sobre todo, su voz se conmovía cuando trataba de averiguar en castigo de qué falta no le había permitido Dios realizar el gran banco católico destinado á trasformar la sociedad moderna, aquel Tesoro del Santo Sepulcro que daría un reino al Papa y que acabaría por hacer una sola nación de todos los pueblos, arrebatando á los judíos el poder soberano del dinero. El predecía también aquel banco, inevitable, invencible; y anunciaba al Justo de manos puras que lo fundaría un día. Y si, aquella tarde estaba pensativo, esto debía ser sencillamente porque, en su serenidad de acusado de quien se iba á hacer un culpable, había pensado que, jamás, al salir de la prisión, tendría ya las manos bastante limpias para volver á emprender el gran trabajo.

Escuchó distraído á su hermana explicarle que, en los periódicos, la opinión parecía que le iba siendo algo más favorable. Después, sin transición, mirándola fijamente con sus ojos de durmiente despertado, preguntó:

—¿Por qué rehusas verlo?

Carolina se estremeció, comprendiendo perfectamente que le hablaba de Saccard. Con un movimiento de cabeza contestó que no y que no. Entonces él se decidió, y confuso, en voz baja, le dijo:

—Después de lo que ha sido para tí, no puedes negarte. ¡Ve á verlo!

¡Dios mío, su hermano sabía!..... Sintióse invadida de un ardiente rubor, y se arrojó en sus brazos para ocultar su rostro; y balbuceaba, le preguntaba quién había podido decirle, cómo sabía aquella cosa que ella creía ignorada, ignorada de él sobre todo.

—Mi pobre Carolina, hace ya mucho tiempo.... Cartas anónimas, villanas gentes que nos tenían envidia..... Jamás te he hablado de ello, tú eras libre, no pensamos del mismo modo... Yo sé que eres la mejor mujer de la tierra. Ve á verlo.

Y, alegremente, recobrando su sonrisa, volvió á coger el ramito de rosas que había colocado ya detrás del crucifijo, y se lo puso otra vez en las manos, añadiendo:

—¡Toma! Llévale esto y dile que yo no le aborrezco tampoco.

Carolina, trastornada por aquella ternura tan piadosa de su hermano, en la terrible vergüenza y el delicioso consuelo que experimentaba á la vez, no resistió ya. Por lo demás, desde por la mañana se le imponía la sorda necesidad de ver á Saccard. ¿Podía dejar de advertirle de la fuga de Víctor, de la atroz aventura que aún la estremecía? Hacía tiempo que él la había hecho inscribir entre las personas que deseaba recibir; y no tuvo más que decir su nombre, y un guardián la condujo inmediatamente á la celda del prisionero.

Cuando entró, Saccard volvía la espalda á la puerta, sentado delante de una mesita, donde cubría de números una hoja de papel.

Levantóse vivamente con una exclamación de alegría.

—¡Vos!..... ¡Oh, qué buena sois, cuán dichoso me hacéis!

Le había cogido una mano entre las suyas, y ella sonreía con aire embarazado, muy conmovida, no encontrando la frase que habría sido necesario decir. Luego, con la mano que le quedaba libre, puso el ramito de dos sueldos sobre los papeles llenos de números que cubrían la mesa.

—¡Sois un ángel!—murmuró Saccard, encantado, besándole las manos.

Carolina habló al fin.

—Es verdad, era cosa concluida, yo os había condenado en mi corazón. Pero mi hermano ha querido que venga.....

—¡No, no, no digáis eso! Decid que sois demasiado inteligente, que sois demasiado buena, y que habéis comprendido, y que me perdonáis.....

Ella le interrumpió con un gesto.

—Os lo ruego, no me pidáis tanto. Ni yo misma sé..... ¿No os basta que haya venido?..... Y además, tengo que comunicaros una cosa muy triste.

Entonces, de un tirón, á media voz, contóle el salva e despertar de Víctor, su atentado sobre

la señorita de Beauvilliers, su fuga extraordinaria, inexplicable, la inutilidad hasta aquel momento de todas las pesquisas, la poca esperanza que había de encontrarlo. Él la escuchaba, sobrecogido, sin una pregunta, sin un gesto; y, cuando ella se calló, dos gruesas lágrimas brotaron de sus ojos y rodaron por sus mejillas mientras que balbuceaba:

—¡El desdichado!..... ¡El desdichado!.....

Jamás lo había visto ella llorar. Y quedó profundamente conmovida y asombrada; de tal modo aquellas lágrimas de Saccard eran singulares, turbias y pesadas, venidas de lejos, de un corazón endurecido, manchado por años de brigandaje. Por lo demás, él en seguida se desesperó ruidosamente.

—Pero eso es espantoso, ni siquiera he abrazado á ese niño..... Porque vos sabéis que no lo he visto. ¡Dios mío! sí, yo me había jurado ir á verlo, y no he tenido tiempo, ni una hora libre, con estos malditos negocios que me devoran..... ¡Ah! siempre sucede lo mismo: cuando no se hace una cosa en seguida, se está cierto de no hacerla jamás.... ¿Y, ahora, estáis segura de que no puedo verlo? Me lo traerían aquí.

Ella movió la cabeza.

—¿Quién sabe dónde estará, á estas horas, en lo desconocido de este terrible París?

Por un instante todavía, se paseó Saccard violentamente, soltando trozos de frases.

—Me encuentran ese niño, y ¡eal lo pierdo!.....

Jamás lo veré..... ¡Mirad! Es que no tengo suerte, ¡no, ninguna suerte!..... ¡Oh, Dios mío! Es la misma historia que con el Universal.

Había vuelto á sentarse delante de la mesa, y Carolina tomó una silla enfrente de él. Revolviendo los papeles, todo el voluminoso legajo que preparaba hacía meses, emprendió la historia del proceso y la exposición de sus medios de defensa, como si hubiera sentido la necesidad de mostrarse inocente ante ella. La acusación le reprochaba: el capital sin cesar aumentado para excitar los precios y hacer creer que la sociedad poseía en toda integridad sus fondos; la simulación de suscripciones y de entregas no efectuadas, gracias á las cuentas de Sabatani y de los demás testaferos, que pagaban solamente con comedias de escrituras; la distribución de dividendos ficticios, en forma de liberación de títulos antiguos; en fin, la compra por la sociedad de sus propias acciones, toda una desenfundada especulación que había producido el alza extraordinaria y artificial, de que había muerto la sociedad, agotada de oro. A esto contestaba él con explicaciones abundantes, apasionadas: había hecho lo que hace todo director de Banco, sólo que lo había hecho en grande, con la franqueza de hombre fuerte. Si se procediera con lógica debían estar encerrados como él todos los jefes de las casas más sólidas de París. Se le hacía la víctima expiatoria de las ilegalidades de todos. Por otra parte, ¡qué extraña manera de

apreciar las responsabilidades! ¿Por qué no se perseguía también á los administradores, los Daigremont, los Huret, los Bohain, que además de sus cincuenta mil francos de dietas, cobraban el diez por ciento de los beneficios, y que habían pescado en todas las aguas revueltas? ¿Por qué también la completa impunidad de que gozaban los comisarios censores, Lavigniere entre ellos, que estaban libres por alegar su incapacidad y su buena fe? Evidentemente, este proceso iba á ser la más monstruosa de las iniquidades, pues se debía haber hecho caso omiso de la demanda por estafa de Busch, porque alegaba hechos no probados; y el informe del perito, después de un primer examen de los libros, acaba de ser reconocido como lleno de errores. ¿Por qué, entonces, la quiebra, declarada de oficio á consecuencia de aquellas dos piezas, cuando no había sido malversado ni un sueldo de los depósitos, y cuando todos los clientes debían volver á tomar sus fondos? ¿Es que se quería arruinar únicamente á los accionistas? En este caso, se había conseguido lo que se quería, el desastre se agravaba, se ensanchaba sin límites. Y de esto no se acusaba él, acusaba á la magistratura, al gobierno, á todos los que se habían conjurado para suprimirlo, para matar el Universal.

—¡Ah, si los miserables me hubieran dejado libre, ya habríais visto, ya habríais visto!

Carolina lo miraba, asombrada de su inconsciencia, que llegaba á una verdadera grandeza.

Recordaba sus teorías de otras veces: la necesidad del juego en las grandes empresas, en que toda remuneración justa es imposible, la especulación considerada como el exceso humano, el abono necesario, el estercoero donde brota el progreso. ¿No era él quien, con sus manos sin escrúpulos, había caldeado la enorme máquina locamente, hasta hacerla saltar en pedazos, hiriendo á todos los que arrastraba con ella? ¿No era él quien había querido aquel precio de tres mil francos, de una exageración insensata, imbécil? Una sociedad con capital de ciento cincuenta millones, y cuyos trescientos mil títulos, cotizados á tres mil francos, representan novecientos millones: ¿se podía justificar esto, no había allí un peligro espantoso en la distribución del colosal dividendo que semejante suma empeñada exigía, al simple interés de cinco por ciento?

Saccard se había levantado, iba y venía por la estrecha pieza, con un paso nervioso de gran conquistador enjaulado.

—¡Ah, bien sabían los miserables lo que se hacían encerrándome aquí.... Yo iba á triunfar, á aplastarlos á todos.

Carolina hizo un movimiento de sorpresa y de protesta.

—¿Cómo triunfar? ¡Pero si no teníais ni un sueldo, si estabais vencido!

—Evidentemente—contestó él con amargura—yo estaba vencido, soy un canalla.... La honradez, la gloria, no son más que el éxito. No

hay que dejarse derrotar, de otro modo no se es al día siguiente más que un imbécil y un tunante.... ¡Oh! adivino bien lo que se puede decir, no tenéis necesidad de repetírmelo. ¿No es esto? Se me trata corrientemente de ladrón, se me acusa de haberme metido en los bolsillos todos esos millones, si me cogieran me ahogarian; y, lo que es peor, hay quien se encoge de hombros con lástima teniéndome por un simple loco, por una pobre inteligencia.... Pero si hubiera triunfado, ¿imagináis lo que dirían? Sí, si hubiera abatido á Gundermann y conquistado el mercado, si á estas horas fuera el rey indiscutido del oro, ¿eh? ¡qué triunfo! Sería un héroe, tendría París á mis pies.

Ella le hizo frente, diciéndole con franqueza: —No teníais con vos ni la justicia ni la lógica, y no podíais triunfar.

El se había detenido ante ella con un movimiento brusco, y contestó con arrebatos:

—¡Que no podía triunfar! ¡Vaya, pues! Que me ha faltado el dinero! Hé aquí todo! Si Napoleón, el día de Waterloo, hubiera tenido cien mil hombres más que hacer matar, habría vencido, y la faz del mundo hubiera cambiado. Si yo hubiera podido sacrificar los pocos centenares de millones necesarios, á estas horas sería el amo del mundo.

—¡Pero eso es espantoso! —exclamó ella indignada. —¿Cómo? ¡Os parece que no ha habido bastantes ruinas, bastantes lágrimas, bastante

sangre! ¡Necesitarians aún más desastres, más familias despojadas, más desdichados reducidos á mendigar por las calles!

Saccard reanudó su violento paseo, y, con un gesto de indiferencia, lanzó esta exclamación:

—¿Acaso la vida se inquieta de todo eso? Cada paso que se da, aplasta millares de existencias.

Hubo un instante de silencio, y Carolina lo seguía en sus paseos, con el corazón invadido de frío. ¿Era un tunante, era un héroe? Y se estremecía, preguntándose qué pensamientos de gran capitán vencido, reducido á la impotencia, podían rodar por aquel cerebro en los seis meses que llevaba encerrado en aquella celda; y sólo entonces echó una ojeada alrededor suyo: cuatro paredes desnudas, una pequeña cama de hierro, una mesa de madera blanca, dos sillas de paja. ¡El que había vivido en medio de un lujo prodigado, escandaloso!

De pronto volvió él á sentarse, sintiendo como si se le rompieran las piernas de cansancio. Y habló largamente, á media voz, en una especie de confesión involuntaria.

—Gundermann tenía razón, decididamente; la fiebre no conduce á nada en la Bolsa.... ¡Ah, el miserable es dichoso con no tener ni sangre, ni nervios, con no poder dormir con una mujer, ni beber una botella de Borgoña! Creo, por lo demás, que siempre ha sido como ahora, sus venas no llevan más que hielo.... Es evidente que yo soy muy apasionado. La razón de mi derrota

no está en otra cosa; por esto me he roto el alma tantas veces. Y hay que añadir, que si mi apasionamiento es lo que me mata, también es mi apasionamiento lo que me hace vivir. Sí, me arrebató, me engrandece, me sube muy arriba y luego me abate, destruyendo de un golpe toda su obra. Gozar no es, acaso, más que devorarse.... Ciertamente, cuando pienso en estos cuatro años de lucha, veo bien que todo lo que me ha hecho traición, es todo lo que he deseado, todo lo que he poseído.... Esto debe ser incurable. Soy cosa perdida.

Y un arranque de cólera lo sublevó contra su vencedor.

—¡Ah, ese Gundermann, ese cochino judío, que triunfa porque no tiene deseos!... La judería está bien personificada en ese obstinado y frío conquistador, en marcha hacia el soberano imperio del mundo, por en medio de pueblos comprados uno á uno por la omnipotencia del oro. Hace ya siglos que la raza nos invade y triunfa, á pesar de los puntapiés en el trasero y de los escupitinajos. Él ya tiene un millar de millones, y tendrá dos, tendrá diez, tendrá ciento, y será un día el amo de la tierra... Hace ya muchos años que ando gritando esto y nadie quiere escucharme, por creer que es un simple despecho de bolsista, cuando es el grito mismo de mi sangre. ¡Sí, el odio al judío lo tengo en la piel, ¡oh! y de muy lejos, en las raíces mismas de mi ser!

—¡Cosa singular!—murmuró tranquilamente

Carolina, con su vasto saber, su tolerancia universal.—Para mí, los judíos son hombres como los demás. Si están aparte, es porque se les ha puesto.

Saccard, que ni siquiera había escuchado, continuaba con más violencia.

—Y lo que me irrita, es que veo á los gobiernos cómplices, á los piés de esos bandidos. ¡Hasta el emperador está vendido por completo á Gundermann! ¡Como si fuera imposible reinar sin el dinero de Gundermann! Verdaderamente, Rougon, el gran hombre de mi hermano, se ha portado conmigo de una manera bien sucia; porque, no os lo había dicho, yo he sido bastante cobarde para buscar una reconciliación, antes de la catástrofe, y si estoy aquí es porque él ha querido. No importa, puesto que le estorbo, que se desembarace de mí. A pesar de todo, no le guardaré rencor más que por su alianza con esos cochinos judíos... ¿Habéis pensado en esto? ¡El Universal ahogado para que Gundermann continúe su comercio! ¡Todo banco católico, demasiado poderoso, aplastado, como un peligro social, para asegurar el triunfo definitivo de la judería, que nos devorará, y bien pronto!... ¡Ah, que lleve cuidado Rougon! Él también será devorado, él el primero, barrido de ese poder á que se agarra con todas sus fuerzas, por el que reniega de todo... Es muy hábil su juego de balancín, las prendas dadas un día á los liberales, otro día á los autoritarios; pero, en ese juego, se acaba fatalmente por

caer y por desnucarse. Y, puesto que todo cruje, que se cumpla, pues, el deseo de Gundermann; su predicción de que la Francia será derrotada, si llega la guerra con la Alemania!... Dispuestos estamos, los prusianos, no tienen más que entrar y tomar nuestras provincias.

Con un gesto aterrado y suplicante ella le hizo callar, como si fuera á atraer el rayo.

—¡No, no! No digáis esas cosas. No tenéis derecho á decirlas... Y además, vuestro hermano no ha entrado por nada en vuestra prisión. Sé, por noticias de buena fuente, que quien lo ha hecho todo ha sido el ministro de Justicia, Delcambre.

La cólera de Saccard se desvaneció de repente en una sonrisa.

—¡Oh! Ese se venga.

Y, como Carolina lo mirase con aire de interrogación, añadió:

—Sí, una antigua historia entre nosotros... Sé de antemano que seré condenado.

Sin duda ella sospechó la historia, porque no insistió. Reinó un corto silencio, durante el cual, Saccard cogió de nuevo los papeles que había sobre la mesa, entregado otra vez á su idea, fija.

—Habéis sido muy amable, querida amiga, con haber venido, y quiero que me prometáis que volveréis, porque tenéis muy buen juicio y deseo consultaros algunos proyectos... ¡Ah, si yo tuviera dinero!

Ella la interrumpió vivamente, aprovechando

la ocasión para aclarar un punto que no se le iba del pensamiento y que la atormentaba hacía meses. ¿Qué había hecho de los millones que debía poseer por su parte? ¿Los había enviado al extranjero, ó enterrado al pié de algún árbol de él solo conocido?

—¡Pero vos tenéis dinero! ¡Los dos millones de Sadowa, los nueve millones de vuestras tres mil acciones, si las vendisteis al precio de tres mil!

—¡Yo, querida mía, no tengo ni un céntimo!

Y dijo esto con una voz tan clara y tan desesperada, mirándola al mismo tiempo con tal aire de sorpresa, que ella quedó convencida.

—Jamás me ha quedado un céntimo, en los negocios que han acabado mal... Yo me arruino con los demás.... Verdad es que he vendido; pero también he vuelto á comprar; y me vería muy embarazado para explicaros claramente á dónde han ido á parar mis nueve millones, aumentados con otros dos millones más... Hasta creo que mi cuenta con el pobre Mazaud se saldaba con una deuda de treinta á cuarenta mil francos... ¡Ni un céntimo, la gran escobada, como siempre!

Carolina quedó tan aliviada, tan contenta, que bromeó sobre su ruina, la suya y la de su hermano.

—Nosotros también, cuando todo esté terminado, creo que no tendremos ni para comer un mes... ¡Ah, ese dinero, esos nueve millones

que nos habíais prometido, ya recordaréis que me daban miedo! Nunca he vivido con tanto malestar; y qué descanso, la noche del día en que lo devolví todo á favor del activo!... Hasta los trescientos mil francos de la herencia de nuestra tía se han ido. Esto no es muy justo. Pero, ya os lo había dicho, el dinero encontrado, el dinero que no se ha ganado, apenas si se aprecia... ¡Y bien veis que estoy alegre y que río ahora!

El la detuvo con un gesto febril, cogiendo los papeles de la mesa, y blandiéndolos.

—¡No os importel! Seremos muy ricos.

—¿Cómo?

—¿Creéis, acaso, que he abandonado mis ideas?... Desde hace seis meses, trabajo aquí, velo noches enteras, para reconstruirlo todo. ¡Y esos imbéciles que me achacan como un crimen aquel balance anticipado, pretendiendo que, de los tres grandes negocios, los Vapores reunidos, el Carmelo y el Banco nacional turco, sólo el primero ha dado los beneficios previstos! ¡Voto á!... Si los otros dos han peligrado, es porque yo no estaba allí. Pero cuando me suelten, ¡oh! cuando yo vuelva á ser el amo, ya veréis, ya veréis....

Suplicante, ella quiso impedirle que prosiguiera. El se había puesto en pié, y se empujaba sobre sus piernecillas, gritando con su voz aguda:

—Están hechos los cálculos, ahí están los

números, ¡mirad!.... ¡El Carmelo y el Banco nacional turco no son más que simples juguetes! Nos falta la vasta red de caminos de hierro de Oriente, nos falta todo lo demás, Jerusalem, Bagdad, la conquista de toda el Asia Menor, lo que Napoleón no pudo hacer con su sable, y que haremos nosotros con nuestros azadones y nuestro oro.... ¿Cómo habéis podido creer que yo abandonase la partida? Napoleón volvió de la isla de Elba. Yo también, y no tendré más que mostrarme y todo el dinero de París se alzará para seguirme; y lo que es esta vez no habrá Waterloo, os respondo de ello, porque mi plan es de una exactitud matemática, previsto hasta en sus últimos céntimos.... ¡Al fin vamos á echar por tierra á ese maldito Gundermann! ¡No pido más que trescientos millones, y el mundo es mío!

Carolina había conseguido cogerle las manos y se apretaba contra él.

—¡No, no! ¡Callaos, me dais miedo!

Y, á pesar suyo, de su espanto surgía una admiración. Bruscamente, en aquella celda miserable y desnuda, asegurada con cerrojos, separada de los vivientes, acababa de experimentar la sensación de una fuerza desbordante, de un resplandecimiento de vida: la eterna ilusión de la esperanza, la obstinación del hombre que no quiere morir. Buscaba en sí la cólera, la execración de las faltas cometidas, y ya no las encontraba. ¿No lo había condenado, después de las irreparables desgracias de que fué causa? ¿No

había llamado el castigo, la muerte solitaria en el desprecio? Ella no conservaba de todo aquello más que su odio al mal y su piedad por todos los sufrimientos. El, aquella fuerza inconsciente y activa, apoderábase de nuevo de ella, como una de las violencias de la naturaleza, sin duda necesarias. Y después de todo, si aquello no era más que una debilidad de mujer, abandonábase á ella con delicia, con toda la maternidad paciente, toda la infinita necesidad de ternura que le había hecho amarle sin estima, en su elevada razón devastada por la experiencia.

—Se ha acabado—repitió muchas veces sin dejar de apretarle las manos entre las suyas.— ¡No podréis calmaros y descansar al fin!

Luego, como él se alzase para besar sus blancos cabellos, cuyos rizos le cubrían las sienes, con una vivaz abundancia de juventud, ella lo contuvo, y añadió con un aire de absoluta resolución y de profunda tristeza, dando á las palabras todo su sentido:

—¡No, no! Eso se ha concluido, concluido para siempre.... Estoy contenta de haberos visto por última vez, para que no quede cólera entre nosotros.... ¡Adiós!

Quando partió, lo vió en pie, junto á la mesa, verdaderamente conmovido por la separación, pero volviendo á ordenar ya con mano instintiva los papeles que había revuelto en su fiebre; y como el ramito de dos sueldos se hubiera deshojado entre las páginas, sacudía estas una á

una, batiendo con los dedos los pétalos de rosa. Tres meses después, á mediados de Diciembre, celebróse la vista del proceso del Banco Universal. Se llevó cinco largas sesiones en medio de una curiosidad muy viva. La prensa había hecho un ruido enorme alrededor de la catástrofe, circulaban historias extraordinarias sobre la lentitud del sumario. Fué muy notada la exposición de los hechos trazada por el fiscal, una obra maestra de feroz lógica, en la que los menores detalles estaban agrupados, utilizados, interpretados con una claridad implacable. Por lo demás, se decía que el fallo estaba dado de antemano. Y en efecto, la evidente buena fe de Hamelin, la heroica actitud de Saccard, que hizo frente á la acusación durante los cinco días, los discursos magníficos y resonantes de la defensa, no impidieron al tribunal condenar á los dos acusados á cinco años de prisión y á tres mil francos de multa. Pero puestos en libertad provisional bajo fianza un mes antes de la vista, y habiéndose presentado ante el tribunal en calidad de acusados libres, pudieron apelar y abandonar la Francia en las veinticuatro horas siguientes. Rougon había exigido este desenlace, no queriendo tener tan cerca el fastidio de un hermano en prisión. La misma policía vigiló la partida de Saccard, que marchó á Bélgica por un tren de noche. El mismo día había partido Hamelin para Roma.

Y transcurrieron tres meses más, eran ya

los primeros días de Abril, y todavía estaba Carolina en París, donde la había detenido el arreglo de asuntos muy enredados. Seguía habitando el pequeño cuarto del hotel de Orviedo, cuya venta anunciaban edictos. Por lo demás, acababa al fin de resolver las últimas dificultades, podía ya partir, ciertamente sin un céntimo en el bolsillo, pero sin dejar detrás de sí ninguna deuda; y debía salir de París al día siguiente, para ir á Roma á reunirse con su hermano, que había tenido la suerte de conseguir allí una modesta colocación como ingeniero, y que le escribía diciéndole que la esperaban algunas lecciones. Aquello era comenzar otra vez su existencia.

Al levantarse, la mañana de aquel último día que iba á pasar en París, le entró el deseo de irse sin intentar tener noticias de Víctor. Hasta entonces habían sido vanas todas las pesquisas. Pero se acordaba de las promesas de la Mechain, decíase que acaso sabría algo aquella mujer; y era fácil preguntarle, yendo á casa de Busch á las cuatro. Al pronto rechazó esta idea: ¿para qué si todo aquello había muerto? Después sufrió realmente, dolorido el corazón, como por un hijo que hubiera perdido, y sobre cuya tumba no hubiera colocado flores, al irse. A las cuatro fué á la calle Feydeau.

Estaban abiertas las dos puertas de la meseta, en la obscura cocina hervía agua fuertemente, mientras que en el otro lado, en el estrecho gabinete, la Mechain, que ocupaba el sillón

de Busch, parecía sumergida en medio de un montón de papeles que sacaba á fajos enormes de su viejo saco de cuero.

—¡Ah, sois vos, mi buena señora! A mala hora venís. El señor Segismundo está ya en la agonia. Y el pobre señor Busch tiene la cabeza perdida con ello, tanto ama á su hermano. No hace más que correr como un loco, y ahora ha salido para traer un médico.... Ya veis, yo tengo que ocuparme de sus asuntos, porque hace ocho días que ni siquiera ha comprado un título ni metido la nariz en un crédito. Felizmente, yo he hecho hace un momento un negocio ¡oh! un verdadero negocio que lo consolará algo de su pena cuando recobre la razón.

Carolina, sobrecogida, olvidaba que había ido allí por Víctor, porque había reconocido títulos del Universal en los papeles que la Mechain sacaba á puñados de su saco. El viejo cuero crujía, y ésta seguía sacando, y charlando por los codos, en medio de su alegría.

—¡Mirad! He conseguido todo esto por doscientos cincuenta francos, y habrá unos cinco mil, á un sueldo cada uno.... ¿Eh? á un sueldo acciones que han sido cotizadas á tres mil francos. Vedlas casi caídas al precio del papel, ¡sil del papel al peso.... Pero de todos modos valen más, nosotros las revenderemos lo menos á diez sueldos, porque son muy buscadas por las gentes en quiebra. Como comprenderéis, tienen tan buena reputación que *visten* todavía. Hacen muy

bien en un pasivo, es muy distinguido haber sido víctima de la catástrofe.... En fin, he tenido una suerte extraordinaria, he olfateado el foso donde, después de la batalla, dormía toda esta mercancía, un viejo fondo de matadero que un imbécil, mal informado, me ha dejado por nada. ¡Y ya pensaréis si habré caído sobre ello! ¡Ah, no me he descuidado, lo he limpiado todo vivamente!

Y se regocijaba como ave carnicera de los campos de matanza financieros, su enorme persona sudaba los inmundos alimentos con que se había engrasado, mientras que sus manos cortas y parecidas á ganchos, removían los muertos, aquellas acciones depreciadas, amarillentas ya y exhalando un olor rancio.

Oyóse una voz ardiente y baja que venía de la pieza vecina, cuya puerta estaba abierta del todo, como las dos de la meseta.

—¡Bueno! Ya está hablando otra vez el señor Segismundo. No hace otra cosa desde esta mañana.... ¡Dios mío! ¡Y el agua que hierve! ¡La había olvidado! Es para una porción de tisanas.... Mi buena señora, puesto que estáis aquí, haced el favor de ver si quiere alguna cosa.

La Mechain se fué á la cocina, y Carolina, á quien atraía el sufrimiento, entró en la alcoba. Alegaba la desnudez de ésta un claro sol de Abril, uno de cuyos rayos caía sobre la mesita de madera blanca, atestada de notas escritas, de voluminosos legajos, de donde se desbordaba el

trabajo de diez años; y seguía no habiendo allí nada más que las dos sillas de paja y los pocos volúmenes amontonados sobre tablas. En la estrecha cama de hierro, Segismundo, sentado contra tres almohadas, vestido hasta medio cuerpo con una corta blusa de franela roja, hablaba, hablaba sin descanso, bajo la singular excitación cerebral que precede algunas veces á la muerte de los tísicos. Deliraba, con momentos de extraordinaria lucidez; y en su enflaquecido rostro, encuadrado en sus largos cabellos rizados, sus ojos, desmesuradamente abiertos, interrogaban al vacío.

En seguida, cuando Carolina entró, pareció reconocerla, aunque no se hubiesen encontrado nunca.

—¡Ah! sois vos, señora!... Os había visto, os llamaba con todas mis fuerzas.... Acercaos, venid más cerca, que os diga en voz baja....

A pesar del ligero temblor de miedo que le había acometido, ella se aproximó, y tuvo que sentarse en una silla, contra la cama misma.

—No lo sabía, pero ahora lo sé. Mi hermano vende papeles, y he oído llorar gentes ahí, en su despacho.... ¡Mi hermano, ah! Tengo el corazón como atravesado por un hierro candente. Sí, esto es lo que tengo en el pecho, lo que me abrasa siempre, porque esto es abominable, el dinero, el pobre mundo que sufre.... De modo que, dentro de un momento, cuando yo haya muerto, mi hermano venderá mis papeles, y yo no quiero, ¡no quiero!

Su voz se alzaba, poco á poco, suplicante.

—¡Mirad! señora; ahí, sobre la mesa, están mis papeles. Dádmelos para que hagamos con ellos un paquete, y os los llevaréis, os los llevaréis todos.... ¡Oh, os llamaba, os aguardaba! ¡Perdidos mis papeles! ¡Aniquilada toda mi vida de estudios y de trabajos!

Y como ella vacilase en darle lo que pedía, juntó las manos.

—Por favor, que me asegure de que están ahí todos, antes de morir.... Mi hermano no está aquí, mi hermano no dirá que me mato.... Os lo suplico....

Entonces Carolina cedió, trastornada por el ardor de su ruego.

—Ya veis que hago mal, puesto que vuestro hermano dice que esto os hace daño.

—¡Daño, oh, no! Y además, ¡qué importa!... ¡Al fin he conseguido, después de tantas noches en vela, alzar esa sociedad del porvenir! Todo está ahí previsto y resuelto, eso es toda la justicia y toda la dicha posibles.... ¡Qué lástima no haber tenido tiempo de redactar la obra, con los desenvolvimientos necesarios! Pero aquí están mis notas completas, ordenadas. ¿Verdad que vais á salvarlas para que otro, algún día, les dé la forma del libro definitivo, lanzado por el mundo?....

Con sus largas y débiles manos había cogido los papeles y los hojeaba amorosamente, mientras que en sus grandes ojos, ya enturbiados,

encendíase una llama. Hablaba muy deprisa, con acento cascado y monótono, con el tic-tac de una cadena de reloj corrida por la pesa; y esto era el ruido mismo de la mecánica cerebral, funcionando sin parar en el desarrollo de la agonía.

—¡Ah, cómo la veo, cómo se eleva allí claramente, la ciudad de la justicia y de la dicha!... Allí todos trabajan, con un trabajo personal, obligatorio y libre. La nación no es más que una inmensa sociedad cooperativa, los instrumentos son propiedad de todos, los productos están centralizados en vastos depósitos generales. Se tiene derecho á tanto consumo social cuanto ha sido el trabajo útil realizado. La hora de trabajo es la medida común, un objeto no vale sino lo que ha costado de horas, ya no hay más que un cambio, entre todos los productores, con la ayuda de bonos de trabajo, y esto bajo la dirección de la comunidad, sin ningún otro descuento que el impuesto único para educar á los niños y mantener á los viejos, renovar los instrumentos y costear los servicios públicos gratuitos... ¡No más dinero, y por tanto, no más especulación, no más robo, no más tráficos abominables, no más crímenes de esos que la codicia irrita: las jóvenes casadas por su dote, los padres viejos estrangulados por su herencia, los transeuntes asesinados por su bolsa!... ¡No más clases hostiles de patrones y de obreros, de proletarios y de burgueses, y por tanto, no más leyes restrictivas, ni tribunales, ni fuerza armada para sostener el acaparamiento de

los unos contra el hambre rabiosa de los otros!... ¡No más ociosos de ninguna especie, y por tanto, no más propietarios nutridos por el alquiler, no más rentistas entretenidos como mujerzuelas por la suerte, no más lujo, en fin, ni miseria!... ¡Ah, esto es la equidad ideal, la soberana sabiduría: no más privilegiados, no más miserables, cada cual haciendo su dicha por su esfuerzo, el término medio de la dicha humana!

Exaltábase, y su voz se hacía más dulce, más lejana, como si se alejase y se perdiese muy arriba, en el porvenir cuya venida anunciaba.

—Y si entrara en detalles... Mirad esta hoja separada, con todas estas notas marginales: es la organización de la familia, el contrato libre, la educación y la manutención de los niños, puestas á cargo de la comunidad... Sin embargo, esto no es la anarquía. Mirad esta otra nota: quiero un comité director para cada rama de la producción, encargado de proporcionar ésta al consumo, fijando las necesidades reales... Y aquí otro detalle de organización: en las ciudades, en los campos, mauiobrarán ejércitos industriales, ejércitos agrícolas, dirigidos por jefes que elegirán ellos mismos, regidos por reglamentos que ellos mismos habrán votado... ¡Mirad! También he indicado aquí, por cálculos aproximados, á cuántas horas podría ser reducida la jornada de trabajo en veinte años. Gracias al gran número de brazos nuevos, gracias sobre todo á las máquinas, no se trabajará más que cuatro horas, tres acaso;

¡y cuanto tiempo habrá para gozar de la vida! Porque esto no es un cuartel, es una ciudad de libertad y de alegría, donde todos son libres de hacer su gusto, con todo el tiempo de satisfacer sus legítimos apetitos, el goce de amar, de ser fuertes, de ser hermosos, de ser inteligentes, de tomar su parte de la inagotable naturaleza.

Y su gesto, en aquella miserable habitación, poseía el mundo. En la desnudez en que había vivido, en la pobreza sin necesidades en que moría, hacía con mano fraternal el reparto de los bienes de la tierra. Lo que distribuía de aquel modo, sabiendo que él no lo gozaría nunca, era la felicidad universal, todo lo que es bueno y que él no logró jamás gozar. Había apresurado su muerte por este supremo regalo á la humanidad que sufría. Sus manos se extraviaban, palpando á tientas, entre las notas esparcidas, mientras que sus ojos, que ya no veían, llenos del deslumbramiento de la muerte, parecían tener la visión de la perfección infinita, más allá de la vida, en un arrobamiento de éxtasis que iluminaba todo su rostro.

—¡Ah, cuántas actividades nuevas, la humanidad entera trabajando, las manos de todos los vivientes mejorando el mundo!... Ya no hay landas, ni pantanos, ni tierras incultas. Los brazos de mar son cegados, las montañas que estorban desaparecen, los desiertos se cambian en valles fértiles, bajo las aguas que brotan de todas partes. Ya no es irrealizable ningún pro-

digio, los antiguos grandes trabajos hacen sonreír, tan tímidos y pueriles parecen. Al fin es habitable la tierra..... Y esto es todo el hombre desarrollado, engrandecido, satisfaciendo todos sus apetitos, convertido en el verdadero amo. Las escuelas y los talleres están abiertos, cada cual escoge libremente el oficio que determinan sus aptitudes. Han pasado ya años, y se ha hecho la selección, gracias á severos exámenes. Ya no basta poder pagar la instrucción, es necesario aprovecharla. Cada cual se encuentra así detenido, utilizado, en el grado justo de su inteligencia, lo que reparte equitativamente las funciones públicas, según las indicaciones mismas de la naturaleza. Todos para todos, según sus fuerzas..... ¡Ah, ciudad activa y alegre, ciudad ideal de sana explotación humana, donde ya no existe la vieja preocupación contra el trabajo manual, donde se ve un gran poeta carpintero, un cerrajero gran sabio! ¡Ah, ciudad bienaventurada, ciudad triunfal hacia la que marchan los hombres hace tantos siglos, ciudad cuyos blancos muros resplandecen, allá..... allá, en la dicha, en el sol deslumbrante!.....

Palidieron sus ojos, las últimas palabras se exhalaban, confusas, en un débil soplo; y su cabeza cayó, conservando la sonrisa extasiada de sus labios. Estaba muerto.

Trastornada de piedad y de ternura, mirábalo Carolina, cuando sintió, detrás de ella, como una tempestad que entraba. Era Busch que vol-

via sin médico, anhelante, destrozado de angustia; mientras que la Mechain, siguiéndole, le explicaba que no había podido hacer la tisana, por haberse vertido el agua. Pero él había visto á su hermano, su pequeño, como él lo nombraba, tendido, inmóvil, con la boca abierta y los ojos fijos; y, comprendiendo, lanzó un aullido de fiera degollada. De un salto, arrojóse sobre el cuerpo y lo levantó en sus fuertes brazos, como para soplarle la vida. Aquel terrible devorador de oro, que habría matado á un hombre por diez sueldos, que había espumado durante tanto tiempo el París inmundo, aullaba de horrible sufrimiento. ¡Su pequeño, Dios mío! ¡Y él que lo acostaba, que lo mimaba como una madre, ya no tendría más á su pequeño! Y, en una crisis de rabiosa desesperación, amontonó los papeles esparecidos por el lecho, los rasgó, los trituró, como si hubiera querido aniquilar todo aquel trabajo imbecil y aborrecido que le había matado á su hermano.

Carolina sintió, entonces, fundirse su corazón. ¡El desdichado! Sólo le inspiraba ya una piedad divina. ¿Pero dónde había oído ella aullar de aquel modo? Sólo una vez la había estremecido, como en aquel momento, el grito del dolor humano. Y se acordó, había sido en casa de Mazaud, el aullido de la madre y de los pequeños ante el cadáver del padre. Como incapaz de sustraerse á aquel sufrimiento, permaneció todavía allí un instante prestando servicios. Des-

pués, en el momento de marcharse, encontrándose sola con la Mechain, en el estrecho despacho, recordó que había ido á preguntarle acerca de Victor. Y le preguntó. ¡Ah, sí, Victor! ¡Dios sabe dónde estaría! Ella había recorrido París durante tres meses sin descubrir siquiera una pista. Y renunciaba á buscarlo más, siempre sería tiempo de encontrar un día á aquel bandido en el cadalso. Carolina la escuchaba, helada con el gran frío que le subía al corazón. Sí, era cosa concluída, el monstruo iba escapado por el mundo, á la aventura, á lo desconocido, así como una fiera, babeando el virus hereditario que debía extender el mal á cada una de sus dentelladas.

Afuera ya, en la acera de la calle Vivienne, Carolina quedó sorprendida de la dulzura del aire. Eran las cinco, el sol se ponía en un cielo purísimo, dorando á lo lejos, las muestras altas del boulevard. Aquel Abril, tan encantador con una nueva juventud, era como una caricia á todo su ser físico, que le entraba hasta el corazón. Respiró fuertemente, aliviada del último peso que la oprimía, más feliz ya, con la sensación de la invencible esperanza que volvía y aumentaba. Sin duda era la muerte tan hermosa de aquel soñador, dando su último aliento á su quimera de amor y de justicia, lo que la enternecía de este modo, en el sueño, que ella igualmente había tenido, de una humanidad limpia del mal execrable del dinero; y era también el aullido del otro,

la ternura irritada y manando sangre del terrible lobo, á quien ella creía sin corazón é incapaz de lágrimas. Sin embargo, no había salido de aquella casa bajo la consoladora impresión de tanta bondad humana, en medio de tanto dolor; por el contrario, llevábase la desesperación final del pequeño monstruo escapado, galopando, sembrando por los caminos el fermento de podredumbre de que jamás conseguiría curarse la tierra. Entonces, ¿por qué aquella alegría renaciente que la invadía toda?

Quando llegó al boulevard, Carolina volvió hacia la izquierda y aflojó el paso, en medio de la animación de la multitud. Detúvose un instante delante de un carrito lleno de ramos de lilas y de alelías, cuyo fuerte perfume la envolvió en un soplo de primavera. Y ahora, mientras volvía á emprender su marcha, sentía ascender en ella la ola de la alegría, como de un hirvierte manantial que hubiera intentado en vano contener, tapar con sus dos manos. Había comprendido, pero no quería. ¡No, no! Estaban todavía muy recientes las espantosas catástrofes, no podía estar alegre, abandonarse á aquella corriente de eterna vida que la agitaba. Esforzábese en guardar su duelo, llamábase á la desesperación por tantos recuerdos crueles. ¿Cómo? ¡Habría reído todavía, después del derrumbamiento de todo, de tan espantable suma de miserias! ¿Olvidaba que ella era cómplice? Y se citaba los hechos, éste, aquél, por los cuales debería llorar todo el resto de su exis-

tencia. Pero, por entre sus dedos apretados contra su corazón, sentía el hervor de la savia más impetuoso, la fuente de vida desbordaba, apartaba los obstáculos para correr libremente, arrojando los restos del naufragio á las dos orillas, clara y triunfante bajo el sol.

Vencida desde aquel momento, Carolina debió abandonarse á la fuerza irresistible del continuo rejuvenecimiento. Como decía muchas veces riendo, ella no podía estar triste. La prueba estaba hecha, acababa de tocar el fondo de la desesperación, y he aquí que la esperanza resucitaba todavía, destrozada, ensangrentada, pero vivaz, á pesar de todo, más grande de minuto en minuto. Ciertamente, no le quedaba ninguna ilusión, la vida era decididamente injusta é innoBLE, como la naturaleza. ¿Por qué entonces, esa sinrazón de amarla, de quererla, de contar, así como los niños á quienes se promete un placer diferido siempre, con el objeto lejano y desconocido, hacia el cual, nos conduce sin fin? Luego, cuando entró en la calle de la Calzada de Antin, ni siquiera razonó más; la filósofa, la sabia y la letrada abdicaba, fatigada de la inútil investigación de las causas; ya no era más que una criatura dichosa con el hermoso cielo y el aire templado, gustando el único goce de sentirse sana, de oír el firme taconeo de sus piecitos sobre la acera. ¡Ah, la alegría de ser! ¿Acaso existe otra, en el fondo? ¡La vida tal como es, en su fuerza, por abominable que sea, con su eterna esperanza!

De regreso á su habitación de la calle de San Lázaro, que dejaba al día siguiente, Carolina acabó sus baules; y como diera la vuelta á la sala de los planos, vacía ya, vió, en las paredes, los planos y las acuarelas, que había pensado atar en un solo rollo, en el último momento. A cada hoja de papel, deteniase como en un ensueño, antes de arrancar los cuatro clavos de los cuatro ángulos. Revivía sus lejanas jornadas de Oriente, de aquel país tan amado, del que parecía haber conservado en ella la esplendente luz; revivía también los cuatro años que acababa de pasar en París, aquella crisis de todos los días, aquella loca actividad, el monstruoso huracán de millones que había atravesado su vida, devastándola; y, de aquellas ruinas todavía calientes, sentía ya germinar, abrirse el sol, toda una florecencia. Si el Banco nacional turco se había hundido detrás del Universal, la Compañía general de Vapores reunidos quedaba en pié y próspera. Volvía á ver la costa encantada de Beyrut donde se alzaban, en medio de inmensos almacenes, los edificios de la administración cuyo plano sacudía en aquel momento: Marsella puesta á las puertas del Asia Menor, el Mediterráneo conquistado, las naciones aproximadas, pacificadas acaso. Y en aquella garganta del Carmelo, aquella acuarela que desclavaba, ¿no sabía por una carta reciente, que ya había brotado todo un pueblo? La aldea de quinientos habitantes, nacida al principio alrededor de la

mina en explotación, era ahora una ciudad, muchos millares de almas, toda una civilización, caminos, fábricas, escuelas, que fecundaban aquel rincón muerto y salvaje. Después, allí estaban todavía los trazados, las nivelaciones y los perfiles para la línea férrea de Brusa y de Beirut por Angora y Alepo, una serie de grandes hojas que arrollaba una á una: sin duda transeurrían años antes de que las gargantas del Taurus fuesen atravesadas á todo vapor; pero ya aflúa la vida de todas partes, el suelo de la antigua cuna acababa de ser sembrado de una nueva cosecha de hombres, el progreso de mañana crecería allí con un vigor de vegetación extraordinario, en aquel maravilloso clima, bajo los grandes soles. ¿No era aquello el despertar de un mundo, la humanidad ensanchada y más dichosa?

Ahora, Carolina ataba el paquete de planos con una fuerte cuerda. Su hermano, que la esperaba en Roma, donde ambos iban á recomenzar una existencia, le había recomendado mucho que los embalase con cuidado; y, cuando apretaba los nudos, se acordó de Saccard, que sabía estaba al presente en Holanda lanzado de nuevo en un negocio colosal, la desecación de inmensos pantanos, un pequeño reino conquistado al mar, gracias á un complicado sistema de canales. Tenía él razón: el dinero, hasta aquella hora, era el estercolero en donde brotaba la humanidad de mañana; el dinero, emponzoñador y destructor, era el fermento de toda vegetación social,

el abono necesario para los grandes trabajos que facilitan la existencia. ¿Le venía, pues, aquella vez su esperanza de su creencia en la utilidad del esfuerzo? ¡Dios mío! Por encima de tanto fango removido, por encima de tantas víctimas aplastadas en el camino, de todo ese horrible sufrimiento que cuesta á la humanidad cada paso hacia adelante, ¿no hay un objeto obscuro y lejano, algo superior, bueno, justo, definitivo, al cual vamos sin saberlo, y que nos llena el corazón con la obstinada necesidad de vivir y de esperar?

Y Carolina estaba alegre á pesar de todo, con su rostro siempre joven, bajo su corona de blancos cabellos, como si se rejuveneciese á cada Abril, en la vejez de la tierra. Y, al recuerdo de vergüenza que le producían sus relaciones con Saccard, pensaba en la espantosa inmundicia con que se ha ensuciado igualmente el amor. ¿Por qué, pues, hacer responsable al dinero de las suciedades y de los crímenes de que es causa? ¿Está menos manchado el amor, él que crea la vida?

FIN DEL VOLUMEN SEGUNDO Y ÚLTIMO.

